



Proyecto implícito

La contribución de la geografía humana
a las ciencias del territorio

Giuseppe Dematteis

Poliédrica #3

Proyecto implícito

Proyecto implícito
La contribución de la geografía
humana a las ciencias del territorio

Giuseppe Dematteis

Edición a cargo de Ángel Martín Ramos

Traducción a cargo de Eulàlia Gómez Escoda y Ángel Martín Ramos

Presentación

Las ciudades tradicionales de la Europa meridional, que se identificaban por reunir valores de proximidad en la unión de casas, en la economía de medios, en la cercanía de los servicios y de otras ventajas de la vida urbana, han evolucionado dejando de ser aglomeraciones continuas y acogiendo otros desarrollos urbanos no adyacentes, caracterizando así la ciudad-territorio o nuevas metrópolis. Investigadores conspicuos se han posicionado ante esta nueva dimensión y conceptualización de la ciudad y en encontrar mecanismos eficientes en su funcionamiento. Entre ellos, Giuseppe Dematteis nos advierte de la necesidad de “gobernar las redes” para ordenar la nueva territorialidad del fenómeno urbano contemporáneo. Dematteis es Profesor Emérito del Politécnico de Turín, donde enseñó Geografía urbana y regional en la Facultad de Arquitectura durante décadas. Su interés y dedicación a los problemas del urbanismo y del territorio desde el punto de vista de la geografía humana contemporánea lo llevaron a publicar profusamente resultados de sus investigaciones en revistas especializadas y en varias obras de impacto internacional.

La nueva colección Poliédrica se ha iniciado con obras de autores de reconocida trayectoria investigadora y en esta flamante colección se incluye la edición en castellano de *Proyecto Implícito* de Giuseppe Dematteis. Se trata de una publicación de referencia en el área de conocimiento del urbanismo y la geografía del territorio, con una reflexión entre lo global y lo local, entre redes y nodos, y entre patrimonio y paisaje, esmeradamente cuidada por el catedrático de urbanismo Ángel Martín Ramos como se desprende de su lectura, la cual recomiendo encarecidamente.

Estanislau Roca Blanch
Vicerrector de Infraestructuras y Arquitectura
Universitat Politècnica de Catalunya. UPC

Índice

Prólogo	3
Ángel Martín Ramos	Global y local, redes y nudos
8	74
Introducción	4
14	Territorialidad y desarrollo local
1	110
La metáfora espacial	5
20	Paisaje y patrimonio
2	150
Descripción y proyecto	Referencias bibliográficas
44	178

Prólogo

Dematteis, estrategia del territorio contemporáneo

por Ángel Martín Ramos

No cesan de producirse llamadas de atención sobre el creciente impacto de la huella humana en la superficie del planeta a un ritmo que siembra el pánico entre analistas de unas u otras latitudes. Y se difunden argumentaciones que tratan de explicar el fenómeno a diferentes escalas. De forma más o menos declarada, es común en ellas el buen fin de contribuir a descifrarlo y, así, tratar de dominar su producción mediante la implicación activa del cuerpo social que lo sustenta.

Es esta una tarea que se antoja complicada debido a la diversidad de factores confluente y a las distintas naturalezas que adopta el fenómeno. Unas veces este se presenta en proximidad a las ciudades establecidas, de comportamientos más estables, otras, entre unas ciudades y otras, desconcertadamente o, incluso, en el territorio abierto surcado por redes infraestructurales de uno u otro tipo. Lo cierto es que apenas se encuentra lugar en el que no se haga presente alguna forma de humanización directa o indirecta. De ahí que la geografía humana haya identificado amplios campos en los que extender sus conocimientos y su ciencia, ante la magnitud de los retos abiertos, enriqueciendo sus aportaciones y su influencia en el progreso de modos muy convincentes

Nuestro autor, el eminente Profesor Giuseppe Dematteis, se caracterizó muy pronto por atreverse a mirar fuera de la propia disciplina para progresar en ella. Los hechos sociales, de la economía, de la cultura o de la política, reportaban datos de las relaciones humanas con el medio, situaciones y recursos variados, que alimentaban el contenido de la geografía aumentando su campo de acción. Así, en su obra *Le metafore della Terra. La geografia umana tra mito e scienza*¹ ya llegaría a expresar los numerosos resortes que encuentra la geografía humana en su interacción con hechos de otra condición (biológicos, económicos, de las ciencias físicas o de la historia) hasta alcanzar nuevas dimensiones de activo e inusitado interés. Desde el Dipartimento Interateneo di Scienze, Progetto e Politiche del Territorio (ahora, DIST) del Politécnico y la Universidad de Turín, Dematteis y su equipo se estaban implicando progresivamente en la observación de facetas nuevas que ofrecía la realidad, en la medida que la explicación de lo que sucedía en los territorios de esas décadas finales del siglo xx se resistía a encontrar explicación en la metodología habitualmente utilizada. Seguían con ello la larga estela de maestros de la geografía regionalista que, desde

1. DEMATTEIS, G., 1985a.

precursores como Paul Vidal de la Blache, Friedrich Ratzel o Maximilien Sorre y tantos seguidores, no había dejado de impulsar el desarrollo de la disciplina, y ahora iba a encontrar en ellos dignos continuadores.

Pero sería a partir de la publicación de *Progetto implicito. Il contributo della geografia umana alle scienze del territorio*² cuando quedó nítidamente claro que lo que constituía parte relevante de su trabajo era cómo llegar a influir de modo más certero en los territorios contemporáneos. Se trataba de identificar dónde se localizaban las oportunidades de uno u otro tipo para la intervención efectiva, cuán diferentes eran los orígenes de los distintos efectos y de sus fuentes o cuáles eran las naturalezas que estos adoptaban o la de los ámbitos que motivaban su realización. En suma, un acento marcado en ese campo de acción de la geografía humana que se acerca más a la estimulación de la capacidad de mejora de los territorios de nuestro tiempo.

Era este un exigente propósito ya que sumaba a las dificultades propias de indagar en busca de conocimientos positivos de la naturaleza de los fenómenos nuevos que van manifestándose, aquellas que requieren el dominio del funcionamiento del cuerpo social, sus valores, influencias y comportamientos espaciales, para tratar de entender cómo incidir verosímelmente en el marco de tales modales. Para llegar a tal planteamiento, se hizo notar con seguridad la experiencia de trabajo de Dematteis como geógrafo con otros profesionales (urbanistas, arquitectos, sociólogos, economistas...) en la elaboración de programas y planes de desarrollo local o territorial, planes de urbanismo o estrategias de acción territorial. Aunque también hubo de influir en ello el estímulo recibido del rico desarrollo experimentado por la geografía humana en el contexto italiano en las últimas décadas, contribuyendo a elevar el nivel de autoexigencia de los protagonistas de un progreso tan afortunado.

En el marco de ese contacto con otros profesionales implicados en tareas propositivas, el autor debió observar la diversidad de posiciones que los distintos profesionales adoptaban ante las cuestiones que planteaban los territorios en los que trabajaban y cómo esas diferentes aproximaciones influían claramente en la posibilidad mayor o menor de acierto en las soluciones a ofrecer, a través del dominio de los recursos capaces de incidir en la realidad.

De ahí esa actitud tan cultivada por el autor, reflexiva, observadora, hacia la importancia que toma el encuadre, el modo

2. DEMATTEIS, G., 1995.

de abordar las situaciones creadas, o el dónde se encuentra la raíz, en tanto que paso decisivo para llegar a alumbrar resultados con más posibilidades creativas o heurísticas y no solo prescriptivas, predictivas o meramente persuasivas. Una disposición esta que le ha llevado a centrar, prudentemente, sus indagaciones sobre líneas seguras, algo que le ha reportado excelentes resultados. A la vista está el repertorio de modos de acometer las cuestiones vivas de los territorios contemporáneos que recogen las páginas de esta obra, suma de aciertos y resultado vital de décadas de dedicación a la temática.

• • •

Navegante sobre una realidad cambiante: esa sería la metáfora que puede ayudar a entender la posición del autor. Y de ahí, de ese movimiento sobre medios variables, surge una parte importante de la dificultad de su afán. Pero, no obstante, en sus razonamientos fluyen continuamente aportaciones de una u otra dimensión que orientan con seguridad en el mar agitado de lo que viene sucediendo en este campo

Así, el acento puesto en el papel de las representaciones geográficas para diferenciar categorías conceptuales en el territorio, estimular las relaciones y aportar visiones explicativas de conjunto capaces de inducir, implícitamente, alternativas de proyecto, es una de ellas. O el valor de la ambigüedad de las metáforas geográficas y su aporte de emotividad a la imaginación como puente entre la geografía y la arquitectura, lo fijo y el artificio. Y la ayuda de las descripciones geográficas por sí mismas, en tanto que momento interpretativo previo, para sugerir o hacer visibles valores latentes o un orden que no se aprecia observando solo la apariencia de las cosas.

Pero si ya los prolegómenos en el conocimiento del territorio –las descripciones, el cómo mirarlo– motivan una importante carga de aprendizajes, a partir de ahí la atención rigurosa de la investigación es capaz de reconocer sucesivas oportunidades en las que hacer luz para llegar a identificar bases argumentales de la acción territorial con posibilidades efectivas, esquivando las más frecuentes generalizaciones al uso.

Serán cambios en los modos de considerar la realidad los que conducen a obtener nuevas perspectivas y, desde ellas, consecuencias renovadas para el entendimiento de cómo

funcionan las interacciones con el medio, cómo funciona la realidad, en tanto que cuestión clave para conseguir mejorarla.

En esa tarea, la interacción inevitable con las otras ciencias sociales lleva a renovar el concepto de posición geográfica, ahora en los flujos de todo tipo de intercambios horizontales y en los nexos verticales de ciertas condiciones territoriales (técnicas, ecológicas, culturales) de los lugares. Y frente a la necesidad de explicar la fragmentación, ante el crecimiento discontinuo, la utilidad de diferenciar entidades intermedias, realzando la capacidad de representar diversidades mientras se conserva la complejidad, una vez la ciudad compacta ha “explotado” sobre el territorio, según los términos del autor.

Porque ya no es solo la falta de continuidad y de cohesión en el desarrollo urbano lo que cuestiona las técnicas analíticas clásicas, sino los acusados contrastes que salpican lo que se consideraba “no urbano” hasta hace poco tiempo. Ni tampoco, simplemente, la presencia del Estado con sus decisiones estratégicas lo que se ofrece como recurso (cómodo) a blandir ante lo que sucede. Es toda una diversidad de acciones añadidas, desde la pluralidad de minúsculas acciones individualizadas que surgen, con una feracidad semejante a la de algunas manifestaciones del reino vegetal, sobre extensiones amplias, o las iniciativas de grandes intervenciones lejos de los focos urbanos mayores, sin aparente sentido funcional

Es una nueva geometría (horizontal-vertical, endógeno-exógeno..) la que enseña, a través de los sistemas de relaciones, a descubrir escenarios diferentes en donde la transformación de lo que existe se aprecia de otro modo, se fertiliza la reflexión y el proyecto de futuro se vuelve implícito. Es esta una línea de pensamiento que permite al autor abordar, incluso, la influencia global para ofrecer una conciencia distinta de ella en la que lo local encuentra un campo enriquecido en lugar del limitativo lamento habitual.

Y en ese estado es donde se desencadenan en la mirada del autor importantes hitos en las llamadas de atención hacia ámbitos de la acción territorial. Aludiendo tanto a marcos físicos como a entidades relacionales, el dominio que ofrece esta obra se expresa ampliamente en un medio tan diverso. Bien sea la región-red (cada vez más liberada de los ámbitos físicos), la territorialidad activa como marco de referencia y de acción, el desarrollo local territorial o la geografía propia de los bienes culturales. Y también, adentrándose en campos aparentemente aún menos firmes, el

sentido interior de los hechos geográficos o la dimensión de la naturaleza interna y el significado propio de representación del paisaje como pasos necesarios para articular discursos sólidos lanzan alternativas que ofrecen oportunidades abiertas de evolución y de avance.

Se diría, así, que en el manejo de los recursos de la geografía humana para abordar estos territorios de hoy el autor es un genuino estratega capaz de identificar el acceso más apropiado para afrontar la cuestión, para solventar las dificultades que se presentan; en definitiva, para definir el modo de unirse a la batalla y obtener, sí, un seguro botín (si se nos permite recurrir, también aquí, a la metáfora, un útil tan recomendado en sus propios textos).

Esa orientación dedicada a impulsar y facilitar el acierto en la intervención sobre los territorios contemporáneos, mediante el adecuado entendimiento de ellos, tan estimulante y necesaria en el fragor de las tensiones que padecen, es lo que mueve a acercar al lector en lengua castellana esta obra. Como, además, el autor ha contribuido a enriquecer la publicación original de 1995 con otros textos de su mano, se viene a dar lugar, ya bien entrado el siglo XXI, a una nueva edición de la obra en una oportunidad reavivada y feliz para extender la contribución de la geografía humana a esas “ciencias del territorio” a las que alude el subtítulo de la obra, cuando estas no dejan de crecer en presencia y en interés a lo largo y ancho del mundo.

Con un despliegue argumental exigente, que huye de la ligereza, el autor nos dice que el proyecto territorial está implícito desde un principio, nos señala dónde se encuentra realmente el tema del proyecto, la vía de solución, o, lo que es lo mismo, dónde está, aquí y ahora, el progreso.

Esta es la escala, explícita –ahora sí–, en los favores de este empeño extraordinario.

Ángel Martín Ramos
Departament d'Urbanisme i Ordenació del Territori,
UPC-Barcelona Tech

Introducción

La geografía como narración de un futuro posible

Geografía y proyecto están unidos entre sí desde su nacimiento. Se cree que el primer geógrafo, es decir, el primero en representar toda la superficie de la Tierra, fue el filósofo Anaximandro de Mileto (610-547 a.C.). Su coetáneo y conciudadano Aristágoras se sirvió de esa primera geografía cuando intentó convencer a los espartanos de que se alzaran contra los persas.¹ Cinco siglos después, Estrabón, al presentar su monumental *Geografía*, escribirá: "... toda la geografía se centra por completo en el ejercicio del poder [...] Es más fácil apoderarse de un territorio cuando se conocen de él la extensión y las características...". Pero, a pesar de esta condición, él describe luego todas las tierras entonces conocidas de manera aparentemente objetiva, sin insistir en cuánto podría favorecer posibles conquistas. Solo en tiempos recientes, la geopolítica, la geoestrategia y la geoeconomía —y, más tarde, la urbanística y el planeamiento territorial— serán explícitos al seleccionar y presentar los hechos geográficos funcionales para sus objetivos. Pero justo mientras nacían esas nuevas disciplinas, la geografía académica, a través de sus principales exponentes y de documentos aprobados en congresos internacionales, afirmaba ser un conocimiento objetivo y neutral. William Bunge, uno de los fundadores de la geografía teórico-cuantitativa, llegará a definir la geografía como "la ciencia inocente".

Tras trabajar como geógrafo junto a economistas, arquitectos, urbanistas y planificadores, me he convencido de que estas declaraciones de neutralidad y de inocencia se basan en una apariencia falsa, bajo la cual toda descripción o representación geográfica necesariamente esconde una acción de proyecto no declarada, a menudo no deliberada y ni siquiera consciente. Esa fue la idea central de un libro (*Progetto implicito*) que publiqué en Italia en 1995 con el editor Franco Angeli. A partir del mismo, reelaborado y actualizado con otros escritos más recientes, el amigo Ángel Martín ha querido generosamente cuidarse de esta edición en español renovada y puesta al día.

La visión implícitamente proyectiva de la geografía, de la que se habla en estas páginas, es diferente de la imagen predominante de esta disciplina en el criterio común, en los medios y también en la mente de muchas personas influyentes que subestiman sus efectos sobre la opinión pública y sobre quienes deciden. Muchos piensan que, en la era de los satélites artificiales, la geografía ya ha agotado la tarea de describir cuanto de nuevo se descubre sobre la Tierra. En realidad, en su larga existencia nunca se ha

1. "... Y, a medida que citaba esos pueblos, iba señalando su situación en el mapa de la tierra que llevaba grabado en la lámina de metal...", HERÓDOTO, *Historia*, V, 49.

limitado solamente a dar esas informaciones que hoy encontramos fácilmente en red, sino también ha hecho evidente cómo cuanto está sobre la Tierra –energía, rocas, aire, agua, plantas, animales, seres humanos y sus asociaciones– está conectado mutuamente, precisamente porque está sobre la Tierra y, directa o indirectamente, ligado a ella.

Como conocimiento conectivo y generalista, la geografía continúa aún hoy construyendo visiones del mundo y de sus problemas. En este aspecto, es de algún modo parecida a la historia y a la filosofía, saberes con los que ella se entrecruza desde un principio: con la historia a partir de la *Historia* de Heródoto y con la filosofía a partir del ya mencionado Anaximandro. Deja a las disciplinas analíticas el trabajo de diseccionar los diversos objetos que describe, al tiempo que por su parte no reduce la variedad del mundo y de sus entresijos, sino que los presenta y los interpreta. No está orientada al *problem solving*, sino que sirve más bien para encuadrar los problemas en un contexto que va de lo local a lo global y, por lo tanto, ayuda así a definirlos, o, incluso, a redefinirlos con respecto al modo en que comúnmente son formulados y aceptados. Si bien en la época de los grandes descubrimientos y del colonialismo los conocimientos geográficos tenían un gran valor técnico y de aplicación, hoy el conocimiento geográfico, además de conservar un importante papel en la enseñanza, es sobre todo un conocimiento crítico, deconstructivo y constructivo, capaz de orientar la acción.

Con una hipérbole no exenta de ironía, el geógrafo ha sido definido como alguien que no sabe nada... de todo, a diferencia del especialista que profundiza en el conocimiento de objetos cada vez más limitados hasta el punto de –siguiendo con la hipérbole– saberlo todo ... de nada. El “todo” del geógrafo es el dónde –y, por lo tanto, el conjunto de las posibles relaciones espaciales– de cuanto se puede observar sobre la faz de la Tierra, incluidos los sujetos. Su (relativo) “no saber nada” se refiere a las características intrínsecas de esas mismas cosas, que son estudiadas por las diversas disciplinas especializadas. Pero el “nada” del geógrafo también puede referirse a un orden espacial no directamente perceptible, que él vuelve visible solo al establecer ciertas relaciones entre las cosas que describe. Ya Immanuel Kant, que como es sabido impartía cursos de geografía en la Universidad de Königsberg, había afirmado que la geografía consiste esencialmente en dar un orden espacial a los hechos

observables. En ese sentido, cada geografía no sería más que un orden mental que los geógrafos (como, por otro lado, también los cartógrafos) dan a ciertas cosas en lugar de a otras, de acuerdo con una visión quizás no arbitraria, pero sin embargo subjetiva. El hecho es que cuando una de las tantas geografías posibles se vuelve ampliamente compartida y es comúnmente aceptada, se convierte en razón común, como el orden objetivo de las cosas en el espacio terrestre: un orden dado, aparentemente inmutable, así como el orden político y social que de modo más o menos intencionado ella refleja. Salvo que este orden puede ser modificado con el tiempo –y, a veces, incluso, invertido– por nuevas visiones que anticipan un orden diferente, que modifican o incluso sustituyen al antiguo y, por lo tanto, también su geografía.

Es importante señalar que la vocación conectora de la geografía la ha llevado siempre a describir la superficie de la Tierra como eso que hoy llamamos un sistema. Este su destino estaba escrito desde un principio en ese “geo-” que compone su nombre, por lo que un geógrafo no puede ocuparse de un lugar o una región sin verlos en sus relaciones con el globo. Es decir, debe tener en cuenta no solo que lo local está en lo global, sino que siempre hay algo de global en lo local. Es una paradoja que podemos constatar fácilmente cada vez que se habla del clima de un lugar, de su cultura, de su economía, es decir, de alguna característica que es “suya” solo en parte, porque realmente depende de las relaciones que tiene con el resto del planeta.

Este vínculo con la Tierra distingue a la geografía humana de las disciplinas que estudian las relaciones socioeconómicas y políticas en un espacio pensado como soporte pasivo de las acciones humanas. El hecho de que los sujetos entren en las construcciones geográficas a través de los vínculos que ellos tienen con la Tierra hace que muchas de aquellas, que en geografía vienen presentadas como relaciones entre las cosas, sean relaciones entre los sujetos que ocurren a través de las cosas. Están mediadas por un territorio-entorno que nosotros percibimos como externo, pero que en realidad pasa a formar parte, directa o indirectamente, de todas nuestras relaciones sociales, de nuestra vida cotidiana, de nosotros mismos. La tierra firme sobre la que apoyamos los pies, sus relieves, los ríos, los lagos, el mar, el aire que respiramos no son un fondo neutro, ni meros soportes pasivos de los pensamientos y de las acciones humanas. No se trata de volver a proponer el viejo y desacreditado determinismo geográfico,

sino de constatar que todo lo que de material concierne a la geosfera, a la biosfera y a la tecnosfera puede convertirse en materia, instrumento, medio u objetivo de lo que hacemos. Por lo tanto, para que un discurso sea geográfico debe referirse a algún vínculo –directo o indirecto, explícito o implícito– con la materialidad del espacio terrestre, que se refiera a relaciones entre sujetos que pasan a través de “cosas” ubicadas en el espacio terrestre. En las descripciones geográficas no puede haber ni sujetos sin territorio ni territorios sin sujetos.

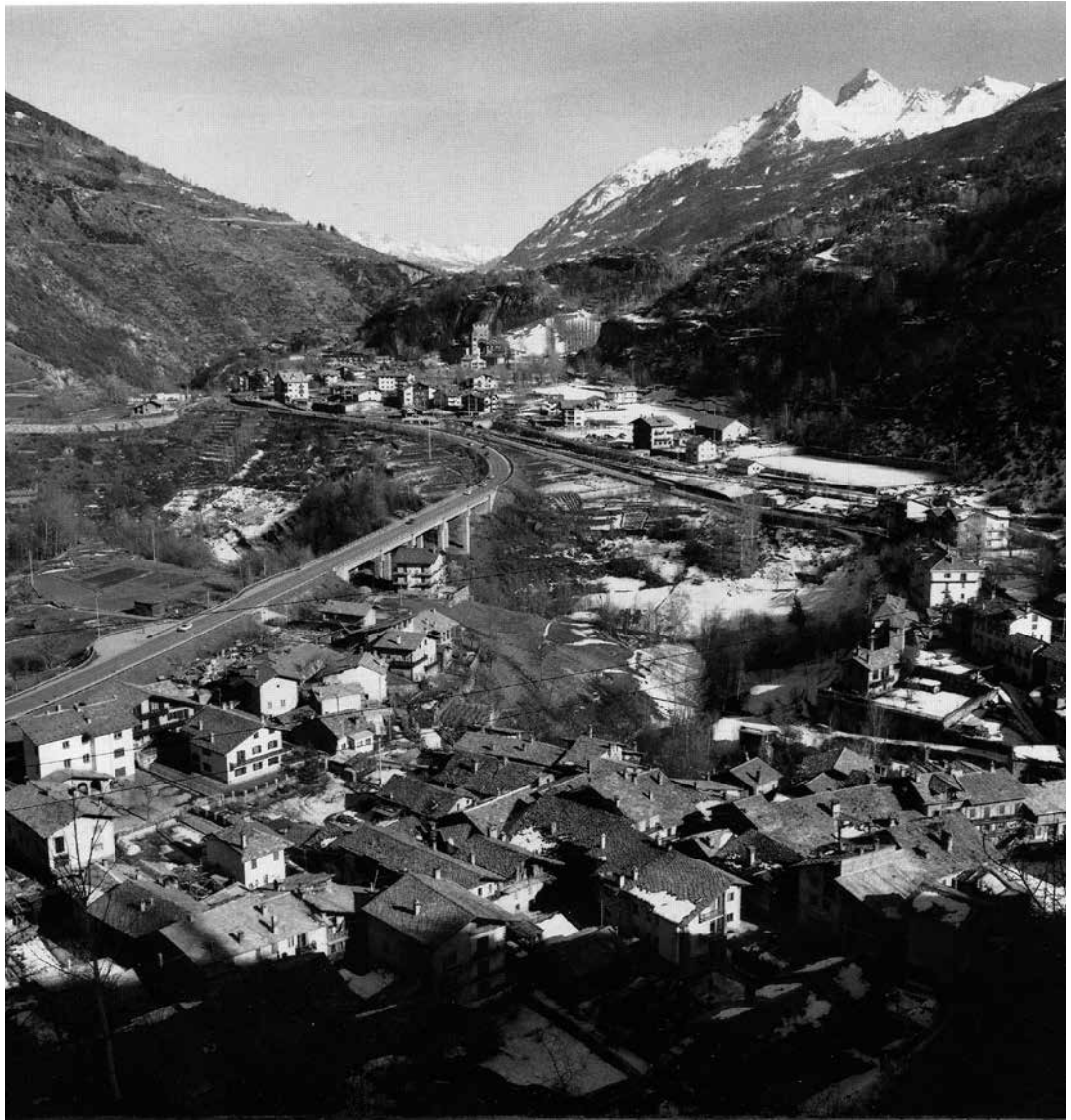
El hecho de que la Tierra pase a formar parte de las relaciones sociales, económicas y políticas a varias escalas tiene también otra consecuencia importante, la de hacer de freno a la rapidez excesiva, potencialmente destructiva, del cambio y a la homogeneización a la que tienden las sociedades y los propios territorios. Por ello esa fijeza que amenaza con justificar el orden existente puede ser vista dentro de ciertos límites como una virtud. La necesidad de una geografía abierta al cambio no excluye que esta deba dar respuesta a una demanda de relativa estabilidad y duración de las ordenaciones territoriales, que permita realizar proyectos de vida individuales y colectivos: un factor de sostenibilidad que autorice también a mantener, en el cambio, la diversidad de las trayectorias evolutivas de las diferentes formaciones sociales y de los territorios con los que interactúan a las diversas escalas.

Si se representan las relaciones humanas mediadas por objetos materiales, estos quedan cargados de significados metafóricos. De ahí deriva la fecunda ambigüedad de las categorías geográficas, tanto de las que se toman en préstamo del lenguaje común (mar, isla, montaña, periferia, etc.) como de las expresadas por lenguas especializadas (sur del mundo, megalópolis, siderurgia costera, ciudad difusa, etc.). Estas compendian en una sola imagen espacial una gran cantidad de hechos, relaciones y procesos que es cómodo evocar sintéticamente con las imágenes de los lugares a los que ellos están asociados. Por lo tanto, estas imágenes no deben tomarse al pie de la letra, sino que deben verse como señales (significantes, símbolos) de significados más complejos, a menudo problemáticos y, en parte, aún por investigar. Mientras nos hablan de ciertos objetos y nos dicen dónde podemos encontrarlos, se sirven de ellos como metáforas evocadoras de los significados culturales, sociales, económicos y políticos que pasan por su materialidad.

Esta idea, que considero propedéutica a cualquier discurso geográfico, se ilustra y argumenta en el primer capítulo del libro, mientras el segundo trata implícitamente de la naturaleza de proyecto de las descripciones geográficas y de los instrumentos conceptuales que ella ofrece a quienes los usan conscientemente. Los otros capítulos intentan mostrar cómo la naturaleza relacionadora, metafórica e implícitamente de proyecto de las construcciones geográficas puede sugerir hipótesis explicativas, ordenaciones territoriales alternativas, imágenes interpretativas y mediaciones lingüísticas en los procesos de elaboración de proyectos. Se trata de discursos que hacen referencia a conceptos teóricos, derivados de diversos campos de las ciencias humanas y sociales y comprobados en prácticas “experimentales”, como son las del geógrafo que colabora en programas de desarrollo territorial y en proyectos de urbanismo y de arquitectura.

En la base de todo ello hay una referencia constante a las teorías de la complejidad, en particular a los modelos de la autoorganización, capaces de superar el determinismo inherente a las concepciones y a las representaciones por áreas del espacio terrestre. Deriva de ello una geografía de lo posible basada en la naturaleza autoorganizadora de los sistemas territoriales (los nudos de la red) en sus interacciones con los flujos globales. Nos advierte de que para planificar y proyectar necesitamos interactuar con sistemas territoriales de diferente nivel –desde el local hasta el supranacional–, cada uno de los cuales tiene principios y formas organizativas específicos no reducibles mutuamente. Es aquí donde el lado poético (ambiguo, metafórico) de la geografía deviene en un recurso capaz de conectar y traducir lenguajes, experiencias, identidades, visiones y aspiraciones contradictorias, transformándolas en visiones y prácticas de territorialidad ordinaria, orientadas hacia la construcción del bienestar común.

Giuseppe Dematteis



Val d'Aosta, 1991, Gabriele Basilico (fragmento).

1

La metáfora espacial

Los tres niveles de información
de la geografía “normal”
y el fundamento del determinismo espacial

El significado metafórico
de las categorías geográficas

Geografía, poética y arquitectura
en la construcción de los lugares

Elogio
de la ambigüedad cartográfica

LOS TRES NIVELES DE INFORMACIÓN DE LA GEOGRAFÍA “NORMAL” Y EL FUNDAMENTO DEL DETERMINISMO ESPACIAL¹

Se puede definir como normal la geografía (o descripción geográfica) que tiende a representar y por lo tanto a reproducir el territorio en conformidad con las relaciones sociales y de poder existentes. Aunque mucha de la producción geográfica actual se aproxime a este modelo, cabe señalar que se trata de una simplificación conceptual, idónea para poner en evidencia la función de reproducción social –de tendencia conservadora– de la geografía en la sociedad moderna. Cabe señalar que a partir de ahora, en el desempeño de esta función, las descripciones geográficas normales pueden tener también otros significados igualmente importantes. Estos (o, al menos, los casos particulares de los que se componen) se refieren a hechos reales, tienen un valor de “verdad”, verificable en el nivel técnico y operativo. Además, si tomamos geógrafos como Alexander von Humboldt, Carl Ritter, Friedrich Ratzel, Élisée Reclus, Paul Vidal de La Blache, etc., vemos que aquello que hace que sean considerados “grandes” es su capacidad de expresar significados que van más allá del simple reflejo de lo existente y de las más banales expectativas del sentido común. Hasta el punto de que se podría defender que –a pesar del peso cultural y social que tienen– las representaciones “normales” son la parte menos importante de la geografía; que actúan como simples soportes de significados más profundos, que no observan tanto la reproducción del orden social existente como la relación existencial entre el individuo y la colectividad, entre nuestra experiencia interior y la exterior.

Para comprender mejor la acción morfogénica de la geografía normal es necesario distinguir los diferentes niveles de información contenidos en las representaciones, que podemos resumir del siguiente modo:

1. Nivel enumerativo: Atiende al “dónde” de los hechos particulares. Es intrínsecamente determinista, porque la satisfacción de las necesidades depende también de la posición física de las cosas. Se trata, sin embargo, de un determinismo muy relativo, siendo pocas las necesidades esenciales e innumerables las posibilidades alternativas ofrecidas por el medio exterior. En origen, este tipo de información es por lo tanto muy libre, cambiante, abierto, indeterminado. Esto se selecciona y ordena, sin embargo, a continuación.

1. Publicado en *Le metafore della Terra. La geografia umana tra mito e scienza*, Milán: Feltrinelli, 1985, cap. 4, p. 103-105, reelaborado por el autor.

2. *Nivel sintáctico*: Cuya información no se refiere ya a hechos particulares, sino que trata las relaciones entre categorías de objetos en el espacio físico terrestre, esto es, las propiedades y estructuras de relación (espaciales) de determinados objetos, configuraciones, *patterns*, tramas y similares. Las reglas más generales de esta sintaxis son –desde finales de la Edad Media– las de la geometría euclidiana de la que derivaron formas más específicas, pero siempre abstractas y reconducibles –como ha demostrado recientemente Roger Brunet– a un pequeño número de elementos que él denomina *coremas*.² El hecho de que todas las formas geográficas abstractas sean deducibles de la geometría –lo que significa que se pueda construir una geografía abstracta axiomática–³ demuestra a priori la naturaleza de este tipo de información. Es decir, se trata de una cuestión de pura tautología, que tiene como objetivo seleccionar la información del primer nivel, ordenarla, regularizarla.

3. *Nivel simbólico-ideológico*: Atiende a las “visiones del mundo” implícitas en el nivel sintáctico como, por ejemplo, la concepción jerárquica del espacio, la idea de que sea homogéneo en las diferentes escalas, de que sea divisible, que los confines sean líneas, las ciudades sean “centros”, que la escasez natural y la distancia determinen ciertas acciones humanas, etc. En este nivel se manifiesta el sentido total de la representación. En sus términos más generales –siempre en lo que se refiere a las representaciones normales– consiste en hacer aparecer como objetivas las formas abstractas de la representación (las relaciones espaciales del 2º nivel), que representan el espacio como *contenedor* de los hechos reales (los enunciados del 1º nivel), de manera que un cierto orden *dado* a las cosas se convierte en el orden objetivo, real, natural de estas. De ese modo, la forma (el espacio euclidiano) se asimila al contenido (el territorio) y las relaciones de orden que ella impone a los hechos observables se convierten en las leyes *naturales* que estos adquieren. *Esta es la raíz profunda y la esencia del determinismo geográfico*: Representar el orden del territorio como dominado por una necesidad que está en las cosas (naturaleza, mundo exterior) mientras que, sin embargo, mirándolo bien, esta solo existe en el código de la representación.

2. BRUNET, R., 1980: 253-265.

3. NYSTUEN, N.J., 1968: 35 y ss.

EL SIGNIFICADO METAFÓRICO DE LAS CATEGORÍAS GEOGRÁFICAS⁴

Al inicio de *La ciudad*,⁵ Max Weber escribe: “Se puede intentar definir la ‘ciudad’ de muy diversos modos. Todas las definiciones tendrán, sin embargo, un elemento común: la ciudad no consiste en uno o en muchos edificios asentados separadamente, sino que, por el contrario, constituye un hábitat concentrado (o, al menos, relativamente concentrado)”. Ciertamente no se puede acusar a Max Weber de tener una concepción geográfica reductiva de la ciudad, del mismo modo que le son lejanos Marx y Engels, que escribieron: “La ciudad es ya obra de la concentración de la población, de los instrumentos de producción, del capital, del disfrute y de las necesidades, al paso que el campo sirve de exponente cabal al hecho contrario, al aislamiento y la soledad”.⁶

Las citas podrían continuar y la conclusión es que incluso aquellos que no consideran el fenómeno urbano como hecho geográfico usan una categoría conceptual –la de ciudad– que tiene como referente inmediato una realidad físico-espacial. Es decir, se recurre a una imagen geográfica para representar un conjunto de hechos que no son geográficos de por sí, sino histórico-culturales, políticos, sociales, económicos.

En el caso de “ciudad”, en lugar de la relación normal tripolar significante-significado-referente, existe una relación más compleja, a cuatro variables, derivada del desdoblamiento del significado en un *significado inmediato* (la ciudad como hecho físico-espacial) y en un *significado mediato* (la ciudad como comunidad de sujetos y sus relaciones).

Este desdoblamiento de significados no parece que pueda eliminarse. El concepto geográfico de ciudad (*significado inmediato* o *literal*) no es ciertamente el principal. Como imagen mental, realiza en cierto modo una función de “significante” en relación con el *significado mediato* o *metafórico* (ciudad como hecho social), que es ciertamente el principal, el esencial. Sin embargo, tampoco podemos decir que la ciudad entendida como un asentamiento sea un simple “significante”, porque es seguramente también un “significado” a través del cual se puede establecer una correspondencia entre el signo ciudad y ciertos aspectos de la realidad observable (referente).

Por lo tanto, cuando al decir “ciudad”, incluso si solo se quiere referir a un complejo de relaciones sociales (por ejemplo, en el célebre pasaje de *La ideología alemana*: “La más importante

4. En “Descrizione e progetto nella geografia urbana”, *Bollettino Daest*, n. 10, 1987, p. 57-59 y *Le metafore della Terra*, cit., p. 132-133 y 138-142.

5. WEBER, M., 1987: 3.

6. MARX, C. y F. ENGELS, 1974: 56.

división del trabajo físico y espiritual es la separación de la ciudad y el campo”),⁷ se indica siempre e inevitablemente una realidad físico-espacial; se produce una distinción geográfica entre espacio urbano y no urbano; se identifican objetos en sentido material. Sin embargo, lo que estos objetos representan en términos de relaciones sociales y de valores no solo no puede reducirse a la simple connotación de “asentamiento limitado”, sino que en sus características esenciales es totalmente independiente de ella. Por ejemplo, la división social del trabajo es un fenómeno típicamente urbano que, sin embargo, se puede encontrar fuera de las ciudades geográficamente intensas, como en el caso de un distrito industrial de estructura de asentamiento dispersa.

La escasa atención a este problema semántico tiene dos consecuencias principales:

- a) Confundir entre sí los dos significados de ciudad, como si su relación fuese de equivalencia mientras que, como se ha visto, consiste en la representación de un hecho esencialmente social a base de algunos de sus atributos físicos espaciales, no esenciales;
- b) Sugerir de este modo implícitamente que la relación entre la ciudad física y la comunidad social urbana tenga un carácter causal: que el hecho físico-espacial determine los hechos sociales urbanos o que los hechos sociales determinen de modo unívoco la forma material de la ciudad.

De este modo, una relación de orden semántico se convierte de modo irreflexivo en una relación de orden ontológico. La que podría ser a lo sumo una hipótesis a verificar, se asume como un hecho evidente.

Queda por aclarar el significado y la función de esta relación semántica. ¿Se trata de una anomalía? Aparentemente no, porque hay una rica familia de categorías conceptuales que actúan como “ciudad” –por ejemplo: país, nación, centro, periferia, marginalidad, etc.– por cuanto tienen todas en primera instancia un significado geográfico que conduce a otro de tipo social (en sentido amplio: económico, político, cultural, etc.) y que, a su vez, denota ciertas entidades físico-espaciales reconocibles en la realidad. Así, por ejemplo, la expresión “países industrializados”, connota tanto un territorio con asentamientos industriales (pero estos, mirándolo bien, podrían estar también en países en desarrollo) como

7. MARX, C. y F.
ENGELS, 1974: 55.

–esencialmente– ciertas estructuras políticas, económicas y sociales. Y estas son, a su vez, identificables en la realidad por referencia a entidades geográficas bien definidas, como las catalogadas de tal modo en los anuarios de la ONU o en los informes del Banco Mundial.

Pero también es cierto que, en el campo de las humanidades, la regla está representada por categorías conceptuales que indican funciones, estructuras, procesos, etc., independientemente de las cosas y los lugares en los que concretamente se manifiestan. Así, por ejemplo, Max Weber, en la obra ya citada, después de haber afirmado que la definición más general y universalmente aceptada de “ciudad” es de tipo geográfico, pasa a continuación a dar una definición propia y más específica, usando conceptos generales y abstractos como “industria”, “economía mercantil”, “producción”, “consumo”, “instituciones políticas”, “comunidad ciudadana”, etc. Todos ellos términos que podrían ser, a su vez, definidos sin introducir connotaciones geográficas. Sin embargo, ninguno de ellos tomado individualmente, ni la simple enumeración de todos estos caracteres abstractos de la ciudad –podríamos decir su suma– da como resultado el “significado mediato” de “ciudad” que es, por su naturaleza complejo, sintético y deliberadamente ambiguo.

Podemos entonces asumir que en la geografía humana e incluso en las ciencias humanas se recurra a la mediación de metáforas o metonimias de significados físico-espaciales para expresar fenómenos particularmente complejos cuyo campo no es descrito ni interpretado por una teoría unificada y universalmente aceptada. En estos casos se recurre a imágenes mentales que representan el conjunto de situaciones concretas en las que estos hechos son normalmente observables en su complejidad real.

No es esta la ocasión para profundizar en los aspectos epistemológicos de la cuestión.⁸ Basta con mencionar el hecho de que este modo de proceder puede reconducirse al esquema general de la *abducción*,⁹ hecho que tiene fuertes afinidades con el uso analógico de la metáfora en las ciencias normales, con particular referencia a las interpretaciones de Mary B. Hesse y Richard Boyd.¹⁰

Según estos autores, si una proposición A' sobre un sistema A (por ejemplo, de relaciones sociales) queda implícita en la proposición metafórica B' (relativa, por ejemplo, a las formas B del “espacio geográfico”), entre A y B debe darse alguna relación de analogía, semejanza u oposición, pero no una relación de

8. Para los que me permito remitir a mi obra *Le metafore della Terra*, cap. V (DEMATTEIS, 1985a).

9. ECO, U., 1973 (1988: 132 y ss.).

10. HESSE, M. B., 1980, y BOYD, R., 1983.

determinación tal que A' sea deducible de B', porque, de ser así, la metáfora se volvería inmediatamente explícita y, por tanto, científicamente ineficaz: el ahondamiento en el análisis no aportaría nuevo conocimiento. En cambio, B' debe implicar una proposición (o un conjunto de proposiciones) M que tenga con A' relaciones de "equivalencia aproximativa" (Hesse) o de "denotación parcial" (Boyd) comprensibles en la comunicación entre sujetos.¹¹

Es en esta zona de indefinición en la que la metáfora funciona como modelo de deducción analógica, capaz de transferir a A ideas e implicaciones normalmente asociadas a B (y viceversa), a partir de una relación de analogía entre A y B cuya extensión es en principio solo intuitiva pero no previsible, ni describible con exactitud. La dificultad de definir con rigor los objetos de estudio de la geografía puede, al menos en parte, ponerse en relación con su naturaleza esencialmente metafórica. En estos casos, la imprecisión que a menudo se reprocha a los conceptos generales al uso en la geografía puede revelarse científicamente útil, por cuanto consiente el acceso a problemáticas que huyen de enunciados más definitorios. En la historia de la ciencia son de hecho numerosos los casos en los que "términos revelados solo parcialmente han facilitado el descubrimiento de caracteres nuevos y relevantes del mundo".¹²

Resulta entonces decisivo el papel de las categorías conceptuales que usamos en nuestras descripciones. Tales categorías descriptivas son el elemento decisivo en la transición de una geografía enumerativa y preteórica hacia una geografía científica. En la geografía enumerativa se describen hechos particulares observables directamente, como ríos, ciudades, vías, etc., o bien objetos "geográficos" denotados por relaciones espaciales implícitas, como "isla", "golfo", "límite", etc. Tanto en un caso como en otro, los elementos de la descripción no son de por sí relacionables con ningún ámbito teórico específico. No permiten ni deducciones, ni "extensiones" analógicas, ni hipótesis, ni verificaciones experimentales. No producen intercambios –a menos que sean accidentales– con los distintos campos del saber científico.

Pero no obstante, tanto las ciencias de la naturaleza como las del hombre recurren habitualmente al método geográfico-comparativo. Gracias a ello Montesquieu pudo demostrar la relatividad de las leyes, Darwin el papel del entorno en la evolución, Wegener la deriva de los continentes, etc.

11. Se puede observar que este término M lleva a cabo en la metáfora explicativa una función análoga a la que Freud atribuye a la "condensación" en los procesos inconscientes (véase ECO, U., 1980: 205).

12. BOYD, R., 1983: 84.

Se demuestra así que la geografía puede aportar contribuciones cognoscitivas importantes si sus categorías descriptivas pueden relacionarse con determinadas formulaciones teóricas. ¿Cómo convertir en sistemático este proceder? ¿Se podrían formular categorías conceptuales capaces –a través de la deducción metafórica– de conectar *sistemáticamente* las descripciones geográficas con los diversos ámbitos de la teoría para contribuir de este modo a extender las interpretaciones experimentales? Sí, a condición de renunciar al aparente carácter científico de los modelos causales, fundados en la pseudoteoría del espacio geográfico objetivo, y dedicarse a la elaboración crítica de los contenidos semánticos y sintácticos (segundo nivel) de las representaciones geográficas. Eso comporta la definición de las diferentes estructuras (topológicas y métricas) del operador espacial y de las categorías conceptuales capaces de describir, a las diferentes escalas territoriales, las propiedades de las relaciones (espaciales) que son objeto de la representación. En otras palabras: predisponer los procedimientos lingüísticos adecuados para seleccionar y comunicar la información empírica teóricamente relevante.

En aquellos sectores de la geografía que, más o menos conscientemente, se han visto afectados por la influencia del neopositivismo y del estructuralismo, se ha intentado, en los últimos treinta años, definir las categorías propias del discurso geográfico, ya sea en forma axiomático-deductiva, ya en forma empírico-inductiva, pero casi siempre con la pretensión de identificar propiedades y estructuras del “espacio” como entidades objetivas y absolutas, válidas y activas en el orden natural y en el social. Tales tentativas, aun habiendo contribuido a analizar la estructura sintáctica de las representaciones normales, han alcanzado solo en una mínima parte el objetivo que se proponían sus autores, el de romper el aislamiento cultural y científico de la geografía. De hecho, al no haber retirado el filtro del determinismo espacial, quedaron cautivas de sus tautologías trivializantes.

Es significativa a este respecto la reciente propuesta de R. Brunet de fundamentar la descripción geográfica en *coremas*, o sea, “formas elementales de la organización del espacio”, “número limitado de signos que traducen un número limitado de mecanismos y procesos”.¹³ Brunet niega que los *coremas* sean simples formas abstractas; sin embargo, ha de admitir que no

13. BRUNET, R., 1980.

pueden referirse a ninguna cosa bien definida desde el momento en que su contenido cambia con el tiempo y en el espacio según los modos de producción, las formaciones sociales o las culturas. Trata entonces de resolver el problema diciendo: es cierto que un mismo *corema* asume significados diferentes si se aplica a China, a Estados Unidos, etc.; pero todos los *coremas* expresan siempre estrategias de dominio y apropiación; este es, por lo tanto, su contenido general. Pero de este modo Brunet no descubre una “verdad” experimental, sino solo aquello que ya estaba contenido en las premisas implícitas de su discurso, es decir, que el código de las representaciones *normales*, dirigidas al control de la sociedad y del territorio, es el tipo de realidad que se objetiva en el concepto de “espacio geográfico”.

Se podría observar que los *coremas* pueden también convertirse en medios eficaces para desvelar la imagen política del territorio. Pero la geografía no es solo una semiología crítica del poder, es esencialmente representación del territorio y, por lo tanto, también de las relaciones de las sociedades humanas con la Tierra.

A mi modo de ver, la mejor manera de salir de la estéril alternativa entre la crítica simple de las representaciones y el determinismo banal del espacio geográfico como realidad objetiva es entrando en el juego de la geografía normal, pero sabiendo precisamente que es un juego, es decir, que el espacio del que se habla es una metáfora, que la relación entre M y A' es “abierta”; que hay “correspondencia”, pero que las “reglas de correspondencia” no son definibles a priori; que, sin embargo, en dicha relación, las categorías geográficas pueden asumir contenidos fácticos y teóricos nuevos, no deducibles de manera simple de cuanto se sabe hoy sobre la sociedad y sobre la Tierra.

Desde esta perspectiva, las características esenciales de las categorías y de los modelos de la descripción geográfica son:

- a) El hecho físico: derivado de B', debe atender a hechos sobre la superficie terrestre reconocibles de manera empírica;
- b) El hecho espacial: debe tener como referentes literales no los hechos individuales, sino las relaciones entre ellos, representadas metafóricamente en forma de propiedades de lugares y de “relaciones entre lugares” (posiciones, formas, configuraciones, *patterns*) relevantes en el ámbito de los dominios A' y B';

c) La eficacia metafórica: debe tener con A' una relación no del todo definida (denotación parcial de Boyd) que puede ser explicitada de modo gradual a través de la deducción metafórica y la observación empírica. Dicho en palabras de Boyd: debe garantizar la acomodación de nuestro lenguaje a la estructura causal del mundo. Como ya se ha dicho, tal eficacia garantiza el "éxito epistemológico" de la categoría descriptiva y, por lo tanto, el hecho de que sea comúnmente utilizada e incorporada en el lenguaje científico.

Algunas de las categorías descriptivas, ya en uso, tienen esas características, incluso aunque son consideradas como propiedades reales del "espacio". Tomemos como ejemplo la expresión "aglomeración urbana". En el lenguaje común puede ser sinónimo de una concentración de edificios cualquiera, particularmente densa y extensa. Como categoría geográfica toma sentido solo parcialmente; por ejemplo, no está definida por valores absolutos de densidad, concentración, dimensión. Tiene, sin embargo, un referente metafórico muy determinado: representa de forma espacial las relaciones funcionales que intervienen entre los elementos de una ciudad, en el caso concreto (pero muy importante) en el que su interacción tiene origen a efectos útiles indivisibles, llamados precisamente economías de aglomeración.

Este fenómeno, que pertenece principalmente al dominio de A' (relaciones sociales), se ha podido poner en evidencia precisamente a través de este tipo de representaciones espaciales y ha sido descrito con posterioridad como un sistema dinámico con retroacciones positivas. Si examinamos ahora este modelo, nos damos cuenta de que su componente más estrictamente geográfica (el valor métrico de la distancia física entre los elementos del sistema) no tiene de por sí relevancia en la explicación teórica ni tampoco es determinante en el plano empírico, sino que lo es en un umbral muy variable que depende de cada caso. Sin embargo, tampoco está ausente por completo y este hecho permite la representación geográfica de un sistema A de interacción entre individuos. Tomado literalmente, nos daría solamente una información banal e imprecisa (la proximidad física facilita la interacción) e incluso engañosa si el modelo fuese considerado causal, es decir, si la distancia geográfica fuese concebida no como simple condición, sino como causa (suficiente) del fenómeno de aglomeración. En sentido metafórico, nos permite en cambio

extensiones teóricas (por ejemplo, relación entre economías de aglomeración, ganancias y rentas urbanas), pruebas comparativas, refutaciones posibles (por ejemplo, el hecho de que los estados de equilibrio espacial del mercado son la excepción y no la regla) y reformulaciones teóricas (por ejemplo, la teoría del crecimiento desequilibrado, de los polos de desarrollo, etc.).

Un discurso similar es válido para los principales modelos propuestos por la geografía analítico-cuantitativa y para categorías conceptuales como, por poner algunos ejemplos, “región nodal”, “red urbana”, “polo” y “eje de desarrollo”, “área de gravitación urbana”, “gradiente urbano”, “división territorial del trabajo”, “segregación espacial”, “áreas marginales”, “jerarquía regional”, etc.

GEOGRAFÍA, POÉTICA Y ARQUITECTURA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS LUGARES¹⁴

El lenguaje de los lugares:

Geográfico, poético-literario, arquitectónico

Tratemos de imaginar la arquitectura y la geografía como “artes” que tienen una relación referencial con los lugares. Esto no agota su esencia, por supuesto, (aunque para la geografía alguien podría erróneamente pensarlo) sino que es un punto de contacto entre ellas que permite una comparación con todas las artes que tienden al mimetismo, como la descripción poético-literaria, la pintura, la fotografía, el teatro, la música, la danza y otras más. Me limitaré a examinar el triángulo geografía-descripción poética-arquitectura. Debe tenerse en cuenta desde un principio una disimetría: la relación de la geografía con los lugares se confía a un lenguaje reflexivo y en parte figurativo; la relación poético-literaria se confía a la palabra o a la escritura; sin embargo, el de la arquitectura es un lenguaje que habla de los lugares, *por medio* de los lugares mismos en tanto se expresa dándoles una forma y una función. A primera vista esta diferencia parece basarse en el hecho de que solo la arquitectura cambia los lugares, pero las cosas no son así de simples puesto que los lugares no son solamente aquello que físicamente aparentan, sino también entidades construidas simbólicamente y vividas como tales por quienes las habitan o solamente las visitan. París, Londres, Florencia, San Remo, etc. serían diferentes sin Zola, Dickens, Pratolini, Calvino, etc.¹⁵ A esta construcción simbólica contribuyen en gran medida tanto

14. Publicado en: DE ROSSI, A. (a cargo de), 2009: 305-311.

15. Véase MORETTI, F., 1997, y WESTPHAL, B., 2009.

los textos geográficos como los literarios que no se limitan a reproducir la realidad, sino a interpretarla, que revelan la ilimitada potencialidad generadora de ella y que hacen emerger sus virtualidades ocultas. Sin embargo, sería un error pensar que los textos literarios y geográficos actúen solo en el plano simbólico, mientras que la obra arquitectónica solo lo haga en el de la realidad material. Hay que tener en cuenta, por un lado, que las representaciones simbólicas son potencialmente formativas, es decir, que pueden actuar con el tiempo sobre la forma material de los lugares. Por otro lado, todo el mundo sabe que la forma arquitectónica confiere una fuerte carga simbólica a los sitios. Así, es esa también la expresión de una geopoética.

Metáfora y ficción

Creo que las diferencias son otras. Desde el punto de vista de un geógrafo que observa la arquitectura desde fuera, distinguiría entre el uso de la metáfora y el de la ficción. La metáfora juega, obviamente un papel fundamental en el lenguaje literario y no es indiferente en el geográfico.¹⁶ Dudo que en arquitectura pueda funcionar del mismo modo, puesto que la obra arquitectónica carece de la indeterminación y de la enorme libertad del texto literario. En el plano material, y también en el social, no puede ser otra cosa distinta de la que es, incluso cuando tiene una fuerte carga simbólica y quiere dar sentido a los contextos paisajísticos y urbanos en los que se inserta (el “centro”, la “puerta”, etc.). Dejo a un lado la idea de que una construcción pueda servir como metáfora simplemente por el hecho de asumir las formas de cualquier otra cosa a la que intente hacer referencia (por ejemplo, el perfil de una montaña) porque me parece expresión de un mimetismo banal cuando se compara con la fuerza y el enorme alcance de las metáforas literarias.

Por lo que se refiere a la cuestión de la ficción, sabemos que esta no tiene límites en el discurso literario. Se puede discutir si los tiene en las representaciones geográficas, es decir, si la descripción de una tierra de pura fantasía puede ser considerada aún geografía, pero no es este el lugar para discutirlo. Por el contrario, parece que la ficción tenga límites en la arquitectura, puesto que también el castillo de la Bella Durmiente de Eurodisney debe hacerse de manera que se sostenga en pie. Sin embargo, dentro de estas limitaciones obvias, la arquitectura me parece hoy en día en gran parte ficticia en la medida en que, al descontextualizarse, se

16. Como he tratado de demostrar en mi ensayo *Le metafore della Terra* (1985). Véase también VANOLO, A., 2009.

“irrealiza” o, si se quiere, produce una realidad que “copia las ficciones”.¹⁷ Cabría señalar que el papel formativo de la imaginación literaria y geográfica puede dar lugar a resultados análogos, pero la diferencia está en que en estos casos se trata de ficciones que no se limitan a copiar o a reproducir modelos imaginarios, sino que toman forma a través de filtros interpretativos complejos, capaces de producir formas diversas e incluso completos contextos no predecibles ni prefigurables de manera exacta. Consideremos, por ejemplo, ciertos lugares en los Alpes, modelados según las imágenes de la literatura romántica, o en los territorios de recuperación o, incluso, en algunos barrios urbanos (en la Unión Soviética y también en Italia y en otros lugares) como utopías materializadas en contextos histórico-geográficos que interactúan con los modelos, los adaptan e influyen en su concreta conformación.

Responsabilidad

La diferente relación con la ficción se traduce en un distinto grado de responsabilidad con la sociedad en lo que concierne al entorno construido y vivido. A mi entender, el poeta está en este sentido libre de responsabilidad desde el momento en que sus palabras y sus imágenes pueden evocar una pluralidad innumerable de mundos. Nos toca a nosotros elegir aquello que queramos –en su caso– hacer realidad. Más ambigua es la posición del geógrafo, que cuando describe *este* mundo debe escoger los elementos y las relaciones que pone en escena en base a algunos criterios implícitos de pertinencia. Es decir, él no puede dejar de interpretar la realidad particular que describe y, tal como Gadamer nos enseña, quien interpreta siempre tiene un proyecto en mente, incluso sin ser consciente de ello. Sin embargo, el proyecto que el geógrafo contribuye a elaborar haciéndonos ver la realidad de una determinada manera y no de otra, permanece implícito. Si por desgracia esta realidad implícitamente sugerida fuese catastrófica, él sería solo un mal maestro, que ningún tribunal moderno podría condenar del modo en que sí condena al ingeniero si un puente se derrumba por defecto de proyecto. Por ejemplo, el geógrafo Walter Christaller tuvo algunos problemas después del fin del nazismo, no por haber descrito Baviera como un sistema de lugares centrales, sino porque –convirtiéndose en *planner*– había utilizado esa teoría para proyectar (de modo explícito) la organización territorial de los territorios ocupados por Hitler más allá del Oder.

17. AUGÉ, M., 1998: 31-32.

La posición del arquitecto me parece distinta. Sus ficciones son simulaciones, en el sentido que Claude Raffestin da a esta palabra: “construcción racional de un sueño que quiere reemplazar a la realidad presente [...] a través de una invención”,¹⁸ es decir –interpreto yo– a través de un proyecto bien definido que dará lugar a esa construcción y no a otra. De ello se desprende que la responsabilidad del arquitecto como proyectista está mucho más definida que la del poeta y la del geógrafo. El problema aquí no está solamente en que el edificio se mantenga en pie y no cause daño a nadie. La principal responsabilidad, en mi opinión, concierne a la forma de los lugares y al sistema de relaciones en los que la obra arquitectónica se inserta. Es decir, interesa a los valores simbólicos del paisaje, los ecológico-ambientales y los socioeconómicos. En síntesis, atañe a la posibilidad de mejorar o empeorar el territorio en tanto que bien común y, por lo tanto, *determinar* la calidad de vida de quienes lo habitan o lo frecuentan. Ningún literato, artista o geógrafo tiene ese poder. Un nivel tan elevado y complejo de responsabilidades solamente lo encontramos en los que deciden y en los que aplican las leyes que tienen efectos en la calidad local de vida, ya sea de modo directo (normas de construcción y urbanísticas, legislación ambiental y de protección de los bienes públicos), o bien indirecto (régimen de propiedad privada, normativas fiscales, competencias de los entes locales, etc.).

Es cierto que también el arquitecto está obligado por estas normas; sin embargo, a su creatividad se ofrecen posibilidades de elección suficientemente amplias como para que sus decisiones sean, de una manera u otra, determinantes de la calidad de los lugares vividos. A diferencia del legislador, el arquitecto, en una sociedad liberal-democrática, ejercita ese su poder fuera de cualquier forma de control. No solo no es una autoridad de orden superior que tiene un poder discrecional de ese tipo, sino que no existe siquiera un control democrático sobre su labor; a pesar de tener el poder de decidir sobre bienes comunes de gran relevancia existencial, el arquitecto proyectista no es elegido por el pueblo y, en la mayor parte de los casos, la calidad de sus proyectos escapa al examen discrecional de los administradores elegidos. Esta alta discrecionalidad, que sin duda es una buena cosa, tiene por lo tanto en correspondencia una gran responsabilidad hacia quienes viven en los lugares.

18. RAFFESTIN, C.,
2005: 15.

Pero no sería justo cargar todo este gran peso únicamente a espaldas de los arquitectos. En primer lugar, hay que señalar que, además de los condicionamientos del mercado, existe una responsabilidad compartida tanto de quienes encargan como, más en general, del sentir y el parecer común locales. De otro modo no se podrían explicar las grandes diferencias observadas en la calidad construida en lugares sujetos a las mismas leyes generales, tanto del mercado como del Estado. En la medida en que estas carencias de calidad son atribuibles a un déficit cultural de las sociedades locales (o incluso nacionales), la responsabilidad de los malos proyectos se extiende a aquellos que tienen el cometido de elaborar y difundir una cultura de la calidad de los lugares.

Del conocimiento a la política de los lugares

A la hora de la producción, son convocadas las disciplinas científicas y en particular las ciencias del medio ambiente y del territorio. La geografía, con su capacidad de proporcionar visiones conectoras, sintéticas, implícitamente de proyecto de los lugares, no puede ciertamente echarse atrás, también porque es enseñada extensamente en las escuelas. En este caso, sus responsabilidades no son solo las que pueden resultar de interpretaciones o descripciones de realidades específicas, sino aquellas otras más generales derivadas de no contribuir lo suficiente a desarrollar y difundir una cultura de los lugares capaz de influir en las visiones y el comportamiento colectivos. Sin ella, cualquier planificación del territorio, del paisaje y del medio ambiente está condenada al fracaso.

En términos más generales, se plantea la cuestión de cómo se produce, desde diferentes disciplinas, el conocimiento de los lugares. Esquemáticamente: en un extremo, nos encontramos un tipo de discurso académico en gran medida autoreferencial (comúnmente llamado “teórico”), que no deja ningún rastro en el sentimiento ni en la acción comunes, aunque puede hacer mucho daño cuando es invocado para dar soporte a decisiones políticas. En el polo opuesto nos encontramos con un conocimiento que parte de la acción y del “pensar sin palabras” de los actores territoriales y busca activar algún tipo de interacción con los conocimientos contextuales y con visiones de proyecto más o menos implícitas de los sujetos locales.¹⁹ Que no pretende traducirlas en un único lenguaje, ni en una visión armoniosa y pacífica de lo que debería ser una buena calidad de los lugares

19. Véase, por ejemplo, DECANDIA, L., 2008. En particular el capítulo 6: “Rompere la finestra che ci separa dal mondo per ritornare nel mondo”.

o una buena manera de vivirlos. Que acepta en su lugar, en cada caso, la irreductibilidad mutua de estas visiones polifónicas y la conflictividad que habitualmente se produce cuando se trata de dar forma a un contexto de vida local.²⁰ Porque desafortunadamente el territorio de esta geografía –como el de la arquitectura que reproduce– es *uno*, aunque tenga que satisfacer las diferentes y múltiples necesidades de quienes viven allí. No solo eso, sino que también debe presentarse de modo que tales exigencias se reconozcan adecuadamente satisfechas en un *único* proyecto físicamente realizable. Este es en mi opinión el punto crucial, difícil de resolver, de la relación entre la política y la forma de los lugares que, en gran medida, es una relación entre presentación y representación, entre lo que se hace y lo que se imagina (o se hace creer) que se puede hacer.

El problema es político, pero creo que para hacerle frente adecuadamente es necesario dar un paso atrás, partir de un terreno prepolítico. En nuestro caso, la transición de muchos a uno no significa traducir –es decir, reducir– diferentes visiones y lenguajes en uno solo. Esto es lo que hacen hoy en día los medios de comunicación como instrumentos de poder cada vez más utilizados para producir consenso²¹ y, por tanto, cada vez menos orientados a dar respuestas a las exigencias específicas de nuestra relación con los lugares, ni, más en general, a ocuparse de lo que interesa a un “mundo de la vida” cada vez más separado del de la política. En su lugar, sería necesario en correspondencia hacer traducibles las razones que contienen esas diferentes visiones y que expresan los diferentes lenguajes, a menudo sin palabras. En la fase indagatoria, la relación a construir no es, por tanto, la de muchos-uno, sino la de muchos-muchos, donde la abstracción cognoscitiva ya no consiste en generalizar, sino en mediar entre “esquemas interpretativos” (*frames of reference*) diversos.²²

Creo que procede partir de aquí, y en particular de aquellos significados del cohabitar, como práctica del estar juntos de todos los seres vivos y de las propias cosas, que ya Maurice Merleau-Ponty²³ había declarado que precedían a los desarrollados por el pensamiento y el discurso. Esta apertura prelógica y prepolítica a los demás y al mundo es la que permite ampliar su potencial, extender la gama de posibles alternativas. Nos obliga a asumir la consiguiente responsabilidad de un ser-en-común que es a la vez ecológico, cultural, social, económico y político. Creo que solo sobre esta base se puede construir un

20. En lo que se refiere a la geografía, mantienen estas posiciones los seguidores de la *non representational theory* de Nigel Thrift que, a su vez, se reiteran en la *actor network theory* del sociólogo Bruno Latour. Para una reseña de estas posiciones, ampliamente enraizada en la geografía anglosajona, véase MURDOCH, J., 2006.

21. CASTELLS, M., 2009.

22. BINGHAM, N. y N. THRIFT, 2000: 286. Uso el término “esquema interpretativo” con el significado referido a la vida diaria de L. GALLINO, 1989: 233-234.

23. En MERLEAU-PONTY, M., 2010: 29-33.

proyecto de puesta en forma de los lugares que sea compartido. No en el sentido de un proyecto armónico, ni homogéneo, y aún menos consolidado, sino en aquel que permita a las razones de las diversidades, de las desarmonías y de los conflictos reconocerse entre sí. No se trata solo de tolerarse mutuamente, sino de activar intercambios beneficiosos entre cohabitantes, portadores de necesidades y de valores diferentes en la construcción del territorio como bien común.

De la metáfora heurística a la metáfora poética

Antonio De Rossi en el ensayo introductorio de la obra *Grande Scala. Architettura, politica, forma*²⁴ –si entiendo bien su pensamiento– no solo se expresa en esta dirección, sino que asigna a la geografía un papel importante, interpretativo y constructivo. Intentaré desarrollar este punto, teniendo en cuenta la relación entre geografía, poesía y arquitectura mencionado anteriormente. Situar la poesía (y, en general, la literatura de ficción) en esta tríada no es casual, sino que significa entenderla como un puente sin el cual el papel de la geografía se limitaría a una interpretación “científica” de los lugares orientada a la eficacia de las intervenciones. Es cierto que la geografía puede aportar una contribución esencial en este sentido porque, tal como hace tiempo vengo sosteniendo,²⁵ es una disciplina que hace un uso sistemático de la metáfora como recurso heurístico. Esto la asimila a las “ciencias duras” en las que la metáfora juega un papel fundamental de “apertura inductiva” y de “determinación no definitiva de referencias”²⁶ con el fin de hablar sobre cosas que aún no están bien definidas para llegar así a una definición más precisa de ellas. Las representaciones geográficas, al estimular las relaciones, proporcionan visiones de conjunto de los lugares que a menudo sugieren nuevas hipótesis interpretativas e implícitamente de proyecto. Son hipótesis que otras disciplinas menos asociativas, pero más analíticamente equipadas, tendrán que verificar y son proyectos a los que ingenieros, arquitectos, planificadores, urbanistas y economistas podrán dar a continuación una forma definida. Por tanto, la geografía puede contribuir a la sostenibilidad de nuestra relación con los ecosistemas, a la conservación de la biodiversidad y de la diversidad cultural, al desarrollo económico, a la “justicia espacial” en el acceso a los bienes comunes, a los servicios, al empleo y similares.

24. DE ROSSI, A., 2009.

25. A partir de la ya citada *Le metafore della Terra*.

26. BOYD, R. y T. KHUN, 1983: 23.

Todas estas son cosas sin duda importantes, pero aún insuficientes para satisfacer la necesidad de una interpretación y una construcción polifónica y participativa de los lugares en el sentido descrito anteriormente. En mi opinión no son suficientes, porque reducen la relación poética con la arquitectura a algo puramente instrumental. De hecho esta geografía al servicio de una racionalidad orientada a la eficacia hace un uso de la metáfora que, tras un inicio común, va en dirección opuesta a la de la poesía. Mientras esta persevera en el camino de una expansión sin límites de los significados, la geografía (la orientada a la eficacia) limita su imaginación a la construcción de hipótesis relacionales y explicativas que deben legarse a ciencias y técnicas capaces de reducir su ambigüedad y convertirlas en adecuadas para la definición unívoca, la codificación, el cálculo. Mientras la primera continúa abriéndose, la segunda ayuda a cerrar lo que se había abierto. Una genera lo posible, la otra satisface lo necesario. En esto es elogiable, pero limitada. ¿Podemos pedirle algo más?

Hace años²⁷ traté de imaginar una geografía poética en la que la metáfora nos ayudara a ir más allá de lo que se ve como “real”, es decir, más allá de las ideologías, los estereotipos y lugares comunes que condicionan nuestra manera de ver, pensar y utilizar el espacio. En otras palabras: una geografía que, en vez de utilizar las representaciones espaciales para afirmar la necesidad de este mundo, se abriese a nuevos mundos posibles y demostrara al mismo tiempo su contingencia. Consideraba, sin embargo, que la geografía, en tanto que ciencia, debiera llevar a cabo una función “pública” y que esto le permitiera andar solo una parte del camino junto a la poesía. Ahora estoy cambiando de idea, porque creo que el papel “público” de la geografía es bastante más complejo. No creo que se agote en la producción de representaciones cuya intrínseca ambigüedad metafórica deba necesariamente ser disuelta con el fin de satisfacer las necesidades del discurso racional, ya sea el orientado a las aplicaciones técnicas, o aquel que en el ágora debe hacer emerger la verdad en el contraste de las diferentes opiniones. Desde el momento en que –al menos cuando hablamos de forma y calidad de cada lugar– ya no creemos justa ni posible esta *reductio ad unum*, la ambigüedad de las metáforas geográficas resulta totalmente compatible, e incluso valiosa, en prácticas dialógicas que se valen de lenguajes también no discursivos, a través de los cuales las cosas y los sujetos se presentan, más que representan o son representados,²⁸ los

27. En: “Dans la tête de Janus. Réflexions sur le coté poétique de la Géographie”, en: RAFFESTIN, C. y J.B. RACINE (ed.), 1985: 109-125. En buena parte traducido al italiano en DEMATTEIS, G., 1986a.
28. Véase el n. 33 (2002) de la revista *Geoforum*, dedicado a las *Enacting geographies* y, en particular, la introducción: DEWESBURY, J.D. et al., 2002.

conocimientos tácitos se revelan en la práctica,²⁹ los deseos y los proyectos implícitos se manifiestan. La geografía puede de este modo reanudar su camino (en realidad, nunca interrumpido por completo)³⁰ al lado de la poesía, recuperando así también esa carga emotiva y afectiva que se requiere para establecer una relación adecuada con los lugares y con quienes en ellos viven.³¹ Creo que solo una imaginación poética que atraiga sin límites al fondo oscuro y bullente de la vida puede realmente actuar como puente entre la geografía y la arquitectura. Podrá sugerir al proyecto arquitectónico, urbano, paisajístico, las modalidades del cohabitar propias de los distintos lugares, la multiplicidad de necesidades y deseos que pueden contribuir, aunque sea de manera conflictiva, a la construcción del territorio como bien común, las alternativas posibles que yacen ocultas bajo las falsas necesidades.

ELOGIO DE LA AMBIGÜEDAD CARTOGRÁFICA³²

Quiero aclarar que mi intervención es la de alguien con un conocimiento limitado de las técnicas cartográficas, pero que, como geógrafo, no puede describir el mundo sin pensarlo primero cartográficamente, es decir, como un conjunto de las cosas más diversas, distribuidas según un cierto orden sobre la superficie de la Tierra.

Si como afirmó Paul Klee: "... realidades del arte que amplían los límites de la vida tal como esta se presenta de ordinario. Porque no reproducen lo visible con mayor o menor temperamento, sino que hacen visible una visión secreta",³³ la geografía y la cartografía tienen ambas algo en común con el arte, por cuanto convierten en visible un orden que escapa a quienes se limitan a observar las cosas tal y como se presentan a la vista, con los códigos de lectura habituales. Esto deriva del hecho de que el cartógrafo y el geógrafo, como el artista, interpretan: seleccionan hechos y establecen relaciones entre ellos, según criterios más o menos discrecionales, arbitrarios, en parte convencionales y, sin embargo, subjetivos. Debido a que la relación entre la realidad y la representación cartográfica puede ser objeto de diferentes interpretaciones, el resultado es fundamentalmente ambiguo, en el sentido de múltiple. La misma realidad que un plano representa de un modo, podría ser legítimamente representada de otro modo diferente, así como puede ser distinta la idea que se hace quien observa un mapa o una pintura, o el que lee una descripción geográfica.

29. El "pensar con las manos" de S. Weil.

30. Desde HOMERO, considerado por los antiguos como el primer geógrafo, al *Eindruck* practicado y teorizado por A. HUMBOLDT en las descripciones de paisaje, a la geografía poética de Eric DARDEL (1899-1967), hasta páginas también recientes de autores italianos como Eugenio TURRI.

31. Véase BOCHET, B. y J.B. RACINE, 2002.

32. Intervención en la sesión "Theory and application" de la International Conference "Cartographic Challenges. Movement, Participation, Risk",

Bérgamo, Abril 2009.
33. KLEE, P., 1971: 44.

Aunque todos estamos de acuerdo en decir que “el mapa no es el territorio”, sin embargo está generalizado el prejuicio de que las cartografías (y en cierta medida, también las geografías) son documentos “objetivos”, es decir, que representan de manera unívoca ciertos hechos. Aceptar su ambigüedad y su indeterminación significa, en cambio, pensar en ellos abiertos a otros posibles significados, interpretaciones o desarrollos. Esto es importante porque si bien es cierto que el mapa no es el territorio, también es cierto que con el tiempo se convierte en él (y viceversa), porque la forma en que representamos el espacio que habitamos es un agente modelador potente de su forma y de su organización. Hacer creer que es solo un modo de ver el territorio significa, por lo tanto, imponer una construcción conforme a las reglas implícitas en dicha visión. Reglas tras las cuales hay un proyecto que es deconstruido al reconocer los objetivos posibles.

Geografía y cartografía tienen en común, por lo tanto, el riesgo de ser implícitamente conformadoras. Para evitarlo, en mi opinión, deben pensarse en cierta medida como artes miméticas (como la pintura, la descripción poético-literaria, etc.), es decir, aquellas artes que a menudo tienen una relación referencial con los lugares, también intensa, pero sin tratar de reproducirlos de manera fiel. De hecho, no deben reproducirlos sino interpretarlos: revelar sus potenciales generativos ilimitados, haciendo emerger sus capacidades ocultas. Hay que pensar en los lugares no como objetos o como contenedores de objetos, sino como entidades simbólicamente construidas y percibidas como tales por quienes las habitan, las utilizan o incluso solo las visitan. Los mapas, como las descripciones geográficas, deberían ser capaces por tanto de revelar la intención de quienes los han construido y las posibles respuestas (incluso contradictorias) de quienes viven en los lugares que representan. En este sentido creo que debe interpretarse la exhortación que Jacques Lévy nos dirigió hace poco (cito de memoria): “put the actors on the map, put the map on the actors”.

Aquí surge, sin embargo, un problema epistemológico y ético de no menor importancia, porque en nuestra tradición occidental (desde Platón y Aristóteles en adelante) se cree que lo lógico y lo ontológico deben coincidir para que se pueda producir lo justo. El ser de las cosas debe coincidir de modo biunívoco con las palabras (u otros signos) con las que lo representamos, no solo como garantía de verdad, sino también para permitir la interacción

comunicativa entre quienes deben decidir. De hecho, si no estuviésemos de acuerdo en el significado de las palabras y de los signos, no podríamos discutir, demostrar o contradecir la validez de las afirmaciones, ni persuadir a través del debate público. Así, la verdad pública no podría constituirse ni las decisiones podrían ser tomadas democráticamente. De ahí la importancia del principio de identidad, de no contradicción y del tercero excluido, es decir, de las reglas lógicas que han permitido el desarrollo de diversas tecnologías, incluyendo la cartográfica, que no solo sirve para hacer la guerra (como denunció hace años Yves Lacoste), sino también para salvar vidas humanas en casos de desastre.

El problema es que la cartografía métrica analógico-referencial (y en su estela, la geografía neoclásica), que se basa en estas reglas, ha seguido luego una deriva común a todo el saber occidental. Es decir, de herramienta útil para conocer y actuar sobre las cosas, se ha transformado en representación-interpretación única, objetiva, del mundo. Como “única” señalo a aquella que tiende a eliminar la posibilidad de diferentes interpretaciones, que convierte en fijas las cosas en movimiento, ocultando su potencial evolutivo, que pretende asimilar todas las escalas, desde la local a la global, reduciéndolas a un principio de orden único.

Como señala F. Jullien³⁴ esta deriva epistemológica ha ocurrido de manera que todas las interpretaciones del mundo que no se han dejado reducir a las reglas del *logos* han sido relegadas a ámbitos prelógicos o paralógicos, como los del arte, la poesía y lo sagrado no controlado por las religiones. De estas representaciones abiertas a cualquier significado continúan sin embargo emergiendo “verdades” a veces antagonistas con los poderes fácticos y, aun así, aceptadas dentro de ciertos límites por nuestras democracias por ser capaces de proponer soluciones innovadoras necesarias para gestionar el cambio.

La geografía y la cartografía oscilan desde siempre entre *logos* y *poiesis*, entre el rigor analítico y la ambigüedad metafórica, entre el cierre y la apertura, entre la preservación y la innovación. Con esta particularidad que las asemeja de alguna manera a las artes miméticas: aquella que hace visible no tanto lo *no visible*, como los posibles significados alternativos de lo *no oculto*,³⁵ es decir, de aquel territorio y aquel paisaje que se encuentra ante los ojos de todos, pero que, aún sin quererlo, estamos habituados a ver e interpretar conforme al orden establecido.

34. JULLIEN, F., 2006.
35. FOUCAULT, M.,
1970: 143.

Las representaciones cartográficas (como las geográficas) son, por su naturaleza, “públicas” en tanto se preocupan precisamente por una realidad que tenemos ante nuestros ojos, que se muestra y pertenece a todos. Al tener como referentes a bienes comunes (el territorio, el paisaje), promueven “narrativas” públicas, intrínsecamente políticas. Si se considera la política como “arte de lo posible”, deben tener una componente de ambigüedad y de indeterminación capaz de ir más allá del *tertium non datur* para revelar el potencial interpretativo de los espacios que pueden traducirse en nuevas formas posibles de organización y de desarrollo de los territorios y de los lugares como espacios de vida.

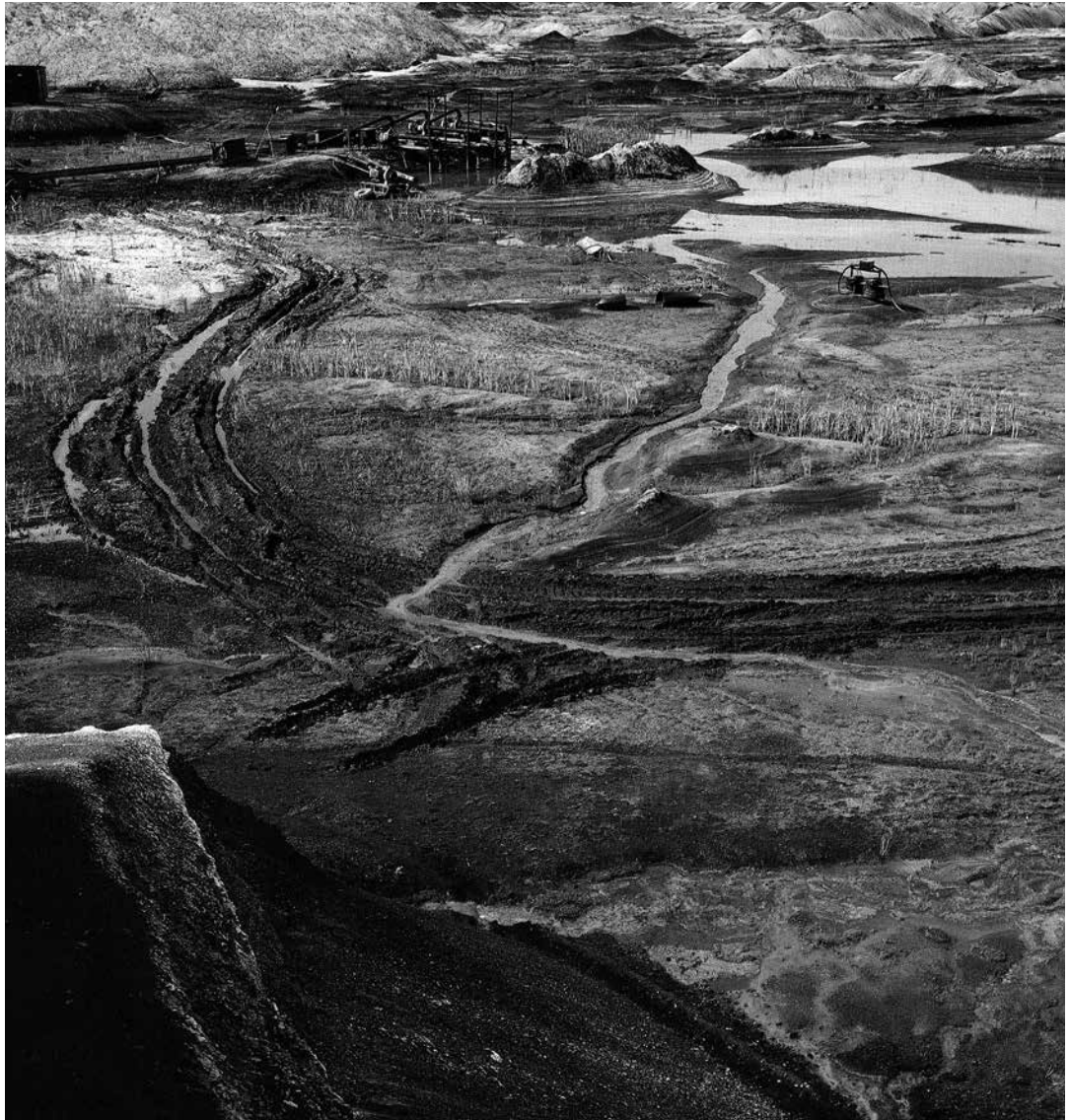
Recurriendo a sugerencias que se me plantean desde este seminario, trataré de indicar algún camino que me parece factible en este sentido. Uno de ellos es el de apoyar cada vez más el uso de la cartografía tradicional (métrica analógico-referencial), una cartografía evocadora, alegórica, sin relaciones fijas de escala, similar a la de nuestros mapas medievales (o a aquellos del México prehispánico, la China clásica, el antiguo Japón y similares). Este tipo de lenguaje cartográfico abierto, ya usado en la cartografía participativa, debiera extenderse a la escuela y a diversos medios de comunicación, especialmente a los interactivos, que permiten la expresión de diferentes subjetividades. Esto conduce en mi opinión a crear una interacción fructífera entre comunicación e investigación. La comunicación interactiva permite “aprender del territorio” a través del conocimiento de las diferentes representaciones de los que viven y trabajan en él. La cartografía simbólico-alegórica proporciona un lenguaje común a quienes viven experiencias diferentes y tienen visiones diferentes de su relación con el territorio, no expresables de otro modo. Estas cartografías subjetivas pueden ser tratadas como *layers* que, aunque no son recíprocamente adaptables, se pueden poner en relación entre sí.

Esta técnica de *layers* no se debe confundir con la habitual mediante la que, por ejemplo, varias imágenes temáticas se pueden superponer sobre la misma base cartográfica. Se trata en su lugar de “capas” o niveles no adaptables mutuamente, cuyo orden debe ser siempre imaginado en un espacio tridimensional. En realidad, las representaciones de dimensiones *multilayer* deberían tener al menos otras dos, lo que desafortunadamente nos impide verlas todas juntas. Una, que colocaría en la base, es aquella en la que

la estratificación de larga duración, propia de cada territorio, se presenta desplazada de los alzamientos, pliegues y fallas, obra de una tectónica política, económica y militar que en el curso del tiempo ha revuelto los sedimentos depositados por la historia. Otra es la dimensión multiescalar: realmente como cada lugar está constituido por las relaciones que lo vinculan con espacios más extensos, hasta el planetario, cada topografía es también una cosmografía.

Contra las ideas reduccionistas de quien como Thomas Friedman piensa que el mundo sea plano, creo que una representación *multilayer* de él permite en cambio comprender la complejidad a partir de los lugares. Es decir, una forma con la que el cartógrafo “reflexivo”³⁶ pueda convertirse en un sujeto consciente y activo en los procesos no lineales de desterritorialización y reterritorialización de los que, voluntaria o involuntariamente, es participe con su trabajo.

36. CASTI, E., 2007.



De la serie *Wüstungen*, *Landscape in East Germany, near Borna*, Inge Rambow, 1991 (fragmento).

2

Descripción y proyecto

Descripciones geográficas
como proyecto

¿Quién proyecta el territorio?

Describir el cambio:
vertical-horizontal, endógeno-exógeno

La descripción del territorio.
Marcos ambientales, matrices históricas
y urbanización reciente

DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS COMO PROYECTOS¹

Podemos decir que las ciudades y las regiones nos hacen sufrir o alegrarnos, soñar o desesperarnos no por lo que son, sino por las imágenes que tenemos de ellas. Y son estas imágenes las que orientan los proyectos de transformación del territorio. Pero ¿cómo podemos conocer tales imágenes, a menudo implícitas y casi inconscientes? Una forma sencilla es la de *describir* los territorios. Mi tesis es que cada descripción contiene ya, de manera implícita, un proyecto, así como un proyecto requiere una descripción e incluso puede de ella tomar la forma. Pero la descripción no puede reproducir simple y directamente la realidad tal como se presenta ante nuestros medios naturales de observación: será siempre algo más subjetivo, aunque no necesariamente arbitrario. Como escribió Wittgenstein, “Todo aquello que podamos describir de una u otra manera podría ser de otro modo”.²

Así que, si quisiéramos garantizar la objetividad a través de una descripción exhaustiva, deberíamos hablar de todo (cosa ya de por sí imposible) y de lo contrario de todo, lo que nos llevaría lejos de la verdad deseada. De vez en cuando nos tenemos que conformar con una de las innumerables descripciones parcialmente verdaderas, posibles. Pero ¿cómo seleccionar la correcta? Ciertamente, no por casualidad, porque entonces o no tendría sentido o, aunque fuera parcialmente verdadera, podría parecer falsa: como si en un reportaje periodístico se describiese Venecia omitiendo los canales, o Río de Janeiro sin hablar de las *favelas*. Sin embargo, una descripción de Río sin las *favelas* podría ser suficientemente “verdadera” si viene incluida en un folleto de un viaje organizado.

En pocas palabras, describir significa seleccionar y la selección debe hacer referencia a ciertos objetivos. Lo que nos lleva a decir que una descripción es verdadera o falsa es la *coherencia* con los objetivos que ella se propone, esto es, la coherencia de lo que pone de relieve, de los modos como lo presenta, de los órdenes en los que lo dispone.

Hans-Georg Gadamer nos recuerda que “quien quiere comprender un texto realiza siempre un proyecto”.³ Quien quiere describir un territorio hace algo similar. Aunque no calcula los medios para alcanzar los objetivos, los pone de manifiesto de un modo implícito, pero coherente. Esto quizás explique por qué las utopías que han tomado la forma de

1. De: LOI, A. y M. QUAINI (eds.), 1999: 167-174.

2. WITTGENSTEIN, L., 1921 (Tractatus, 5.634).

3. GADAMER, H.G., 1987.

imágenes y descripciones de ciudades existentes han podido imponerse como proyectos.

En la práctica habitual, me parece que pueden distinguirse cuatro tipos de coherencia descriptiva, generalmente coexistentes, aunque en proporciones muy variables, de tal manera que una de ellas a menudo prevalece.

La primera y la más practicada por los planificadores y diseñadores urbanos es la coherencia que podemos llamar *prescriptiva*: de un territorio se describen sobre todo las características y las condiciones que pueden facilitar o dificultar determinadas transformaciones o ciertas continuidades que, después, los planes, en su forma tradicional, deben codificar.

Una segunda, ahora un poco pasada de moda, es la coherencia *predictiva* que recomienda elegir las variables y las relaciones que puedan ser incluidas en los modelos de cálculo de deducción causal con los que, conocido un estado antecedente y las leyes generales del fenómeno, puede predecir los estados futuros. Los modelos de análisis cuantitativo (por ejemplo, base económica y multiplicador, valor y uso del suelo, etc.) requieren cálculos de este tipo.

Un tercer tipo de coherencia es la *persuasiva* que consiste en elegir todo lo que permite construir y/o comunicar una imagen de los lugares con tal de justificar una cierta visión de las cosas, para legitimar determinadas opciones de proyecto o para inducir comportamientos consecuentes con ellas. Un geógrafo responsable debe evitar el uso espontáneo y sistemático de esta forma de descripción para dejarla a los publicitarios, a la propaganda y a los promotores del marketing urbano. Aunque en toda descripción siempre está presente un componente persuasivo.

Un cuarto tipo de coherencia es la *heurística*. Su importancia ha sido pasada por alto hasta hace poco, porque parecía conducir a descripciones poco “científicas”. Se trata, de hecho, de describir aquello que satisface la curiosidad, que va más allá o, incluso, en contra de las expectativas de sentido común, de las teorías y de las categorías conceptuales establecidas. Este es el caso en el que, como dice Bernardo Secchi, “la descripción resulta el lugar donde surge lo específico, lo local, donde la diferencia deviene irreductible; un esfuerzo para resistir a la linealidad de las explicaciones preconcebidas, al reduccionismo de las imágenes generales, desmenuzándolas en la enumeración de cada acontecimiento”.⁴

4. SECCHI, B., 1995.

•••

Decir que nuestras descripciones no reflejan las cosas, sino las imágenes mentales que tenemos de ellas o aquello que podemos hacer con ellas, equivale a decir que las características físicas del territorio no son el objeto de la descripción, sino el instrumento, no el significado, sino el significante. Los hechos descritos son como las letras de un alfabeto con el cual componemos las palabras y con estas las frases, de acuerdo con un cierto orden fonético, gramatical y sintáctico, capaces de expresar significados. Desde este punto de vista, podemos identificar dos tendencias descriptivas conceptualmente distintas e incluso contrapuestas, pero que de hecho son complementarias e interdependientes. La primera consiste en codificar las formas observables con el fin de trasladarlas a órdenes conocidos, es decir, a significados dados. Esta se parece peligrosamente a aquella que Heinz von Foerster llama “pregunta ilegítima”, es decir, la pregunta de la que ya se conoce la respuesta.⁵ La segunda consiste en seleccionar y combinar las observaciones con el fin de hacer emerger órdenes nuevos, significados latentes. En el primer caso, se buscan en el territorio los “significantes” más adecuados para expresar significados (y proyectos implícitos) ya compartidos. En el segundo caso, se fuerza el significado normalmente atribuido a las cosas representadas, atribuyéndoles nuevos significados, también estos implícitamente de proyecto. En referencia a la comunicación de Massimo Quaini a este congreso,⁶ se puede decir que la primera tendencia es aquella que busca eliminar las sombras y alcanzar la transparencia, mientras que la segunda busca en la opacidad de la penumbra creativa. Si este segundo camino creativo tuviera el consenso necesario, los nuevos significados serían codificados. Por lo tanto, los dos caminos son realmente interdependientes y su relación es similar a la que los lingüistas identifican entre el plano paradigmático y el sintagmático (o entre *lengua* y *habla*).⁷

Es evidente que la forma de descripción más próxima al primero de estos dos caminos es la fundada sobre una coherencia predictiva, mientras que el segundo camino es típico de la coherencia heurística. La primera es la descripción territorial *nomotética*, que busca igualdades, de aquello que es reconducible a principios de orden universal; la segunda es, sin

5. VON FOERSTER, H., 1987: 130.

6. Se refiere el autor al congreso en el que ambos participaron y cuyos resultados fueron publicados en la obra referida LOI, A. y M. QUAINI (eds.), 1999 (N. de E.).

7. La analogía entre estructuras lingüísticas y territoriales ha sido desarrollada en BORGHINI, V.A. (ed.), 1990, y del mismo autor, en BORGHINI, V.A., 1994.

embargo, al menos al principio, de tendencia *idiográfica*, en la medida en que descubre especificidades y diferencias, solo para convertirlas, como se ha dicho, en imágenes y conceptos codificados.

Cabe añadir que, si la esencia del poder es hacer visible lo invisible, la descripción que nos hace ver en el caos de los hechos un orden dado presupone un poder establecido y lo refuerza. En cambio, el camino heurístico, que nos hace ver órdenes nuevos posibles que todos antes veían de otra forma, desestabiliza las estructuras de poder existentes para instaurar nuevas o bien legítima alguna nueva que, sin que nos demos cuenta, ya había ganado la partida.

La parábola de Alberto della Marmora ofrece un buen ejemplo de esta continua reversibilidad de los órdenes latentes en nuevos órdenes constituidos. Lamarmora en los años en que observa, mide y describe Cerdeña con una nueva mirada es un observador peligroso, indigno de recibir el saludo del virrey, pero pocos años más tarde, cuando su visión innovadora de las cosas es legitimada, Lamarmora, convertido en virrey, puede decir con indisimulado orgullo que ahora duerme en el lecho de quien lo había humillado.

Por regla general, este conflicto entre conservación e innovación permanece latente, por lo que la relación entre deseos, descripciones y proyectos resulta contradictoria. Por ejemplo, el paisaje agrada precisamente porque traduce los innumerables significados de un ambiente en formas inmediatamente asequibles por nuestra experiencia.⁸ Lo percibimos, por tanto, como un bien colectivo y deseamos que su valor se conserve. Pero la respuesta a este deseo es la descripción codificada de las cosas que forman el paisaje, como premisa de su conservación. La contradicción es evidente: si en el pasado se hubiera actuado de la misma manera, ese paisaje, con sus significados y sus valores, nunca hubiera existido. El valor del paisaje que se quiere conservar es la potencialidad creativa de sentido; sin embargo, la respuesta es la clausura reductiva de tal potencialidad en la jaula de categorías descriptivas dadas.

Otro ejemplo es el de las periferias urbanas. Aquí el camino es inverso. Se quiere mejorar un ambiente considerado pobre de significado y de calidad, caótico, desordenado. Estas características en parte derivan de los esquemas reductivos (utilitaristas, individualistas, etc.) que han dirigido la construcción

8. BEROQUE, A., 1990: 111 y ss.

de las periferias y en parte derivan de nuestro modo de verlas y de describirlas. Las recetas más extendidas descuidan este último aspecto y prescriben extender a las periferias de la ciudad aquellos caracteres que han sido codificados como cualidades superiores de las áreas centrales (“hacer que las periferias se vuelvan como los centros”, recitaba el famoso programa francés *Banlieues*).⁹ Pero también existe otro camino posible y no necesariamente alternativo: el de descubrir significados latentes en las formas aparentemente caóticas de los paisajes de la suburbanización y de la periurbanización e, incluso, nuevos significados en las formas ya codificadas. Se trata, por ejemplo, de la operación que han comenzado con éxito Stefano Boeri, Arturo Lanzani y Edoardo Marini en su estudio dedicado a la región milanesa.¹⁰

•••

Las descripciones de alta componente heurística, que buscan descubrir órdenes nuevos en el aparente desorden de los hechos, son tal vez las más interesantes y las más necesarias. Pero no todas lo son del mismo modo. Hoy en día sirven aquellas que reconocen y conservan la complejidad de los hechos, es decir, aquellas que no tratan de reconducir todo a ciertos principios de orden universal, de los cuales puedan deducirse, preverse, o prescribirse los órdenes locales.

La primera condición para describir la complejidad es la de saber *describir las descripciones*: es decir, ser consciente del hecho de que la descripción deriva, como se ha dicho, de una elección subjetiva (aunque ampliamente compartida, o destinada a serlo) y que esta refleja ciertas imágenes y modos de ver también ellos subjetivos. Para quien quiera practicar conscientemente el arte de la descripción proyectiva –muy cercana al de la descripción interpretativa o “densa” de la que habla C. Geertz—¹¹ es imprescindible remontarse a las matrices constitutivas de las representaciones colectivas (existentes y posibles). Esto significa derivar los mapas visibles de los invisibles, pero muy reales, que guían las acciones de los actores locales, revelan los principios organizativos de ellos, los órdenes espaciales propios de los diferentes contextos y, en definitiva, su identidad.¹²

Pero si nos limitásemos a este examen, el territorio aparecería como una colección de fragmentos, cada uno

9. *Banlieues*, 1989.

10. BOERI, S., A. LANZANI y E. MARINI, 1993. Véase también LANZANI, A., 1991.

11. GEERTZ, C. 1987, cap. I.

12. Acerca de las aplicaciones territoriales de la teoría de la autopoiesis de H. Maturana y F. Varela, véase: CAVALLARO, V., 1994.

muy rico de significado, pero sin sentido en conjunto. La fragmentación (que podemos encontrar en el corazón mismo de las metrópolis) no solo es la consecuencia normal de la complejidad, sino que hoy en día es también el resultado de ese conjunto de prácticas productivas y reguladoras conocidas con el nombre de postfordismo.¹³ La globalización de flujos, la flexibilidad productiva, social y de localización, la aceleración del cambio y de la movilidad no producen de hecho ningún orden universal visible en el espacio. Al contrario, rompen los órdenes preexistentes, como el basado en gradientes regulares que van del centro a la periferia, un orden que era visible hasta los años 70 y que constituía la base de tantas interpretaciones del espacio económico y social. Las tendencias actuales refuerzan, en cambio, más o menos directamente, las diferencias específicas de los lugares como ventajas competitivas, de sentido de pertenencia, de reivindicaciones localistas.

Esto parece plantear a quien quiera describir hoy los fenómenos territoriales –no importa a qué escala, desde la escala de barrio urbano a la planetaria– una elección entre dos tipos de espacios: el territorial o extensivo de los mapas geográficos, que estamos habituados a pensar como “espacio físico”, y el topológico de los flujos, de las redes y de sus nudos de interconexión, que nos aparece como un espacio virtual porque lo que sucede en él ya no depende de la distancia física ni de los caracteres estables de los lugares. Mientras que el primer tipo de espacio debiera permitirnos describir los lugares como fragmentos de territorio, el segundo nos permite describir el espacio global de los no-lugares:¹⁴ un espacio hecho solamente de líneas (flujos, interacciones) y de puntos (conexiones, nudos), puntos que no tienen ninguna entidad física y, por lo tanto, no pueden tener significado propio. Ni siquiera aquella “última manifestación de la palabra antes del silencio” que Kandinsky veía en los puntos sobre el lienzo y que podía aquí consistir en dar a cada “nudo” el nombre (o, al menos, las coordenadas) de un lugar verificable sobre la faz de la tierra. Pero esto daría al espacio de las redes anclajes, firmeza, incompatibles con su función de representar la extrema movilidad y libertad combinatoria de la “sociedad de la información” (una red de solo 6 nudos permite ya 32.768 configuraciones diferentes) y de legitimar la innovación y el cambio en cualquier dirección que vaya y cualquier

13. BAGNASCO, A., 1990; BENKO, G. y A. LIPIETZ, 1992.

14. AUGÉ, M., 1992.

reestructuración que comporte de los “nudos” y de sus conexiones.

Estos dos tipos de espacio son mutuamente excluyentes en el plano conceptual y en el ideológico, pero eso no excluye que los hechos por ellos representados se encuentren, en cambio, asociados y sean interdependientes en la vida cotidiana. Hoy podemos fácilmente constatar que “cuando todo circula y se intercambia, los puntos fijos se vuelven vitales”.¹⁵ De hecho, precisamente la movilidad extrema de las redes y de los flujos es la que reclama a los lugares manifestarse en su especificidad, donde ofrecer al sistema global esos anclajes de enraizamiento sin los cuales no podría funcionar. Son los caracteres de los lugares, estables en el tiempo, los que atraen a los “nudos” de las organizaciones globales en red y les ofrecen los *milieux* óptimos para sus conexiones recíprocas y los recursos potenciales que, transformados en valores (económicos y no-económicos), alimentarán los flujos de las propias redes globales.

Describir un territorio es, por lo tanto, una operación contradictoria, porque nos obliga a visualizarlo de forma conjunta en un espacio físico local y en un espacio virtual global. Quien describe debe superar continuamente la tentación radical de tomar uno de los dos puntos de vista excluyendo el otro. Esa es también la tentación de los ciudadanos y de las administraciones locales, cuyas respuestas a los estímulos externos desestabilizantes oscilan entre la conservación y el cambio; entre el repliegue nostálgico sobre la herencia del pasado y el riesgo de comprometerla y desvanecerla arriesgándola en la competición del marketing territorial; entre el deseo de seguridad y de identidad que conduce al encierro localista y el temor de que, actuando así, el futuro pueda ser cada vez más incierto.

¿Puede una descripción hecha por geógrafos representar estas alternativas con los sentimientos contrapuestos que la promueven? Sí, si es una descripción que sabe describirse a sí misma; si sabe explicar el significado de lo que representa, cómo lo dice y por qué; si sabe captar en la dimensión física del territorio las identidades (a menudo múltiples) de los sujetos; si detrás de las cosas y las relaciones entre ellas sabe hacer ver deseos, intenciones, uniones sociales en torno a proyectos. De esta manera, la descripción puede hacerse ella misma, de manera implícita y conscientemente, proyecto.

15. LERESCHE, J.-PH.,
D. JOYE y M. BASSAND
(dir.), 1995: 4.

¿QUIÉN PROYECTA EL TERRITORIO?¹⁶

¿Cómo se sitúa hoy el “proyectista del territorio” (arquitecto, urbanista, *planner*) entre las ciencias sociales y las ingenierías?
¿Qué hace, o puede hacer, que los otros no hagan?

En resumen, mi tesis defiende que proyectar el territorio comporta esencialmente construir representaciones interpretativas de los contextos locales en su relación con las dinámicas globales. Intentaré ahora aclarar el significado de estos términos.

Al decir que el proyectista del territorio representa y al mismo tiempo interpreta, quiero decir ante todo que se sitúa en una posición de escucha, de exploración de nuevos significados, para descubrir posibilidades ya contenidas en los estados de cosas existentes. También quiero decir que para representar estos no (aún) existentes, él debe forzar los límites del lenguaje y de las categorías conceptuales al uso, al situarse en la penumbra de las relaciones significante-significado.

En particular, se trata de introducir en los circuitos del intercambio comunicativo imágenes conceptuales que tengan como referentes literarios cosas y lugares concretos, pero que en realidad significan posibles relaciones intersubjetivas capaces de introducir en el discurso significados conectados a intenciones, a expectativas, a proyectos implícitos.

Por ejemplo, el urbanista con la *forma urbis* representa la posible *forma civitatis*, no porque una sea condición necesaria para la otra (o viceversa), sino porque la primera es un depósito de sentido común (de “legados materiales”, como diría Secchi) a tener en cuenta para proyectar la segunda.

Se trata de un procedimiento esencialmente retórico, cuya racionalidad no es de tipo causal (como en la física o la ingeniería), sino que sigue más bien las reglas de la deducción práctica (intenciones, medios y condiciones, resultados).

Es además una práctica política consciente, en la que los elementos subjetivos coyunturales y contextuales, implícitos en las representaciones, deben ser razonadamente explicitables en el proyecto. Se trata de una representación que es eficaz si es ya en origen constitutiva de las situaciones que representa: las elabora, pero al mismo tiempo es, con el proyecto, elaborada por ellas.

Esta actividad mantiene una relación activa y pasiva tan estrecha con las ciencias sociales que creo se puede decir que forma parte de ellas o, al menos, es una forma de proyección social.

16. DEMATTEIS, G. “Per progettare il territorio”, *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, XXII (1991), n. 42, p. 97-100.

De la penumbra de las metáforas y de las metonimias, trae al punto de mira del análisis lo que la teoría ignora. Su contribución es altamente heurística y tiene como efecto la modificación de las categorías conceptuales y las temáticas. En cambio, la ambigüedad de sus imágenes se aclara parcialmente; los contenidos implícitos son explicitados, vueltos clasificables y, por tanto, aptos para la comparación razonada.

La relación con la ingeniería es de exclusión en el plano lógico y de inclusión en el práctico. La exclusión corresponde a la oposición ingeniero-*bricoleur*¹⁷ y más radicalmente, para referirme a Gunnar Olsson, deriva de que no cabe apartar, recíprocamente, la lógica dual de la deducción causal (denotativa, referencial, extensiva, basada en la identidad matemática) y la lógica modal y polivalente de la deducción práctica (connotativa, basada en la equivalencia relacional, capaz de un uso creativo de la ambigüedad y de la contradicción).

El proyecto territorial no representa objetos, sino sujetos, pone en relación puntos de vista diversos, por lo que no excluye contradicciones y conflictos, sino que los pone en el centro de atención. Su punto fuerte es conservar la complejidad. Su riesgo es la cháchara o la legitimación y el ocultamiento de la pura acción estratégica.

El proyecto territorial puramente ingenieril, reduciendo los sujetos y los objetos bajo el gobierno de una (implícitamente construida) necesidad tecnológica, tiene como punto fuerte la operatividad material, pero amenaza la destrucción del territorio como consecuencia de la arbitraria reducción de la complejidad.

En el terreno práctico no hay, sin embargo, exclusión porque el arquitecto, el urbanista y el propio *planner* deben ser de algún modo ingenieros si quieren representar en el proyecto las relaciones que los sujetos tienen con las cosas y entre sí por medio de las cosas. El contenido ingenieril (comprendido el económico-medible) está por tanto incluido en las representaciones, pero no las domina con su supuesta necesidad: al contrario, queda subordinado, en tanto que medio, a las razones de los diversos contextos locales.

A diferencia del ingeniero o del economista espacial, el proyectista territorial se ocupa de lugares antes que de espacio. En las representaciones territoriales el espacio es un operador lógico, que puede tener propiedades diversas (euclidiano o no, topológico etc.,) dependiendo de cómo se quieren representar las

17. Según LEVY-STRAUSS.

conexiones entre los lugares (por contigüidad, por gradientes, por mosaicos, por redes, etc.). A su vez, los lugares no son entendidos como áreas geográficamente definidas, ni definibles y ni siquiera como soportes pasivos (*setting*, según Giddens) de relaciones entre sujetos, sino como conjuntos específicos, diferenciados (en el tiempo y en el espacio) de tales relaciones. También aquí de lo que se habla no es de la *urbs* sino de la *civitas*.

Ni los lugares ni los sujetos podrían ser hoy los que son sin conectarse con otros lugares y otros sujetos más o menos lejanos, con una red de relaciones supralocales, con tendencia global. En este sentido, lo global es condición para la existencia de lo local y, en cierto modo, lo local se constituye a través de lo global. Sin embargo, lo contrario también es cierto. Desde el momento en que la esencia de lo local se da por principios de autoorganización capaces de generar y de reproducir identidad propia a través de cambios interactivos con niveles territoriales superiores, lo global no podría existir sin tales interacciones ni podría determinarlas de forma autónoma. Si existe una dinámica territorial es porque no se da ni autonomía local absoluta, ni completa homologación de lo local por parte de lo global, sino cada vez solamente respuestas, localmente diferenciadas y no determinadas a priori, a impulsos (estímulos, perturbaciones, etc.) globales [ver más en el capítulo 3].

Proyectar el territorio significa pues, ante todo, representar diversidades, como posibles respuestas locales a mutaciones globales, y comporta forzar los límites de los lenguajes universales para hacerlos capaces de acoger (comprender) y vehicular “razones” y valores locales.

Esto implica de nuevo un intercambio con las ciencias sociales, especialmente aquellas como la sociología, la antropología y la lingüística que han revisado recientemente la formulación de la relación micro-macro en términos de complejidad y de rechazo del reduccionismo que, sin embargo, domina todavía en la teoría económica (para la que, al ser lo local una simple parte de lo global, es reducible a las propiedades de este).

Por lo que se refiere a la urbanística y a los planes territoriales, reconocer la autonomía de lo local implica obviamente una superación (tanto en la práctica corriente como en la teoría) de la lógica cartográfica y, más en general, del uso de los “datos” y las informaciones “objetivas” (en el sentido de no contextualizadas, como por ejemplo en el GIS): en definitiva,

de todo lo que implica un tratamiento de los problemas territoriales dentro de una lógica puramente ingenieril. La propia expresión “ingeniería del territorio” (como la de “ingeniería social”) es una contradicción en sí misma.

En conclusión, esto es lo que a mi entender distingue principalmente al proyectista del territorio de las figuras clásicas y todavía dominantes del ingeniero y del macroeconomista y lo que lo acerca al mismo tiempo a los nuevos paradigmas de las ciencias sociales y a su capacidad para representar las posibilidades incorporadas en contextos específicos. Eso requiere tener en cuenta tanto las “necesidades” inherentes a las dinámicas globales como las que regulan la reproducción de las identidades locales. Esta visión pluricentrada de la realidad reintroduce a los sujetos en la representación de las cosas, sus diferentes puntos de vista, sus afinidades y sus conflictos: en definitiva, lo que más interesa conocer para proyectar y que una visión falsamente “objetiva” del territorio tiende en cambio a eliminar.

Un buen ejemplo de la importancia de considerar las representaciones geográficas como construcciones mentales pertinentes para los fines a conseguir es el ofrecido por el reciente debate sobre los planes paisajísticos.

DESCRIBIR EL CAMBIO: VERTICAL-HORIZONTAL, ENDÓGENO-EXÓGENO¹⁸

La descripción geográfica pone en el centro de su atención buena parte de lo que las ciencias sociales más analíticas y, sobre todo, la economía consideran como *medio*,¹⁹ es decir, aquel conjunto de hechos (“naturales” e “históricos”, materiales y no materiales) que, derivando de procesos de larga duración, pueden ser considerados como caracteres *estables* o bien “propiedad” de determinados lugares, regiones, países.

Sin embargo, hay una convergencia entre las recientes concepciones del “espacio geográfico” y la óptica con la que las ciencias económico-sociales se aproximan hoy a los problemas del *medio*. En ambos casos los sistemas locales, regionales, nacionales e internacionales tienden a ser vistos como parte de los sistemas del *medio* al nivel territorial correspondiente. Esto permite que lo que hasta ayer era considerado “externo” pase a convertirse en “interno” en una explicación multidisciplinar de los hechos territoriales.

18. DEMATTEIS, G., “L'ambiente come contingenza e il mondo come rete”, *Urbanistica*, n. 82, 1986: 112-117.

19. BECATTINI, G., 1984; BRESSO, M., 1982.

Incluso la actitud de la geografía ha cambiado. Quien hoy visita con el debido respeto las ruinas de la “revolución cuantitativa” de los años 50, debe reconocer que se ha producido una mutación, que la crítica sucesiva –desde la neomarxista a la más reciente hermenéutica– ha vuelto probablemente irreversible. Se trata de la conciencia de que los hechos del *medio* no poseen un valor absoluto, no pueden ser estudiados objetivamente en sí mismos ni por sí mismos, sino que reciben siempre un valor en el marco del sistema de relaciones en el que se encuentran. El análisis geográfico deberá pues partir de estas relaciones, estudiadas de manera precisa por la economía y por las otras ciencias sociales.

La piedra angular de tal perspectiva es el concepto de *posición geográfica* ya no referida a la malla de los meridianos y los paralelos (posición absoluta) sino a una retícula mucho más compleja dibujada sobre la faz de la Tierra por los flujos de personas, bienes materiales, informaciones, decisiones, etc., que corresponden a todo tipo de intercambios: económicos, políticos, culturales. En esta concepción relacional del espacio geográfico²⁰ el valor de un lugar se convierte en valor de cambio (en el sentido más amplio ya dicho) que, en un sistema dado de relaciones entre sujetos, se atribuye a algunas de sus características ambientales específicas. Usando una categoría de Francis Hirsch, que B. Secchi ha demostrado fructífera en el campo de la urbanística,²¹ se puede hablar de valor “posicional”.

En este punto surge la tentación de resolver todo diciendo que aquellas que parecen ser “propiedades” originarias de los lugares tienen su origen *único* en la red de relaciones sociales en la cual tales “propiedades” (y los propios lugares) se constituyen. Pero es demasiado simple: las cuestiones hoy más interesantes permanecen sin respuesta si eliminamos del todo el “espacio absoluto”.

Tratemos de pensar cada lugar de la Tierra como conectado o conectable a los otros a través de la mencionada red de relaciones, que llamaremos “horizontales”. Si el medio terrestre fuese indiferenciado, tal red determinaría unívocamente la localización de las distintas actividades. Pero dado que, en cambio, el espacio geográfico está ya diferenciado, de manera previa e independiente de ella, cada hecho social se localiza en la confluencia de ciertas relaciones “horizontales” con ciertos nexos “verticales” (de tipo técnico, ecológico y cultural), que ligan la acción humana a ciertas condiciones territoriales naturales e históricas preexistentes, específicas de cada lugar, que vienen

20. VAGAGGINI, V.,
1982: 348-359.
21. SECCHI, B.,
1984: 37 y ss.

“dadas”: por lo general no reproducibles a voluntad y difícilmente modificables en su conjunto.

Si excluimos del análisis del territorio uno de estos dos órdenes de relaciones, acabamos o bien en la tautología banalizante de la modelística “espacial” pura o en la metafísica del valor de uso. Los modelos de relaciones “horizontales” puras (por ejemplo Von Thünen, Christaller, Lösch, etc.) nos ofrecen un orden espacial ya contenido en las premisas de las teorías de las que son derivados y resultan en sí mismos incompatibles con cualquier desarrollo inesperado.

El examen de solo las relaciones “verticales” produciría, en cambio, enumeraciones de contingencias locales, de por sí sin significado si no hubiese algún principio trascendental (providencialismo, determinismo geográfico, teleología historicista, etc.) que darle, haciéndonos creer que el orden que se desea conservar o instaurar ya está en las cosas o nacerá de ellas según un programa preestablecido.

Creo que a estos resultados tautológicos se llega no porque estas dos diferentes (y conceptualmente opuestas) perspectivas no contengan cada una de ellas una parte de verdad, sino porque ninguna de las dos es sustituible por la otra sin dejar restos.

Esto sirve específicamente para el desarrollo local y regional, que, a mi entender, puede ser descrito solo como desarrollo de condiciones y de recursos del medio (relaciones “verticales”) a través de un proceso de interacción con una trama de relaciones de producción y de intercambio de nivel territorial más amplio (relaciones “horizontales”). Si es así, entre las interpretaciones “endógenas” y “exógenas” del desarrollo se crea seguramente oposición, pero no hay alternativa. El desarrollo llamado “endógeno” es un hecho de organización local –es decir, inicialmente, una anomalía o al menos una contingencia en la red de relaciones “horizontales”– el cual debe sin embargo integrarse con (y alguna rara vez imponerse como) un orden global.

Pero ¿cómo se puede describir en la práctica la articulación de relaciones “horizontales” y “verticales” recíprocamente irreducibles? De nuevo, de acuerdo con el problema del desarrollo local, se trata de entender cómo ciertas características “propias” de un lugar (o incluso de una región), aun existiendo desde hace mucho tiempo como simples hechos físicos o histórico-culturales, en algún momento se vuelven, por ejemplo, valores económicos o condiciones idóneas para la producción de valor.

Para una teoría económica que considera los efectos útiles de las características del *medio* como “externalidades”, su papel no puede ser sino pasivo, mientras que solo ciertas relaciones “horizontales” (por ejemplo, el sistema de precios) pueden ejercer una función activa, seleccionando los hechos locales destinados a producir y a convertirse en valor. Según una interpretación radicalmente exógena, el desarrollo de territorios marginales solo puede ser visto como una expansión geográfica de áreas ya desarrolladas (contiguas o no), según ritmos más o menos rápidos, dependiendo de las condiciones ambientales del “medio” (el territorio) en el que el desarrollo se “propaga”.

Tal vez eso explica la simpatía con que fueron recibidos también en los estudios económicos los modelos de difusión, ya desarrollados por las disciplinas ecológico-geográficas. Pero como en todas las contextualizaciones que enfatizan las relaciones “horizontales” a expensas de las “verticales”, la utilidad de estos modelos es puramente instrumental. Su función cognitiva es esencialmente analógico-metafórica: como modelos geográficos no deben tomarse demasiado al pie de la letra; incluso si es precisamente la forma geográfica la que vuelve ideológicamente fuertes sus propios contenidos, siendo estos teóricamente débiles.

Si tratamos de simular con ellos el desarrollo territorial, nos damos cuenta de que la dinámica del proceso es incompatible con la lógica del modelo. En primer lugar, el crecimiento territorial es discontinuo en el tiempo. La presunta propagación no consiste en una expansión en superficie lenta y progresiva. Procede por fases breves de avance rápido (como la industrialización italiana periférica a mitad de los años 70), alternada con fases más largas de consolidación o incluso de regresión.

Tales tendencias temporales tienen casi seguro alguna relación con los ciclos largos de la economía. Estas relaciones, por tanto, y no el mecanismo banal de la difusión espacial, parecen ser el elemento decisivo del proceso. Además, el crecimiento territorial se presenta también discontinuo en el espacio. Y no solo porque, como se ha dicho, cada territorio presenta de partida una diferenciación (lo que no invalidaría el modelo, que puede ser introducido de vez en cuando como información externa en los procesos de simulación tipo Montecarlo), sino porque el proceso de desarrollo implica siempre en cierta medida la intervención de sujetos locales

como agentes de procesos interactivos. Los modelos más adecuados para describirlos son los de la autoorganización. De hecho, no hay solamente organización de “ruido” local, según un orden externo y preexistente (y, por tanto, predecible y simulable territorialmente), sino que hay producción de diferenciación y complejidad, es decir, *creación* de orden, a partir de (y, en cierto sentido, obra de) lo que al inicio del proceso parece pura contingencia local.

Así, por ejemplo, los “sistemas industriales locales” o “distritos”, formados en la Italia “periférica”, no parece que puedan ser descritos como resultado de acciones con carácter retroactivo, aunque complejas, que permitan determinar un cierto *output*, conociendo desde el exterior determinadas variables de *input*. Y ello precisamente porque las variables externas conocidas (relaciones “horizontales”) interactúan con variables internas a través de relaciones “verticales”, cuya relevancia en orden a una eventual modelización se puede conocer solo *a posteriori*, a través de una reconstrucción histórica del proceso.

En estos casos no es tanto la distancia (física u otra) la que decide la *localización* del desarrollo, sino más bien la componente endógena del proceso, de por sí no predecible.

Así, por ejemplo, en los Estados Unidos, la expansión industrial de los años 70 desde el *Frost belt* al *Sun belt*, se “saltó” buena parte de los estados intermedios, pese a que estaban más cerca de las áreas “fuertes” y presentaban condiciones objetivas aparentemente favorables. En los mismos años en Italia la industrialización periférica parece, a grandes líneas, haberse dilatado en mancha de aceite, pero en un análisis más atento la contigüidad se revela como un hecho secundario respecto a otras características “propias del medio”, como por ejemplo la estructura y las funciones tradicionales de la familia labradora o las tradiciones de microemprendimiento urbano.

El proceso, reconstruido *a posteriori*, revela una inesperada conexión de estos hechos “subjetivos” con ciertas condiciones “objetivas”, algunas ya conocidas (pero no como posibles componentes del proceso) como la trama del asentamiento rural y urbano, la densidad de población, etc. Se constata también que, en ausencia de este complejo de condiciones locales, incluso en situaciones próximas a las áreas industriales “fuertes” o “centrales” del noroeste, la difusión industrial ha sido muy escasa:

por ejemplo, en la mayor parte de la llamada llanura baja del Po, a lo largo del eje del río desde Vercelli hasta el delta, o incluso en la franja costera de Liguria, etc.

En todos estos casos, las variables que describen el desarrollo local pueden ser consideradas como dependientes de aquellas que definen el orden global preexistente. La diferenciación local de la sociedad y de la economía aumenta de hecho la complejidad de los sistemas de nivel superior modificando su estructura interna. Aunque rara vez, esto incluso puede acontecer hasta a escala planetaria, como demuestran los casos de Gran Bretaña en el siglo XVIII, de Alemania en el XIX y, más tarde, de los Estados Unidos y de Japón.

Por tanto, si nos contentamos con describir estos procesos desde el exterior y de un modo simplificado, parece más conveniente recurrir a metáforas con una connotación espacial más débil, como es el caso del “umbral” territorial crítico. Por ejemplo, a ningún geógrafo físico se le ocurriría atribuir a la “difusión” el hecho de que si baja el nivel del mar se extiende la tierra firme, cuando el fenómeno puede ser fácilmente explicado por la presencia de aguas poco profundas.

Es cierto que también la analogía del “umbral” presupone que las condiciones locales pueden ser conocidas a priori (como la profundidad de los fondos), lo que excluye el carácter interactivo y autoorganizativo del proceso. Sin embargo, ella no nos conmina a imaginar cosas que no existen, mientras que nos obliga a ver ciertas acciones del medio local decisivas, aunque no previsibles (además de ofrecer, dentro de la planificación territorial un enlace útil con el análisis de resultados). Una de las ventajas de esta aproximación es la de proporcionar una referencia teórica a la rica cosecha de observaciones geográfico-empíricas recogidas en los últimos diez años a través de los modelos analógico-descriptivos del “ciclo de vida urbano” y de la “contraurbanización”, los cuales, como he tratado de demostrar otras veces, se fijan en hechos estrechamente relacionados con el desarrollo local y regional periférico.²²

22. DEMATTEIS, G., 1985b; véase también el capítulo III.

LA DESCRIPCIÓN DEL TERRITORIO: MARCOS AMBIENTALES, MATRICES HISTÓRICAS, URBANIZACIÓN RECIENTE²³

Una descripción geográfica pertinente desde el punto de vista urbanístico, de naturaleza tal que represente los componentes y las relaciones que interesan a quien se proponga transformar y organizar ciudades y territorios con ciertos objetivos, requiere concebir el propio territorio como un sistema de elementos conectados que interactúan entre sí. Hay que tener en cuenta que el “sistema” no es la realidad, sino una construcción mental de cómo nosotros nos la representamos, es decir, un “modelo” simplificado. Es selectivo, pero no arbitrario: debe tener relación con nuestro comportamiento en el mundo exterior, debe permitir y sugerir acciones efectivas.

Entre los “modelos” más o menos simplificados de la realidad que nos rodea toma particular importancia el del ecosistema, que representa un conjunto localizado en múltiples niveles de seres vivos pertenecientes a diferentes especies (incluida la humana), relacionados entre sí y con el medio inorgánico que los acoge (suelo, clima, agua, manufacturas, etc.). Este se puede descomponer en muchos modelos parciales que se refieren a determinados subconjuntos de elementos y de relaciones: por ejemplo, los que describen la dinámica de los cursos de agua, la evolución de las condiciones meteorológicas, las relaciones depredador-presa, las variaciones demográficas, el tráfico por carretera, la ubicación de las fábricas, etc. La eficacia de estos modelos parciales es muy limitada y a veces incluso negativa, si no se tienen en cuenta sus propias relaciones con el ecosistema del que forman parte o con los ecosistemas de nivel geográfico superior, hasta la biosfera. Por ejemplo, la ubicación óptima de los asentamientos no solo debe tener en cuenta variables económicas del modelo, como el coste del suelo, de los transportes, de la mano de obra, etc., sino también el consumo de suelo, de agua, de energía y las posibles contaminaciones que afectan al equilibrio del ecosistema y que escapan total o parcialmente al balance económico del modelo mismo.

El modelo de ecosistema es, por tanto, la referencia ideal de toda descripción geográfica eficaz. Pero como ya hemos visto, al tener que lidiar con todo lo que existe sobre un territorio, la geografía tiene una capacidad explicativa limitada. En otras palabras: para describir un territorio como una

23. En DEMATTEIS, G., 2007, “Geografía del territorio”, en BENEVOLO, L. y E. PIRODDI (ed.), sec. E.1.3., 2006-2009.

estructura ecosistémica sería necesaria una comprensión analítica de las relaciones (causales, probabilísticas, complejas) que por lo general solo se puede tener con grandes simplificaciones y recurriendo a la colaboración de especialistas de diversas disciplinas como la geología, la botánica, la ecología, la demografía, la economía, etc. Por tanto, el modelo de ecosistema sigue siendo una referencia ideal para las representaciones cuyo objetivo principal es el de proporcionar un marco razonado de los elementos pertinentes basado en la combinación de relaciones geográfico-espaciales horizontales y verticales. La principal utilidad de estas imágenes asociativas es la de sugerir hipótesis de *conjunto*, interpretativas o de proyecto. Cualquier profundización y comprobación del análisis puede delegarse en disciplinas especializadas particulares.

Obviamente, también la descripción geográfica, mientras trata de construir imágenes de conjunto, debe proceder por fases de análisis. Un modo eficaz de describir y comprender los contextos territoriales es descomponerlos mentalmente en diferentes conjuntos de elementos que han ido sedimentando en el curso de la larga evolución natural y humana, es decir, en los que constituyen los *componentes genéticos* del territorio. Podemos distinguir esos componentes en función de su pertenencia a *tres grandes fases*. La primera, anterior a la agricultura, donde los procesos evolutivos eran esencialmente naturales, es la que ha generado un conjunto de elementos agrupables en los *marcos ambientales*. Una segunda fase, que comprende desde la primera transformación agropastoril hasta la era industrial moderna, presenta estructuras de asentamiento y territoriales generadas en un largo periodo que percibimos como *matrices territoriales* de las estructuras actuales. La tercera fase, que corresponde a la mayor parte de los procesos territoriales más recientes, es la que da lugar a las *formas de la urbanización reciente*. Los conjuntos de componentes que corresponden a las dos primeras fases son considerados como un *legado del pasado* que se convierten en parte del medio y de los paisajes actuales no solo como objetos materiales sino también y, sobre todo, como principios de organización a tener en cuenta en la interpretación de ciudades y territorios y en el proyecto de sus transformaciones.

1. *Los marcos ambientales*²⁴ incluyen todos los componentes derivados de procesos naturales o predominantemente naturales. Nuestra relación con ellos es, desde siempre, de tipo coadaptativo. De hecho, a la larga, no hay una necesaria dependencia entre las sociedades humanas y el entorno natural en el que viven, porque cada una de ellas da diferentes respuestas a los estímulos y a las oportunidades ofrecidas por el medio, según las representaciones colectivas que de este se dan, de los medios técnicos disponibles, de las relaciones con otras sociedades y culturas, es decir, de factores subjetivos en continuo, aunque lento, cambio.²⁵ Lo que parecen “vocaciones” del *territorio* son en realidad el resultado de nuestras *elecciones* en una cierta gama de potencialidades que cada territorio presenta a lo largo de la historia. No son sino *nuestras* vocaciones.

Es importante conocer los “marcos ambientales” (y también las “matrices”, de las que se hablará más adelante) no solo por los vínculos objetivos que suponen para nuestra acción, sino también por las oportunidades que ofrecen a quienes tengan la intención de organizar, calificar y desarrollar los contextos territoriales. Por ejemplo, el entorno de un río en las proximidades de un centro urbano, además de las propias implicaciones naturales (inundaciones, niebla, etc.) está hoy, culturalmente (y, a menudo, incluso institucionalmente), sujeto a restricciones que limitan su uso intensivo, los vertidos contaminantes y las excesivas derivaciones, porque nuestra sociedad lo considera como un activo que debe ser preservado y protegido, con diferentes finalidades: disfrute del ocio colectivo, “corredor ecológico” para la protección de la biodiversidad, preservación de los valores estéticos, paisajísticos, etc. Por lo tanto, ese entorno entrará en la descripción del marco ambiental como algo que hemos heredado por evolución natural y que debemos tener en cuenta en nuestros proyectos de construcción e intervención, ya sea como fuente de riesgo (inundaciones, etc.), ya como bien común dispensador de “servicios naturales” útiles²⁶ no privatizables, ya aun como valor patrimonial a conservar y transmitir a las generaciones futuras.

Deben ser considerados como componentes del marco ambiental incluso aquellos hechos de origen natural cuyo valor ambiental ha sido comprometido en gran medida por la artificialización del ecosistema. Por ejemplo, el curso de agua

24. El concepto fue introducido y desarrollado por Lucio Gambi en GAMBÌ, L., 1972.

25. Este concepto, denominado *possibilismo geográfico*, fue teorizado por Lucien Febvre en FEBVRE, L., 1922.

26. Véase FERLAINO, F. (ed.), 2005.

del ejemplo anterior, en su recorrido urbano, puede ser canalizado, entubado, “soterrado”. Así puede haber perdido casi todos los valores anteriormente mencionados y, sin embargo, como “cuerpo hídrico” natural (algo que no hemos hecho nosotros que ni podemos, aunque lo quisiéramos, eliminar del todo) sigue siendo un componente del marco ambiental a tener presente. De hecho, a partir de él se pueden imaginar intervenciones de restauración parcial de los valores ambientales originales (“restauración ecológica”) con el fin de mejorar el entorno urbano en su conjunto.

El siguiente listado presenta los principales componentes de los marcos ambientales para cuyos análisis se remite a la manualística especializada:

- a) Geolitológicos. Los tipos de roca que con sus diferentes consistencia y dureza influyen en las formas del suelo, ofrecen recursos mineros, etc.
- b) Geomorfológicos. Las formas del relieve: montañas, colinas, llanuras, conos aluviales, terrazas; morfologías glaciares, fluviales y marinas, etc.
- c) Hidrográficos e hidrológicos. La red de los cursos de agua naturales, los manantiales, los ríos con sus correspondientes perfiles verticales y horizontales, cauces, caudales, regímenes, etc., los pantanos, los lagos, las lagunas, los mares y las costas.
- d) Climáticos. Las variaciones climáticas debido a factores altimétricos, topográficos (exposición), de posición (marítimas, continentales, etc.).
- e) Edafológicos. Los diferentes tipos de suelos y su capacidad de uso, de la que dependen la cobertura vegetal natural y los cultivos.
- f) Biogeográficos. Las coberturas vegetales naturales o seminaturales (bosques, prados, brezales, etc.) y la fauna silvestre.

Debe hacerse hincapié en que la importancia de los componentes particulares del marco ambiental no depende de su dimensión, ni solamente del papel que desempeñan en el ecosistema. Depende de cosas poco llamativas como una línea de cresta, la pequeña pendiente de una terraza fluvial, el borde de un bosque y similares, que pueden desempeñar un papel muy importante en un determinado contexto de proyecto. También



Fig. 1. La ciudad difusa en la región del Veneto central (de MUNARIN, S. y M.C. TOSI, 2001). El área representada es la comprendida entre Bassano, Treviso, Venecia y Padua. Al norte de Padua se evidencia la cuadrícula de la antigua centuriación romana que sirve de “matriz” de la periurbanización reciente.

debe tenerse en cuenta que los marcos ambientales pueden tener dimensiones geográficas muy variadas. Se puede hablar de “marcos” regionales (por ejemplo, la llanura del Po, la franja costera del Alto Adriático, etc.) y también de unidades territoriales muy pequeñas (por ejemplo, la ribera de un río, una colina, etc.). Los límites de un marco ambiental corresponden mayoritariamente a un área de intervención y no a un ecosistema o a una región natural bien definida. Como cualquier esquema conceptual geográfico, el “marco ambiental” no es un modelo explicativo, sino solamente descriptivo. Es una especie de inventario razonado de los elementos naturales y de sus relaciones que, en cierto momento y en un área determinada, se presentan como *invariantes* en el largo plazo histórico. Son legado de un pasado que a menudo es ajeno a nuestras lógicas actuales, pero con el que hay que continuar interactuando para adaptarse a sus reglas (las leyes del ecosistema) y para adaptarlas a nuestras necesidades y a nuestros proyectos.

2. *Las matrices territoriales.* La palabra “matriz” (literalmente: “madre”) indica el “molde” original del cual algo toma forma. En nuestro caso este “molde” está determinado por las formas con las que las sociedades humanas que nos han precedido han conformado el territorio para adaptarlo y adaptarse a él según sus capacidades y necesidades. Tales necesidades derivan de la cultura, de la economía, de la organización social y política de dichas sociedades, así como de ellas y de su capacidad técnica derivan las formas y las construcciones que han llegado hasta nosotros.

Gran parte de esas obras e instalaciones ya no responden a sus funciones originales y resultan ahora ajenas a nuestras necesidades. Sin embargo, por varios motivos (estéticos, identitarios, utilitarios, etc.) estas “herencias del pasado” pueden ser convenientemente reestructuradas, refuncionalizadas, recicladas para la organización y los usos del territorio que respondan a las necesidades y a las tecnologías actuales. En algunos casos (por ejemplo, las calles, los asentamientos históricos) funcionan como atractores de nuevas implantaciones, orientando de este modo los desarrollos urbanísticos.(Fig. 1) Por lo tanto, las nuevas organizaciones espaciales, los usos, las formas y las configuraciones actuales del territorio son siempre en cierta medida “heredadas” de estructuras precedentes que actúan

precisamente como “matrices” de ellas. Y así también ha sido en el pasado, por lo que el territorio puede ser leído ya como un palimpsesto ya como memoria beneficiosa de sí mismo en el tiempo.

Podemos, por lo tanto, definir las matrices territoriales como las tramas de las huellas materiales de la intervención humana (a menudo apoyadas en los rasgos naturales del relieve y de la hidrografía) que han asumido carácter estable y de continuidad en el *proceso coevolutivo* de la sociedad con el medio, orientando las transformaciones sucesivas, aun cuando faltaran las formas de organización originarias.

En la siguiente lista se muestran las principales estructuras territoriales que pueden funcionar como “matrices”. *Pueden*, porque en la relación entre los desarrollos actuales y futuros de las estructuras de asentamiento y las preexistencias históricas (matrices), como los componentes naturales, las matrices históricas no son nunca causa determinante (necesaria) de los órdenes sucesivos, sino fruto de elecciones subjetivas. Su relación con las estructuras actuales y los procesos de transformación en curso puede derivar tanto de la *continuidad* como de la *ruptura* con el pasado. Las preexistencias, por un lado, pueden ser factores importantes de homogeneidad o de especificidad local en la estructuración física del territorio y pueden orientar los caminos morfogenéticos en curso y los proyectos de intervención. Por otro lado, se pueden presentar también como órdenes espaciales consolidados sobre los que se implantan hoy prácticas basadas sobre principios organizativos discordantes, destinados a dar vida a nuevos órdenes espaciales. Este es, por ejemplo, el papel de las mallas parcelarias y de las redes de la vialidad menor en la formación de la “ciudad difusa”, de la que trataremos más adelante.

Los principales componentes de las “matrices territoriales” son:

- a) Mallas o estructuras. Parcelario agrario y de las divisiones, campos abiertos y campos cerrados; límites administrativos y políticos, etc.
- b) Redes infraestructurales. De la vialidad principal, secundaria y de las divisiones; de canales de riego y drenaje, etc.
- c) Tejidos o tramas de asentamiento “históricas”. Tipología y distribución espacial de los centros, de los núcleos y de las casas dispersas, sus relaciones recíprocas y con las

características ambientales; forma y relaciones entre espacios abiertos y espacios construidos.

d) Capital fijo. Implantaciones productivas agrícolas de medio-largo plazo como viñedos, frutales, plantaciones de arbolado; antiguos establecimientos industriales y estructuras de servicio (hospitales, cuarteles, almacenes, etc.).

3. *Las formas de la urbanización reciente.* Son el paso final que completa la descripción geográfica de un territorio orientada al planeamiento urbanístico. Forman parte de ella las formas que han ido apareciendo superpuestas a los marcos ambientales y a las matrices históricas y que han interactuado con estas herencias del pasado. Dada la amplitud y la propagación de este fenómeno, una descripción geográfica de los territorios de los países económicamente desarrollados, como lo son la mayor parte de los italianos, constituye una descripción de las formas que surgen de la interacción entre los procesos de difusión urbana en curso y las características “hereditarias” de los marcos ambientales y de las matrices territoriales históricas.²⁷

Se habla de urbanización como fenómeno de difusión que involucra a todo el territorio, incluidas las áreas rurales. Como es conocido en Italia, igual que en otros países industrializados, entre el tejido compacto de la ciudad densa y consolidada y los territorios semivacíos de las áreas marginales se extiende hoy en día la mayor parte de un espacio habitado de tipo urbano o semiurbano, que comprende ya sea lo edificado con su acompañamiento (que en los países industrializados ocupa, de media, cerca del 10 por ciento de la superficie del territorio), ya los espacios rurales abiertos. Estos últimos, de hecho, se utilizan en los cultivos industrializados (agroindustria) o son adaptados de diferentes maneras (deporte, áreas protegidas, turismo, etc.) para el tiempo libre y otras necesidades de la población urbana.

El crecimiento cuantitativo de la ciudad y la extensión física de las áreas urbanizadas y de las redes de infraestructuras comerciales y de servicios a ellas vinculadas no es un fenómeno nuevo, pero, sin embargo, hasta poco más de la mitad del siglo pasado, se ha mantenido en el orden de magnitud de kilómetros y se ha caracterizado por su compacidad y la continuidad de lo edificado. Se produce un claro cambio cuantitativo y cualitativo cuando, a partir de los 70, comienza un proceso de descentralización de gran alcance de las actividades productivas,

27. El ejemplo más reciente de una descripción de este tipo del territorio italiano, fruto de un encuentro fecundo entre geografía y urbanística, es la obra en dos volúmenes: CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.), 1996.

de la vivienda, de los servicios y de las infraestructuras. Para describir ese cambio, entre los diversos términos utilizados, aparte del genérico *sprawl* urbano, toman particular interés el de *periurbanización*, surgido para definir los procesos de expansión de las ciudades francesas en los años 70, y el de *ciudad difusa*, usado en Italia para indicar la *forma* que ha tomado la expansión urbana más reciente.(Fig. 2)

Desde el punto de vista del uso del suelo y de la densidad de los asentamientos, la *periurbanización* indica una expansión espacial de las ciudades del orden de decenas de kilómetros, como resultado de la *relocalización* de funciones típicamente urbanas alrededor de pequeñas poblaciones y asentamientos existentes a lo largo de las redes de carreteras. Tal fenómeno esboza un modo de organización de la expansión urbana muy diferente a la forma tradicional de la ciudad compacta, con la formación de una malla de asentamientos “alargada”, cada vez más independiente de los grandes centros urbanos. Por lo tanto, en general, el término *periurbanización* indica la transición de un espacio urbano *polarizado*, con una gran dependencia jerárquica del centro de la ciudad, hacia una trama *difusa*, que alguno ha llamado “ciudad sin centro”, es decir, un espacio reticular que tiende a albergar en sus nodos muchas de las funciones que otrora se concentraban en el centro de unas pocas grandes ciudades.

En conjunto, la formación de la ciudad difusa enfatiza la transición de la *ciudad como entidad nuclear o zonal*, definida por los límites municipales, a la *ciudad extensa reticular*, organizada según un modelo de asentamiento multicéntrico que se extiende sobre el territorio de más municipios y es el equivalente de hoy en día, también por lo que se refiere a los modos de vida de los habitantes, a la ciudad tradicional. Es la ciudad compacta de otros tiempos “explotada” sobre el territorio. Las principales características de estas nuevas formas urbanas, que las diferencian de las de la ciudad compacta, se pueden resumir del siguiente modo:

- a) No tienen límites o confines claramente identificables;
- b) Incluyen en su interior, mezclados, elementos urbanos, rurales y suburbanos que en otros tiempos ocupaban zonas distintas;
- c) Presentan, por consiguiente, una menor densidad de edificios y de población, con densificaciones significativas solo a lo largo de ciertos ejes viarios, en correspondencia con nudos



Fig. 2. La urbanización italiana en 1991 (de CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.), 1996). Se observan los tres tipos de configuración (en corona, zonal y en franja) de la ciudad difusa formada en los años 1980.

infraestructurales, alrededor de aldeas, arrabales rurales y pequeñas ciudades preexistentes;

d) Presentan un declive general de los tradicionales gradientes negativos centro-periferia e incluso inversiones de dichos gradientes en relación con ciertos valores (como el coste de los inmuebles, la calidad del ambiente físico, los ingresos familiares, etc.), que tienden ahora a crecer, desplazándose de las viejas periferias populares, a menudo degradadas, de la ciudad compacta hacia las apreciadas nuevas áreas de la dispersión urbana;

e) Desde el punto de vista social, además, muestran una polarización social menos clara y evidente²⁸ respecto a las ciudades compactas mayores, también porque se caracterizan por una gran presencia de trabajadores autónomos y pequeños empresarios;

f) El estilo de vida, en síntesis, es desde muchos puntos de vista similar al clásico modelo suburbano americano: casas aisladas o adosadas, alta movilidad en medios de transporte privado, compra semanal en los grandes centros comerciales periféricos.

En Italia, el fenómeno de la ciudad difusa presenta una gran variedad de situaciones geográficas,[ver figura 2] con algunas diferencias significativas en los modelos de organización espacial de los asentamientos, que podrían clasificarse en tres tipos principales:

a) *Configuraciones en corona* alrededor de las principales conurbaciones metropolitanas (Milán, Turín, Roma, Nápoles) en cuya formación prevalecen procesos de periurbanización y dinámicas de desarrollo determinadas por la descentralización de las actividades y de las poblaciones de los centros urbanos principales;²⁹

b) *Configuraciones zonales* que forman sistemas regionales multinucleares en los que prevalecen dinámicas de desarrollo endógeno,³⁰ por ejemplo a lo largo de la franja de las estribaciones de los Alpes y los Apeninos, en el área central del Veneto o en el valle del Arno entre Florencia y la costa de Tirreno;³¹

c) *Configuraciones en banda* a lo largo de las costas o de los corredores en valles atravesados por grandes vías de comunicación en los que las condiciones físicas desempeñan

28. Se entiende como polarización social la concentración de la población en las clases altas y bajas, en detrimento de la clase media.

29. Véanse BOERI, S., A. LANZANI y E. MARINI, 1993; y LANZANI, A., 1996.

30. El desarrollo endógeno indica procesos que derivan de las dinámicas internas de los sistemas locales.

31. Véanse: ANASTASIA, B. y G. CORÒ, 1996; INDOVINA, F. (ed.), 1990; SECCHI, B., 1996; MUNARIN, S. y M.C. TOSI, 2001; y POLI D., 1999.

el papel de “atractores” de los asentamientos como, por ejemplo, en los corredores a lo largo de los principales valles alpinos o en las configuraciones en banda asociadas a un modelo de asentamiento “en peine” de la región mediodriática.³²

A una escala detallada se distinguen las tipologías de asentamiento recurrentes, ya sean residenciales (casa aislada con jardín o adosadas, etc.), productivas (carreteras industriales, etc.), o bien comerciales (carretera-mercado, centros comerciales, etc.) o mixtas.³³

32. Véanse PAVIA, R., 1996; y RICCI, M., 1996.

33. Para estas tipologías, véase mayor detalle en BOERI, S., A. LANZANI y E. MARINI, 1993.



Japanese Landscapes, Suburbs of Tokyo, 1984, Osamu Kanemura (fragmento).

3

Global y local, redes y nudos

Geografías de la relación global-local

Áreas y redes

Crisis de la concepción de la región
como superficie

De las regiones-área a las regiones-red.
Formas emergentes de gobernabilidad regional

El modelo de las redes equipotenciales locales
y las redes urbanas

GEOGRAFÍAS DE LA RELACIÓN GLOBAL-LOCAL¹

A menudo la geografía de los lugares se banaliza, reducida a ciertas evidencias macroscópicas naturales como las montañas, los ríos, a veces el clima. Es algo aún enraizado en el pensamiento común, mientras que entre los iniciados no hay quien comparta esta visión de la geografía, considerada decimonónica, tardopositivista, superada. Pero como el sentido común, en tanto que depositario de todos nuestros prejuicios, no puede dejar de estar en lo cierto por lo menos en parte, es necesario en primer lugar ver en qué es correcto.

Se ha observado que el paradigma tardopositivista, que ha reducido la geografía a un estudio de cosas y de relaciones necesarias entre las cosas, es lo que permite al espíritu triunfante de las “revoluciones burguesas” reflejarse en el mundo exterior.² Se puede observar que tal cosificación de la geografía refleja el fetichismo de las mercancías, mientras que el determinismo geográfico-ambiental hizo un llamamiento a la naturaleza para establecer y legitimar la necesidad del orden político-social nacido precisamente de las “revoluciones burguesas”.³ Pero al no haber cambiado este orden sustancialmente, no se entiende por qué deben ser cambiadas las trivialidades de la geografía que nos ayudan en la vida cotidiana.

Este argumento, sin embargo, no agota el problema. Si examinamos el rol que las representaciones geográficas han desempeñado en la cultura occidental desde la antigüedad, vemos que siempre ha sido doble y contradictorio. La geografía no solo describe ciertas formas evidentes y manifiestas del mundo exterior –como precisamente las montañas y los ríos– puesto que son capaces de representar significados, valores y órdenes dados; también las descripciones geográficas han seguido siempre, en nuestro tiempo, o, al menos, han hecho posible el recorrido inverso: sugerir cuáles son los significados, los valores y los órdenes latentes (no expresados, pero en cierto sentido ya potencialmente presentes) del mundo exterior en ciertas formas más o menos evidentes.

En el primer caso, se trata de encontrar los significantes más adecuados para expresar un significado determinado: estamos en el campo de la comunicación persuasiva que comprende, aunque con reglas diferentes, desde el discurso político ideológico hasta el científico. En el segundo caso, se trata de descubrir significados ocultos en significantes conocidos: estamos ahora en el campo de la interpretación y de la creación poética.

1. De “Geo-grafie”, en GIANMARCO, C. y A. ISOLA (ed.), 1993: 239-247.

2. FARINELLI, F. 1985: 29-60.

3. Además de a FARINELLI me permito remitir a mi ensayo *Le metafore della terra. La geografia umana tra mito e scienza* (1985a), en el que estas afirmaciones son ampliamente desarrolladas y argumentadas.

Sin olvidar nunca que estos dos caminos opuestos entre sí están siempre presentes y son posibles, puede decirse que sentimos la necesidad del segundo –el hermenéutico creativo– cuando el primero, que debiera ser persuasivo y transformador, no logra su propósito con éxito. De este modo la crisis de la cultura occidental después de la Belle Époque se expresa también en una expansión del espacio entre la geografía tardopositivista y una geografía crítica de varias matrices (historicista, estructuralista, fenomenológica, hermenéutica). Si esta última ha permanecido principalmente confinada en el ámbito académico, debe tenerse en cuenta sin embargo que, en los últimos años, incluso las geografías del sentido común están cada vez más abiertas a atender a los lugares y a buscar significados no evidentes en las formas más obvias de los espacios vividos.

Pero cuando se quiere dar una respuesta que no sea individual ni local a esta cuestión, se manifiesta la contradicción inherente al doble recorrido de las representaciones geográficas. Lo vemos así, por ejemplo, en los planes paisajísticos. Por un lado, la idea del paisaje como bien y valor colectivos se fundamenta en su capacidad evocadora de significados y de sentido. Por otro, las prácticas destinadas a protegerlo y a valorarlo encierran al paisaje-significante en la jaula de categorías preconstituidas que lo reducen inexorablemente a un simple conjunto de cosas: ante la exigencia de apertura creativa, el plan responde con un cierre reductivo.

Si consideramos otro ejemplo, el de las periferias urbanas, el problema parece diametralmente opuesto al del paisaje: si en este hay una riqueza a salvaguardar, en aquel hay una pobreza que tiene que ser redimida; si en uno es necesario preservar, en el otro es necesario inventar. Pero bien visto, los dos problemas son atribuibles –y en la práctica se atribuyen– a una única matriz conceptual. Lo que les falta a las periferias es lo que queremos conservar en el paisaje, pero la pobreza de las periferias ha sido producida por las mismas categorías con las que acabamos de empobrecer el paisaje cuando nos proponemos salvarlo.

¿Es posible huir de esta que G. Olsson ha denominado “tragedia de la planificación”?⁴ ¿Qué geografías nos permitirían invertir el camino, extraer del mundo una riqueza infinita de significados en lugar de encerrarlo en una red de significados dados? ¿Qué otras nos permitirían ver en las periferias urbanas, aunque fuese en estado latente y potencial, aquel tipo de recursos que muestran espontáneamente los “paisajes”?

Para buscar una respuesta será necesario empezar por considerar el nivel de conciencia del geógrafo que observa y describe el mundo a través de las formas de su superficie.

El geógrafo no consciente, o pasivo, no se pregunta por qué observa el mundo desde un punto de vista concreto y lo describe según ciertas reglas. Al hacerlo así está convencido de que es objetivo, de que construye representaciones verdaderas. Pero al no ser capaz de justificar sus descripciones, no lo puede demostrar: no sabe decir si las propiedades de los objetos que describe pertenecen a ellos o son debidas a la modalidad de la propia descripción, a los proyectos que en ella hay implícitos. Su justificación es el antiguo dicho: “El mito no es mío. Lo recibí de mi madre”.⁵

El geógrafo consciente de su modo de obrar (el activo) puede en cambio asumir la responsabilidad de las elecciones implícitas en los procedimientos de observación y de descripción. Es consciente, en la medida de lo posible, de las matrices constitutivas de las representaciones que construye. Ante un problema de representación es capaz de remontarse al sentido y a la legitimación original de tales matrices. Si este fuera discutido por dificultades, expectativas y nuevas demandas de significado, él será capaz de, a partir de su deconstrucción, construir una nueva descripción con mayor fundamento y legitimidad. Que esto se produzca de manera intuitiva (como creo) o por medio de un razonamiento calculado poco interesa, por cuanto la conciencia crítica sigue siendo esencial para justificar (e incluso modificar) las nuevas representaciones del mundo en nuestra acción comunicativa.

Una segunda distinción se añade y se combina, pues, con la primera. El geógrafo –sea pasivo o activo– puede situar su punto de observación en el interior o en el exterior del objeto considerado, cosa que, utilizando una pareja de moda, equivale a decir que puede asumir una visión tanto *local* como *global*. Obviamente, el geógrafo activo podrá moverse entre los puntos de vista locales y globales, mientras que el punto de vista del geógrafo pasivo asume, al considerar un contexto territorial dado, que si es interno (local), no podrá ser externo (global) y viceversa. Combinando estos dos pares delimitamos los campos de cuatro tipos ideales de geografías.⁶

Un primer tipo es el de las geografías premodernas, en las que un observador “pasivo” ve el mundo a partir de una situación local específica, considerada como centro de este, como fuente primaria de significantes que provienen más del silencio de la Tierra que de

5. EURÍPIDES, fr. 448.

6. La idea de esta dicotomía deriva de lo propuesto por A. LANZANI (en su intervención en el seminario “Il piano territoriale paesistico della Valle d’Aosta”, Saint-Vincent, 25-26 enero 1991) entre los pares proyectista activo-pasivo y sociedad local activa-pasiva.

la comunicación con el mundo.⁷ En estas geografías míticas, altamente simbólicas, encontramos por tanto una extrema condensación de significados en los significantes.

Estamos a un paso del momento en el que lo global choque con lo local, en el que el área se convierta en punto, “última y única unión del silencio y de la palabra”.⁸ Con estas geografías se remonta uno a los orígenes del pensamiento mítico. Yendo más allá de este umbral, las diferencias espacio-temporales desaparecen al entrar en los mundos sin geografías de los sonidos, de las luces, de las formas caóticas y tumultuosas de los *trances* chamanísticos o de las visiones alucinadas.

Hay razones para creer que en diversas realidades territoriales e incluso en las periferias urbanas de hoy en día existen formas silenciosas (o casi) de autorepresentación local con características similares a las de las geografías premodernas. Sobre la importancia de estas geografías locales volveremos más adelante.

Un segundo tipo de geografías es el moderno que adopta un punto de vista fijo, global-externo, como si fuera el único posible, verdadero, objetivo. Históricamente se produce cuando una cierta visión local (la europea-occidental) se difunde en el interior del planeta, hasta imponerse como global,⁹ sometiéndose y anexionándose como partes a las otras visiones “locales”.

Se pueden recordar algunos elementos importantes de este recorrido: el mapamundi de Anaximandro, las geografías de Eratóstenes y de Ptolomeo, la cartografía métrica después de Descartes, el antes recordado paradigma de la geografía positivista de finales del XIX, los actuales GIS (Geographical Information Systems) basados en satélites y ordenadores. Pero la fuerza de las geografías modernas consiste precisamente en olvidar este recorrido histórico, revelador de sus matrices constitutivas, de su propia relatividad.

La eficacia transformadora de nuestra geografía normal está basada en la omisión de las formas físicas superficiales, de las posiciones, de las distancias, de las jerarquías territoriales, de los centros y de las periferias. Y sin embargo, quien trata hoy de deconstruirla, volviendo a las matrices prácticas y conceptuales que la hubieron fundado, acaba por deslegitimarla, por cuanto las necesidades que la provocaron cada vez responden menos a las exigencias de la sociedad actual del capitalismo tardío.

Los GIS, nacidos como sistemas de codificación y de almacenamiento del mundo a partir de las categorías conceptuales

7. DEMATTEIS, G., 1986a.

8. KANDINSKY, V., 1971, cap. 1.

9. DERRIDA, S., 1991.

de la geografía moderna, representan en realidad su superación. Su utilización práctica anuncia de hecho un nuevo tipo de geografía en la que los significantes se vuelven autónomos con respecto a los significados y, como tales, circulan en las redes telemáticas globales, del mismo modo que el dinero y el capital financiero.

Estas geografías que denominaré, por decirlo así, hipermodernas (y que tal vez otros llamarían postmodernas) derivan de una visión estrictamente externa y global en la que el observador, sin embargo, es libre de asumir puntos de vista diversos: en este sentido es activo por cuanto, descentrándose oportunamente en los innumerables nudos de las redes globales, nos describe un mundo abierto y fragmentado. Lo que revela que el fundamento del poder global es cada vez menos el *Ordnung und Ordnung* estático del espacio territorial del que nos habla Carl Schmitt y, cada vez más, el control de los flujos de información que circula en la maraña aparentemente anárquica de las redes globales.¹⁰

Si en el panóptico benthamiano cada individuo, fijo en su lugar, “es visto pero él no ve; objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación”,¹¹ en las sociedades de la información, de los flujos y de las redes, cada cual es movable, debe ver la televisión, consultar las bases de datos, dialogar con el video-tel (obviamente en el lenguaje por él impuesto).

La red de conexiones representa bien esta condición de extrema libertad combinatoria en la que los valores de intercambio circulan exentos de referencias a valores de uso particular; las informaciones se intercambian sin vínculos de arraigo con lugares concretos; los significantes, sin referencias a los significantes locales; conjunto puro interconectado de relaciones horizontales, pura superficie del mundo, que ignora la Tierra y las relaciones verticales con ella. Estamos, como se ve, en las antípodas de las geografías premodernas: lo local es aquí engullido por lo global y la información está a punto de convertirse simplemente en ruido, privado de significado (como esos millones de datos transmitidos por los satélites que se acumulan cada día inutilizados en los archivos de la NASA).

Pero lo que cuenta es el mensaje implícito en las geografías hipermodernas: el valor es la movilidad, el cambio, la innovación, aunque sea (como vaticinó Schumpeter) destructiva. El mundo se presenta como un amasijo de fragmentos que se descompone y recompone incesantemente como un caleidoscopio accionado

10. SCHMITT, C., 1979.

11. FOUCAULT, M., 1979: 204.

por una ruleta. Alguien ha tenido la valentía de llamarlo aldea global.

Por ejemplo, si las geografías modernas representaban las periferias urbanas con círculos concéntricos regulares en los que los valores y las categorías intensas del centro se iban diluyendo gradualmente, las periferias en versión hipermoderna aparecen en cambio fragmentadas, totalmente desprovistas de principios organizativos unitarios, fatalmente sujetas a cambios rápidos impuestos por los impulsos que las redes globales transmiten a los espacios locales, reestructurándolos de manera incesante.

¿Qué decir de tal geografía? En primer lugar, hay que recordar que se trata de un tipo ideal, que no existe en estado puro, pero que de hecho se combina con residuos más o menos consistentes de geografías modernas y premodernas. Lo hace, sin embargo, reduciendo el mundo a entramados de relaciones horizontales que prescindan de los significados locales, arriesgándose a no tener sentido más allá de una genérica y manifiestamente ideológica legitimación del cambio por sí mismo. Son más los problemas que elude que aquellos que rudamente expone, más las ideas que confunde que aquellas que aclara.

Un ejemplo para todos: ¿por qué en este mundo hecho tan solo de redes debieran aún existir las ciudades? ¿Por qué los nudos de estas redes globales en lugar de distribuirse al azar sobre la faz de la Tierra acaban por concentrarse en unos pocos lugares? En particular, ¿por qué en la sociedad de la información las grandes ciudades mundiales, en lugar de desaparecer y disolverse en la aldea global, aumentan hoy su potencial de mando y control a escala internacional?

La existencia y el refuerzo de ciudades que son al mismo tiempo sistemas territoriales locales y “nudos” de redes globales, libres de relaciones de posición y de distancias respecto a los territorios circundantes, es una paradoja tanto para la geografía moderna como para la hipermoderna. El continuo territorial global-local estático y jerárquico de las primeras se muestra inadecuado para describir el mundo móvil y mutable de las actuales redes globales, mientras que las segundas, que lo reducen todo a tales redes ignorando cualquier arraigo local, no nos pueden explicar cómo funciona el mundo que describen.

Creo que solo reintroduciendo la autonomía de lo local, sin ignorar obviamente la potente acción de las redes globales, podemos aspirar a representaciones sensatas del mundo actual.

En concreto, volviendo a la paradoja de la polarización urbana en un mundo de redes globales, la única explicación posible parece ser la de que las redes globales deben recurrir para su funcionamiento a condiciones ambientales e infraestructurales específicas, que se presentan solo en determinadas situaciones territoriales complejas. Las grandes ciudades ofrecen externalidades “ambientales” que derivan de la excepcional acumulación histórica de recursos culturales, de capitales fijos sociales y de la intensidad de las interacciones sociales. De ahí que atraigan, concentren y vinculen en estructuras territoriales estables a los nudos de las redes globales. Estos últimos deben ser considerados como sujetos que, además de los necesarios vínculos funcionales con las redes de afiliación, aún se ven obligados a tener entre sí interacciones de base local, bajo forma de relaciones de competencia/cooperación para el uso y la reproducción del medio local como fuente de externalidades estratégicas.¹² Si es así, las redes globales no están solo constituidas por relaciones “horizontales” entre nudos, sino que son estructuras de intercambio y de comunicaciones alimentadas por sistemas territoriales autoorganizados de alta estabilidad en los que los valores locales específicos se procesan y se transforman de forma continua en valores universales y son distribuidos en las redes globales como factores estratégicos de la competición a escala internacional.

Las geografías más adecuadas para describir la sociedad actual y la economía de la información no son, por lo tanto, las hipermodernas, que lo reducen todo a relaciones “horizontales” y a combinaciones movibles de fragmentos, sino las de un cuarto tipo que podríamos llamar de la complejidad. En ellas, el observador es capaz tanto de tomar un punto de vista global, como de situarse en el interior de varios sistemas locales, como para representar sus valores específicos, los procesos autoorganizativos capaces de transformarlos en valores globales y, por consiguiente, los nexos entre las relaciones “horizontales” y “verticales”, sin llegar nunca a eliminar la contradicción de la barrera que De Saussure ha situado entre significado y significante.¹³

En consecuencia, los nudos locales no serán simples “partes” de la red (subsistemas cuyas propiedades son reducibles a las de los sistemas globales) y la red global no será la simple suma de las locales que la componen. No solo lo local no podrá existir sin lo global, sino que tampoco este último dependerá del comportamiento de los diversos sistemas locales.

12. Para un desarrollo más articulado de esta temática, me permito remitir a mi ponencia “Global Networks, Local Cities”, DEMATTEIS, G., 1991d.

13. OLSSON, G., 1991b.

Una geografía de este tipo no negará ciertamente la existencia de las relaciones centro-periferia, como las que derivan de diversas estratificaciones históricas, a diversas escalas, incluida la urbana, pero no dará a dicho principio organizativo un valor absoluto ni determinante en sí mismo. Por ejemplo, nuestras ciudades continúan sufriendo los impulsos de los mercados y modelándose según la geografía de la renta urbana que deriva de ello. Pero las diversas situaciones locales, insertas en estos campos de fuerzas globales, responden a sus sollicitaciones de maneras diferentes, de modo tal que allí donde se esperaría equiparación, en su lugar se manifiesta diversificación. Allí donde deberían formarse superficies de un gradiente homogéneo, se forman en su lugar mosaicos, retículas, laberintos, articulados en torno a una pluralidad de “centros”, caracterizados cada uno de ellos porque aparecen valores locales diversos y distintos principios de organización espacial derivados.

Todo esto no sería posible si no existieran agregaciones locales de sujetos de algún modo autoorganizados en relación con las condiciones y los recursos de los medios locales.¹⁴ Por ejemplo, la pobreza de nuestras periferias urbanas –en particular, la de aquellas formadas como reflejo de la producción fordista– es consecuencia de haber eliminado esa articulación espacial compleja de actores locales, violentando los sistemas locales existentes hasta destruirlos (por ejemplo, en ciertos municipios de la corona), o haciendo caso omiso de los núcleos potenciales alrededor de los cuales podían formarse.

Si ese es el triste legado de las geografías modernas, bastante poco efectivos parecen los remedios sugeridos de manera implícita por la geografía hipermoderna, de moda hoy en día. Por un lado, ignoran las fuerzas modeladoras de la relación centro-periferia que operan todavía a través del mercado inmobiliario. Por otro, aprovechan los aspectos más superficiales de la articulación territorial actual, como la fragmentación de las superficies y la multiplicación de las redes y de los nudos. Hablan de lugares como de significantes dispuestos a recibir cualquier significado. Hablan de identidades locales como de algo que pueda ser atribuido a voluntad desde el exterior sin participación autoorganizada de los actores locales.

Tomando como ejemplo las periferias urbanas, el único resultado que se puede esperar de estas simplificaciones es el de hacer parecer las periferias espacios más fluidos y más flexibles que los cristalizados en los modelos de las geografías modernas, sin mejorar, sin embargo, sustancialmente la calidad, más allá de alguna operación cosmética.

14. Véase el concepto de “sistemas de interacción” en MELA, A., 1990; las no diferentes posiciones de VAGAGGINI, V., 1990; por último, aún las diferentes de diversos autores en MAGNAGHI, A. (ed.), 1990.

Para una geografía de la complejidad, la identidad local puede ser solamente la capacidad de autoorganización de los actores locales,¹⁵ su capacidad de interactuar como sistemas en alguna medida autónomos con los sistemas de redes locales y después transformar valores específicos locales en valores reconocibles y reconocidos desde el exterior, de usar significantes locales para expresar significados globales.

Por eso es importante conocer, antes que el aspecto físico externo, las autorepresentaciones geográficas internas, es decir, aquellas geografías de los actores locales que se aproximan a ciertos rasgos de las geografías premodernas. Sin embargo, también es cierto que para trazar estos “mapas invisibles” (que son cosa bastante más abstracta y compleja que los simples “mapas mentales” o “cognitivos”) la observación de la superficie de las cosas puede ayudar mucho, siempre que sea interpretativa y no una finalidad en sí misma. Por eso, el aspecto externo de nuestras periferias se ve como “paisaje”, como conjunto de signos reveladores de los principios organizativos específicos, locales, distintos de los globales.¹⁶ La observación externa debe estar, pues, dirigida a penetrar en la lógica interna de los lugares o en la identidad de las personas que en ellos viven; debe recurrir a entidades existentes consolidadas para remontarse a los fluidos “subsistentes” que la han hecho posible, que pueden hacer posible los futuros “existentes”.¹⁷

¿Utopías? Pero los modelos simplificados de las geografías modernas e hipermodernas, con su pretensión de hablar solo de la realidad existente ¿son verdaderamente realistas? Como observa sabiamente el señor Palomar “lo que los modelos tratan de modelar es siempre un sistema de poder; [...] lo que cuenta realmente es lo que sucede a pesar de ellos: la forma que la sociedad va adoptando lentamente, silenciosamente, anónimamente, en los hábitos, en el modo de pensar y de hacer, en la escala de valores”.¹⁸

ÁREAS Y REDES¹⁹

Cuando los fenómenos geográficos se representan por áreas, el espacio se entiende como un conjunto continuo de lugares provistos de propiedades intrínsecas y/o de relaciones dadas. Si en ellos situamos objetos, sus propiedades dependerán de las de los lugares que ocupen. Esto sirve incluso para los modelos más

15. Veáanse las definiciones de “identidad” y de “organización” dadas por MATURANA, H. y F. VARELA, 1996.
16. Como ha comenzado a hacer LANZANI, A., 1991.
17. OLSSON, G., 1980.
18. CALVINO, I., 1985: 111-112.
19. De “Geo-grafie del globale/locale”, DEMATTEIS, G., 1990b, y de “Sistemi locali nucleari e sistemi a rete. Un contributo geografico all'interpretazione delle dinamiche urbane”, DEMATTEIS, G., 1991b.

abstractos en los que la única propiedad originaria de los lugares es su posición (distancia recíproca). En este caso, las propiedades generales (aespaciales) de los objetos representados generan campos vectoriales de relaciones “horizontales”, que definen las propiedades de cada uno de los objetos localizados (por ejemplo, en el modelo de Von Thünen, la empresa colocada en el cuarto anillo estará destinada a la cría extensiva). En las representaciones menos abstractas, además de la distancia o la posición, se pueden dar distintas propiedades ecológicas de lugares que establecen relaciones “verticales” tendencialmente deterministas con objetos localizados.

Las propiedades de estos últimos vienen de este modo asimiladas a las características estables (naturales e históricas) de los propios lugares y (por ejemplo, en el *marketing* urbano) el éxito viene a depender de la calidad ambiental.

Cuando pensamos el espacio geográfico estructurado mediante redes nos podemos referir a conjuntos de infraestructuras físicas lineales interconectadas, a los flujos que las recorren y a los nudos determinados por las interconexiones.²⁰ En este caso, el espacio es siempre el de la extensión superficial, al cual se superponen ciertas redes físicas.

En cambio, tenemos un espacio *reticular*, con propiedades distintas de las del espacio extenso superficial, cuando usamos la palabra red en sentido metafórico (y no simplemente metonímico, como en los casos precedentes). Es decir, cuando representamos conjuntos estables de *interacciones sociales entre actores, como redes de interconexiones entre los lugares* en los que se encuentran dichos actores.

En este sentido, se habla de redes sociales, redes de empresas, redes de cooperación y, en este caso, de redes de ciudades (*urban networks, reseaux de villes*).

La elección de representar el fenómeno urbano por medio de áreas o por redes no es completamente objetiva, ni totalmente subjetiva. Depende en parte de la escala de las observaciones y de las relaciones interescales (como es sabido, los cambios de escala implican cambios en los objetos estudiados no solo de tipo cuantitativo, como en la cartografía, sino también cualitativo).

Por ejemplo, lo que llamamos “ciudad” puede ser un objeto diferente según la escala considerada. Puede pensarse la ciudad como un punto o casi (centro, lugar central, etc.) en

20. DUPUY, G., 1985: 66.

contraposición a la forma extensa en superficie de lo no-urbano. A gran escala, sin embargo, la ciudad aparecerá como una superficie “densa” más o menos vasta (aglomeración, conurbación, área metropolitana, región funcional urbana, etc.) que a su vez comprende “centros” puntuales (focos, núcleos, etc.) conectados entre sí. Será suficiente cambiar una vez más la escala y las propias conexiones, referidas a conjuntos de sistemas urbanos locales, lo que hará aparecer la ciudad como una red de dimensiones suprarregionales, cuyos “nudos” son cada uno de los sistemas urbanos. A primera vista, las tres representaciones –por puntos, por áreas y por redes– parecen corresponder a los tres niveles territoriales local, regional y suprarregional; sin embargo, como veremos más adelante, cada una de estas tres formas básicas puede ser reconocida en cada nivel territorial. La elección de una u otra depende de qué aspectos, temas y problemas urbanos queramos representar en las diferentes escalas.²¹ En particular, es ingenuo pensar que, en el curso de la historia, la geografía de la ciudad haya pasado del punto al área y, de ahí, a la red. Lo que cambia con el tiempo no es la topología del fenómeno, sino la relevancia de los hechos que cada una de las formas topológicas permite tematizar. Estas últimas son, por tanto, las invariantes sintácticas del discurso. Así, aunque el discurso del siglo XIX sobre las relaciones ciudad-campo podría desarrollarse adecuadamente en términos de oposición entre puntos y áreas, eso no significa que hasta entonces la ciudad fuese solo un objeto puntual. De hecho, al hablar de la diferenciación interna de la ciudad antigua o medieval, es necesario recurrir a representaciones de áreas o de redes. Y si se quieren poner en evidencia los intercambios extrarregionales de la ciudad premoderna, debemos reconocer la presencia ya en el medievo de auténticas y propias redes urbanas.²²

Una vez establecida la escala y el tema de la representación, en la elección entre áreas y redes intervienen elementos objetivos. Por ejemplo, el uso del suelo, como todos los fenómenos que a escala no demasiado grande presentan distribuciones espaciales homogéneas y continuas, tiene naturaleza superficial, mientras que los fenómenos de interacción espacial entre los lugares no contiguos (conexiones aéreas, transacciones financieras, cooperaciones entre empresas o entre centros de investigación, etc.), observados a una escala suprarregional, son esencialmente reticulares.

21. DEMATTEIS, G., 1990a.

22. HOHENBERG, P.H. y L.H. LEES, 1985..

Si el tema y el sentido de la representación están abiertos, la elección área/red también permanece ampliamente abierta en el plano analítico-operativo, en el ideológico y en el práctico-operativo.

Como agente lógico, “superficial” implica principalmente los conceptos de extensión y de delimitación de un espacio continuo y homogéneo de tipo euclidiano. Ello permite describir los fenómenos por compartimentos espaciales contiguos. “Reticular” puede prescindir en cambio de la extensibilidad, de la continuidad-contigüidad y del confinamiento, lo que implica un espacio hecho de conexiones lineales (o por haces) entre puntos (o lugares, núcleos, areolas compactas).

Mientras que el agente lógico “superficial” comporta continuidad espacial, impone contigüidad entre las partes (ausencia de vacíos) e incluso la predeterminación de las posibles relaciones espaciales entre ellas, según una métrica dada, la no homogeneidad del espacio reticular comporta que el valor de la distancia (y, por lo tanto, la métrica espacial) pueda variar según el contexto de los fenómenos a los que se aplica. Por eso, dos “nudos” de una red geográficamente definidos pueden tener entre ellos distancias diferentes o, más en general, cada nudo definido geográficamente puede pertenecer al mismo tiempo a redes de relaciones diversas, tener, por lo tanto, identidades distintas y recibir definiciones diferentes según el contexto de relaciones en el que sea considerado.²³

Asumiendo que los “nudos” pueden definirse con las coordenadas geográficas habituales, las relaciones que los conectan (y, por lo tanto, la identidad y la definición de cada uno de ellos) no son determinadas a priori. Como se sabe, una red con solo 6 nudos presenta 32.768 posibilidades de configuraciones conectivas diferentes.²⁴ Además, ni siquiera el número de nudos es fijo: nuevas interconexiones de redes pueden en cualquier momento surgir en los “vacíos” intersticiales de la misma red.

La contraposición superficie-red es hoy particularmente significativa cuando se refiere a la relación entre el nivel territorial global y el local.

En las representaciones de superficies, lo global está constituido por relaciones “horizontales” deterministas, en las que las relaciones intersubjetivas se reducen a relaciones métricas entre los lugares, mientras que lo local es un conjunto de relaciones “verticales” también deterministas, que asimilan el

23. OLSSON, G., 1980.
24. RAFFESTIN, C., 1980
(2011: 111).

comportamiento propio de los sujetos a las características estables (naturales e históricas) de los lugares que estos ocupan. En las representaciones de superficies los conflictos son puramente territoriales y son vistos normalmente como anomalías, puesto que el territorio tiende a una estabilidad que deriva de equilibrios globales.

Las representaciones reticulares son en cambio exclusivamente “horizontales”, pero no deterministas: representan relaciones intersubjetivas en cambio continuo, abierto a resultados imprevisibles: en estas geografías el nivel global no necesariamente determina el local. Como ya se ha dicho [en el subcapítulo precedente “Geografías de la relación global-local”], los nudos pueden ser pensados como entidades autónomas en relación con las redes y el observador puede descentrarse e incluso adoptar al mismo tiempo un punto de vista global y local, como si fuesen complementarios, incluso si (o más bien porque) ello implica la aceptación de contradicciones en el plano lógico y de conflictos en el plano práctico.

Los límites de las representaciones de superficies son el determinismo, el estatismo y, en definitiva, la asimilación de las relaciones y de los procesos sociales a vínculos mecanicistas entre las cosas. Los proyectos, en tanto que “traducciones serviles” de esta realidad “objetiva”, tienden a reducirse en el horizonte restringido de la ingeniería socio-territorial.²⁵

El límite de las interpretaciones reticulares es la indeterminación, la fragmentación atomizada de los puntos de vista al nivel de los nudos, cuya interconexión a redes sin vínculos comporta pérdida de significados y de sentido: desaparecen entonces la duración, la estabilidad y la memoria. El presente invade el campo de la representación excluyendo al pasado y, con la pérdida del sentido, también al futuro.

Si las representaciones de superficies se prestan a legitimar y reproducir el orden existente cualquiera sea este, las representaciones reticulares pueden legitimar la fatalidad del cambio, cualquiera que sea la dirección en la que se produzca.

El hecho de que la representación por redes sea ambigua, abierta y contradictoria mientras que la representación por superficies es saturada, definida y cerrada, hace que, mientras que la segunda tiende a excluir la primera, un espacio reticular pueda combinarse con un espacio superficial e incluso contenerlo (los nudos de las redes pueden ser vistos como superficies). Esto vuelve al espacio reticular

25. OLSSON, G., 1980, cap. 14 y 1991a.

adecuado para representar lo que es complejo, contradictorio, conflictivo: por ejemplo, lógicas locales diferentes de las globales, encuentros de relaciones “verticales” y “horizontales”, etc.

CRISIS DE LA CONCEPCIÓN DE LA REGIÓN COMO SUPERFICIE²⁶

El concepto de región geográfica se ha fundamentado siempre en un supuesto espacial de *continuidad* de superficie, basado en uno temporal de *estabilidad*, que ciertas formas de organización territorial ahora particularmente importantes parecen negar.

La idea de un espacio continuo pertenece al modelo arquetípico que identifica al vecino con lo semejante y al lejano con lo diferente. En su versión moderna, esta asume la forma de gradiente o superficie con tendencia,²⁷ que representa la variación de la intensidad yendo desde el lugar *i* al lugar *j*. Roturas de pendiente de los gradientes o valores críticos de los niveles se toman como límites de una región. Así, por ejemplo, un área metropolitana P se acaba allí donde redescubre una más o menos rápida caída en los valores de sus atributos, tales como densidad de población, porcentaje de empleados en actividades no agrícolas, intensidad de los flujos municipales de desplazamiento diario al trabajo. El hecho de que a una cierta distancia, donde comienza otra área metropolitana Q, los mismos valores críticos vuelvan a superarse, no modifica la delimitación geográfica de P. El vínculo de contigüidad hace pensar que P y Q, a pesar de tener los mismos atributos, sean consideradas dos regiones diferentes por el hecho de estar separadas por una discontinuidad.

Supongamos ahora que con un tren de alta velocidad el recorrido P-Q se reduzca, en términos de tiempo efectivo empleado, hasta ser igual o inferior a muchos de los recorridos entre las localidades que componen P. En este punto, al menos en lo que se refiere a ciertos fenómenos de interacción, no tendría ya sentido seguir considerando las localidades como parte de la región P y, en cambio, considerar Q separada de ella. Sin embargo, si se uniesen P y Q en una única región (excluyendo obviamente los espacios interpuestos no servidos por la alta velocidad) violaríamos el vínculo de contigüidad. Además, cualquier autoridad metropolitana debería tener jurisdicción sobre P y Q y sobre otras posibles áreas no contiguas, pero conectadas a P y Q del mismo modo. Pero esto contrasta con una concepción de la territorialidad ya consolidada desde hace varios siglos.

26. De “Regioni geografiche, articolazione territoriale degli interessi e regioni istituzionali”, DEMATTEIS, G., 1989a.
27. trend surface: HAGGET, P., 1965.

Se trata de algo más que un experimento mental; no solo porque con la alta velocidad los tiempos de circulación interurbana se vuelven iguales o inferiores a los de ciertos desplazamientos intraurbanos, sino sobre todo porque la información, “materia prima” y factor estratégico de los actuales procesos de desarrollo, circula por redes,²⁸ es decir, por un espacio discontinuo en el que los “nudos” (centros urbanos, sedes de empresas, etc.), aunque se encuentren físicamente distantes, están más “cercaños” entre ellos (en lo que se refiere a accesibilidad de información, facilidad de comunicación, difusión de las innovaciones, etc.) de lo que lo están respecto a los espacios interpuestos, aunque se encuentren contiguos a ellos. Por ejemplo, hoy en día, los agentes de bolsa de Nueva York, Tokio, Londres o París están mucho más “cercaños” entre ellos de lo que lo están respecto a agentes de otros sectores en sus propias ciudades.

Esto significa que el papel creciente de las comunicaciones y de los servicios ligados a la información, en la organización y el desarrollo de las sociedades industriales avanzadas, tiende a reducir cada vez más la impedancia o “fricción de la distancia”. De este modo, se debilita el principal factor que confería cohesión espacial y, por lo tanto, significado geográfico-regional a hechos como la interacción social y económica, la comunidad de intereses, la capacidad de control, la accesibilidad a los servicios, la homogeneidad socio-cultural, etc.

No solo eso, sino que la vida y la acción de los varios sujetos (familias, empresas, otras organizaciones) tienden cada vez menos a coincidir en los mismos espacios geográficos y a integrarse recíprocamente en ellos a fin de convertirlos en espacios de intereses y de identificación colectiva con base territorial. Por ejemplo, a partir de los años 70, se registró un desfase creciente entre grandes áreas urbanas-metropolitanas y sistemas productivos, derivado de un debilitamiento de los efectos de las economías de aglomeración, de urbanización y de escala en la localización de muchas actividades industriales y terciarias intermedias. Áreas como las de Turín y de Detroit que otrora alojaban el completo ciclo de producción del automóvil (desde el acero, a los componentes y al montaje), aunque siguen teniendo una economía basada en este sector de producción, se han convertido en parte de una red de *input-output* (de productos semiacabados, piezas mecánicas, componentes, accesorios e informaciones especializadas) extendida a escala continental y, para algunas fases de producción, incluso planetaria. Esto significa que el destino de

28. ANDERSSON, A.G., 1986.

estas “regiones” depende hoy cada vez menos de sus relaciones internas y cada vez más de sus relaciones con el resto del mundo.

Aunque precisamente en una visión sistémica parecería que la región está perdiendo hoy sentido e identidad, puesto que los sistemas (productivos, financieros, culturales, etc.) tienden a estructurarse mediante redes especializadas que se distribuyen, interaccionan y se superponen de manera diversa en el espacio geográfico. Y esto fragmenta este espacio en muchas unidades territoriales ya no conectadas entre sí sobre la base de las relaciones de proximidad-contigüidad, sino a través de relaciones de intercambio y de cooperación de alcance suprarregional y a menudo internacional. En el interior de cada región o articulación de superficie en el territorio se van relajando, por este motivo, los lazos comunitarios y la convergencia local de intereses en los que se basa la lógica de las autonomías territoriales político-administrativas. En particular, se advierte un desfase entre los ámbitos de la vida cotidiana, que conservan formas de superficies compactas y que expresan en sí mismas intereses globales y difusos (como: desarrollo del empleo, calidad de vida, etc.) y los intereses de las empresas que, para ser competitivas, deben actuar con una lógica sectorial de red. Según tal lógica, el ámbito local-regional es visto esencialmente como sede de un “nudo” de la red y la relación interactiva con él solo se refiere a esas especificidades regionales que se pueden tomar como valores en las mayores interacciones de red, es decir, en definitiva, en función de los intereses particulares de la empresa, que solo en parte coinciden con los de las comunidades locales y regionales y que escapan a su capacidad de control.

Por último, la crisis regional es también una crisis de estabilidad. La organización por red acelera los procesos de innovación y, con ellos, la competición entre los “nudos” (grandes ciudades, empresas, universidades, etc.) con efectos ambientales en el complejo desestabilizador a nivel local-regional, donde sociedad civil y territorio son llamados a reestructurarse continuamente. Se crea así un desfase entre los tiempos largos de formación y transformación de las estructuras regionales (territoriales, ambientales, culturales) y los tiempos breves de las transformaciones requeridas por el mercado. Las que han sido hasta ahora unidades territoriales vitales están en riesgo de convertirse en regiones “históricas”, de quedar reducidas a yacimientos de recursos culturales sedimentados en el pasado y no renovables a corto-medio plazo; recursos, sin embargo, estratégicos, a los que recurren precisamente las redes de empresa.

DE LAS REGIONES-ÁREA A LAS REGIONES-RED. FORMAS EMERGENTES DE GOBERNABILIDAD REGIONAL²⁹

Introducción

En un mundo dominado y controlado por redes de interacciones y flujos globales, están ausentes muchos de los supuestos en los que, hasta mediados del siglo xx, se basaba la idea de región como base territorial estable de una comunidad. Al mismo tiempo, se han creado algunas condiciones de carácter político-económico y técnico que nos estimulan a pensar los territorios, las regiones y las ciudades de modos relativamente nuevos. Pero tal vez la mayor diferencia, la verdadera ruptura con el pasado, radique en el hecho de que antes la región se concebía como un dato o una entidad primaria y básicamente invariante (resultaba indiferente si era de origen, natural, constitucional, histórico, etc.), mientras que ahora solo se puede pensar como una construcción intencional: un orden geográfico local que nace en la turbulencia de los flujos globales y que tiene que interactuar con ellos para seguir existiendo. Para aclarar y argumentar esta tesis, expondré sintéticamente cómo cambian hoy los supuestos de la regionalidad y, más en general, de la territorialidad, para llegar a los problemas que plantean y a las contribuciones que la geografía puede hacer a su tratamiento.

Las redes globales fragmentan y remodelan los territorios

Durante la primera mitad de nuestro siglo no se hablaba de redes globales, sino de relaciones internacionales y del movimiento consiguiente de personas, mercancías, dinero e información a través de las fronteras. Algunos de estos fenómenos ya eran “globales”, en el sentido de que producían efectos a escala de todo el planeta, pero esta globalidad era limitada e indirecta. En efecto, las redes internacionales se constituían a partir de unidades territoriales preexistentes, principalmente los estados y, de manera más limitada, las ciudades y las demás articulaciones territoriales del aparato estatal.

Los actores públicos y privados a los que se dirigían las relaciones transnacionales estaban establecidos en estas entidades territoriales. Incluso las empresas multinacionales tenían una patria, además de su sede central, y los propios mercados financieros todavía estaban vinculados a sus respectivos contextos nacionales. El arraigo territorial de los actores era una condición necesaria para el desarrollo de las operaciones transnacionales y en este sentido

29. Publicado en el número 9 de la revista *Geotema* de l'Associazione Geografi Italiani (1997), con el título original “Retibus regiones regere”. Texto tomado de la versión castellana publicada en SUBIRATS, J. (coord.), 2002: 163-175.

las redes nacían y dependían de los territorios. Esta dependencia se materializaba en los límites geográficos, en cuyo interior y a través de los cuales se ejercía el control de los aparatos estatales y, por debajo de estos, de los entes locales y regionales. Mientras el control y la gestión de los flujos no dejó de ser territorial, las redes podían ser gobernadas por los territorios, así fuera con grandes desigualdades de poder, entre países fuertes y débiles, entre ciudades grandes y pequeñas, entre regiones ricas y pobres. Cuando ello no fue posible, sobre todo por la movilidad creciente del capital y la información, que permitía reorganizar la producción y los mercados a escala planetaria, la situación cambió radicalmente. Entre redes cada vez más autónomas y territorios cada vez menos soberanos se fue instaurando una relación de interacción porque ninguno de los dos estaba en condiciones de controlar al otro.

Los estados y los demás entes territoriales ya no controlaban los flujos “inmateriales” que entraban y salían, de manera que las redes de estos flujos y de las organizaciones transnacionales que los gestionaban actuaban de hecho como entidades globales desterritorializadas y soberanas. Por otro lado, las redes globales y sus “nodos” (empresas, centros de investigación, grandes sociedades financieras, etc.) no podían operar sin vincular sus propios “nodos” operativos a determinados territorios. En efecto, como han demostrado los teóricos de la “especialización flexible”, de los “*milieux innovateurs*” y de las “ventajas competitivas”,³⁰ de estos vínculos, si bien menos estables que los antiguos “arraigos”, dependen los resultados de la competición a escala global.

Con todo, conviene subrayar que, como han puesto de manifiesto los críticos de la globalización,³¹ esta dependencia de las redes respecto de territorios específicos solamente vale en términos generales, en el sentido de que solo en algún caso, como el de las “ciudades globales”, la localización de los “nodos” de redes globales (por ejemplo, grandes empresas transnacionales) en una región o localidad determinadas se puede considerar necesaria. Es mucho más frecuente el caso en el que un número elevado de territorios, todos dotados de ventajas competitivas similares, compiten entre sí para atraer al mismo inversor global.

El refuerzo de las organizaciones globales en red ha tenido consecuencias sustanciales en la articulación (y la desarticulación) regional de los territorios. Cada parte de estos, en tanto que sede de actores locales que se vinculan de alguna forma a redes globales (para exportar e importar mercancías, para atraer inversiones, para

30. HIRST, P. y J. ZEITLIN, 1990; MAIUT, D., M. QUÉVIT y L. SENN (eds.), 1993; PORTER, M. E., 1991; KRUGMAN, P., 1995. Más en general: CONTI, S., 1996.
31. CHESNAIS, F. (ed.), 1996; ADDA, J., 1996.

intercambios culturales, etc.), tiende a hacerse funcionalmente independiente de las entidades territoriales de las que forma parte básicamente. Hoy en día, por ejemplo, muchas ciudades, como Lille, Berlín, Barcelona. etc., se mueven como actores en el escenario internacional sin recurrir a la mediación de sus gobiernos estatales y a veces incluso en contra de los intereses generales que estos gobiernos representan. Es lo mismo que hacen las regiones europeas “fuertes”, que mantienen delegaciones permanentes en Bruselas para tratar directamente con la Comisión Europea. Pero a escala microrregional también sucede algo parecido cuando, por ejemplo, un barrio de una ciudad, particularmente emprendedor, logra disponer de los fondos estructurales europeos (objetivo 2) para financiar un proyecto de recuperación o de recualificación urbana; o bien en el caso de un ayuntamiento no urbano que ofrece al capital transnacional las mejores condiciones para el asentamiento de un centro comercial, de un establecimiento o de un parque destinado al ocio, etc.

El resultado global es una fragmentación de los territorios en unidades funcionales autónomas de dimensiones variables, algunas de ellas con aspiraciones explícitas a la autonomía político-administrativa.³² En efecto, los fragmentos de territorio (ciudad, región, barrio, pequeño ayuntamiento o consorcio de municipios) que hayan logrado incorporarse con éxito a las redes globales empezarán a seguir un camino de desarrollo más bien independiente que los llevará a “acercarse” cada vez más a otros lugares alejados relacionados con las mismas redes globales y a “alejarse” (es decir, a diferenciarse y desvincularse) tanto de regiones contiguas de territorio que no albergan “nodos” de redes globales (o que albergan “nodos” que operan en sectores diferentes) como de las entidades territoriales de nivel superior a las que pertenecen institucionalmente.

Esta fragmentación, que subraya las diferencias y los desequilibrios a escala microterritorial, a menudo se convierte también en fragmentación social en la medida en que en el interior de las distintas “regiones” acentúa las diferencias de renta, de derechos fundamentales y de oportunidades entre las clases sociales que se relacionan directa o indirectamente con las redes globales y las que quedan excluidas de estas. Ello explica el fenómeno de la polarización social, particularmente evidente en las grandes metrópolis y fuente de conflictos aparentemente sin solución.

32. Tendencia teorizada, entre otros, por OHMAE, K., 1996. Sobre otras posturas, véase: VELTZ, P., 1996; ANDERSON, J., CH. BROOK y A. COCHRANE (eds.), 1995.

Una consecuencia geográficamente relevante de todo eso es que las redes globales, que se han hecho ampliamente independientes de los territorios concretos que en el pasado las generaron y de los que todavía dependían hasta los años sesenta, están rediseñando la articulación regional del planeta. Las dimensiones, las geometrías, las características y las dinámicas de los espacios regionales ahora dependen en buena medida de las interacciones de los lugares con las redes que los ocupan. Además, las redes concentran sus “nodos” operativos y decisorios en unas pocas áreas densas –grandes ciudades y áreas metropolitanas– que de momento son los únicos puntos fijos de una articulación territorial y una geometría variable y relativamente inestable.

La consecuencia política de sobra conocida es que con la pérdida del control territorial se debilita la soberanía de los estados (o al menos de los más débiles) y del aparato público en general, mientras que adquieren poder las grandes organizaciones globales en red y sus centros de decisión. Al mismo tiempo, la desarticulación y la fragmentación de los territorios nacionales favorece los regionalismos, los localismos y los movimientos secesionistas que despiertan los fantasmas de un pasado premoderno para adaptarse o para resistir a los imperativos hipermodernos de la globalización.

Los sistemas territoriales locales interactúan con las redes globales

Como P. Veltz ha puesto de relieve desde el punto de vista económico y como bien ha ilustrado también G. Campione en su ensayo introductorio,³³ la fragmentación y la rearticulación de los territorios que las redes globales han llevado a cabo no han eliminado en absoluto la territorialidad. Podemos decir que la han exaltado a escala local/regional, que la han debilitado a escala nacional y que la han hecho renacer, como en el caso de la UE, a escala macrorregional y continental, pero bajo formas muy distintas de las “westfalianas” de los viejos estados nacionales. Es decir, han alterado el *Ordnung und Ortnung* (implantación en los lugares) que C. Schmitt consideraba la condición esencial de las normas en las que se basa la convivencia humana.³⁴

En el ingente proceso de desterritorialización y reterritorialización que caracteriza la época en que vivimos, los principales protagonistas y actores del desarrollo –junto con las redes globales y en un estrecho contacto con ellas– parece que son

33. (N. de E.)
Introductorio,
entiéndase al número de
la revista *GEOTEMA* en
que se publicó el artículo
original. Véase referencia
en nota al pie inicial de
este subcapítulo.

34. SCHMITT, C., 1979.

los sistemas territoriales locales. Con esta expresión nos referimos a las entidades territoriales de dimensiones microrregionales que, consideradas en el pasado como simples partes de entidades territoriales mayores y, por ello, soportes pasivos de intervenciones decididas en “niveles superiores”, ahora son reconocidas como “nodos” de interconexión entre redes globales y territorios, dotadas de una capacidad de desarrollo autónoma. Se trata de unidades territoriales que no necesariamente tienen un reconocimiento institucional. No suelen corresponder a entes locales, como ayuntamientos, condados o similares, sino más bien a articulaciones locales de sujetos, vinculados a ciertos sustratos culturales homogéneos (*milieux*)³⁵ y capaces de organizarse por sí mismos para poder operar en la práctica como actores colectivos en la concepción y la realización de proyectos de desarrollo. El caso más común es el de los sistemas urbanos, en la medida en que las ciudades se ven favorecidas por la presencia de una pluralidad de sujetos locales activos y por *milieux* que las estratificaciones históricas han hecho particularmente ricos en infraestructuras, recursos culturales, instituciones civiles, etc. Otros sistemas territoriales locales bien conocidos son los distritos industriales o, más en general, los sistemas de pequeñas y medianas empresas (agrícolas, industriales, turísticas o comerciales). Pero también barrios urbanos concretos o pequeñas regiones rurales pueden emerger como actores colectivos.

Las condiciones suficientes y necesarias para que ello se produzca es que un cierto número de sujetos que operan localmente³⁶ desarrollen relaciones de cooperación, de negocios o también competitivas y de conflicto alrededor de proyectos de transformación y desarrollo y que estos proyectos comporten al mismo tiempo vinculaciones con redes de sujetos supralocales y la valoración de recursos potenciales propios del *milieu* en cuestión. El desarrollo local autoorganizado se basa, así, en una doble interfaz en cuyo centro se sitúan las redes locales de sujetos:³⁷ la que las hace interactuar con los recursos potenciales del *milieu* y la que las hace interactuar con las redes supralocales.

De la interfaz con el *milieu* depende la sostenibilidad del desarrollo y de la interfaz con las redes globales su eficacia y competitividad. Estas dos instancias son tendencialmente contradictorias y a menudo están en conflicto, un conflicto cuya naturaleza depende del modo en que se estructuren las redes

35. Recursos socioculturales que caracterizan de manera estable un cierto territorio, ya que se han sedimentado en él a lo largo de la historia como consecuencia de la evolución de la sociedad y la economía en relación con los ecosistemas naturales locales. Para un examen del concepto y de su operatividad analítica y proyectual, véase: GOVERNA, F., 1997.

36. No se trata solamente de sujetos “locales” en sentido estricto, es decir, de los que viven y operan únicamente dentro del sistema local, sino también de sujetos pertenecientes a redes supralocales con sedes en el sistema local o también de sujetos locales de pertenencia múltiple, es decir, a redes locales y supralocales.

37. Las que en la literatura sociológica y antropológica internacional se llaman *social networks*. Véase: PISELLI, F., 1995.

locales. Cuanto más hayan penetrado en la sociedad civil, más intereses representarán y más garantías se tendrán de que los recursos y las condiciones naturales e histórico-culturales de los *milieux* se conservarán, se reproducirán y se enriquecerán con el tiempo y que se reforzarán los valores de “urbanidad” y, más en general, las relaciones sociales y la calidad de vida.³⁸

Por otro lado, la complejidad de los *milieux* y de las redes locales entra en conflicto con las finalidades abstractas y simplificadas que la competencia económica global impone a los sistemas locales, incluso en detrimento de la sostenibilidad ecológica, cultural y social del desarrollo. Este conflicto no ha de sorprender. En el momento en que un territorio se convierte en sujeto colectivo, es obvio que también se le plantee, como a los sujetos individuales, el problema de la afirmación y de la conservación de su propia identidad en la relación con los demás. Lo que nos interesa subrayar es que la relación de las redes globales con los lugares, las sociedades y las culturas locales no es necesariamente un proceso homologador y destructivo. Esta relación también es un estímulo poderoso para resistir, para crear nuevos vínculos sociales y para revitalizar las fuerzas y las capacidades de autoorganizarse de territorios y colectivos que antes podían parecer protegidas y garantizadas pero que en muchos casos solamente eran pasivas y letárgicas.

Las identidades territoriales no nacen de la historia, sino de la acción colectiva contemporánea

Las tendencias expuestas hasta ahora permiten perfilar dos modalidades de representación geográfica. Una es la *local* de un único territorio, en el que el espacio significa *proximidad* y presupone la interacción entre sujetos actores (o actores potenciales), en presencia de un conjunto dado de recursos y de un *milieu* local específico. Otro nivel es el supralocal, que tiende a ser global y en el que el espacio viene dado por las redes de flujos y de relaciones materiales o “inmateriales” que vinculan a los distintos territorios entre sí, independientemente de la distancia que los separe. Estos dos tipos de espacios –el físico-territorial de las interacciones de proximidad y el virtual o topológico de los flujos y de las redes de interacción a distancia– son muy diferentes en el plano lógico-conceptual y, en algunos aspectos, son opuestos. Ello no significa, sin embargo, que los fenómenos que se manifiestan a escala local sean diferentes de los que se

38. LÉVY, J., 1994;
BONOMI, A., 1996.

manifiestan a escala global. Tienden a pensar así quienes no son capaces de distinguir entre la forma simplificada de las representaciones espaciales y la naturaleza compleja de los fenómenos territoriales y transforman oposiciones puramente conceptuales (como la que se da entre identidad local y homologación global, entre lugares y no lugares, entre desarrollo urbano endógeno y exógeno, por ejemplo) en terrenos de enfrentamiento ideológico.

Como al menos en parte estos nuevos fundamentalismos son generados y sostenidos por la persuasión oculta que ejercen las imágenes geográficas, cabe decir claramente que, aunque los sistemas locales se puedan representar convencionalmente como comunidades arraigadas en un territorio y también como “nodos” de flujos globales, no son ni una cosa ni otra, sino una tercera, de la que las dos formas espaciales a las que se acaba de aludir ofrecen imágenes parciales.

Actualmente, los territorios no se pueden concebir como entidades orgánicas estables, formadas por un “cuerpo” (el suelo, el medio local) y por una “mente” organizadora (las redes locales de sujetos), que los capacitarían para llevar a cabo proyectos y acciones estratégicas. Esto, que en el pasado se consideraba natural, se ha convertido en algo que hay que proyectar y construir. En efecto, en la actualidad es poco realista pensar que los sujetos individuales y colectivos que componen el sistema local constituyan un grupo cohesionado por el simple hecho de estar sobre el mismo suelo. En realidad, cada uno de ellos puede tener una pertenencia funcional y al mismo tiempo identitaria a redes supralocales de empresas, instituciones, asociaciones y organismos cooperativos diferentes. Estas redes, que tienden a ser globales, surcan los territorios y conectan a distancia a sus actores, debilitando los vínculos tradicionales de cohesión interna basados en la proximidad física.

Con todo, se ha visto que precisamente cuando el actor colectivo naturalmente establecido en su propio territorio deja de ser un dato garantizado *a priori*, los sistemas locales se refuerzan y emergen como sujetos colectivos “fuertes” en los espacios globales de la competición y la cooperación de redes.

Si las transformaciones recientes no han eliminado la territorialidad, sí han modificado su esencia, al acentuar su papel, que ha pasado de ser pasivo a dinámico, de simple producto de larga duración histórica a producto de una organización local, de

valor de uso utilizable dentro de un ámbito geográfico limitado a (casi) un valor de intercambio; de “patrimonio” que hay que preservar a “capital riesgo” para jugar en la competición global.

Así se termina formando una nueva imagen de las colectividades territoriales como “nodos” de redes globales en que la identidad local y el territorio, como depósito estratificado de un patrimonio natural y cultural, ya no valen por lo que son, sino por aquello en que se convierten en los procesos de valorización. La verdad parcial contenida en esta imagen es que la sociedad local ya no se puede identificar por su arraigo estable en un determinado ámbito territorial. Se trata, en cambio, de una configuración conectiva mutable y de geometría variable de actores que pueden ser pensados como “nudos” de redes locales y globales. Y es precisamente gracias a estos actores que estas redes se encuentran, interactúan y se conectan. Y es por ello que en un espacio virtual de redes y flujos los “cuerpos” territoriales y agregados sociales siguen existiendo y ejerciendo un papel esencial, justamente en los procesos de globalización que parecerían destinados a destruir sus identidades.³⁹

Así, pues, algo importante está cambiando. A las redes globales, los *milieux* territoriales ya no les ofrecen verdaderas raíces sino simples *anclajes*.⁴⁰ Por eso ya no pueden ser definidos ni descritos como entidades objetivas, sino que solo pueden ser captados en el momento de prestar un punto de apoyo a estos anclajes.⁴¹ La nueva territorialidad es algo que solo se puede observar empíricamente a partir de los efectos que produce. Es una imagen conceptual que nos permite comprender el protagonismo actual de las colectividades locales, su naturaleza de atractores/conectores de redes globales, así como la formación de redes sociales locales alrededor de proyectos de valorización de los recursos propios de un contexto local; no solamente de las que se dirigen al mercado sino también a los circuitos locales de la sociabilidad, entendida como bien común y como valor autónomo.⁴²

Las identidades locales se consideran, pues, como propiedades activas que trabajan en el presente y apuntan al futuro. El pasado histórico, el culto común a los orígenes, las memorias colectivas son solo condiciones favorables –aunque no necesarias– para reforzar el sentido de pertenencia. Este no deriva directamente ni de los lugares ni de la historia. Es, en todo

39. Para una crítica del concepto tradicional de localidad en los procesos de globalización, véanse también: MASSEY, D. y P. JESS, 1995; HARVEY, D., 1993; CASTELLS, M., 1998.

40. VELTZ, P., op. cit.

41. BERQUE, A., 1990.

42. BONOMI, A., 1996: 105-106.

caso, un componente de la identidad local entendida como una razón conectiva de sujetos que se organizan en un momento determinado para hacer valer un territorio.

La identidad local que aquí nos interesa es, pues, el principio mismo de la acción conectora local. Parafraseando lo que Deleuze y Guattari dicen a propósito de la geofilosofía,⁴³ se puede afirmar que no cabe reducir la identidad local a su propia historia, porque la acción colectiva local se aleja continuamente de esta historia para realizar proyectos que después son recogidos por la historia, pero que no derivan de ella.

Siempre ha sido así. En el pasado tampoco se pudieron formar los legados materiales y culturales que constituyen los *milieux* territoriales actuales hasta que la identidad local asumió esta forma activa. Pero estos son los productos de identidades históricas, no los componentes constitutivos de una identidad operante. Son solo las condiciones, los medios, los recursos –a menudo preciosos– de una construcción identitaria que, con todo, solamente puede derivar de las relaciones entre los sujetos y, por lo tanto, de sus interacciones sincrónicas en la red. La simple referencia a un pasado común y a su herencia, por gloriosa que sea, solo produce repliegues nostálgicos, cerrazones defensivas y la incapacidad de hacer frente al “aquí y ahora” y de pensar en el porvenir, porque ello significa crear algo nuevo, a lo que la conciencia de un pasado común puede (y debe) dar sentido, pero que precisamente porque es nueva no es capaz de producir sola.

La conclusión es que ya no podemos creer, como hacía la geografía humana regional, que las regiones se puedan definir a partir de sus dotaciones ambientales naturales e histórico-culturales. Tampoco podemos pensar, de acuerdo con la geografía funcionalista (también envejecida), que para definir las basten con la contención de los flujos. Y no solamente porque los circuitos de los flujos que hoy cuentan tienden a adoptar la forma de redes globales, sino también y sobre todo porque a la región geográfica no le puede faltar la corporeidad de la tierra, en la que se sedimenta el componente esencial del *milieu*.

Así, pues, hemos de buscar las razones en un conjunto de interacciones complejas que vinculan entre sí los *milieux* locales, las redes de proximidad y las redes globales o virtuales, sabiendo que las nuevas unidades territoriales ya no se presentarán como productos espontáneos y casi naturales de estas interacciones (es decir, de la manera en que la geografía humana nos ha acostumbrado hasta

43. DELEUZE, G. y F. GUATTARI, 1993: sobre todo las p. 92 y 108.

ahora a verlas y a buscarlas) sino como construcciones intencionales, redes de redes, conexiones de sujetos en sistemas territoriales locales y, lo que es mucho más difícil hoy en día, conexiones de estos “fragmentos” en regiones.

La regionalidad hoy: un problema para el mundo y para quien lo describe

Alguien podría preguntarse, con razón, si los beneficios que podemos obtener de esta nueva aproximación a la regionalidad y a la territorialidad nos compensan de los esfuerzos de una tarea investigadora que se prevé llena de dificultades y si no es arriesgado abandonar una concepción sólida y simple de región, respaldada por el sentido común, como la que nos ha legado la geografía de los últimos cien años.

La respuesta es que la aproximación tradicional a la región geográfica, que en el pasado ya ha sido criticada en la medida en que eludía o incluso mistificaba algunos problemas sociales y políticos fundamentales, parece cada vez menos adecuada para tratar las relaciones complejas que se han ido creando en las últimas décadas entre organización socio-económica y medio ambiente, entre las redes de los flujos y los territorios y entre el plano global y el local. Por este motivo, parece oportuno explorar nuevos caminos que puedan contribuir en parte a la solución de los problemas del mundo en el que vivimos. Será una buena oportunidad para intentar resolver algunos problemas nuevos de la geografía, que tendría que representar este mundo y que hoy, como recuerda G. Campione en su ensayo introductorio,⁴⁴ solamente lo puede hacer si se convierte en una *geografía de la complejidad*.

Entre los numerosos problemas que hoy se le plantean a la geografía regional, me limitaré a subrayar los que surgen del hecho de que la globalización se representa a sí misma como la expresión más alta y madura de la cultura occidental en su misión de unificar el planeta según unos principios de orden y de racionalidad universales,⁴⁵ cuando de hecho es una fuente de exclusiones, de fragmentación y de afirmaciones particularistas. El motivo principal es que el universalismo de la globalización está simplificado como la economía de mercado que lo guía. Sus códigos universales son abstractos y formales, como lo que circula en las redes globales: dinero, mercancías, información descontextualizada, comunicación icónica, democracia y libertad solo formales.

44. (N. de E.) *Ibidem*, a nota 33 precedente.

45. Sobre el tema del universalismo occidental remito a TOULMIN, S., 1990; y GADAMER, H.-G., 1989.

Pero, como se ha visto, estos flujos han de anclarse en lugares y territorios, es decir, en medios de vida específicos, en los que procesos lentos de coevolución han producido culturas y racionalidades locales con valores propios, no siempre compatibles con los de la racionalidad abstracta de las redes globales y, sea como sea, no reducibles a sus codificaciones descontextualizadoras. Por ello son “otros”, anómalos y, en caso de resistencia y conflicto, están condenados a la ilegalidad. Por lo tanto, la globalización desterritorializa el mundo, lo divide en fragmentos, a los que da autonomía como sistemas locales para después someterlos a sus reglas. Filtra sus valores a través de sus códigos, impone normas universales monológicas, instaaura estructuras jerárquicas que limitan enormemente la interacción dialógica tanto en “vertical” (entre sistemas de escala territorial diferente) como en “horizontal” (entre los distintos sistemas locales).

Todo el enorme patrimonio mundial de conocimientos y valores locales actualmente se ve obligado a traducirse a los códigos reductores de un único lenguaje y a los criterios evaluadores de un único cálculo para poder circular. Así este patrimonio pierde gran parte de su sustancia contextual y se convierte en controlable y “valorable” por pocos centros de poder, que pueden regular los flujos de las redes globales, manipulando los mercados y la información, sin preocuparse de la regresión generalizada de los vínculos sociales, de la violación de los derechos y de las libertades fundamentales, de las relaciones desequilibradas con los ecosistemas locales y separando artificiosamente sus problemas de los del *global change*.

Creo que es un deber profesional de los geógrafos no aceptar de modo acrítico las autorrepresentaciones triunfales de la globalización que su “pensamiento único” nos propone y buscar los instrumentos analítico-conceptuales adecuados para describir lo que realmente ocurre. Creo que tendríamos que ofrecer a las sociedades y a las culturas locales representaciones eficaces, geografías que las ayuden a resistir y afirmar sus propias identidades y a establecer intercambios dialógicos verticales y horizontales; a ver en la alteridad y la pluralidad la riqueza de los valores de los que todos nosotros deberíamos sentir necesidad.

Ante esta misión, la geografía regional tradicional me parece no solo desarmada sino incluso contraproducente. En efecto, reduce la representación de las complejas relaciones entre sociedad, culturas,

economías y poderes a un único tipo de espacio de derivación euclidiana, interiorizado mediante prácticas cartográficas irreflexivas, que llevan a pensarlo como una entidad objetiva.⁴⁶ Esta representación simplificada e ingenua de la regionalidad puede cumplir, de todos modos, funciones elementales, de tipo fundamentalmente taxonómico pero a condición de que sea muy consciente de sus límites y de que no quiera tratar aspectos complejos de la realidad con modalidades inadecuadas y, en definitiva, mistificadoras.

Para salir de estos límites será necesario un esfuerzo de imaginación creativa y de análisis, como por otro lado toda empresa científica requiere. En primer lugar habrá que hacer referencia a modelos conceptuales capaces de tratar los sistemas complejos. Y con ellos habrá que conseguir representar las dinámicas regionales como interacciones que tienen lugar simultáneamente en el espacio/medio local, en el espacio de las relaciones de proximidad y en el de las redes virtuales no condicionadas por la distancia física. Asimismo, habrá que representar a distintas escalas (sin olvidar nunca la básica de las experiencias cotidianas) espacios relacionales múltiples, correspondientes a las multipertenencias (y a menudo multiidentidades) de los sujetos locales y reconstruir las “geometrías variables” de las redes y de los sistemas territoriales a los que pertenecen y dentro de los que actúan. Para terminar, será conveniente evitar los determinismos (naturales, económicos e históricos), para poder representar la regionalidad en su devenir lleno de contradicciones y de conflictos potenciales y, por eso mismo, abierto a diferentes propuestas, proyectos y soluciones.

EL MODELO DE LAS REDES EQUIPOTENCIALES LOCALES Y LAS REDES URBANAS⁴⁷

Podemos pensar un modelo teórico de *redes equipotenciales* (o con indiferencia de localización) en las que las funciones urbanas se subdividen entre los nudos (centros) de una red urbana predispuesta aleatoriamente, al menos en la medida en que se pueda considerar aleatoria la distribución geográfica de condiciones de localización derivadas de contingencias locales, es decir, sin que factores de proximidad a la demanda o factores de aglomeración-polarización intervengan para regular la distribución de las funciones urbanas entre los nudos de la red.

46. Se remite a la dura crítica de F. Farinelli a la lógica cartográfica como lógica de la geografía neoclásica (FARINELLI, F., 1992) y a otras partes de esta misma obra.

47. De “Sistemi locali nucleari e sistemi a rete: Un contributo geografico all'interpretazione delle dinamiche urbane”, DEMATTEIS, G., 1991b.

Podemos esperar de procesos de este tipo, precisamente, la formación de redes con tendencia a la indiferencia de localización. En ellas, cada actividad se puede situar convenientemente en cada nudo que puede luego, teóricamente, ser conectado con cualquier otro según relaciones de complementariedad, sin que exista un “centro” de la red. Por eso las dinámicas de los nudos dependerán esencialmente de las dinámicas generales de los sectores de actividad económica presentes en ellos. Las relaciones simétricas o casi simétricas debieran ser la norma. Se debería también registrar una mayor movilidad de localización y, por lo tanto, una cierta inestabilidad a nivel de cada nudo con fluctuaciones de medio periodo de los niveles demográficos y de empleo.

La formación de redes urbanas equipotenciales puede considerarse como la cara oculta de la contraurbanización. Como se ha visto, este concepto es un buen ejemplo de categoría geográfica cuya explicitación analítica ha permitido tematizar e interpretar ciertos hechos que, en buena medida, escapan a los modelos analíticos existentes. A partir de una primera formulación en términos demográficos (tasas de crecimiento inversamente proporcionales a la dimensión de los centros) se ha pasado, de hecho, a interpretaciones más complejas, relativas a cambios selectivos en la ocupación urbana y, de ahí, a transformaciones en la localización de las actividades económicas como consecuencia de una nueva división territorial del trabajo.⁴⁸

Asumiendo este punto de vista y vinculándolo al modelo de las transformaciones de las jerarquías urbanas propuesto por Pred⁴⁹ para los Estados Unidos, la contraurbanización puede ser considerada, al menos en parte, como una especie de “ilusión óptica” debida al hecho de que, mientras la organización y la dimensión territorial de los sistemas urbanos habría dado un salto de escala, desplazándose hacia niveles suprarregionales, la definición y la observación de los datos continuaba haciéndose a la escala de cada centro o sistema urbano compacto en superficie.⁵⁰ De ello se desprende que el modelo christalleriano de los lugares centrales es cada vez menos adecuado para describir las redes urbanas de las regiones industriales maduras, porque presupone precisamente una definición empírica de “lugares centrales” de carácter puntual o microzonal (centro habitado, municipio, aglomeración).

Investigaciones empíricas llevadas a cabo en la Italia noroccidental⁵¹ pusieron en evidencia cómo, a la escala de

48. FIELDING, J.A., 1982.

49. PRED, A.R., 1977.

50. DEMATTEIS, G., 1985a.

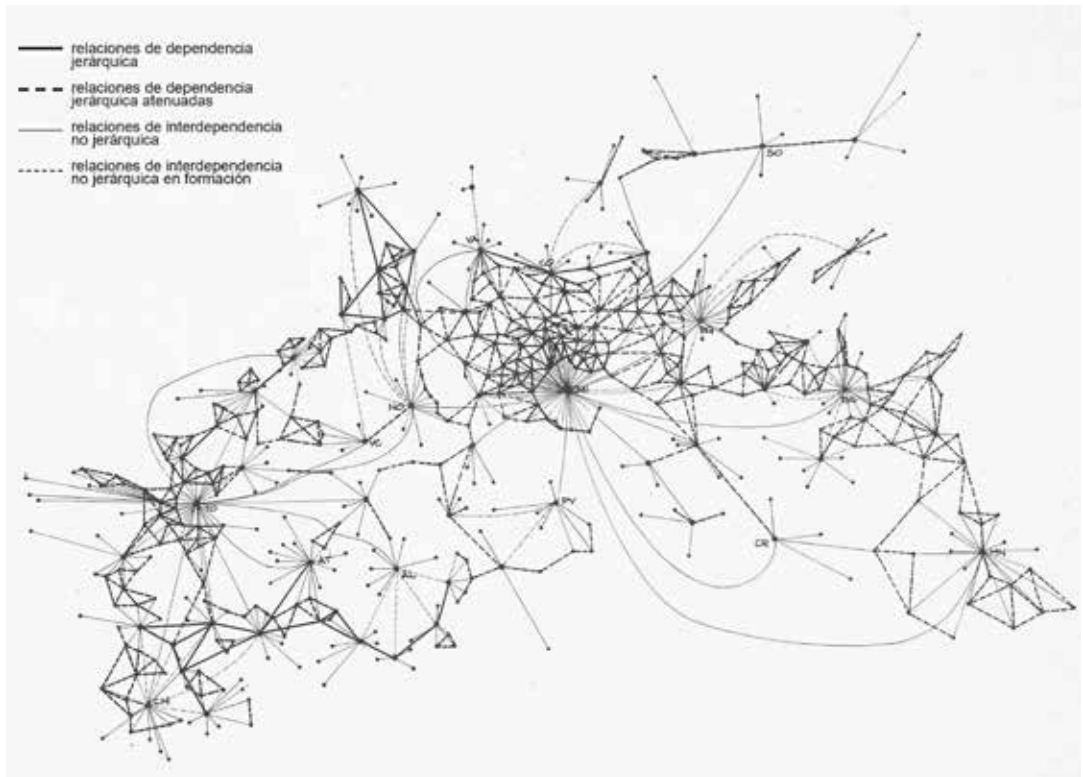
51. DEMATTEIS, G., y C. EMANUEL, 1987; EMANUEL, C., 1989.

cada centro y de cada sistema urbano local (entendido como aglomerado continuo en superficie), no era verificable la composición funcional jerárquica prevista por el modelo christalleriano, según el cual cada centro de orden n debe tener las funciones propias de dicho nivel y todas aquellas de los niveles inferiores a n . Las desviaciones de este modelo (más débiles en las zonas rurales, mayores en las urbanizadas e industrializadas) revelan cómo, a esa escala, los centros tienden hoy a sustituir relaciones de dependencia jerárquico-funcionales por relaciones de complementariedad, de modo que las funciones urbanas parecen, en un primer examen, distribuirse entre los centros en gran medida al azar. En realidad, estudios posteriores⁵² han demostrado que, si esto es en parte cierto para los servicios relacionados con las empresas (al menos dentro de ámbitos regionales de las dimensiones de la Padania), los ámbitos de complementariedad de los servicios para las familias tienden principalmente a coincidir con los radios de la movilidad diaria o semanal de la demanda, es decir, de dimensiones entre el distrito y la provincia. Considerando una red de tales dimensiones *en su conjunto*, es posible volver a encontrar la composición funcional completa que el modelo christalleriano atribuye al centro de orden más elevado comprendido en la red.

Si llamamos *retículas* a las redes de dichas dimensiones, debemos concluir que el sistema urbano de nivel local no tiene hoy en día ni la forma de la localidad central puntual, ni la del sistema compacto en superficie, sino la de la *retícula*. O sea que esta consiste en un conjunto de centros con funciones urbanas complementarias entre sí que, al menos teóricamente, es delimitable desde el punto de vista de la autocontención de las interacciones recíprocas.

De hecho, tal delimitación es bastante más problemática. En las realidades territoriales más evolucionadas, como la franja media de la Lombardía italiana, (Fig. 3) las “retículas” tienden a fundirse entre sí en una trama continua que hace casi imposible su delimitación espacial. Además, son frecuentes los casos de “nudos” que presentan algunas funciones de orden jerárquico superior al máximo atribuible a la completa retícula. Por ejemplo, encontramos actividades de I+D ligadas a especializaciones productivas locales en retículas de nivel provincial, como las de Biella o Como, o funciones comerciales “raras”, con radio de atracción interregional, ubicadas en ciudades medianas y pequeñas.

52. EMANUEL, C., 1990a.



Si esta es la tendencia en las regiones más industrializadas, en otras, como en buena parte del *Mezzogiorno* italiano, el modelo christalleriano se presenta aún en general válido.⁵³ Las desviaciones respecto a esto en dirección hacia el modelo reticular pueden entonces ser entendidas como indicadoras de la dinámica regional.

Las investigaciones sobre la contraurbanización en Italia⁵⁴ y sobre la desconcentración de las actividades de servicio⁵⁵ sugieren una hipótesis explicativa de aparente transición de estructuras urbanas nucleares y compactas a estructuras reticulares. Tal hipótesis viene expresada en la figura 4. El diagrama de la parte superior representa esquemáticamente la variación de los valores de las externalidades urbanas E en función de la distancia en km a un gran centro metropolitano, en los años 60 y en los años 80. Se indican en particular los umbrales de externalidad mínimos para la localización de funciones de ciertos

53. DEMATTEIS, G. (ed.), 1992.

54. CENCINI, C., G. DEMATTEIS y B. MENEGATTI (ed.), 1983; DEMATTEIS, G., 1986a.

55. CAPPELLIN, R. y C. GRILLENZONI, 1983; BOSCACCI, F., R. CAPPELLIN y G. FOLLONI, 1986; CICIOTTI, E., 1987.

Fig. 3. Gráfico representativo de las actuales relaciones funcionales entre los centros de la Padania italiana centro-occidental (de EMANUEL, C., 1990b: 184)

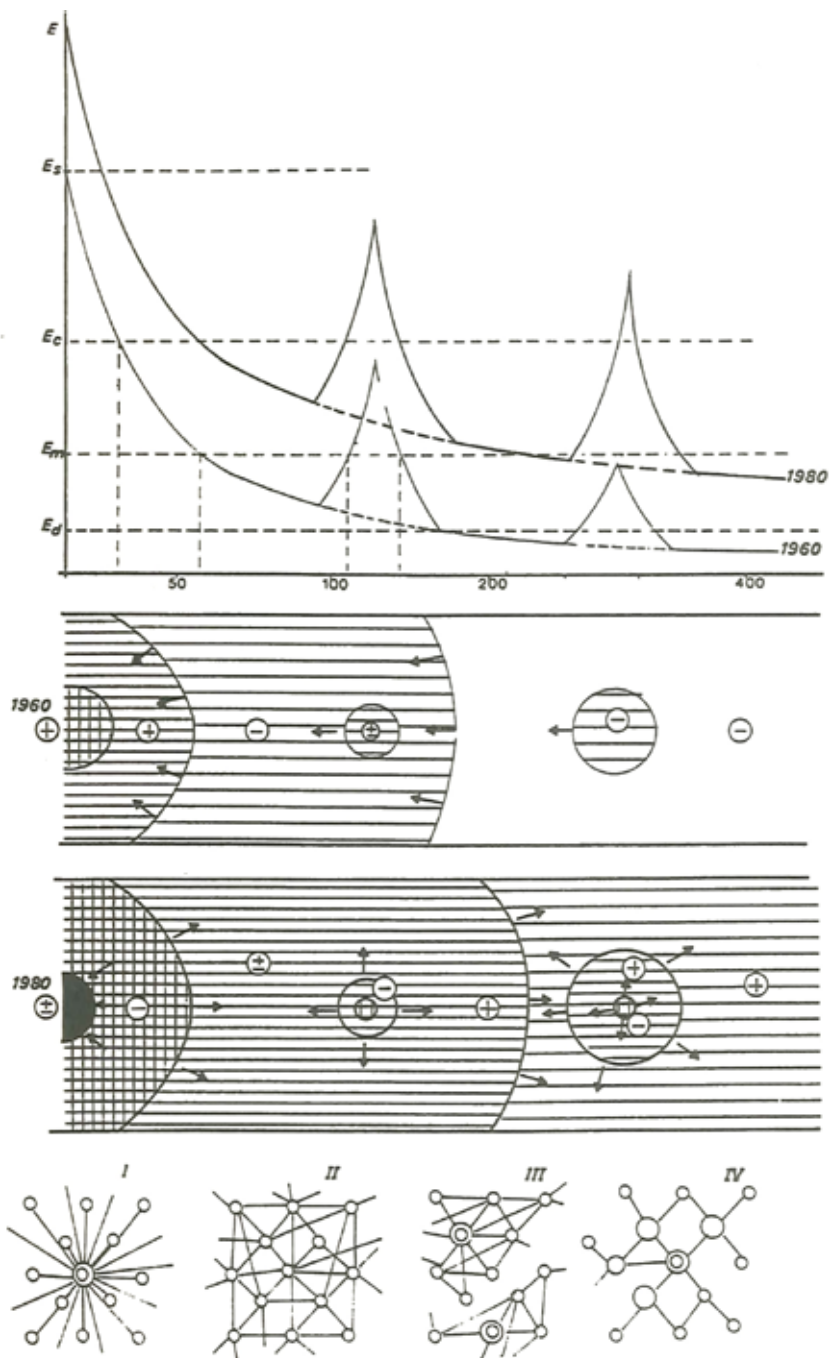
niveles: servicios elementales difusos (Ed), servicios de nivel intermedio (Em), funciones metropolitanas tradicionales (Ec), nuevas funciones metropolitanas de terciario superior avanzado (Es). Las dos bandas en posición intermedia de la figura representan la proyección en planta del diagrama superior respectivamente en los años 60 y en los años 80. Los signos + y – indican la tendencia de la dinámica demográfica y del empleo; las flechas señalan las tendencias a la polarización (centrípetas) o a la desconcentración (centrífugas) de las funciones urbanas. La intersección de las distancias con los umbrales (E) de los distintos niveles funcionales define los límites de los ámbitos del nivel funcional correspondiente que por simplicidad se han representado en forma de anillos concéntricos en torno al centro principal y a los centros urbanos secundarios. Según este esquema, el ya recordado “salto de escala” comprobado recientemente en las organizaciones territoriales urbanas es debido a la dilatación de los campos de externalidad urbana (umbral mínimo Em) que, a su vez, deriva de una elevación del gradiente de externalidad (E) entre 1960 y 1980. En realidad, eso es resultado de la combinación de dos movimientos: a) de descenso de los umbrales de externalidad necesarios para la localización de funciones urbanas de nivel intermedio y b) la elevación de los valores de las externalidades ofrecidas por las áreas extrametropolitanas y en los centros urbanos menores. El primer movimiento corresponde al principal efecto territorial de la “revolución” teleinformática: ralentización de los vínculos derivados de las economías de escala y de aglomeración y consiguiente desconcentración de una amplia gama de actividades productivas y de servicios con su integración en redes entre empresas y entre unidades de empresas multilocalizadas a escala suprarregional.⁵⁶ El segundo movimiento corresponde, a su vez, a la maduración de los efectos territoriales de las políticas de bienestar, desde el punto de vista de la difusión e intensificación de infraestructuras (materiales y sociales), en algún tiempo limitados, especialmente en las áreas urbanas de mayor tamaño.

Cabe señalar que en los años 70, especialmente en Italia, los fenómenos de desconcentración fueron favorecidos y amplificados por condiciones coyunturales particulares, como la crisis de las grandes empresas “centrales”, el “descentramiento productivo”, las diferencias centro-periféricas en el coste y en la gobernabilidad del trabajo, el urbanismo permisivo de las áreas periféricas, etc.⁵⁷ Sin

56. ANTONELLI, C., 1988.

57. BAGNASCO, A. 1977; GAROFOLI, G., 1981.

Fig. 4. La formación de estructuras reticulares entre los años 60 y 80 (DEMATTEIS, G., 1990c).



embargo, eso no ha hecho sino acelerar un cambio de tipo estructural en la división territorial del trabajo, común a todos los países occidentales industrializados.⁵⁸ Por lo tanto, sus efectos permanecieron aún con el pase, en los años 80, a una fase de recentralización: de hecho, esta última no consiste en un retorno a la polarización metropolitana maciza e indiferenciada de los años 50 y 60, sino en una redistribución de las funciones urbanas que, al ser jerárquicamente selectiva, interesa abiertamente desde el punto de vista de empleo y de población a los centros urbanos secundarios. De hecho, la acrecentada selectividad de las localizaciones coopera en esta fase a hacer emerger cada vez más nudos de la red urbana del fondo rural que había estado privilegiado en la fase de difusión de los 70, evidenciando de este modo la estructura reticular del fenómeno urbano.

En particular, la superación de ciertos niveles de externalidad (Ec) en los nudos periféricos de la red equivale a la extensión hacia ellos de los campos de externalidad metropolitanos de los años 60. Se reproducen de este modo, a escala de la red entera, las condiciones de cuasi-indiferencia de localización ya presentes en las coronas metropolitanas, que son también, como se ha visto, las condiciones para la formación de redes equipotenciales.

Los gráficos en la parte inferior de la figura 4 ilustran los saltos cualitativos correspondientes a los umbrales del gradiente urbano (E). En el centro metropolitano permanecen estructuras polarizadas (gráfico I) en cuanto atañe a las funciones del nivel superior. En una amplia zona intermedia se producen las condiciones antedichas de indiferencia de localización entre nudos secundarios de la red urbana que favorecen la formación de estructuras interconexas tendencialmente equipotenciales (gráfico II). En las zonas periféricas hay en cambio permanencia de redes christallerianas (gráfico IV) con situaciones de transición (gráfico III) originadas al formarse sistemas productivos locales o “distritos industriales” periféricos.⁵⁹

En conclusión, en los países occidentales industrializados, el fenómeno urbano tiende a articularse en dos niveles jerárquicos de redes: uno superior, metropolitano, con interacciones “estratégicas” a escala transnacional (umbral Es), y otro inferior de retículas urbanas con funciones intermedias (umbrales entre Em y Ec). Debajo de este se encuentra un nivel no urbano caracterizado por funciones banales difusas (umbral Ed).

58. SCOTT, A.J., 1986;
SCHOENBERG, E., 1988.
59. BECATTINI, E., (ed.),
1987.



Biotoop Bijlmer, 1991, Niko Bick (fragmento).

4

Territorialidad y desarrollo local

Desarrollo local y redes globales

Territorio y territorialidad
en el desarrollo local.

La contribución del modelo *SLoT*

Un diálogo entre escuelas:
SLoT y autosostenibilidad cultural

En busca de un nivel local activo en los procesos de desarrollo

Creo que en el plano teórico la clave de toda nuestra problemática es la posibilidad ya claramente señalada por G. Becattini “de identificar entidades intermedias entre el sistema de conjunto y el sujeto individual”,² es decir, dar coherencia teórica al concepto de “sistema parcial” como “sistema que no abarque la totalidad de las relaciones entre los entes económicos, ni se reduzca a la representación del sujeto económico”.³

Como apunta además Becattini, si se excluye la teoría de los intercambios internacionales que, con el reconocimiento de los estados, produce al respecto una especie de cómoda y acrítica componenda, para la teoría económica tales entidades no han tenido nunca una existencia propia. La propia categoría de región económica, ampliamente utilizada en los estudios empíricos, no sería sino una modalidad entre tantas para describir el comportamiento de una parte del sistema como simple “suma de los sujetos que lo componen”.⁴

Cuando se habla de “sistemas locales” en el ámbito de la problemática antes expresada, se postulan en cambio “entidades intermedias” con características completamente diferentes. Se refiere más o menos explícitamente a un conjunto de sujetos que en diferentes circunstancias pueden comportarse de hecho como un sujeto colectivo, aunque no sea reconocido formalmente como tal (es decir, no es un ente territorial, ni una empresa, ni otro tipo de institución). Significa que el “sistema local” que aquí nos interesa no es una parte cualquiera del sistema total, sino un conjunto dotado de una identidad propia que lo distingue del *medio* y de otros sistemas. Los sujetos que lo componen son conscientes de tal identidad y son capaces de comportamientos colectivos autónomos. Se trata, por lo tanto, de un sistema que interactúa con el exterior según reglas propias, en gran medida informales y, sin embargo, suficientes para garantizar su reproducción en el tiempo.

La esencia del “sistema local” así entendido no es tanto la de “producir” alguna cosa en particular (zapatos, coches, fruta, servicios turísticos, etc.) sino la de *producirse y reproducirse a sí mismo*.⁵ Esta es en sentido estricto su verdadera y única “función”. Las diferentes especializaciones productivas son las modalidades contingentes con

1. De “Possibilità e limiti dello sviluppo locale”, DEMATTEIS, G., 1991c.
2. BECATTINI, G., 1989: 9.
3. *Ibidem*, p. 8.
4. *Ibidem*, p. 9.
5. CERUTI, M., 1987: 13.

las que dicha función autorreproductiva se manifiesta en el ámbito de las relaciones económicas.

Si luego tratamos de reconocer nuestras “entidades intermedias” a través de análisis geográfico-económicos que se limiten a considerar las interacciones productivas internas (cadenas de suministros, mercados de trabajo, etc.) y sus límites geográficos (sistemas territoriales) obtenemos resultados ciertamente interesantes, pero que sirven solo como primera aproximación y que, como es sabido, son siempre más bien imprecisos (no podrían ser de otro modo dada la ya conocida ambigüedad del concepto de “sistema local”). Si queremos ir más allá de la superficie será necesario elaborar “mapas invisibles”⁶ que representen el código genético del sistema, o los principios peculiares de su funcionamiento autorreproductivo, sus lógicas internas, el modo común de pensar, de comunicar y de actuar de los sujetos que lo componen.

Esto permite producir una abstracción respecto a la imagen habitual de “local” como sinónimo de “territorial”. De hecho, en el nivel genético-funcional antes referido, el sistema local ya no se define como coexistencia de los sujetos que componen un determinado espacio geográfico continuo: la presencia de una base territorial común no es condición necesaria para el funcionamiento de un “sistema local” en sentido abstracto.

Hay, de hecho, ejemplos de conjuntos no institucionales y no territoriales de sujetos, capaces de comportamientos autónomos y autorreproductivos. Por ejemplo, se comportan de este modo esas “entidades intermedias” no territoriales que son llamadas “redes de empresas”.⁷

Sistemas territoriales de base territorial y *milieu* local

Los “sistemas locales” en sentido estricto, esto es, con base territorial, no son por tanto más que una subclase históricamente dada de un conjunto más amplio. Aunque aquí nos ocuparemos principalmente de ellos, está bien tener presente que la caracterización territorial de los sistemas locales es un hecho históricamente contingente, que puede mutar en un futuro incluso próximo, en relación con el vivo desarrollo actual de las formas reticulares de organización.

Reservándome volver más adelante sobre este punto, diré que los sistemas locales territoriales presentan sin embargo rasgos distintivos relevantes. Si coinciden de manera estable con determinados lugares, se caracterizan por las específicas relaciones comunes que los sujetos

6. OLSSON, G., 1991c.

7. BUTERA, F., 1990.

que los constituyen mantienen con un determinado ambiente local que llamaremos de modo conciso *milieu*.⁸ Con esta expresión no me refiero a un simple conjunto de condiciones naturales, sino a un conjunto permanente (“dotación”) de caracteres socio-culturales sedimentados en una determinada área geográfica a través de la evolución histórica de relaciones entre sujetos, a su vez en relación con los modos de utilización de los ecosistemas naturales locales.⁹

Como ejemplo de una componente ambiental de este tipo se puede recordar la agricultura de aparcería de la Italia central, derivada de un histórico entramado de relaciones sociales, organización productiva, relaciones ecológicas y formas de asentamientos que, entre los años 50 y 70 del siglo xx, actuó como factor relevante en los procesos de desarrollo local de la Italia central.¹⁰ No obstante, el hecho de que en la vasta área geográfica de la aparcería solo algunos sistemas locales se hayan organizado como distritos y con características diferentes entre ellos nos advierte de que las condiciones ambientales del sistema local no pueden ser consideradas suficientes para su formación. Estas nos aparecen como tales solamente a posteriori, como conocimiento histórico, válido para ese sistema dado y no como capaz de predecir el nacimiento o incluso solo la supervivencia de un sistema territorial local en relación con un *milieu* dado.¹¹

En otras palabras, las relaciones con el ambiente local –las que hemos llamado “relaciones verticales”– no son suficientes para explicar el milagro del desarrollo económico. Para que este tenga lugar no basta obviamente con que se den localmente las condiciones para una oferta más o menos organizada de ciertos bienes o servicios, sino que también es necesario que estos sean asumidos como valores en una red más amplia de relaciones entre sujetos o que las relaciones “verticales” con el ambiente local se combinen con relaciones “horizontales” locales y supralocales.

Hay que señalar que estas últimas no se reducen a las relaciones de intercambio de un mercado competitivo, sino que comprenden formas mixtas de mercado y organización hoy cada vez más importantes: acuerdos entre empresas, intercambios de información, prácticas cooperativas más o menos formalizadas como las bien conocidas destinadas a reducir los costos de transacción.¹²

No solo eso, sino que existen relaciones “horizontales” dirigidas a instituciones no dedicadas directamente al beneficio económico –como universidades, centros de investigación, fundaciones, museos, teatros, etc.– capaces también de atribuir valor a los recursos locales.

8. El término “*milieu*” es sugerido por CASTELLS, M., 1989, que lo aplica especialmente a los ambientes innovadores. Aquí el significado es más amplio.

9. Es lo que BECATTINI, G., 1987: 33, señala como objeto y programa de investigación de “una historia intensamente territorializada y/o de una geografía altamente historizada”, confirmando una vez más la fertilidad interdisciplinar del método propuesto por L. Gambi ya en los años 50 (véanse los ensayos completos en GAMBÌ, L., 1964). Para un análisis operativo de los sistemas locales que tiene en cuenta estos procesos de “territorialización”, véanse también GATTI, F., 1990; y LANZANI, A., 1991).

10. BAGNASCO, A., 1988.

11. GAROFOLI, G. 1989.

12. VAGAGGINI, V., 1990: 82 y ss.; CAPPELLINI, R. 1990; SCOTT, A.J. y M. STORPER, 1990; GOGLIO, S., 1990.

Valorización territorial y desarrollo local

La combinación de relaciones geográficas horizontales y verticales es condición necesaria para la valorización, pero no es condición suficiente para desencadenar procesos de desarrollo local. En el primer caso no se requiere la presencia de sistemas locales con capacidad autoorganizativa y autoreproductiva, pero sí en el segundo caso.

La valorización territorial puede derivar de la variación de la geografía, de las ventajas comparativas a causa de cambios o perturbaciones del sistema global (crecimiento de la demanda, guerras, políticas aduaneras, etc.). Además, se trata siempre de un proceso reversible, sujeto a regresión al reducirse las condiciones generales que lo produjeron.

Si, en cambio, la valorización sucede por medio de la activación de los sistemas locales, es decir, si hay desarrollo local, ocurra lo que ocurra a continuación, el proceso no puede ser considerado reversible por cuanto el hecho de producirse la autoorganización ha interrumpido la linealidad y se han abierto bifurcaciones a lo largo de caminos que no estamos en disposición de predecir, aun conociendo perfectamente todas las condiciones locales iniciales y los *inputs* externos.¹³

La valorización territorial simple se modela cualitativa y cuantitativamente sobre externalidades derivadas de condiciones territoriales locales dadas: ya sean existentes (por ejemplo, oferta de trabajo, fertilidad del suelo, dotaciones infraestructurales), o programables (nuevas infraestructuras). En el desarrollo local, en cambio, las condiciones locales decisivas no son aquellas que la mutación de condiciones externas transforma directamente en externalidades de localización, sino aquellas constitutivas de un cierto *milieu*, como prerrequisito para la formación y la reproducción de un "sistema local". Será, por tanto, este último quien generará en su interior ciertas externalidades específicas en relación con las "relaciones horizontales" a las que el propio sistema puede tener acceso: es decir, sin condiciones dadas pero producidas en el proceso autoorganizativo del propio sistema.

En el primer caso se trata de simples economías externas de localización y eventualmente de escala. En el segundo caso resultan activadas las economías externas que derivan de efectos de sinergia, como las economías de aglomeración, de urbanización, de diversificación (*economies of scope*), etc. Mientras que en el primer caso tenemos solo la posibilidad de juegos de suma cero, en el segundo caso se dan juegos de suma positiva, porque en el

13. DUPUY, G., 1987.

sistema local los efectos útiles de los que dispone cada individuo se ven acrecentados por el comportamiento de todos los demás.¹⁴

La distinción entre simple valorización y desarrollo local nos ayuda también a entender por qué a una economía cada vez más internacional y global no corresponde precisamente una creciente homogeneidad territorial, sino incluso la tendencia contraria hacia una diversificación, no atribuible al simple mecanismo de la división del trabajo como respuesta a la ampliación del mercado. Las tendencias a la homogeneización actúan de hecho sobre las externalidades de localización “dadas”, dilatando los campos, hasta crear sobre áreas extensas condiciones de indiferencia de localización. Se consigue de este modo la condición *coeteris paribus* al manifestarse el desarrollo local en su forma pura de diversificación territorial basada en episodios autoorganizativos a partir de situaciones locales contingentes.

La relación global-local que constituye el núcleo de nuestro problema se presenta por lo tanto compleja, contradictoria, articulada en niveles intermedios relativamente autónomos: una adecuada representación de dicha relación requiere repensar el modo habitual de considerarla.

Los sistemas locales como nudos de redes globales

¿Cómo describir una estructura articulada de relaciones global-local para plasmar tal complejidad? No todos los modos son adecuados. Por ejemplo, la imagen usada en exceso de la “aldea global” podría ser engañosa en cuanto tiende a ignorar las articulaciones intermedias del sistema general. También resulta inadecuada la imagen centro-periferia. Aunque se pueda articular en situaciones intermedias semicentrales y semiperiféricas, sigue siendo una simple proyección sobre un espacio de por sí indiferenciado de las modalidades de funcionamiento del sistema global. Esto no significa que la posición que un sistema local ocupa en el continuo centro-periferia sea indiferente, sino que la naturaleza de estas relaciones no es tan simple como sugiere esta imagen metonímica ni como a menudo piensa quien la emplea.

Para servirnos de representaciones espaciales debemos recurrir a aquellas en las que la intensidad de la interacción entre los lugares no esté en función de su distancia kilométrica recíproca, sino de sus propiedades constitutivas. Por lo tanto, no un espacio euclidiano normal sino un espacio más complejo en el que, por así decirlo, la

14. La distinción que aquí se ilustra corresponde a la que se da entre las ventajas comparativas de la economía clásica y las ventajas competitivas teorizadas por PORTER, M., 1991.

ciudad de Como en tanto que sede de una cadena de la industria de la seda estaría más cercana a Los Ángeles que a Varese, mientras que Varese como sede de industrias aeronáuticas podría estar más cercana a Seattle que a Como.

Esto es posible si pensamos los sujetos económicos y sus agregados intermedios (sistemas locales) como *nudos* de *redes* de tendencia planetaria.¹⁵ La dialéctica local-global se representa así en la forma nudo-red y el desarrollo local se reconduce a la dinámica interna de las redes.

En el análisis territorial, “red” puede asumir dos significados distintos: uno literal y otro metafórico. En sentido literal, las redes están formadas esencialmente por infraestructuras lineales interconectadas como vías, canales, tuberías, cables, etc., o puntuales como puertos, aeropuertos, telepuertos, etc., entre los que corren flujos de mercancías, personas, energía, información, dinero. En este tipo de redes infraestructurales podemos localizar los recorridos y cuantificar los flujos.¹⁶

En el segundo significado, la red pierde gran parte de su condición física y deviene en una modalidad abstracta para representar relaciones y conexiones entre sujetos, incluso de manera independiente de la localización de los recorridos, de la individualización de los trámites infraestructurales y de sus características. Se trata sin embargo de una representación territorial, puesto que los sujetos y sus agregados (los nudos de la red) están ubicados en un espacio geográfico absoluto o relativo, es decir, definido por métricas que pueden variar según los problemas que se traten: distancia kilométrica, distancia-coste, distancia-tiempo, distancia-rango, etc.¹⁷

La representación es metonímica debido a que supone una sustitución (típica por ejemplo en el caso de las redes urbanas) entre los sujetos y los lugares que son su sede. Tomada al pie de la letra no tendría sentido porque las relaciones conectivas de que se habla no dirigen hacia lugares o asentamientos, sino a personas, entidades, etc. Su ambigüedad es, sin embargo, fecunda porque permite juntar cosas diferentes como las relaciones “verticales” (relaciones del “nudo” con el ambiente local) y las “horizontales” (relaciones entre nudos y entre nudos y redes) que ninguna teoría aceptable se permitiría representar de modo conjunto [ver capítulo 2, “Describir el cambio: vertical-horizontal, endógeno-exógeno”]. Se trata por lo tanto de un artificio retórico que permite plantear, al menos a nivel descriptivo, el núcleo de nuestra cuestión.

15. CURTI, F. y L. DIAPPI, 1990.

16. Sobre las redes infraestructurales, véase DUPUY, G., 1985 y 1988. Sobre las concepciones reticulares y sistémicas del territorio, véase PALERMO, P.C., 1992: 154 y ss.

17. Sobre las diferentes métricas del espacio geográfico, véase HARVEY, D., 1969 (1983).

Hablaremos, por lo tanto, de redes en el segundo significado, distinguiendo dos niveles o escalas en la descripción: un nivel global en el que las redes conectan nudos que son “sistemas locales” y un nivel local en el que dichos nudos se revelan a su vez como redes en cuyos nudos hay sujetos individuales.

Se trata obviamente de una simplificación extrema que achata en un único nivel (local) todas las demás posibles articulaciones territoriales intermedias (regionales, nacionales, plurinacionales) y que a nivel local no distingue entre el “distrito” y los sistemas locales más complejos y diversificados como las ciudades y las metrópolis,¹⁸ pero es, al menos en una primera aproximación, una simplificación útil en cuanto que el cuadro de relaciones que se puede construir a partir de los tres conceptos básicos de red, nudo y *milieu*, articulados en los dos niveles territoriales mencionados, es ya más bien complicado.¹⁹

De hecho no es suficiente decir que el sistema total es un conjunto de redes globales cuyos nudos son redes locales formadas por sujetos individuales, porque entre estos últimos hay algunos que son parte de organizaciones privadas o públicas multilocalizadas o de sistemas locales no territoriales (por ejemplo, redes de empresas). Ambos conjuntos de sujetos se presentan como subsistemas en red “transversales”, distintos y autónomos respecto a los sistemas locales, pero copresentes con ellos en lugares específicos y, por lo tanto, con relaciones recíprocas, bien competitivas o cooperativas con respecto a los *milieux* locales. Por otro lado, el cuadro se complicaría aún más si considerásemos las relaciones de las redes globales entre sí y de estas con el entorno planetario lo que, sin embargo, nos llevaría demasiado lejos del tema que nos ocupa.

Nudos y redes como sistemas autónomos

Como ya se ha visto (cap. 3. Geografías de la relación global-local), para describir el comportamiento de nuestras redes podemos adoptar dos puntos de vista: uno externo a los sistemas locales y otro interno a ellos. En el primer caso, los nudos son considerados subsistemas abiertos del sistema-red global; se presentan regulables por medio de los *inputs* que reciben de tal sistema. Es el punto de vista de la teoría económica “normal” mencionada. Reduce el desarrollo local a un proceso de valorización territorial simple, gobernado por variables exógenas como las que definen las ventajas comparativas, la dimensión de la demanda, las distancias al “centro”, la difusión espacial, etc. Derivan de él modelos como el *christalleriano* de los lugares centrales, en los que las relaciones

18. Para una tipología de nuestros “nudos” (distritos, polos tecnológicos, sistemas urbanos, etc.) y de las respectivas redes, véanse CAMAGNI, R., 1990a; DEMATTEIS, G., 1990c; EMANUEL, C., 1990c; VAGAGGINI, V., 1990; CONTI, S., 1991 y GAROFOLI, G., 1991.
19. DEMATTEIS, G., 1991d.

nudos-redes se dan a priori o como las del filtro,²⁰ del ciclo de vida del producto,²¹ del ciclo de vida urbano²² y, en general, las interpretaciones basadas sobre gradientes centro-periferia, que niegan autonomía a los sistemas locales y les atribuyen comportamientos adaptativos pasivos con respecto a un “entorno” que se identifica con las redes globales.

Si en su lugar adoptamos un punto de vista interno a cada uno de los nudos (sistema local) obtenemos representaciones completamente diferentes que se pueden relacionar con los modelos autorreferenciales como los de Von Foerster²³ y, más específicamente en nuestro caso, con los de la autoorganización.²⁴ Es particularmente interesante el modelo de la autopoiesis elaborado por H. Maturana y F. Varela.²⁵ Deriva de la biología, pero tiene un determinado nivel de abstracción conceptual y, con algunas precauciones, es extensible al campo de las ciencias sociales en el que encuentra convergencias interesantes con otros esquemas autorreferenciales como, por ejemplo, los de Garfinkel,²⁶ de Geertz,²⁷ de Luhmann,²⁸ y también con los de Vagaggini,²⁹ y Olsson³⁰ y con las aproximaciones de tipo fenomenológico y hermenéutico de la “geografía humanística”.

La diferencia respecto al punto de vista que observa el sistema local desde el exterior es ilustrada del siguiente modo por F. Varela: “en la formulación basada sobre el control, las interacciones con el entorno son instructivas, constituyen parte de la definición de la organización del sistema y determinan el curso de la transformación. En la interpretación basada en la autonomía, el entorno es visto como una fuente de perturbaciones independiente de la definición de la organización del sistema y, por lo tanto, como algo intrínsecamente no instructivo; puede desencadenar, pero no determinar, el curso de la transformación. Como consecuencia, el resultado –una compensación– refleja la organización y la estructura del sistema; el resultado de un *input* –un *output*– refleja una estructura atribuida ya sea al entorno ya a la actividad interna del sistema. En un caso, un *input* específica (parcialmente) la organización y la estructura interna del sistema; en el otro caso, una perturbación participa en la transformación de un sistema específico de modo independiente. Ello equivale a decir que en un caso estamos caracterizando un sistema como abierto desde el punto de vista de su organización y, en el otro, como cerrado. Aunque complementarios, estos puntos de vista conciernen a sistemas diferentes.”³¹

20. CRIVELLINI, M. y P. PETTENATI, 1989.

21. CONTI, S., 1989, cap. VI.

22. VAN DEN BERG, T. *et al.*, 1982.

23. BOCCHI, G., y M. CERUTI (ed.), 1985.

24. DUMOUCHEL, P. y G. DUPUY, 1983.

25. MATURANA, H. y F. VARELA, 1980-1984.

26. GARFINKEL, H., 1967.

27. GEERTZ, C., 1987.

28. LUHMANN, N., 1990.

29. VAGAGGINI, V., 1990.

30. OLSSON, G., 1980, 1991b.

31. En *Principles of Biological Autonomy*, Nueva York, 1979: 261-262, citado en CERUTI, M., 1987: 19.

La fuente de los estímulos externos, que aquí Varela llama *entorno*, es nuestro sistema-red global, mientras que el *sistema* de Varela es nuestro sistema local. Lo esencial de esta aproximación es que permite considerarlos como sistemas diferentes, cada uno con identidad distinta y por lo tanto con una capacidad de comportamiento autónomo, gobernado por reglas internas propias.

Me parece que este planteamiento del problema permite comprender la verdadera esencia: cómo conectar las representaciones objetivas y generales del desarrollo económico que elaboramos en los centros científicos con las autorrepresentaciones locales. De hecho, como indicaba ya hace años G. Becattini, el estudioso de la realidad social que quiera aportar “directa o indirectamente criterios para la acción no puede pensar en superponer, *sic et simpliciter*, su clasificación ‘científica’ y las que, por razones de rango histórico, prevalecen entre los ‘agentes’, sean estos funcionarios públicos encargados de realizar el ‘diseño’ o personas de la calle ‘atravesada’ por este diseño”.³² Por lo que deberá “centrarse en la idea que de la realidad (si así puede llamarse) se hacen los protagonistas y por fin construirse un puente que le permita pasar de sus términos a los de ellos”.³³

Como ha puesto de manifiesto certeramente V. Vagaggini,³⁴ el problema del desarrollo local, más que un problema de mercado y de factores de la oferta, es un problema de comunicación, es decir, de lenguajes, de representaciones, de modalidades cognitivas. Esos son los “mapas invisibles” que nos permitirán luego trazar los “visibles” (las modalidades concretas de funcionamiento de cada sistema local, su estructura social, productiva, de asentamiento, etc.), capturando su especificidad y, por lo tanto, de modo realista, las posibilidades y límites inscritos en su “código genético”.

La dinámica nudo-red

El modelo de la autopoiesis nos ofrece un sistema interpretativo de la interacción dinámica nudo-red de carácter muy general y abstracto, pero, como se verá, denso en implicaciones prácticas.

En primer lugar, hay que evitar un malentendido. Decir que el sistema local, en cuanto autopoietico, es un sistema que esencialmente produce y se reproduce a sí mismo no significa afirmar que no tenga relaciones con el exterior, esto es, con las redes globales y con su propio *milieu*. Su clausura es denominada *operativa*, está referida a su organización interna que en presencia de estímulos externos no se reestructura según las condiciones

32. BECATTINI, G., 1987: 31-32.

33. *Ibidem*.

34. VAGAGGINI, V., 1990, 1991, cap.5.

dictadas directamente por ellos (control por *input*), sino que solamente puede modificarse según reglas internas propias. Estas últimas constituyen, por así decirlo, la componente genética del sistema. Definen el campo de sus posibles comportamientos, en relación con lo que Maturana y Varela llaman *organización* del sistema: el conjunto de las relaciones entre sus componentes internas que deben permanecer invariantes, so pena de la pérdida de identidad y, por lo tanto, la desaparición del sistema. Por ello, en la interacción con el exterior, la *organización* del sistema no cambia, sino que determina el rango de variabilidad de la llamada *estructura* del sistema. La relación que nos interesa –la existente entre el sistema-red global y el sistema-nudo– es una relación de acoplamiento estructural. Ello describe la interacción recíproca entre dos sistemas como desencadenante de cambios estructurales internos recíprocos, dentro de los límites de compatibilidad dictados por las respectivas *organizaciones*, es decir, por las reglas de funcionamiento propias de cada una de ellos.

Para quien se limita a observar las cosas desde el exterior, las respuestas de un sistema local a los estímulos externos (por ejemplo, variaciones de los precios, innovación tecnológica, etc.) pueden parecer adaptaciones del primero a las reglas de los segundos. Para quien adopta un punto de vista interno al sistema local es, en cambio, este último el que adapta el estímulo externo a sus exigencias internas, seleccionando por lo tanto las relaciones con el externo compatibles con la propia organización. Los flujos de materia, energía e información derivados de la interacción nudo-red son por lo tanto los compatibles con la clausura operativa de los dos sistemas.

Esta compatibilidad corresponde a la *plasticidad* del sistema que, a su vez, define la gama de relaciones externas en las que el sistema puede entrar sin perder su propia identidad. En este sentido se habla de *dominio cognitivo* del sistema para indicar que las respuestas que el sistema puede dar a los estímulos externos dependen de sus representaciones internas. Lo que, visto desde el exterior, parece aprendizaje o transmisión de información, desde el punto de vista del observador interno es solo modulación de sus componentes internas, es decir, un acto esencialmente autoreproductivo.³⁵

En otras palabras, el sistema no puede recibir ninguna novedad desde el exterior sin transformarse en alguna otra cosa o disgregarse. Cuando funciona normalmente, se limita a adaptar su estructura, es decir, a crear o recrear lo nuevo en su interior, a realizar potencialidades ya escritas en el código de su organización.

35. Para explicar cómo el comportamiento autorreferencial del sistema pueda dar origen a acciones eficaces hacia el exterior, MATURANA, H. y F. VARELA (1996, capítulos 4 y 5) recurren al concepto de *deriva*, un proceso en el que la conservación de la adaptación se mantiene gracias a la continuidad del acoplamiento estructural con el "entorno externo".

Me doy cuenta de que este modo de pensar contrasta con la mayor parte de nuestras representaciones “normales”. Por ejemplo, esto excluye que se pueda hablar de “difusión de las innovaciones” o de selección por “supervivencia del más idóneo”³⁶ o incluso de correspondencia de nuestras representaciones con la realidad externa,³⁷ etc. Sin embargo, permite poner en su lugar muchas piezas de nuestro puzzle.

Aplicada por ejemplo a la dinámica de los “distritos industriales”, la autoorganización explica bien cómo pueden reproducirse en el tiempo como formas autónomas, incluso a través de cambios radicales de estructura (por ejemplo, de la producción de prendas de punto a la de telares automatizados). Eso explica también por qué en los “distritos” las innovaciones son normalmente de tipo incremental³⁸ y pueden ser totalmente consideradas como un producto del sistema social local;³⁹ cómo en ellos prevalecen los procesos de *learning by doing*,⁴⁰ etc.

Más en general, me parece el mejor modo de explicar la autonomía de “entidades intermedias” entre el sistema general y los sujetos económicos individuales y de representar las relaciones recíprocas de ellos sin reducir su complejidad, sin eliminar las contradicciones y los conflictos inherentes a la relación local-global.

A este propósito, el conocimiento “desde el interior” de las invariantes del sistema, de sus reglas de funcionamiento, etc. (lo que he denominado “mapas invisibles”) es necesario pero, además de difícil, no es suficiente. No solo por el motivo general de que un acercamiento como este, que salva la complejidad, debe renunciar a la ilusión de la certeza previsible, sino, de un modo más preciso, –como se ha dicho– porque las potencialidades de nuestro sistema se actualizan solo a través del acoplamiento estructural con sistemas-redes globales, las cuales funcionan también ellas como sistemas operativamente cerrados: el campo cognitivo del sistema global selecciona las “propuestas” con las que este estimula al sistema local y el campo cognitivo de este selecciona las respuestas que puede dar a tales estímulos. Para determinar luego las formas concretas de tal “acoplamiento” (por ejemplo, el desarrollo de un sector productivo mejor que otro) intervienen además considerablemente factores contingentes muy poco previsibles.

Por lo tanto, se hace aún más improbable un conocimiento objetivo y predictivo del desarrollo local por el hecho de que, como se ha visto, los sistemas locales territoriales tienden hoy a tener una composición múltiple: es decir, son cada vez menos imaginables

36. MATURANA, H. y F. VARELA, 1996: 100.

37. *Ibidem*, 112-113.

38. BELLANDI, M., 1989.

39. GAROFOLI, G., 1989: 81.

40. Según M. CERUTI (1987: 11), el denominador común de los modelos autoorganizativos es “la idea de que una realidad estable se construye como resultado de la circularidad recursiva que media entre acción y experiencia”.

en los términos tradicionales de una comunidad local unitaria y cohesionada cuyos valores e intereses están predominantemente comprendidos dentro de un ámbito territorial local.⁴¹ Se forman más a menudo por medio de conjuntos locales de entes, algunos de los cuales actúan principalmente como “nudos” de redes locales, mientras otros, aunque interactuando localmente, pertenecen a redes “transversales” multilocalizadas, es decir, participan de los valores y los intereses de sistemas diferentes.

La dialéctica cohesión-fragmentación en el interior de los sistemas locales de base territorial merecería un tratamiento de mayor profundidad, por cuanto atañe a la plasticidad del sistema y a su grado de apertura a los estímulos externos, especialmente de tipo innovador.⁴² Aquí me limito a señalarla como un argumento *ad abundantiam* para excluir la posibilidad de planificar el desarrollo local, entendiendo como tal la posibilidad de prever a priori, y por tanto de controlar, concatenaciones dadas de eventos a la vista de objetivos preestablecidos.

Eso no significa que no sean posibles políticas e intervenciones en este campo, sino que quien se las propone debe aceptar la dialéctica de los puntos de vista interno-externo.⁴³ El sujeto (público o colectivo privado) responsable de la intervención debe pues ser también considerado, independientemente de su posición en la jerarquía de poderes, como un sistema operativamente cerrado, que nunca podrá imponer sus reglas de funcionamiento (ni por tanto su racionalidad específica o su lenguaje) a los sistemas locales activos en los procesos de desarrollo y que podrá solo establecer con ellos relaciones de “acoplamiento estructural”, transmitiendo estímulos oportunos y aprendiendo de las respuestas.

Este proceso interactivo –que, bien visto, es también una forma de *learning by doing*– es el que permite asumir, en la medida en que el exterior lo permite, un punto de vista interior al sistema local, trazar los “mapas invisibles” capaces de decirnos qué acciones de coordinación, de mediación, de “traducción” de las “propuestas” procedentes del nivel de las redes globales a los códigos locales tienen posibilidades de éxito. En concreto, se trata de reconocer que cada sistema local tiene identidad definida por los límites de sus elementos invariantes a medio y largo plazo. Forzar dichos límites significaría disgregar el sistema y, por lo tanto, detener el proceso de desarrollo local activado por el mismo.

Se puede sin embargo pensar que los sistemas locales de los que nos ocupamos sean menos rígidos que los sistemas biológicos,

41. TOSI, A., 1989; MELA, A., 1990.

42. BELLANDI, M., 1989.

43. Como ejemplo concreto de esta metodología, véase el trabajo de A. LANZANI (1991) relativo a algunos sistemas lombardos.

y que el límite entre organización y estructura esté sujeto a cambios en el tiempo y con ello, dentro de ciertos límites, también lo esté la identidad del sistema. La ya recordada pertenencia de los sujetos y de los sistemas mismos a varias redes, es decir, a sistemas (globales o locales no territoriales) diversos, implica de hecho la presencia, dentro de un mismo sistema local, de identidades múltiples⁴⁴ y, por lo tanto, con una potencial dilatación de los dominios cognitivos respecto a las situaciones del pasado, firmemente ancladas a un único *milieu* histórico-geográfico y a instituciones y a valores precapitalistas.

Si esto es cierto, se puede considerar la hipótesis de que el destino de los sistemas locales sea el de transformarse progresivamente de redes de interacciones con base territorial geográficamente definida en redes “locales” no territoriales multilocalizadas –o en “entidades intermedias” que participan de ambas de estas características–.⁴⁵

TERRITORIO Y TERRITORIALIDAD EN EL DESARROLLO LOCAL. LA CONTRIBUCIÓN DEL MODELO *SLOT*⁴⁶

Premisa

Este artículo se propone ilustrar, tanto desde el punto de vista teórico como del operativo, conceptos y métodos para afrontar el problema del papel jugado por el territorio en los procesos del desarrollo local. El objetivo es doble. En primer lugar, clarificar, desde el punto de vista teórico-metodológico, cómo definir e interpretar el territorio y la territorialidad y cuál es la contribución que tales conceptos pueden proporcionar, al margen de la retórica y del eslogan fácil, a la teoría y a la práctica del desarrollo local. En segundo lugar, esclarecer las conexiones entre territorialidad y sostenibilidad con el fin de definir los principios y modelos de sostenibilidad territorial y permitir la autorreproducción sostenible de los sistemas territoriales.

Globalización, fragmentación, interescalaridad

En el último cuarto del siglo pasado, el papel del territorio en los procesos de desarrollo ha cambiado como consecuencia de algunas profundas transformaciones de su correspondencia con el sistema general de relaciones económicas, sociales y políticas. “Globalización” y “postfordismo” son los dos conceptos clave con los que una ya rica literatura ha descrito e interpretado los cambios generales

44. No son últimas en orden de importancia las identidades étnicas: veáanse CASTELLS, M., 1989; y DE LA PIERRE, S., 1990.

45. Sugieren una reflexión en este sentido varias contribuciones en: GOBBO, F., 1989.

46. Versión, reducida por el autor, de la edición en castellano publicada en el Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles A.G.E. n. 39 - 2005, p. 31-58. El artículo, de Giuseppe Dematteis y Francesca Governa, retoma el informe titulado "Territorialidad activa y desarrollo: el modelo SLoT", presentado por los autores al Congreso *Il territorio nello sviluppo locale*, que tuvo lugar en Stresa (Verbania) el 19 y 20 de junio del 2003. En aquella ocasión fueron presentados y debatidos los resultados de una investigación con el título "Los sistemas locales en el desarrollo territorial" financiada por el MIUR -Ministerio de Educación e Investigación Científica del Gobierno italiano. En dicho estudio se han implicado, en el trienio 2000-2003, investigadores de diferentes sedes universitarias italianas (Universidad de Bolonia, Florencia, Nápoles "L'Orientale", Palermo, Piamonte oriental, Turín y el Politécnico de Turín) coordinados por Giuseppe Dematteis.

47. COX, R., 1997.
48. BERDOULAY, V. y N. ENTRIKIN, 1998.

todavía en curso. Aunque con acentos diversos, el conjunto de estas reflexiones pone en evidencia cómo en el interior de estos procesos generales de cambio se asiste a la transformación del papel del territorio a diferentes escalas geográficas y a un creciente interés por los territorios locales que aparecen, o según algunos reaparecen, como *actores* de los procesos de desarrollo.⁴⁷ Es sustancialmente compartido que el cambio de la relación entre factores móviles e inmóviles del desarrollo ha dado origen a un modo diferente de considerar el territorio, con una creciente atención al nivel local. Más controvertido es comprender cuál es el papel que desarrolla el territorio en el interior de tales procesos. En la mayor parte de las interpretaciones, el territorio es reducido a una variable dependiente del proceso de cambio, una pantalla sobre la que ciertamente se proyectan procesos y dinámicas que tienen su origen en otro lugar (en los circuitos económicos, en las estrategias de las empresas, en las dinámicas sociales, etc.). Otras interpretaciones, opuestas a esta, consideran en cambio que el territorio y la territorialidad son estados y son además componentes esenciales del proceso de cambio, y como tales deben ser considerados.

Siguiendo la segunda hipótesis, las intervenciones eficaces llegan también, necesariamente, a concernir al territorio. Y, más precisamente, llegan a influir sobre la territorialidad entendida como relación dinámica entre los componentes sociales (economía, cultura, instituciones, poderes) y aquello que de material e inmaterial es propio del territorio donde se habita, se vive, se produce. De este modo, los cambios de la organización territorial inducidos por el proceso de globalización no son ya reconducibles a un simple juego de fuerzas trascendentes, sino que rechazan, también desde el punto de vista teórico, los mecanismos de "redefinición territorial" que certifican el cambio de la percepción del espacio y de las propias relaciones que la sociedad y los individuos mantienen con él.⁴⁸

Entre los actores, la estructura social y el territorio se establecen, por tanto, procesos enlazados en cuyo interior aparecen cuatro aspectos principales, diferentes aunque estrechamente interrelacionados.

El primero considera la tendencia hacia la hiperconexión y su relación con la *fragmentación territorial*. Uno de los aspectos centrales de la globalización es el hecho de que toda entidad territorial, incluso cada individuo, puede ligar su propio desarrollo al de otra entidad lejana, desenganchándose del de la entidad

contigua. La vecindad geográfica es cada vez menos sinónimo de similitud; los lugares se desarrollan cada vez más en relación con sus conexiones de distancia. La geografía humana, económica y política resulta perturbada porque las representaciones del mundo a las que estamos habituados cobran sentido desde la contigüidad de los lugares, del mismo modo que la contigüidad entre las piezas de un mosaico nos hace reconocible una figura. En estos procesos los territorios parecen situarse únicamente como espacios para la localización de la actividad y de las funciones de nivel global. Esto da lugar a fenómenos de fragmentación social, económica, política y territorial que afectan a muchos conjuntos territoriales intermedios, de la ciudad a los Estados nacionales más débiles.

Aun así, la tendencia a la fragmentación tiene un límite en el hecho de que el territorio, en su conjunto, es un bien público, que produce ventajas y desventajas no divisibles y valores no exclusivos que pueden solo ser gestionados y promovidos por una colectividad. Además, las redes globales no operan solo en un “espacio de los flujos” desterritorializado, sino que deben adherirse con sus nudos a lugares particulares. Estas están por tanto interesadas de modo diferente en utilizar los recursos y las ventajas competitivas locales. Así pues, no solo desterritorializan y fragmentan, sino que también pueden estimular nuevas cohesiones territoriales capaces de producir tales ventajas o también, simplemente, suscitar resistencias que refuercen las identidades locales.⁴⁹

El segundo aspecto considera la relación entre homologación y diferenciación, entre *desterritorialización* y *reterritorialización selectiva*. Aunque la acción de la globalización produzca modelos que tienden a simplificar la diversidad, proponiendo la economía de mercado como lenguaje universal, la movilidad de las informaciones y del capital siguen recorridos que a menudo escapan a tales lógicas: las diferencias territoriales no son anuladas, sino que, al contrario, asumen un papel central. Los cambios inducidos por los procesos de globalización devienen, por tanto, espacialmente selectivos por efecto de los factores económicos, sociales y culturales territorializados.

El tercer aspecto concierne a las relaciones entre los cambios de la organización territorial y *la transformación de los lugares y de los niveles de la acción política*. La combinación de la desterritorialización y reterritorialización selectiva, implícita a la globalización económica, provoca el inicio de lo que Brenner llama “procesos de *re-scaling*”,⁵⁰ esto es, de reorganización, rearticulación y redefinición de la escala

49. CASTELLS, M., 1997.

50. BRENNER, N., 1999.

territorial implicada en las transformaciones y de los relativos al nivel de gobierno. La complejidad del espacio de la interacción social y económica aparece, de este modo, estrechamente unida al debilitamiento de la centralidad y de la capacidad del gobierno del Estado-nación, a la emergencia de los niveles y de las formas supra e infranacionales de organización territorial y a la multiplicación de las subdivisiones territoriales, de los lugares de las políticas y de los participantes.⁵¹ Como pone en evidencia B. Jessop,⁵² los cambios a los que está actualmente sujeto el Estado-nación tienen como resultado su, al menos parcial, vaciado (*hollowing-out*), bien sea hacia las redes horizontales del poder, que funcionan independientemente de los procesos institucionales de descentralización de funciones y competencias, o bien hacia los niveles institucionales supranacionales (por ejemplo, la Unión Europea) e infranacionales (por ejemplo, la descentralización de las funciones y competencias hacia los niveles locales de decisión, siguiendo también el principio de subsidiariedad). Si nos centramos en este segundo aspecto, los cambios de la organización territorial remiten al inédito papel –económico, social, simbólico, político– a que son llamados a desempeñar los territorios supra e infranacionales, a la redefinición de los niveles territoriales de pertenencia y de acción colectiva, a la “construcción” de nuevos territorios y de nuevas formas de territorialidad y, sobre todo, a los nuevos principios y a la nueva lógica con la que tal construcción se realiza y se representa.

Un último aspecto, finalmente, considera la *movilidad diferencial* de los factores y de los componentes del desarrollo con la creciente importancia de los *inmóviles*, es decir, de aquellos que A. Amin llama *fixed-assets*.⁵³ Aumenta la movilidad transnacional de muchos elementos (información codificada, innovación tecnológica estandarizada, capitales, productos intermedios y de consumo final, empresas dinámicas, trabajo muy cualificado, demanda de servicios especializados, etc.). Otros continúan formando parte, de un modo más o menos residual, de los circuitos nacionales o regionales (por ejemplo, los servicios públicos y buena parte de los privados, gran parte del trabajo y de la pequeña empresa, etc.). Otros, para finalizar, aún pueden considerarse inmóviles por cuanto están estrechamente ligados a cierta especificidad local. La importancia de factores “inmóviles” (y por tanto, de los territorios locales que los acogen) crece en proporción directa con la movilidad mundial de los recursos y de los factores capaces de combinarse con ellos y de transformar la especificidad local en ventajas competitivas.

51. VANIER, M., 1999.

52. JESSOP, B., 1994.

53. AMIN, A., 2000.

Una vez presentadas las características principales del cambio, surge el problema de interpretarlas. ¿Cómo? ¿Son todavía útiles las tradicionales conceptualizaciones o más bien parece necesario repensarlas proponiendo nuevos y más adecuados esquemas interpretativos?

Lugares y territorios por redefinir

La atención a la interacción sociedad-ambiente, al territorio y a la territorialidad, a la centralidad de lo local, al concepto de lugar y a la importancia recobrada de la organización regional lleva a repensar la relación sociedad-ambiente y, en particular, la dimensión comunitaria de las relaciones entre los actores y de los actores con su territorio. Este aspecto remite de nuevo a la reciente toma en consideración del concepto de comunidad en el ámbito de las ciencias sociales. Arnaldo Bagnasco,⁵⁴ por ejemplo, subraya la dificultad de hablar de comunidad y, al mismo tiempo, la urgencia de los problemas que ciertamente se ocultan dentro de esta palabra y que se difuminan en las “trazas” de la confianza, la reciprocidad y la identidad.

Dicho argumento enlaza directamente con la geografía posibilista francesa de principios de siglo y, en particular, con algunos de sus conceptos y aproximaciones básicas. Por ejemplo, los *pays* y el *género de vida* de la escuela regional de Vidal de la Blache, la aproximación práctica de algunos exponentes de los *Annales* como L. Febvre y F. Braudel o, en la tradición posibilista, la personalidad de los lugares, que deriva bien de las características físicas del ambiente o bien de las actitudes culturales de la comunidad instalada y de las características adquiridas de la historia, y que es vista como carácter objetivo del territorio. Los lugares pueden así ser identificados en el espacio geográfico y descritos adoptando un punto de vista para ellos del todo externo, dejando en segundo plano los agentes y las relaciones de poder que influyen en las relaciones sociales. En este *territorio sin actores*, que excluye el comportamiento autónomo de los agentes, estos parecen actuar más bien según la lógica determinada por las condiciones y las fuerzas externas, sean estas ambientales, económicas o histórico-culturales.⁵⁵

En una posición crítica respecto a esta visión *natural y naturalizada* del territorio se encuentran las reflexiones sobre el concepto de lugar y aquellas que hacen referencia a las adjetivaciones del territorio en términos patrimoniales e identitarios.

54. BAGNASCO, A., 1999.

55. BERDOULAY, V. y N. ENTRIKIN, 1998.

El primer filón de investigación está representado por el ya amplísimo debate internacional sobre el concepto de lugar (*lieu, place*), en el que se asiste a la gradual, aunque decidida, redefinición del concepto sin modificar todavía la relevancia teórica y práctica.⁵⁶ El lugar ya no es visto, interpretado e interpretable como conjunto coherente, y estable en el tiempo, de la sociedad local y el contexto físico, sino más bien como un *desafío*, una oportunidad, una construcción. Contextos físicos y sociedad local, además, no son ya considerados como una totalidad sólida, sino que más bien son vistos como conjuntos plurales y fragmentados cuya posible cohesión, siempre relativa, es definida a partir de la multiplicidad de las prácticas y de los roles sociales y culturales de los agentes, así como de la multiplicidad de las fuerzas y de los estímulos exógenos a los que están sometidos.⁵⁷ La interpretación relativizada y “relacional” de los lugares reclama pues, así, una referencia explícita al cambio más que a la permanencia, a la discontinuidad y a las posibles fracturas más que a la continuidad y a la evolución lineal.

Una visión similar supera la aproximación tradicional de la geografía vidaliana que vuelve a describir la personalidad de los lugares y del territorio como un inventario, objetivamente individualizado e individualizable, de la posibilidad que se ofrece al comportamiento humano. Por contra, esta indica como aspecto central la identificación del sentido y del valor que la especificidad y las diferencias locales asumen en cada contexto espacio-temporal, a través de la comprensión de las prácticas sociales locales (actuales, pasadas) e innovadoras desde una óptica claramente orientada al cambio.

El segundo recorrido de investigación, estrechamente unido al anterior, considera a veces la individualización de las relaciones explícitas entre el concepto de territorio y el de patrimonio. El elemento básico que guía las reflexiones de estos actores es la clara definición de territorio de Raffestin, según el cual “el espacio es anterior al territorio, ya que este se generó a partir de aquel y ya que es el resultado de la acción de un actor sintagmático (aquel que realiza un programa) en algún nivel. Al apropiarse, concreta o abstractamente (mediante la representación, por ejemplo), de un espacio, el actor ‘territorializa’ el espacio”.⁵⁸ Partiendo de tal definición, el territorio se ve como “productor” de la memoria local y, actualmente, creador de un “código genético local”, en el cual se enlazan recursos y valores que se construyeron en el pasado, pero cuya valoración permite dar

56. CASEY, E.S., 1997.
57. BERDOULAY, V. y N. ENTRIKIN, 1998.
58. RAFFESTIN, C., 1980, 2011: 102.

sentido a las acciones y a los proyectos del presente y del futuro.⁵⁹ Una concepción similar permite superar, al menos teóricamente, aquel tipo de “obsesión” hacia la herencia del pasado criticada por Doreen Massey, que redefinía el patrimonio territorial no tanto como constitutivo de un “ser” como de un “devenir”.⁶⁰ La descripción del patrimonio territorial se construye por tanto como interpretación del proceso de “acumulación selectiva” a través de la cual se identifica y se cuenta no tanto lo que permanece del pasado, sino, más bien, aquello que está reactualizado en el presente.⁶¹

De este modo, la interacción entre agentes y lugares (entre actores y territorio) se construye mutuamente en un proceso complejo en el que se entrelazan diversas concepciones del territorio: una concepción de tipo administrativo (el territorio como “espacio de las competencias”), una concepción unida a la pertenencia natural dada a los lugares (el territorio como patrimonio o herencia del pasado) y, finalmente, una concepción “constructivista” del territorio, visto como “construcción social” que crea la identidad local en función de y en relación con la acción colectiva de los agentes (el territorio-proyecto).⁶²

Territorialidad pasiva y territorialidad activa

Para asumir el papel de la territorialidad en el interior de los procesos de desarrollo local es necesario aclarar los significados principales tomados de este concepto y sus diferencias esenciales.

Tradicionalmente, la territorialidad ha sido estudiada en dos campos de investigación que, entre ambos, han ejercido notables influencias en el tratamiento del tema. El primer campo de investigación está constituido por el estudio de la territorialidad como atributo básico, junto a la soberanía, del Estado moderno. La legitimidad y la acción política del Estado moderno están, así, basadas en la soberanía nacional y en la imposición de una forma específica de la territorialidad sobre el territorio estatal. El segundo campo de investigación está representado en cambio por el estudio de la territorialidad en sentido biológico, es decir, en la trasposición de los estudios de la etología sobre los comportamientos territoriales de los animales al campo humano. El primer filón de investigación se inserta, y también en parte se redefine, en el actual debate sobre la crisis del Estado-nación. El segundo filón de investigación, en cambio, tiene, entre aproximaciones más interesantes, alguno de los ámbitos de investigación que se indican anteriormente, en particular las reflexiones sobre el concepto de lugar. Como consecuencia de la confrontación con las posiciones

59. MAGNAGHI, A., 2000.

60. MASSEY, D., 1993.

61. RABINOW, P., 1989.

62. BOURDIN, A., 1994

que subrayan la naturaleza al mismo tiempo objetiva y subjetiva de los lugares,⁶³ el debate sobre la territorialidad supera progresivamente una idea de territorialidad basada en la analogía entre territorialidad animal y territorialidad humana. De este modo, se asienta progresivamente una concepción de territorialidad como componente clave para comprender cómo la sociedad y el espacio están íntimamente unidos. Es esa concepción *relacional* de la territorialización según la cual esta constituye la expresión geográfica del ejercicio del poder, un poder que se expresa territorialmente y puede ser devuelto o al control del local o a su autonomía.

En el interior de este marco general, las aproximaciones principales al tema de la territorialidad pueden ser reagrupadas en torno a las posiciones de R.D. Sack y C. Raffestin.⁶⁴ Según el primero, la territorialidad “puede ser definida como la tentativa de un individuo o de un grupo de influir o controlar las personas, los fenómenos y las relaciones, delimitando y ejerciendo un control sobre un área geográfica. Esta área se llamará territorio”.⁶⁵

Completamente diferente es la postura de Raffestin, según el cual la territorialidad “puede definirse como un conjunto de relaciones que nacen en un sistema tridimensional sociedad-espacio-tiempo, con miras a alcanzar la más grande autonomía posible que sea compatible con los recursos del sistema”.⁶⁶ Aún más, la territorialidad es el “conjunto de las relaciones que una sociedad y, por tanto, los individuos que forman parte de ella mantienen con la exterioridad (las relaciones verticales con el territorio, el *milieu*, el ambiente) y con la alteridad (las relaciones horizontales con los demás agentes) para satisfacer las propias necesidades con la ayuda de mediadores (*médiateurs*), con el fin de obtener la mayor autonomía posible, teniendo en cuenta los recursos del sistema”.⁶⁷ En este caso, la territorialidad no es, por tanto, el resultado del comportamiento humano sobre el territorio, sino que es el proceso de “construcción” de tal comportamiento, el conjunto de las prácticas y de los conocimientos de los hombres en relación con la realidad material, la suma de las relaciones mantenidas por un agente con el territorio y con los demás agentes.

Las dos concepciones de territorialidad implican dos diferentes y, por tanto, algo opuestas orientaciones teóricas, metodológicas y operativas. La primera orientación ve una territorialidad que se expresa de acuerdo con estrategias de tipo exclusivo, de control y coerción, que se explica, aun cuando no exclusivamente, a través del tratamiento de los límites. Y viceversa, la segunda orientación

63. ENTRIKIN, J.N., 1991.

64. SACK, R.D., 1986;
RAFFESTIN, C., 1980,
1999.

65. SACK, R.D., 1986: 19.

66. RAFFESTIN, C.,
1980, 2011: 113.

67. RAFFESTIN, C., 1999.

considera una territorialidad que se expresa con una estrategia inclusiva que vuelve a la autonomía de lo local. Este último concepto, la autonomía local, es a su vez entendida en una doble acepción: como capacidad-posibilidad de acción no solo de los “controladores” (*dominating power*), sino también de los “controlados” (*resisting power*)⁶⁸ y, al mismo tiempo, como capacidad del sistema local de autorregularse, redefiniendo endógenamente los estímulos que provienen del exterior.

Las dos diferentes aproximaciones al tema de la territorialidad indican dos modos distintos de considerar las relaciones de poder de lo local, las relaciones entre agentes y entre los propios agentes y el territorio. Un primer modo contempla las relaciones de poder a nivel local a través de una forma *pasiva* y *en negativo* de territorialidad la cual, con estrategias de control y con el sistema normativo a él asociado, tiende a excluir agentes y recursos. Un segundo modo examina en cambio las relaciones de poder a nivel local como ejercicio de forma *activa* y *en positivo* de la territorialidad, la cual deriva de la acción colectiva territorializada y territorializante de los agentes locales y se dirige a la construcción de estrategias inclusivas. En este caso, la territorialidad desempeña un papel de mediación simbólica, cognitiva y práctica entre la materialidad de los lugares y el actuar social en los procesos de transformación territorial y de desarrollo local.⁶⁹

Sin embargo, a pesar de la apariencia, no siempre la territorialidad pasiva se realiza por medio de prácticas coercitivas y se plantea objetivos negativos. Más bien, con frecuencia, el control se ejercita “con buen fin”: este “buen” es sin embargo definido por los controladores, mientras que los controlados no tienen posibilidad autónoma de juicio y de acción para hacer valer sus propios intereses. Es esta una modalidad de “tratamiento”, de las necesidades y de los modos para satisfacerlas, típica de la tradición administrativa y de la planificación territorial entendida como regulación autoritaria de la elección y estructuración jerárquica del conflicto.⁷⁰ En la construcción de la forma pasiva de la territorialidad, en efecto, los agentes (locales) tienen sus comportamientos predefinidos, inducidos por la estructura de control, acordes con las expectativas externas, pero no obran de manera propia. Y viceversa, en la territorialidad activa los agentes juegan papeles y desarrollan acciones. Se configuran, de este modo, estrategias de respuesta y de resistencia respecto a la impositiva del control y así se construyen también cambios e innovaciones.

68. SHARP, J. *et al.*, 2000.

69. DEMATTEIS, G., 2001.

70. TOSI, A., 1994.

Valor añadido territorial, recursos inmóviles, capital territorial

La relación que la territorialidad activa crea con los recursos específicos incorporados de manera estable en el espacio local de la acción colectiva es la condición necesaria para que pueda hablarse de desarrollo local territorial en sentido propio y es también el motivo por el cual el nivel local resulta reforzado por la globalización. Esquematisando, se puede decir que sí hay desarrollo local cuando la hipermovilidad a nivel global interacciona y se combina con la fijeza a nivel local. De hecho, el local, como nivel de organización autónoma, interesa al global en la medida en que este produce valores de lo que es propio de su territorio. Lo que se obtiene combinando acción colectiva autónoma y “recursos inmóviles” constituye el *valor añadido territorial del desarrollo*. Y es lo que se puede obtener de más respecto a los procesos de valorización simple, que no movilizan ni actores locales ni recursos específicos locales, sino que se limitan a disfrutar de la externalidad y de los recursos territoriales dados, con intervenciones exógenas directas. Así se consigue que el conjunto de recursos inmóviles locales puedan ser considerados como un *capital territorial* que se vuelve productivo de valores de uso y de mercado en las relaciones de territorialidad activa.

El “capital territorial” es un término introducido por la OCDE, en el *Territorial Outlook* de 2001, y después rechazado de manera diversa por varios autores (como un concepto relacional y funcional, objetivista y constructivista). Este comprende cosas muy diferentes entre sí que, sin embargo, tienen en común algunas características sustanciales: estar incorporadas de manera estable a los lugares (inmóviles), no poder ser halladas fácilmente en otro lugar con la misma calidad, no poder ser producidas en breve tiempo. El conjunto de “asuntos” que componen el capital territorial puede ser reagrupado de la siguiente manera:

- a) Condiciones y recursos del medio natural (renovable y no renovable);
- b) “Patrimonio” histórico material e inmaterial (no reproducible en cuanto tal, pero incrementable en el tiempo);
- c) Capital fijo acumulado en infraestructuras y equipamientos (incrementables, adaptables, pero en su conjunto no producibles en el corto ni en el medio plazo);

d) Bienes relacionales,⁷¹ en parte incorporados al capital humano local: capital cognitivo local, capital social, heterogeneidad cultural, capacidad institucional (recursos renovables e incrementables, pero que solo se pueden producir en el medio o el largo plazo).

Como se ve en la relación anterior, se trata de características con diverso grado de estabilidad, tiempos de formación muy diversos y diferente modalidad de acceso. Por ejemplo, mientras el recurso de las tres primeras clases es, al menos en parte, fácilmente reconocible y accesible hasta por un actor externo, los bienes relacionales implican necesariamente la mediación de la acción colectiva local y en buena parte se forman y se incrementan con ella.

Sostenibilidad territorial

Puesto que el desarrollo local alcanza a todos los recursos potenciales específicos de un territorio, la sostenibilidad del proceso no puede ser solo la ambiental. Además de la conservación del *capital natural*, es necesario considerar la reproducción y el incremento del *capital territorial* completo, en cuanto que sus otros componentes también presentan las características de la sostenibilidad y de la no reproductividad en el corto plazo.

Es por tanto necesario considerar la *sostenibilidad territorial* del desarrollo en cuyo interior se pueden distinguir después los diversos tipos de sostenibilidad. Entre estos, además de la sostenibilidad ambiental, adquiere particular importancia la sostenibilidad política o autosostenibilidad,⁷² derivada de los procesos autoorganizativos de los sistemas locales. Esta comporta no solo la ya mencionada capacidad de reproducir el propio capital territorial, sino también y, ante todo, la autorreproducción del sistema territorial propio o bien la capacidad de conservar en el tiempo la propia identidad (en el sentido de organización interna) a través de un continuo cambio derivado de las innovaciones locales.

Así pues, la sostenibilidad territorial del desarrollo puede ser definida como la capacidad autónoma de crear *valor añadido territorial* (VAT) en un doble sentido: el de transformar en valor (de uso o de cambio) los recursos potenciales (inmóviles y específicos) de un territorio y el de incorporar valor al territorio nuevo bajo la forma de incremento del capital territorial. La autoproducción sostenible de un sistema territorial (autosostenibilidad) se consigue por tanto cuando el proceso de desarrollo es autorregido y tiene

71. STORPER, M. 1997.

72. MAGNAGHI, A. 2000.

73. DEMATTEIS, G. y F. GOVERNA (eds.), 2005.

74. GOVERNA, F., 1997.

75. La idea de los sistemas locales territoriales nace de la experiencia de investigación empírica y aplicada. Esta madura, en particular, a partir de una colaboración con A. Lanzani en una actividad de consulta y búsqueda del Plan estratégico territorial de la Lombardía, año 2000, en el que se proponía una planificación de tipo estratégico para *redes de sistemas locales*, definiendo estas últimas como sistemas autopoieticos. A continuación se introducía una metodología similar utilizada para los planes territoriales provinciales de Venecia y de Turín. Más recientemente, un instrumento conceptual análogo era utilizado en una investigación desarrollada para el Plan territorial urbanístico de la Región Siciliana, mientras un método de análisis de los sistemas locales territoriales a gran escala era al mismo tiempo aplicado en el ámbito de la investigación *APE Appennino Parco d'Europa* (Ministero dell'Ambiente, 2003).

como resultado final en el medio-largo plazo un valor añadido territorial del primer tipo positivo y un valor añadido del segundo tipo no negativo. O bien, cuando el actor colectivo territorial, interactuando con los niveles supralocales, crea valor movilizándolo el potencial de los recursos específicos del propio territorio, sin reducir el capital territorial: ni el local ni tampoco el de otros territorios externos implicados en el proceso.

Desde un punto de vista supralocal, además, la *diversificación local* (cultural, social, institucional, infraestructural y productiva), como resultado de los procesos coevolutivos de larga duración de la sociedad local con su territorio-ambiente, se considera una riqueza colectiva por diversos motivos. Entre ellos el más general es que esta diversidad, en su conjunto, desempeña el papel de fondo genético-cultural cuya transmisión vertical y lateral incrementa la capacidad innovadora y, por tanto, la autonomía de los sistemas socio-territoriales a las diversas escalas.

El modelo *SLoT*

¿Cómo traducir los contenidos teóricos más arriba citados en instrumentos de análisis y de evaluación aplicables a proyectos y a acciones concretas de desarrollo local territorial? Una posible respuesta a esta pregunta surge del modelo conceptual de los Sistemas Locales Territoriales (*SLoT*).⁷³ Como definición de partida, podríamos considerar un sistema local territorial como un agregado, o red local de agentes que, en función de las particulares relaciones que mantienen entre sí y con el contexto específico territorial en el lugar que operan y se desenvuelven, el *milieu* local,⁷⁴ se comportan, de hecho y en alguna circunstancia, como un actor colectivo.⁷⁵

El modelo se propone describir en términos generales las relaciones entre interacción social, potencialidad del territorio local, *gobernanza* y desarrollo. El sistema local está pensado, así como constituido, por dos conjuntos de componentes y tres conjuntos de relaciones. Los componentes son las *redes locales de los agentes* y el *milieu territorial local*. Las relaciones son las de los agentes locales entre sí, las de los agentes locales y el *milieu* territorial y las de los componentes locales y los niveles de escala supralocal. Todas estas relaciones son interdependientes entre sí. Las redes de los agentes locales desarrollan en su interior relaciones de tipo cooperativo, de creación de consensos, competitivo y de conflicto, a través de las cuales se hace posible una visión estratégica y una acción colectiva orientada hacia objetivos compartidos de desarrollo. Estas relaciones

tienen por objeto la puesta en valor de los recursos potenciales del *milieu* territorial local. A su vez, dicha valoración del potencial endógeno requiere el desarrollo de relaciones multiescalares con redes supralocales de agentes públicos y privados, interesados de diferente modo en la producción de estos valores. Dado que estas relaciones comportan la activación de flujos de entrada y salida (de información, de capitales, de personas, materiales y de energía), el modelo permite, por tanto, explorar las relaciones multiescalares del sistema local con los más amplios sistemas económicos y con los ecosistemas de los que forma parte.

Refiriéndose a entidades territoriales geográficamente individualizadas (al menos de manera “difuminada”, con contornos de geografía variable), nuestro sistema local territorial difiere conceptualmente de las análogas categorías descriptivas utilizadas anteriormente por geógrafos, planificadores y otros estudiosos, como el *pays* de la geografía vidaliana, las regiones homogéneas y funcionales, los sistemas urbanos, los distritos industriales, etc. De hecho, lo que el modelo se propone obtener (su posible referente empírico) no es un sistema territorial ya existente y funcionando como actor colectivo territorial, sino una serie de indicios (actitudes, experiencias de progresos, etc.) y de precondiciones subjetivas y objetivas que, con la mediación de oportunos estímulos y acciones de *gobernanza*, hagan posible y altamente probable la construcción, en una cierta área geográfica, de un sistema territorial capaz de contribuir autónomamente a los objetivos de desarrollo. En suma, el sistema territorial que se busca en la realidad es un territorio donde sea posible hacer una buena política y desarrollar acciones eficaces para el desarrollo.

Por otra parte, con *SLoT* se indica un potencial que se alcanza con la relación entre ciertos componentes subjetivos y objetivos, que han de ser analizados caso por caso, con éxito solo previsible en parte. Aunque pueda ser rigurosamente definido y aplicado, el análisis *SLoT* no nos proporcionará nunca certeza absoluta sobre lo existente ni sobre su evolución futura. Nos indica, sin embargo, una posible articulación del territorio siguiendo la cual se colige, según los indicios recogidos, que una *gobernanza* orientada al desarrollo territorial resultará más eficaz respecto de otras articulaciones que no tengan presente la distribución territorial de la capacidad autoorganizativa de los actores agentes y sus interacciones con el “capital territorial” local.

En efecto, este es al mismo tiempo un instrumento de análisis que permite individualizar el estado actual de estas relaciones, que por norma son incompletas;⁷⁶ valorar *ex-ante* la posibilidad de activar procesos de desarrollo autocentrados y *ex-post* el valor añadido territorial producido y sugerir la arquitectura más adecuada para construir, caso a caso, un sistema de *gobernanza* eficaz para el desarrollo de políticas y para la realización de programas y proyectos. Puede, además, ser un buen punto de partida para valorar la sostenibilidad territorial del desarrollo, entendida como capacidad de reproducir y de enriquecer el “capital territorial” local, sin empobrecer el de otros territorios. Finalmente, la atención dirigida a las relaciones multiescalares hace que el modelo pueda ser útilmente empleado en proyectos y en políticas de áreas extensas, basadas en la articulación en red de los sistemas locales territoriales.

La individualización de los posibles SLoT

La aplicación del modelo *SLoT* al análisis de un territorio presenta algunos problemas metodológicos. Ante todo es necesario tener presente que nuestro modelo no sirve para estudiar la racional subdivisión de un territorio en unidades geográficas de nivel local, sino para explorar y describir la geografía de ese particular recurso que es la capacidad autoorganizativa local en cuanto interfaz necesaria para activar, y en cierta medida también para producir, recursos específicos en los procesos de desarrollo. Teniendo presente la tendencia a la fragmentación que se deriva de aquella, no debe pensarse que este recurso esté uniformemente distribuido, ni que esté presente en todas partes. Si se quiere hacer especial hincapié en este recurso para dirigir o coordinar procesos de desarrollo que tengan una buena probabilidad de éxito, debemos esperar encontrar tales situaciones favorables de mayor densidad en ciertas áreas; en otras, esparcidas a modo de manchas de leopardo y en ciertas zonas, ausentes. Pero ¿cómo individualizarlas?

Tratándose de un recurso propio de las sociedades locales, el mejor modo parece ser el de partir de un análisis de las agregaciones territoriales de actores públicos y privados que han elaborado proyectos y acciones susceptibles de ser reconducidos a la categoría general del desarrollo local (no solo en el sentido económico, sino también social, cultural, etc.). Cada una de estas agregaciones, voluntarias y más o menos duraderas, corresponde a una red de actores locales (y supralocales con conexiones locales) que puede ser cartografiada. Superponiendo estas diversas

76. LE GALÈS, P., 2002.

configuraciones de redes, emergen grados significativos de densidad en ciertas áreas, proporcionando una primera geografía de las tendencias autoorganizativas locales. Tales niveles de densidad, en cuanto a capacidad de visión territorial y de acción colectiva, son ya de por sí indicios de posibles *SLoT*. En una segunda fase su correspondencia con el modelo y sus límites aproximados podrán ser mejor definidos examinando la composición de las redes, el papel efectivo de los actores que participan, los objetivos y los resultados esperados, la estabilidad y la recurrencia de las agrupaciones, los ámbitos territoriales de los proyectos y las acciones y la distribución espacial del “capital territorial” activado.

Un tema especialmente importante es, por consiguiente, *el de la coherencia del conjunto espacial definido por los proyectos*. Esta cuestión conduce, de una parte, a la definición de los parámetros que hacen que una agrupación de actores se comporte como un sistema local; y de otra, a la individualización-delimitación del ámbito territorial en el que actúan los actores locales. Estos dos aspectos están estrechamente unidos: en efecto, *solo si y cuando* la agrupación de actores se comporte y actúe como un sujeto colectivo, el sistema local territorial podrá ser geográficamente delimitado. De acuerdo con esta aproximación, no existe el territorio “perfecto” y la dimensión “óptima” para el desarrollo local de la que el geógrafo tuviera la clave, sino que existen, más bien, muchos “territorios pertinentes” que se construyen de acuerdo con las interpretaciones específicas de los componentes del *milieu* local que se definen en el curso de la interacción social.

Estas precondiciones subjetivas contrastan con otras de tipo objetivo que aspiran a verificar la estabilidad en el tiempo y la funcionalidad de las precedentes agrupaciones prospectivas. En esta verificación se consideran las divisiones administrativas actuales y aquellas que a lo largo de la historia pueden haber contribuido a crear áreas de particular cohesión socio-cultural; las áreas de flujos locales (movimientos pendulares por servicios y por trabajo, relaciones *input-output* entre unidades de los sistemas productivos locales) y los correspondientes flujos de movilidad por carretera y ferroviarios (o, en ausencia de estos datos, la gráfica de la red local de los transportes).

El análisis objetivo permite trazar los límites (a veces, de geometría variable) del hipotético *SLoT*, planteando, sin embargo, el problema de la dimensión geográfica del sistema local. Esta puede variar entre un máximo y un mínimo, a determinar caso por caso, a partir de la definición del modelo. La dimensión máxima

compatible con esta definición requiere que lleguemos a respetar las condiciones de proximidad geográfica necesarias para que las redes de los actores capaces de acometer una acción colectiva se formen sobre la base de las relaciones que implican un conocimiento directo, confianza, reparto de intereses y proyectos ligados a un “capital territorial” común y que garantice una amplia participación. Se trata, por tanto, de ámbitos territoriales correspondientes al radio de las relaciones y de la movilidad cotidianas, con una dimensión máxima que es, sin duda, subregional y, por norma, incluso subprovincial. La dimensión mínima es la de un barrio no muy grande, pero capaz de elaborar y expresar proyectos autónomos. La gran diferencia entre estos dos extremos hace, así, que el nivel local pueda articularse en una jerarquía de *SLoT* imbricados unos con otros. En la delimitación del nivel superior se respetan normalmente los límites municipales, mientras que los provinciales, regionales y estatales pueden ser salvados.

El modelo *SLoT* y el valor añadido territorial como criterio de valoración

El concepto de valor añadido territorial presenta una relevante dimensión práctica, ya sea referido a un único proyecto o acción colectiva, ya sea referido a la capacidad prospectiva y de acción de un sistema local en su conjunto. En ambos casos puede ser asumido como criterio esencial para comprender si estamos o no en presencia de desarrollo local y, en ese caso, en qué medida.

La estimación del valor añadido requiere individualizar el grado de puesta en valor de los recursos potenciales específicos del territorio local o la entidad del valor añadido territorial en relación, bien al valor global producido en el proceso, bien al capital territorial disponible. Por ejemplo, en el caso en que a partir de la implantación y del saber hacer de una industria local tradicional se inicie un proceso de reconversión productiva competitiva, el grado es más elevado respecto al caso de la transformación de la actividad tradicional en museo o en otra atracción turística. Otro ejemplo: si se moviliza una sola de las potencialidades específicas del territorio, por ejemplo, el patrimonio arqueológico, descuidando otras, el grado es inferior respecto a una solución alternativa en la que el desarrollo atiende también a otros recursos potenciales, por ejemplo, al patrimonio paisajístico, a las tradiciones productivas locales y al capital social conexo.

La definición operativa y la evaluación del valor añadido territorial requieren un reconocimiento analítico del capital local y de su modalidad de empleo. Para algunos de los componentes del capital territorial antes recordados, ello es factible de modo objetivo para un observador externo, pero para muchos otros, y en particular para los “bienes relacionales”, el punto de vista debe ser interno o mediante el diálogo interno-externo. En cualquier caso, todo ello requiere, incluso en el caso más simple de valoración de un proyecto singular, la referencia a un territorio pertinente, individualizable con el sistema *SLoT*.

Territorio y territorialidad en el desarrollo local: problemas abiertos

En conclusión, se indican aquellos que parecen ser los principales problemas abiertos. El primer problema remite a la propia definición de sistema local territorial, en particular por lo que respecta a la consideración del *territorio como sujeto colectivo* ¿Es posible y útil considerar el territorio como un sujeto colectivo sin caer por ello en una visión de tipo nostálgico y regresiva (la idea “tradicional” de la comunidad y la persistencia de las interpretaciones organicistas del modelo ochocentista) o, incluso, sin dar una interpretación de un territorio pacificado, privado de diferencias y de conflictos? ¿Cómo las diferencias que caracterizan los diversos sistemas locales territoriales y los conflictos en ellos presentes se pueden recomponer aun de manera no rígida ni fija?

Un segundo problema se refiere al concepto de *autonomía local*, entendida no tanto como autarquía, sino, sobre todo, como capacidad del nivel local de relacionarse autónomamente con el exterior, definir procesos de autoorganización, mantener la propia identidad territorial, elaborar según las propias exigencias y normatividad las reglas y las normas que provienen del exterior y hacer valer en el exterior las propias reglas, representándose también en los niveles superiores (por ejemplo, la capacidad de proponer como modelos y “buenas prácticas” en otros contextos, prácticas locales).

Un tercer problema se refiere al paso de la acción individual a las acciones colectivas o también de la autonomía del sujeto individual a la autonomía colectiva. Tal cuestión requiere considerar la estabilidad (o inestabilidad) de las redes locales de los actores, individualizando las diferencias entre las coaliciones locales de actores que se crean en torno a una ocasión (obtener una financiación, ejecutar o gestionar un proyecto) y las redes locales de actores que proporcionan estabilidad, aunque relativa, a los sistemas territoriales

¿Pero basta considerar la estabilidad de las redes locales? O, en otros términos, ¿la estabilidad de las redes locales es realmente el elemento que nos permite distinguir los *SLoT* respecto a las (más usuales) coaliciones de los actores que, en el ámbito de las políticas urbanas y territoriales, actúan de manera totalmente oportunista y, a menudo, completamente desarraigadas de cualquier estrategia de territorialización y de desarrollo local, no entendiendo con este término más que la simplista y, con frecuencia, reduccionista forma de marketing territorial? Y, aún más, ¿cómo analizar tal estabilidad?

Un cuarto problema concierne a la individualización de los *SLoT*. La aplicación empírica de la definición de *SLoT*, que imbrica la acción colectiva de los sujetos con las características territoriales locales, no permite sino proceder mediante aproximaciones sucesivas. En otras palabras, el territorio del desarrollo local (y, más en general, de las políticas y de las acciones de gobernanza) no puede ser delimitado a priori, según procedimientos abstractos de la realidad de las interacciones sociales que se construyen en la acción colectiva en el territorio, sino que deriva de una delimitación del territorio como éxito de la acción colectiva y territorializada (o, al menos, supuesta) de los agentes locales.

Finalmente, queda un último problema relativo a la capacidad de reproducción de los recursos culturales locales y, por consiguiente, de los propios sistemas locales como sistemas territoriales diversificados. En particular se enfatiza la cuestión de si hoy y en el futuro habrá todavía posibles relaciones coevolutivas a escala local. De hecho, con la consolidación de los conocimientos técnico-científicos generales, incorporados en un proceso de acumulación capitalista tendencialmente global, la interacción coevolutiva entre sociedad humana y ambiente se ha alejado gradualmente del nivel local al global. En consecuencia, ha venido a menos el principal mecanismo que en el pasado ha dado lugar a la diversificación territorial de la sociedad, de la cultura y del capital territorial que se ha ido sedimentando. No sobran los simulacros bajo forma de expresiones fosilizadas de folklore y de patrimonio convertido en museo, conservados en función de un uso turístico espectacular o simbólico-identitario o de marketing territorial. Donde la evolución productiva no ha sufrido fractura permanece un uso reproductivo de los bienes relacionales acumulativos del pasado, con tendencia, sin embargo, a la pérdida gradual de la especificidad originaria (como se ve en muchos distritos industriales y sistemas locales agrícolas todavía competitivos). Un signo de contraposición se da, a veces, en la

consolidación de producciones típicas que requieren la reproducción innovadora de tecnologías locales. ¿Hasta qué punto este modelo es generalizable en la perspectiva de conservar y reproducir innovando la diversidad territorial, por los motivos y con los objetivos indicados en el párrafo precedente? De una parte, esta perspectiva no diverge de la evolución del conocimiento científico general que, más bien, está llamado a combinarse con los conocimientos contextuales para permitir la evolución de tecnología y modalidad de gestión apropiadas a los diversos ambientes locales (entre otras cosas, con *feedback* positivo con los conocimientos generales). De otra, emerge, sin embargo, el obstáculo constituido por la selección operada en los ambientes naturales y socio-culturales a causa de la competencia económica global que, en vez de adaptar a estos el conocimiento y la técnica disponibles, tiende a adaptarlos, uniformizándolos, a la tecnología que en el actual sistema de mercado capitalista resulte más productiva (aun cuando de este modo disminuya la productividad del capital natural y territorial). Las inversiones en investigación se concentran cada vez más en esta tecnología, descuidando el conocimiento y la tecnología para la gestión diversificada de los ambientes y de los recursos territoriales.

UN DIÁLOGO ENTRE ESCUELAS: *SLOT* Y AUTOSOSTENIBILIDAD CULTURAL⁷⁷

Territorio, territorialidad, valor añadido territorial

En el discurso científico actual el territorio es interpretado, explícita o implícitamente, en sentidos variados reconducibles esquemáticamente a los siguientes:

- a) Simple **soporte**, es decir, como espacio casi indiferenciado de las relaciones entre los actores involucrados en las acciones de desarrollo previstas;
- b) **Contenedor** de recursos potenciales “inmóviles” (materiales e inmateriales), definibles objetivamente por los expertos como “vocaciones”;
- c) **“Integrador versátil”**:⁷⁸ conjunto de condiciones locales tangibles (por ejemplo, la proximidad física) e intangibles (vínculos sociales, relaciones contextuales, etc.) que lo convierten en un medio del aprendizaje, de la cooperación, de la emulación, etc. y, por lo tanto, del desarrollo local;

77. Este escrito tiene el objetivo de visitar algunos conceptos elaborados en Italia en el ámbito de esa geografía humana (cultural, social, económica y política) que se ha ocupado en los últimos veinte años de “desarrollo local”, dialogando con otros “territorialistas” de diversa formación disciplinar (histórica, económica, sociológica, politológica, urbanística) y en particular con las escuelas florentinas de Giacomo Becattini y de Alberto Magnaghi. La ocasión principal para la puesta a punto conceptual y metodológica aquí a continuación reconsiderada fue ofrecida por el desarrollo de la investigación nacional PRIN-MIUR “I sistemi territoriali nello sviluppo locale” (“Los sistemas territoriales en el desarrollo local”) llevada a cabo en los años 2000-2002 por geógrafos de varias sedes universitarias: Palermo, Foggia, Nápoles Oriental, Florencia, Bolonia, Novara y Turín (sede coordinadora).^{*} Estos mismos conceptos y métodos han sido después aplicados en algunas ocasiones en la elaboración de planes territoriales de gran escala y en programas

- d) Lugar de posible ejercicio de “**territorialidad activa**” (v. más adelante) y de gobernanzas resultantes de la combinación de los significados 1 y 2 anteriores;
- e) **Actor colectivo local**: red de sujetos públicos y privados, capaces de autoorganizarse para autoproyectar y autogestionar su propio desarrollo activando juegos de suma positiva.

Estos modos de considerar el territorio no se excluyen entre sí y son todos posibles ingredientes de buenas recetas. Pero no todas sus posibles combinaciones dan lugar a buenas recetas. En concreto, según nuestra óptica territorialista, debe excluirse que se puedan hacer buenas políticas ignorando o limitando excesivamente el papel activo de los sistemas locales (puntos “d” y “e” expuestos más arriba), ya que de ellos deriva una aportación proyectiva, de conocimiento, de organización, de movilización de nuevos recursos, que no puede ser completamente sustituida por ninguno de los otros modos de considerar el territorio. Del mismo modo, no puede ser ignorada la visión externa (supralocal, experta) del territorio (punto “b”) por ser ingrediente necesario de la territorialidad activa y de su *gobernanza* (punto “d”). También es muy importante el territorio como simple espacio de interacciones y como integrador (puntos “a” y “c”), porque es lo que permite la construcción de las redes de sujetos como actores del desarrollo. Sin embargo, al ser el territorio algo más complejo que un campo de juego, el valor añadido que se obtiene simplemente “trabajando en equipo” es menor que el que se podría obtener si se trabaja en equipo para interactuar con lo que es específico de los lugares porque está firmemente ligado al suelo. Son estos bienes, variadamente distribuidos en el espacio geográfico, los que, combinados con nuestras necesidades de vivir, habitar, producir, significar y proyectar, modelan en el tiempo la sociedad y la economía, aunque este proceso coevolutivo de larga duración se nos escapa en gran medida y nuestra percepción inmediata es que es la sociedad la que modela el territorio y no lo contrario.

como Urban, Patti territoriali, PIT, PISL, PTI y similares, experiencias que han permitido una ulterior reflexión crítica (GOVERNA, F., 2007).

* Para una síntesis (parcial) de los resultados, véase DEMATTEIS, G. y F. GOVERNA (eds.), 2005. 78. BECATTINI, G., 2000; RULLANI, E., 2004.

Demasiado a menudo se hace un uso excesivamente retórico de la palabra “territorio” para permitir o, incluso, sugerir visiones de la realidad parciales y distorsionadas. Esto es particularmente cierto cuando se considera el territorio como un conjunto material de cosas sin actores o como un simple receptor pasivo de “efectos” o “impactos” y cuando se cree que la acción política, social, cultural y económica puede ser desligada de la materialidad del territorio, como si las características de las relaciones y de los procesos

intersubjetivos fuesen independientes de los lugares en donde se desarrollan.

Por este motivo se puede afirmar que cualquier política económica, social y cultural que quiera ser eficaz debe ocuparse del territorio considerándolo no solo un producto de la actividad humana, sino también, y sobre todo, como medio y matriz de un devenir que atañe al conjunto de las condiciones de vida y, por lo tanto, a las relaciones sociales y de poder. Es decir, que para mejorar el medio ambiente y la sociedad, para producir cultura y desarrollo, hay que actuar sobre la *territorialidad*, entendida como una relación dinámica entre los componentes sociales (conocimiento, economía, cultura, instituciones, poderes) y lo que de material e inmaterial, vivo e inerte, es característico de los territorios donde se habita, se vive, se trabaja.

Parece muy limitada la definición de territorialidad que la hace consistir solo en practicar el control sobre un área geográfica determinada. Mucho más completa es en cambio la posición de otros como C. Raffestin,⁷⁹ según quien la territorialidad es el conjunto de las relaciones mantenidas por los sujetos con el territorio (la exterioridad) y con los otros sujetos (la alteridad).

En esta perspectiva, el territorio, siguiendo la concepción de A. Magnaghi,⁸⁰ puede ser visto como algo “activo”, en lo que la territorialidad juega un papel de mediación simbólica, cognitiva y práctica entre la materialidad de los lugares y la acción social en los procesos de conservación/transformación territorial. En estos casos podemos hablar de *territorialidad activa*.

Los efectos positivos de la territorialidad activa se derivan de su capacidad de crear *valor añadido territorial*, un concepto que puede referirse tanto a un proyecto determinado como al conjunto de proyectos y acciones de una sociedad local. Es un criterio importante para evaluar la *sostenibilidad de la acción territorial*. Esta sostenibilidad –de carácter integrado y complejo– la podemos definir como la capacidad autónoma de crear valor añadido territorial en un doble sentido:

- a) transformar los recursos potenciales (inmóviles y específicos) de un territorio en valores “exportables” (culturales, sociales, económicos de uso o de intercambio), sin reducir la dotación (el “patrimonio”) y su reproducibilidad; y
- b) incorporar al territorio nuevos valores bajo la forma de incremento de sus dotaciones tangibles e intangibles.

79. RAFFESTIN, C.,
(véase p. 129).

80. MAGNAGHI, A.,
2000.

En consecuencia, la autorreproducción sostenible de un sistema territorial (autosostenibilidad) requiere que el proceso evolutivo del mismo sea autogobernado y tenga como resultado final a medio-largo plazo un valor añadido territorial del tipo “a” que sea positivo y uno del tipo “b” que no sea negativo. Es decir, cuando el actor colectivo territorial, al interactuar con los niveles supralocales, crea valor movilizándolo el potencial de recursos específicos de su territorio no debe darse reducción de “capital territorial”:⁸¹ ni del local, ni del de otros territorios externos involucrados en el proceso.

Los sistemas territoriales locales

Los sistemas territoriales locales han sido descritos con el modelo conceptual-operativo *SLoT*, desarrollado por la ya mencionada investigación PRIN,[ver nota 73] con el objetivo de traducir los conceptos de territorio y de valor añadido territorial anteriormente expuestos en instrumentos de análisis y evaluación aplicables a proyectos y acciones concretas de transformación territorial y, antes aún, a identificar los prerrequisitos y las potencialidades territoriales sobre los que impulsar la fundación de procesos de tutela, cualificación y desarrollo local eficaces, participados y sostenibles.

Como punto de partida, podemos considerar un sistema territorial local como una red local de sujetos que, dependiendo de las relaciones específicas que mantienen entre sí y con las especificidades territoriales del medio local en el que operan y actúan, se comportan, de hecho y en ciertas circunstancias, como un sujeto colectivo.

Este modelo ha sido ya explicado en la sección séptima del subcapítulo precedente. Baste recordar aquí que su posible referente empírico no es una “pieza” de territorio dada como sede de un sistema local ya existente y funcionando como un actor colectivo territorial. El modelo es un instrumento analítico para descubrir indicios y precondiciones subjetivas y objetivas que hagan posible y muy probable la construcción, en un área geográfica determinada, de un sistema territorial capaz de contribuir de manera autónoma a los objetivos de desarrollo autosostenible.

El modelo *SLoT* como medio para la puesta en valor (cultural, social, económico) de los recursos locales debe ser tomado con las debidas cautelas.⁸² Normalmente, los recursos territoriales son considerados como *algo fijo*, que forma parte de ciertos lugares, cuyo fortalecimiento se produce gracias al encuentro con *algo móvil* que, a través de los agentes locales, viene del exterior: ideas, personas, tecnología, dinero, demanda del mercado, etc. Esta supuesta fijeza

81. “Capital territorial” es una expresión bastante incorrecta (sin embargo, ya en uso) para indicar todas las dotaciones propias de los lugares: las patrimoniales y los recursos “inmóviles” tangibles e intangibles, así como los saberes contextuales, el “capital social”, la capacidad institucional, etc.

82. Un examen más profundo de esta cuestión en CORRADO, F., 2005.

de los recursos territoriales está, al menos en parte, en contradicción con el carácter *relacional* del concepto, es decir, con el hecho de que el recurso no existe por sí mismo, sino solo en la medida en que lo consideren los sujetos que tienen la intención de valorarlo.⁸³ Antes de este reconocimiento, en el territorio solo hay cosas –tangibles e intangibles– seguramente inmóviles pero que no podemos todavía denominar recursos. Por lo tanto, *ex-ante*, podemos considerar “inmóviles” no ya los recursos territoriales, sino todo lo que es componente fijo de los lugares, mientras que *ex-post* llamaremos “recursos inmóviles” a unos pocos de dichos componentes, después de haberlos identificado por ciertos agentes como posibles “tomas”, en el sentido que Berque⁸⁴ da a esta palabra.⁸⁵

De este modo, el concepto de “recurso inmóvil” debe ser visto como una imagen retórica que sirve para recordarnos que la producción de valores (económicos y no económicos) depende no solo de relaciones intersubjetivas desterritorializadas, sino también de su conexión con algo firmemente anclado al suelo, para ganar *valor añadido territorial*: un vínculo esencial que a menudo se pasa por alto en las políticas de desarrollo. Pero, con consciencia de ello, esta expresión cae en el riesgo de ser engañosa desde el momento en que, ateniéndose a ella, los recursos territoriales se presentarían como algo históricamente definido y no como una oportunidad para producir valor añadido territorial. El hecho de que no sea posible definir con certeza los recursos potenciales (y aún menos las llamadas “vocaciones” territoriales) excluye que un recurso pueda ser identificado con el objeto del cual deriva. Es una entidad diferente porque resulta de la combinación del objeto con algo que ha participado en cierto momento. No es sobre el objeto, sino sobre este proceso suyo de transformación donde puede actuar una política territorial. Así que lo que más interesa conocer y tratar no son las cosas, sino los sujetos o, mejor dicho, los sistemas de relaciones de los que los sujetos forman parte. Es dentro de ellos donde emergen localmente esas “situaciones”, hechas de oportunidades, imágenes compartidas, habilidades y conocimientos, gracias a las cuales las dotaciones fijas se transformarán en recursos.

La autosostenibilidad cultural

Las expresiones *autosostenibilidad* y *desarrollo autosostenible*, introducidas por A. Magnaghi,⁸⁶ pueden referirse –desarrollando libremente el núcleo de su pensamiento– al modelo *SLoT*. El adjetivo cultural se refiere al modo de actuar propio de grupos humanos que,

83. GOVERNA, F., 1997.

84. BERQUE, A., 1990: 101 y ss.

85. (N. de E.) Como recurso o restricción que nos ofrece el entorno.

86. MAGNAGHI, A., 2000.

desarrollando relaciones sociales específicas en su interior y con los demás, interactúan de manera coevolutiva con un *milieu* material y simbólico específico y de tal modo elaboran, acumulan y reproducen conocimientos, capacidades, creencias, costumbres, expresiones artísticas, instituciones, reglas morales y jurídicas, etc. Debe señalarse que, a diferencia del uso habitual, aquí, por “cultural” no se entiende solo el *producto* –y, aún menos, su expresión simbólica separada del contexto material del que deriva– sino también y sobre todo el *proceso* al que da origen y expresiones culturales localmente diversificadas. Esas que en su conjunto planetario constituyen un patrimonio de la humanidad. En este sentido, se puede hablar de una diversificación (o variedad) cultural “activa”.

El discurso sobre la autosostenibilidad cultural se puede resumir así: dado que el valor cultural de interés más general no está en componentes individuales o en expresiones culturales individuales, sino en su variedad y reproducibilidad, y debido a que eso deriva principalmente de la especificidad de los sistemas locales de autoorganización, un desarrollo es culturalmente sostenible si permite la reproducción diversificada de los sistemas locales, en cuanto que su diversidad y la amplitud de su diferenciación aseguren la variedad de la producción cultural global.

Ya se conoce que las especificidades culturales de los sistemas locales se originaron en el largo período de tiempo de la historia, a través de la interacción coevolutiva de las poblaciones con sus *milieux* territoriales. Se fueron diferenciando bien en razón de la diversidad original de los *milieux* o bien porque los caminos coevolutivos de las diversas sociedades locales, aun cuando se iniciaran en contextos ambientales similares, presentan luego históricamente protuberancias y bifurcaciones que los diferencian, diversificando al mismo tiempo –por coadaptación– los propios contextos ambientales.

Como es bien sabido, este proceso de diversificación cultural sobre una base geográfica ha avanzado alternando fases durante decenas de miles de años hasta que, muy recientemente, los procesos extremadamente rápidos de homologación cultural inducidos por la economía capitalista de mercado y las técnicas asociadas a ellos han comenzado a prevalecer sobre aquellos –muy lentos– de diversificación coevolutiva local, regional y nacional. Esto ha producido una pérdida de diversidad cultural en los últimos dos siglos –y especialmente en las últimas décadas– en paralelo con la pérdida de biodiversidad con la que está

parcialmente conectada.⁸⁷ Esta reducción de la diversidad cultural activa es una pérdida para la humanidad ya que reduce la tasa de producción de las innovaciones culturalmente diversificadas y, por lo tanto, restringe su variedad general. De hecho, aunque las innovaciones actuales (especialmente, las tecnológicas) crecen en número, se canalizan cada vez más en una única dirección, bajo la presión selectiva ejercida por el mercado global y sus reglas dictadas por unos pocos grandes grupos de interés.

Sin embargo, los procesos de homologación encuentran fricciones y resistencias a nivel local. Por lo tanto, todavía existe una producción diversificada de innovaciones culturales, especialmente en la forma de adaptación e hibridación de componentes culturales “móviles” generales (cognitivos, técnicos, organizativos, simbólicos) con las formas de vivir, habitar y producir propias de las tradiciones locales. Estas hibridaciones con los modelos locales son el modo en que hoy se puede mantener y reproducir la diversidad cultural de los sistemas locales. Por lo tanto, las políticas de desarrollo local debieran ser concebidas principalmente como *políticas de desarrollo autosostenible*, destinadas a mantener o incluso a restaurar, de forma actualizada, las interacciones coevolutivas de las sociedades locales con su entorno territorial, promoviendo formas nuevas de *territorialidad activa*.

Según algunos, la variedad cultural sobre una base geográfica sería un legado del pasado destinado a ser reemplazado por otras formas de agregación y diversificación.⁸⁸ Son de hecho (en la actualidad como en el pasado) procesos de innovación cultural basados en redes supralocales de intereses culturales y prácticas asociadas algunas de las cuales, como ciertos tipos de actividades laborales, de asentamiento, deportivas y de aficiones, podrían comportar interacciones coevolutivas específicas con el entorno exterior, suficientemente estables como para generar patrimonios culturales específicos. En otros casos, sin embargo, se darían combinaciones caleidoscópicas extremadamente mutables y ocasionales de las que, sin embargo, podrían surgir innovaciones culturales destinadas a mantenerse en el tiempo y a difundirse, especialmente si forman parte de bienes y servicios introducidos en el mercado global.

Sin embargo, al tener en cuenta estas formas de diversificación cultural, cabe señalar que la gran mayoría de las interacciones coevolutivas con el entorno externo –aquellas a través de las cuales se forma hoy nuestra cultura material y simbólica– tienden a

87. SHIVA, V., 1995; CINI, M., 2006: 166 y ss.

88. De esta opinión parecen ser también algunos exponentes autorizados de la antropología cultural, entre los que se encuentra principalmente Ulf HANNERZ (1996). En mi opinión, esto depende del hecho de que, como observan también L.L. CAVALLI SFORZA, 2004, y M. CINI, 2006, la antropología cultural ha seguido recientemente una especie de deriva idealista (común también por otro lado a la geografía humana) que ha llevado a separar los contenidos simbólicos (los signos, las construcciones de significado, etc.) de la materialidad de los procesos coevolutivos de los que derivan. Salvo luego reconocer, en *passant*, como hace el propio HANNERZ (1996, 59 –de la edición original), que las diversidades culturales están vinculadas a procesos de adaptación ecológica. Esto sin negar la validez del discurso de Hannerz sobre los procesos de “creolización” y a la importancia de los valores culturales universales en un “ecumenismo global”.

evolucionar cada vez más a nivel mundial, produciendo una cultura cada vez más indiferenciada, ya que está mediada por tecnologías e instituciones seleccionadas por el mercado global y, por lo tanto, con los caracteres de unidireccionalidad de los que se ha hablado. La conclusión es que una producción cultural desligada de las territorialidades activas locales no parece suficiente para garantizar el grado de variedad hasta ahora alcanzado, ni para contrarrestar de modo efectivo su reducción por los procesos de globalización en curso. De ahí la necesidad de una política que intervenga a nivel local con medios de desarrollo autosostenible. En particular, una política que se apoye en:

- a) la capacidad autoorganizadora de la acción colectiva local y en su apertura a la aportación de recursos “móviles” exógenos (culturales, cognitivos, materiales, etc.);
- b) estimular la *territorialidad activa* y, por lo tanto, en la capacidad de dar respuestas innovadoras a los cambios externos, poniendo en valor el potencial de los *milieux* territoriales locales;
- c) promover la producción de “valor añadido territorial” la gestión de los bienes comunes y de los bienes públicos (“capital” social, cognitivo e institucional incluidos), en las prácticas en la vivienda y en las actividades productivas locales;
- d) que, en particular, fomente el uso de recursos culturales locales específicos, su reproducción innovadora y su crecimiento, sin que ello conduzca a la reducción de valores y recursos en otros sistemas territoriales.

Debe tenerse en cuenta que una política de este tipo responde a los intereses generales. Por lo tanto, aunque tenga como componente esencial la acción autónoma local, no puede confiarse únicamente a elecciones y decisiones locales. Debe formar parte de las opciones estratégicas, directrices e instrumentos de las políticas de desarrollo de las entidades territoriales de orden superior. Su implementación implica, por lo tanto, procedimientos de gobernanza multiescalar, dirigidos a estimular, orientar y seleccionar la autoplanificación local. Esto requiere evaluaciones y monitorizaciones que garanticen, en la medida de lo posible, su efectividad y sobre todo que estimulen la conciencia y la sensatez de los sujetos locales sobre su papel en la reproducción de la diversidad cultural como un bien común de valor universal.



Desde Torre Baró hacia el Vallès, Barcelona 2017, Manolo Laguillo (fragmento).

5

Paisaje y patrimonio

Un paso al noroeste por el paisaje

La geografía de los bienes culturales
como saber de proyecto

Contradicciones de la acción paisajística

UN PASO AL NOROESTE POR EL PAISAJE¹

Como es sabido, el concepto de paisaje ha desempeñado un papel fundamental en la geografía del siglo XIX y del siglo XX, a pesar de ser entendido de maneras diversas según las diferentes direcciones teórico-metodológicas. En esta gran variedad se pueden sin embargo distinguir dos tendencias fundamentales que han actuado tanto por separado como conjuntamente en los mismos periodos e incluso por los mismos autores:²

- a) El paisaje como símbolo, es decir, como conjunto de signos a interpretar;
- b) El paisaje como modelo, es decir, como construcción racional explicativa de realidades exteriores.

En el primer caso, la imagen, más o menos selectiva, de cuanto se presenta visualmente unido en ciertos lugares es considerada como el inicio de un recorrido cognoscitivo (individual o colectivo) dirigido a hacer comprender mejor el mundo exterior o nuestro mundo interior o bien ambos. En cualquier caso, se trata de hacer explícitos los significados evocados por la imagen paisajística de partida y, en cierto modo, ya implícitos en ella.

F. Farinelli,³ al examinar el modo en que A. Humboldt en los inicios del siglo XIX introduce en geografía el concepto de paisaje, pone perspicazmente en evidencia un proceso de este tipo: Humboldt se dirige a la opinión pública (entendida como “órgano de reflexión común sobre los fundamentos del orden social”) formada en el seno de una cultura artístico-literaria. Su estrategia político-cultural, observa Farinelli, es la de introducir en tal esfera de reflexión común una visión científica del mundo. La apelación al paisaje le permite dirigirse a las clases cultas coetáneas “cambiándoles la cultura pero hablándoles su lenguaje”. “En el interior del dispositivo estratégico *humboldtiano* el paisaje representa, pues, el estado precientífico del proceso de conocimiento, la sentimental ‘impresión de la naturaleza’ (*Natureindruck*) obligada a ceder el paso a aquello que, aunque parte de ella, tan solo puede activar el análisis de la conexión causal de los fenómenos que determinan el orden del espacio terrestre”.⁴

La concepción del paisaje como metáfora heurística o pedagógica, como punto de partida privilegiado, aunque subjetivo, del conocimiento científico de la Tierra y de sus relaciones con

1. De “I Piani Paesistici: uno stimolo a ripensare il paesaggio geografico”, *Rivista Geografica Italiana*, n. 96, 1989, p. 445-457.

2. Véase la incisa puesta a punto de P. SERENO, 1983; el ensayo de M.C. ZERBI, 1988; y la reconsideración de las categorías geográficas de A. LANZANI, 1986, de cuya distinción (con referencia a ARNHEIM) entre imagen-símbolo e imagen-cuadro, he tomado libremente la siguiente bipartición entre el paisaje como símbolo y el paisaje como modelo explicativo. Sobre tal oposición, véase también RAFFESTIN, C., 1980.

3. FARINELLI, F., 1976, 1981.

4. FARINELLI, F., 2013: 133.

los hombres ha permanecido viva desde entonces en la cultura geográfica, nunca eclipsada del todo por el predominio siguiente de la concepción del paisaje como modelo explicativo.

En los últimos veinte años una reactivación del interés por la problemática de la percepción y de la representación geográfica, anticipada por precursores como E. Dardel, ha devuelto a la luz al sujeto que percibe y observa el paisaje, pero con esta diferencia: que hoy el punto de partida “concreto” de la experiencia perceptiva puede conducir ya sea a explicaciones causales en expresiones de conducta y de acciones sobre el mundo exterior, ya sea a la exploración de las relaciones “interiores” subjetivas e intersubjetivas.⁵

La segunda tendencia considera el paisaje geográfico como modelo de relaciones espacio-temporales, capaces de explicar las formas sensibles de una porción dada del territorio o bien, incluso, los tipos de formas que se repiten con caracteres similares en áreas diferentes. El recorrido lógico es inverso al de la concepción a): el reconocimiento de un paisaje no es el punto de partida de un proceso cognoscitivo, sino que es su punto de llegada. Es una síntesis de elementos y relaciones “dadas”, es decir, ya conocidas (o de una u otra manera, previamente indagadas) en abstracto. No es una “impresión” subjetiva a explicitar, sino una construcción racional y objetiva cuyos significados analíticos deben haber sido aclarados precedentemente.

Esta concepción del paisaje, que en Ratzel conserva aún conciencia de su fundamento subjetivo, viene totalmente objetivada en el clima positivista y reduccionista de la geografía alemana de finales del XIX.⁶ Se impone con diversas connotaciones en las otras escuelas nacionales, la italiana entre ellas, donde ha tenido su más completa y rigurosa expresión (aunque en el plano teórico-metodológico) en los trabajos de A. Sestini,⁷ según muchos aspectos anticipatorios de las más recientes formulaciones sistémicas. El ámbito de difusión de la concepción “abstracta” y explicativa del paisaje es sin embargo más amplio. Esta se expande transversalmente en orientaciones incluso muy distantes entre sí y aparentemente opuestas, como la positivista, la historicista o la neopositivista.

En el campo historicista, L. Gambi,⁸ que en los años 50 y 60 demolió el edificio epistemológico de la geografía positivista, no refuta la concepción constructivista del paisaje, sino que le da un fundamento lógico riguroso que antes no tenía. Él la teoriza viendo en el paisaje “sensible” la manifestación superficial de realidades más profundas: “estructuras territoriales”, “marcos ambientales”. Estos son los objetos reales a investigar, como resultado de

5. En la literatura de la “geografía humanística” que hace referencia al paisaje, destaca el ensayo de D.E. COSGROVE, 1984. Véanse también los comentarios críticos de P. SERENO, 1988. Entre las aplicaciones al contexto italiano, se destaca el ensayo de E. TURRI, 1979, sobre la semiología del paisaje italiano.

6. FARINELLI, F., 1976, 1981.

7. SESTINI, A., 1947, 1963a, 1963b.

8. GAMBI, L., 1961, 1981, 1986.

procesos históricos que la apariencia geográfica actual no es capaz de reconocer y que deben por lo tanto ser estudiados recurriendo incluso a otras fuentes. El paisaje así entendido se refiere pues a una realidad objetiva que comprende tanto lo que no se ve (o ya no se ve) como las relaciones sociales que en el curso de la historia han “producido” el territorio y por lo tanto también sus paisajes. Este orden genético será también el de la investigación. El paisaje será un punto de llegada. Coherente con tal planteamiento es la metodología del análisis para los planes paisajísticos recientemente propuesta por Gambi⁹ en su intervención en la convención boloñesa “Del paisaje al territorio”.¹⁰ El procedimiento propuesto por Gambi es tendencialmente objetivador; sin embargo, este no olvida que el paisaje tanto en la realidad histórica como en el proceso cognoscitivo presente es también una construcción subjetiva.¹¹ Análoga concepción del paisaje ha sostenido recientemente P. Sereno¹² con riqueza de argumentaciones y de referencias a la literatura internacional, tomando explícitamente las distancias del subjetivismo de las nuevas geografías “humanísticas”.

El paisaje de la geografía historicista se coloca de este modo en una posición particular: no descuida el papel de los sujetos, pero evita el relativismo que ve en las concepciones fenomenológicas y hermenéuticas; comparte el constructivismo y, dentro de ciertos límites, el objetivismo de la geografía positivista y neopositivista, pero sustituye la lógica deductiva de las relaciones causa-efecto por la historiográfica de la reconstrucción retrospectiva de procesos no generalizables.

Se requiere advertir, sin embargo, que también parte del pensamiento de matriz neopositivista y estructuralista se mueve hoy en esta última dirección, con las nuevas concepciones sistémicas no deterministas. En una posición intermedia se sitúa G. Bertrand.¹³ Aunque él, como Gambi, niega implícitamente una autonomía a la simple realidad paisajística, considerándola como “resultado” del geosistema, es decir, de esa “combinación dinámica y, por consiguiente, inestable de elementos físicos, biológicos y antrópicos que, reaccionando dialécticamente unos sobre los otros, hacen del paisaje un conjunto único e insoluble en evolución perpetua”.¹⁴

La oposición paisaje-símbolo/paisaje-modelo puede ser combinada con otra que considere la importancia atribuida al lado subjetivo o al lado objetivo de la representación, lo que servirá para introducir ahí el tema de la relación entre paisaje geográfico y planes.

Si representamos esquemáticamente esta doble oposición por medio de dos ejes cartesianos, como en la figura 5, en los

9. GAMBI, L., 1986.

10. Muy significativas en esta ocasión son tanto las críticas de L. GAMBI a la ley Galasso (431) allí donde (art. 1 bis) establece los planes de paisaje como una alternativa a los urbanístico-territoriales, como su protesta al título de la convención: “El territorio no nace del paisaje, sino que es el paisaje el que nace del territorio. Por lo tanto, el título de esta convención debe ser invertido” (p. 102).

11. “Solo cuando los hombres tienen un conocimiento mesuradamente maduro de esta individualidad territorial en la que viven se desarrollan esos procesos de construcción que con su sedimentación y entrecruzamiento han producido el paisaje” (GAMBI, L., 1986: 104). Y, en otras ocasiones, después de haber afirmado que cada investigador tiene necesariamente su propia posición ideológica, “esta posición inevitablemente influye en el modo de ver los problemas que afrontamos en nuestro examen y de indicar soluciones para ellos” (GAMBI, L., 1975: 22).

12. SERENO, P., 1983, 1985, 1986, 1988.

13. BERTRAND, G., 1968, 1972.

14. BERTRAND, G., 1968: 250.

cuadrantes así delimitados es posible diferenciar cuatro modos principales de considerar el paisaje geográfico que, solo para entendernos, por analogía cartográfica, llamaremos NE, SE, SO y NO. Con más precisión, en el cuadrante NE encontraremos el paisaje de la geografía historicista de las ciencias sociales; en el del SE, el paisaje de la geografía física y de la aproximación positivista; en el SO, el de la aproximación perceptiva y “humanista” que vincula de varios modos nuestras acciones externas con nuestras representaciones internas, y, finalmente, en el cuadrante NO, el paisaje se convierte en un hecho puramente interior.

Hay que reconocer que, en lo que se refiere a esta última modalidad, las referencias a la práctica geográfica son muy escasas. Es necesario remontarse al ya mencionado proyecto “estratégico” de Humboldt para volver a encontrar una explícita. O bien, será necesario esperar a que los geógrafos que se ocupan del paisaje hayan asimilado el mensaje de autores como G. Olsson,¹⁵ C. Raffestin¹⁶ y F. Farinelli,¹⁷ o el esquema conceptual del “cierre operativo” establecido de Maturana a Varela¹⁸ como fundamento de la autopoiesis; o tal vez, incluso, que los principios teóricos de la fenomenología y de la hermenéutica sean aplicados más rigurosamente en el ámbito de la “geografía humanística”.

De hecho, el punto de vista “interior” va contra una tradición ya secular que tiende a eliminar el sujeto de las representaciones geográficas “normales” o a considerarlo solo en su relación con las cosas o, de una manera u otra, a reducirlo a las lógicas objetivadoras que se aplican a los hechos exteriores. Todo esto en el cuadrante NO ya no es posible. El punto de vista aquí representado implica una clara conciencia del hecho de que el paisaje no es una realidad externa, sino una construcción mental interna con la que nosotros representamos el mundo exterior. Aquí no se trata tanto (o solamente) de describir y explicar el paisaje como conjunto de hechos y de datos, sino de describir y explicar cómo y por qué representamos lo exterior bajo forma de paisaje, y de un determinado modo en lugar de en otro, es decir, cuál es el *sentido* de la representación. Es un punto de vista metageográfico que se plantea por lo tanto a un nivel distinto de los otros tres: un nivel en el cual el conocimiento se identifica con la conciencia. No por casualidad este en la figura 5 resulta opuesto al cuadrante SE, donde el conocimiento se muestra mucho más objetivo y, en cierto modo, absoluto, cuanto más “olvida” sus premisas y su naturaleza subjetiva, convencional, históricamente dada.

- 15. OLSSON, G., 1980.
- 16. RAFFESTIN, C., 1980.
- 17. FARINELLI, F., 1981, 1989.
- 18. MATURANA, H. y F. VARELA, 1980.



Fig. 5



Fig. 6

Este “paso al NO” se revela pues de importancia estratégica para conectar el océano del conocimiento (paisaje geográfico) con el de la actuación (planes paisajísticos), explotando su posición simétrica, ilustrada por comparación en la figura 6. El eje sujeto-objeto permanece, en lo que se refiere tanto a los contenidos del conocimiento como de la acción, mientras que el eje símbolo-modelo se transforma en los correspondientes productos proyectivos de la planificación “dura” (o racional-inclusiva) y de la planificación “débil”¹⁹

En los cuadrantes SE y SO se cultiva la ilusión de planificar el paisaje como conjunto de cosas; en el cuadrante NE el paisaje por planificar es aún pensado como un conjunto de cosas, pero la intervención se hace mediante normas que atañen a las relaciones intersubjetivas. Si nos detuviéramos aquí, tendríamos tres enfoques aparentemente alternativos e incluso opuestos entre sí, tal como de hecho sucede en la práctica corriente. Por ejemplo, ocurre en las comisiones regionales de expertos donde los partidarios del enfoque historicista, naturalista y estético se comunican muy poco entre sí y se comportan como antagonistas.

Creo que estos expertos se beneficiarían de colocarse de vez en cuando en la óptica del cuadrante NO. Desde el momento en que en ella se hace evidente, como se ha dicho, la naturaleza “interior” (de representación) del paisaje, no se puede pensar que el plan paisajístico pueda reducirse a un conjunto de acciones directas o indirectas sobre las cosas representadas, sin antes interrogarse sobre cómo se forman estas particulares representaciones del mundo exterior que llamamos paisajes, en relación con las intenciones, finalidades y modalidades de la intervención sobre ellos (o sobre los sujetos que los transforman); o bien, qué sentido tiene considerar el paisaje de una manera mejor que de otra.

Aquí se plantea el problema en estos términos y en condiciones de ver que los enfoques cognoscitivos y prácticos de los otros tres cuadrantes no son alternativos sino *complementarios* entre sí: o sea, son modos diferentes de ver y tratar el mundo exterior, cada uno de los cuales adquiere significado y legitimación en diferentes contextos. La toma de conciencia de esto implica una ganancia de conocimiento: de los diferentes contextos; de la no identidad de los significados que dicha diversidad implica y, por lo tanto, de los límites, las contradicciones, las posibilidades abiertas en cada elección, los conflictos implícitos en ellas.²⁰ Se trata de conocimientos esenciales que la simple aproximación, limitada a

19. MAZZA, L., 1986;

MELA, A., 1987.

20. OLSSON, G., 1980.

un cuadrante dado, tiende a ignorar e incluso, a negar en el intento ilusorio de dotarnos de certezas más o menos absolutas.

La referencia a una pregunta específica puede servir para aclarar este último punto. Tomemos, por ejemplo, los paisajes costeros con los diversos y a menudo no pequeños problemas que hoy presentan en un país como el nuestro. Es fácil demostrar que tales problemas se pueden abordar de manera útil con los diferentes enfoques mencionados anteriormente, pero que no son resolubles situándose en el interior de la lógica propia de cada uno de estos.

Aun conociendo perfectamente el funcionamiento de los diferentes geosistemas locales y regionales, e incluso disponiendo de medios técnicos capaces de modificarlos a nuestro gusto, quedarían irresueltas alternativas como por ejemplo entre las obras de embalse y de defensa de la erosión en las cuencas fluviales internas y la restauración de las condiciones de realimentación natural de los sedimentos costeros. La solución a contradicciones de este tipo implica la consideración de problemas tales como los valores (económicos, sociales, simbólicos) atribuidos a playas, embalses y estabilidad de las vertientes, en las relaciones intersubjetivas, es decir, en las concepciones del paisaje propias de los cuadrantes NE y SO. Y esta no es una alternativa a posibles intervenciones técnico-ingenieriles sobre el geosistema, sino como elementos de conocimiento y de juicio necesarios para evaluar si, y cómo, la eventual intervención de este tipo (por ejemplo, la realimentación artificial del litoral) responde al problema. Ahora bien, esta evaluación no parece posible si no volvemos al significado de nuestras representaciones, es decir, "pasando a NO". Si, por ejemplo, en este contexto local y temporal dado, el paisaje costero es disfrutado como un conjunto de signos que desempeñan un papel importante en la memoria y en la identificación colectiva, una solución del tipo realimentación artificial podrá ser preferida a la menos estética de las barreras rompeolas, mientras que, en otros contextos, serán más adecuadas otras intervenciones (por ejemplo, en relación con un parque natural, la eliminación de los embalses en las cuencas internas) y el proceder más o menos natural de la erosión costera podrá presentarse como paisajísticamente aceptable.

Un razonamiento análogo puede hacerse sobre la insuficiencia de los otros enfoques considerados individualmente. Ese NE quizás pueda decirnos cuál sería un paisaje óptimo desde el punto de vista de un cierto tipo de organización económico-social, pero no puede pretender transformar tal modelo en norma de un plan, ya que podría

ser inaceptable desde un punto de vista estético. O desde el ético de la protección del patrimonio cultural y de los ecosistemas.

Del mismo modo, incluso la reconstrucción histórica más precisa de una realidad paisajística dada no es en sí misma capaz de definir planes para acciones futuras, a menos de que adoptemos el principio que gusta a los burócratas, pero más bien irracional, de preservar todo lo que se remonta a un cierto pasado o incluso aquel, menos burdo, pero también sin justificaciones lógicas, según el cual el conocimiento positivamente determinado de los procesos histórico-genéticos proporciona el criterio necesario y suficiente para guiar la evolución futura de un territorio y de sus formas.

A tales posiciones “fundamentalistas”, aquellos que se sitúan al SO podrían objetar que toda realidad paisajística se ha constituido históricamente por medio de la atribución de valores simbólicos a la forma física de los lugares y que esto ha sucedido a través de las más variadas y libres interpretaciones (míticas, ideológicas, etc.) de la historia previa y de sus signos, incluido el rechazo total de ella y la destrucción de sus testimonios visibles.

Pero, ¿qué decir de la comunidad marginada hasta ayer, que ve con orgullo en la alineación costera de grandes condominios, privados de calidad estética, el símbolo de su entrada en la modernidad y en el bienestar? Si se puede defender que el paisaje así creado es auténtico, tanto desde el punto de vista histórico (al menos, para aquellos que no identifican la historia con el pasado) como desde el simbólico, es bastante más difícil admitir que un paisaje tal pueda ser hoy legitimado y hasta protegido.

Cualquier intervención en el paisaje revela contradicciones como estas. Frente a ellas podemos refugiarnos en las certezas simplificadoras que derivan de elevar a normas absolutas las reglas implícitas en esta o aquella concepción del paisaje; o bien, “pasando a NO”, podemos explicitarlas, sometiendo al pensamiento crítico nuestros prejuicios. En el primer caso, las contradicciones son eliminadas y los problemas dados por resueltos sin siquiera plantearlos. En el segundo caso, los problemas pueden ser discutidos y las soluciones posibles, evaluadas, evitando así, por ejemplo, actuar materialmente sobre las cosas para obtener resultados que requieren, en cambio, actuar sobre los símbolos y viceversa; o bien, tratar como relaciones entre cosas las que son relaciones entre sujetos. Pero para lograr estos resultados es necesario que el discurso metageográfico sea considerado parte integrante del geográfico; que la descripción de un paisaje sea también la descripción de sí mismo.

LA GEOGRAFÍA DE LOS BIENES CULTURALES COMO SABER DE PROYECTO²¹

Premisa

En esta breve exposición examinaré, con una perspectiva esencialmente metodológica, la contribución que la geografía puede aportar a un conocimiento de los bienes culturales, vistos estos como recursos de futuro. Comenzaré poniendo en evidencia cómo la naturaleza relacional y contextual de dicho patrimonio requiere una aproximación geográfica particularmente compleja. Trataré a continuación de demostrar cómo ello conlleva la superación tanto de las concepciones institucionales actuales como de las representaciones geográficas reductivas de derivación neoclásica. Pondré luego en evidencia la contribución irremplazable que la geografía puede aportar al conocimiento del patrimonio cultural entendido como tradición viva, capaz de dar forma y contenido a proyectos colectivos. Finalmente, defenderé la tesis de que solo moviéndose dentro de tal horizonte de proyecto puede la geografía contribuir a describir, interpretar y valorar las modalidades socio-territoriales de producción de los bienes culturales y los procesos de desarrollo local que los valoran y reproducen como recursos.

¿Qué son los bienes culturales para los geógrafos?

Para los abogados, los “bienes” son objetos de *derechos*. Los economistas llaman “bienes” a las cosas aptas para satisfacer *necesidades*. En cuanto a los bienes culturales, las diversas definiciones coinciden en considerarlos testimonios históricos de los *valores* de la civilización. Todas estas definiciones reconocen la naturaleza *relacional* del patrimonio cultural.²² Es decir, no se refieren solo a cosas o hechos definibles según sus propiedades objetivas, fuera de contextos sociales, sino a la relación que ciertas cosas o ciertos hechos tienen con los sujetos, luego, en definitiva, a entidades intersubjetivas.

Por ello, para conocer el origen de los bienes culturales no es suficiente con conocer los procesos naturales o históricos que explican su formación como objetos (por ejemplo, la morfogénesis de un paisaje, la historia de un monumento o de una tradición). Asimismo, cuando, como geógrafos, nos ocupamos de bienes culturales debemos ante todo tener presente que no estudiamos las cosas o las relaciones entre las cosas, sino los significados y valores

21. *Rivista Geografica Italiana*, 105 (1998), p. 24-35. Reimpreso en DANSERO, E., C. EMANUEL y F. GOVERNA (ed.), 2003: 43-52.
22. GAMBINO, R., 1997.

que ciertas cosas, funcionando como *signos*,²³ toman en algunas relaciones sociales. Más precisamente, estudiamos al mismo tiempo “la cosa y la imagen de la cosa”, como F. Farinelli²⁴ nos recuerda a propósito del paisaje. Y si en este caso es la palabra misma la que lo revela, porque ‘paisaje’ “expresa al mismo tiempo el significado y el signifiante”,²⁵ esto se aplica a cualquier “bien cultural”, incluso si el término con el que lo designamos parezca referirse únicamente a la “cosa” y, por lo tanto, está más expuesto al riesgo de una cosificación trivial.

A decir verdad este principio es válido para todos los objetos de la geografía humana en su concepción clásica desarrollada por la *Erdkunde*²⁶ y –tras el reduccionismo neoclásico de finales del siglo XIX– retomada de diferentes maneras por autores como Hettner, Hartshorne, hasta la geografía humanística y crítica más reciente. Como recuerda L. Gambi, el mismo principio se extiende también a los fenómenos naturales, “solo que el hombre les asigna un valor, como hace cuando los toma en consideración o los destina a un plan propio, a una de sus acciones”.²⁷

Pero entonces, ¿cuál es la contribución específica de la geografía humana y, por lo tanto, cuál la diferencia de su enfoque con respecto al de otras disciplinas como la sociología y la antropología cultural, que también estudian los bienes culturales en este sentido? Creo que los geógrafos deberían considerar los sistemas de relaciones sociales dentro de los cuales se forman los valores, en sus articulaciones espaciales y ambientales, situándolos dentro de *contextos territoriales específicos, a diferentes escalas*, es decir, en un sistema de diferencias e interdependencias que puedan representarse en el espacio.

Esta contextualización espacial es doble. El bien cultural es apreciado simultáneamente como un *signo material localizado*, que forma parte de un sistema de hechos territoriales objetivos, y como *valor* en un sistema de relaciones sociales que le confieren el significado de “patrimonio”. Como señala C. Caldo: “para introducir un significado nuevo y más amplio del concepto de bien cultural, es necesario ampliar el concepto de cultura a su sentido antropológico, un valor global que incluye los comportamientos de un grupo, el conjunto de las comunicaciones interpersonales, las normas de comportamiento social y el producto de esto”.²⁸

Se deduce que los geógrafos no deben detenerse en las clasificaciones de los bienes culturales de derivación institucional o, en cualquier caso, sectorial, sino partir de ellas para mostrar cómo

23. GUARRASI, V., 1996.

24. FARINELLI, F., 1991: 12.

25. *Ibidem*.

26. (N. de E.) Se refiere al desarrollo dado por la geografía alemana.

27. GAMBI, L., 1972: 16.

28. CALDO, C., 1994: 17.

bienes culturales con características fácticas idénticas pueden ser objetos geográficos muy diversos, en cuanto que asumen significados y roles diferentes en contextos territoriales variados e, incluso –dentro de estos–, cuando cambia la escala geográfica de las relaciones intersubjetivas que los constituyen como “bienes”.

Para comprender la complejidad de tal concepción geográfica de los bienes culturales, tratemos de imaginar, como mero experimento mental, un espacio tridimensional en el que la posición geográfica de los sistemas territoriales se identifica en los ejes X e Y, y la escala de la observación en el eje Z. En dicho espacio, extendido a todo el planeta, un mismo tipo de bien cultural (por ejemplo, la casa rural) puede aparecer millones de veces y asumir *por esta única razón*, independientemente de sus características objetivas (incluso allí donde presente variaciones espaciales irrelevantes), otros muchos significados geográficos diferentes.

Pero las combinaciones posibles son aún más numerosas. Como indica V. Guarrasi sobre los artefactos urbanos: “si todos los objetos geográficos tienen una función sígnica, estos son signos al cuadrado. Son signos de signos”.²⁹ Lo mismo puede decirse de los bienes culturales en general, ya que también estos funcionan como “un mundo de signos para representar un mundo de signos”.³⁰ En consecuencia, la construcción del territorio como “dispositivo simbólico” dentro del proceso más amplio de “semiosis geográfica”³¹ se vuelve aún más compleja por la multiplicidad de códigos. Para explicar esta última, nuestro hipotético espacio tridimensional debería transformarse en un espacio n-dimensional.

Ante todo, junto a las autorrepresentaciones del sistema local en las que el bien está emplazado, deberían considerarse las representaciones potencialmente diferentes de los otros sistemas locales del mismo nivel que coexisten e interactúan con el primero. Además, no solo, por ejemplo, una misma casa rural puede tener un significado diferente para el habitante de la montaña que la habita, para el veraneante de la ciudad vecina y para el técnico que se encarga del inventario del patrimonio cultural por parte del Ministerio competente, sino que también se pueden encontrar diferentes valoraciones relacionadas con el mismo objeto dentro de la formación social local a la que el bien pertenece, ya que es normal que se tengan, también localmente, atribuciones de significado y valor diferentes por parte de grupos diversos.

29. GUARRASI, V., 1996: 145.

30. *Ibidem*.

31. TURCO, A., 1988: 90.

El reconocimiento de la naturaleza relacional de los bienes y de la multiplicidad sociocultural de las evaluaciones transforma aquellas que podrían ser representaciones muy simples –por ejemplo, el mapa tradicional del patrimonio cultural de una región o de un país– en representaciones complejas, transescalares y multicéntricas, en las cuales el mismo objeto puede, simultáneamente, ser y no ser un bien cultural; y, cuando lo es, puede tener diferentes valores y significados. La geografía de los bienes culturales es, por su naturaleza, más hipertextual que cartográfica.

Codificación institucional de los bienes culturales; crisis de la modernidad y crisis de la geografía reduccionista

La forma contextualizada de ver los bienes culturales descritos anteriormente contrasta con la lógica que guía la acción institucional de conocimiento y protección, por otro lado necesaria y en algunos aspectos meritoria. Por ejemplo, el Ministerio italiano del Patrimonio Cultural está organizado en divisiones y comités *sectoriales*, del mismo modo que son *sectoriales* los tipos de Direcciones Generales (de bienes ambientales y arquitectónicos, artísticos e históricos, arqueológicos). En este sentido, L. Bobbio señala: “a pesar de la insistencia en el carácter unitario de la noción de bien cultural, la administración está de hecho estructurada por secciones verticales de naturaleza técnico-científica, cada una de las cuales tiene competencias exclusivas para la protección del patrimonio de su competencia”.³²

Se desprende de ello que la multiplicidad de significados y valores que el bien cultural obtiene por hallarse en un lugar (y, en general, de su carácter relacional) es ignorada por ese reducido círculo de “técnicos” especialistas a quienes se ha confiado la tarea de establecer un código –único, universal y descontextualizado– que conecte las cosas, los signos y sus valores-significados. Un caso emblemático es, por ejemplo, el Instituto central para el catálogo (ahora Icccd),³³ que elabora fichas y métodos de levantamiento topográfico para las diferentes tipologías de bienes, de acuerdo con criterios que deberían ser rigurosamente científicos.³⁴ Pero un procedimiento cuyo propósito principal es legitimar la autenticidad de algunos objetos³⁵ parece pertenecer más al campo de la retórica y de la ideología que al de la investigación científica en sentido estricto. En cualquier caso, es un dispositivo que, al descontextualizar los objetos, presupone y alimenta una especie de fetichismo de los objetos mismos en detrimento de los significados.

32. BOBBIO, L., 1992: 169.

33. N.T. : <http://www.iccd.beniculturali.it>

34. BOBBIO, L., 1992.

35. CHOAY, F., 1992; BOURDIN, A., 1996; MINCA, C., 1996.

Para comprender estas contradicciones es necesario tener en cuenta que los bienes culturales son un producto de la modernidad, en cuanto que derivan también ellos de la distinción entre objeto y sujeto, entre signo y significado. Surgen en el pasaje del significado establecido por la tradición y visto como propiedad intrínseca del objeto al significado como valor reconocido y compartido según reglas racionalmente justificables.³⁶ Sin embargo, sigue siendo un sistema de valores que, aunque formado en la confrontación y en el choque de diferentes puntos de vista, debe después prevalecer como universal y absoluto, alcanzando así un resultado que es en definitiva similar al que caracterizaba a las situaciones premodernas. También porque la matriz social y el proceso dialéctico original constitutivo del “bien” se olvidan con el tiempo y tendemos de nuevo a confundir el “bien” con la “cosa”, a hacer descender el valor de los atributos intrínsecos de la cosa.

Cuando los valores culturales venían fijados naturalmente por la tradición, no había necesidad de dibujar su mapa o de dictar reglas para su protección. Fue con la modernidad cuando ellos se hicieron derivar de códigos prefijados y, con el tiempo, también fueron naturalizados, para ser reducidos a objetos que pudieran representarse de forma unívoca en ese texto indiferente a los contextos que es el mapa geográfico. Pero en nuestro siglo y, en particular, en las últimas décadas, la crisis de la modernidad (o posmodernidad) ya no nos permite estas formas simplificadas. Como ya he mencionado, hoy coexisten más atribuciones de valor y significado relacionadas con los mismos objetos dentro de redes de relaciones intersubjetivas diversas y los conflictos que derivan de ello pueden ser leídos como formando parte de un proceso más amplio de “colonización” y de reproducción del “mundo vivido”.³⁷

Esto no significa que el estatuto de bien cultural deba convertirse en algo puramente subjetivo (en este caso no habría geografía posible), sino que esta objetividad es limitada en el sentido de que es válida en ciertos contextos territoriales y relacionales y no en otros. El mapa actual de los bienes culturales puede, por lo tanto, derivar solo de un mapa de dichos espacios relacionales que, al cruzarse y superponerse, no son representables mediante las dos o tres dimensiones de los mapas tradicionales, sino que requerirían justamente una organización hipertextual de la representación.

Una geografía de los bienes culturales que reconozca su complejidad con el contexto se integra en la crisis del paradigma

36. CHOAY, F., 1992.
37. SÖDERSTRÖM, O.,
1992.

de la geografía neoclásica que pretende mostrarnos el mundo tal como es, mientras que, en cambio, lo representa desde un cierto punto de vista. Que una geografía tan compleja sea posible puede demostrarse, por ejemplo, con los estudios dirigidos por el grupo AGEI sobre los bienes culturales.³⁸ Estas investigaciones se refieren al significado antropológico y social de la cultura, que pone en primer plano los contextos y elimina la necesidad de fundar la definición de bienes culturales en la constatación “científica” de la autenticidad histórica de los objetos. Además, el análisis se basa en la multiplicidad social de los puntos de vista, aunque sea en la forma simplificada de la oposición *insider/outsider*. Se adopta, en definitiva, una visión dinámica y procedimental del fenómeno a través del uso de los conceptos de estrés cultural y reacción local.³⁹

Otro filón de investigaciones que vinculan sistemáticamente los bienes culturales a los contextos territoriales superando el fetichismo de los objetos está representado por estudios como los centrados sobre el desarrollo local autosostenible,⁴⁰ sobre la identidad local,⁴¹ sobre los *milieux* urbanos⁴² y otras que tienen como objetivo no la simple protección o conservación, sino la gobernanza de los procesos de desarrollo y transformación territorial.

¿Por qué es importante una geografía crítica de los bienes culturales?

Para responder, uno puede partir del “porqué” más general de los bienes culturales, es decir, del proyecto más o menos consciente y explícito que está detrás de su identificación. Según F. Choay,⁴³ las principales motivaciones serían:

- a) Salvaguardar la memoria del pasado preservando sus testimonios (por fines cognitivos y afectivos);
- b) Preservar lo que es intrínsecamente bello; aumentar el patrimonio estético;
- c) Fundar o reforzar la identidad de grupo de una comunidad local;
- d) Legitimar una ideología, un programa político (por ejemplo, la arqueología romana en la Italia fascista);
- e) Valorar recursos locales; fundar procesos de desarrollo económico;
- f) Garantizar la autorreproducción de las asociaciones de expertos y de técnicos encargados de los propios bienes culturales.

38. CALDO, C. y V. GUARRASI, 1994.

39. CALDO, C., 1994.

40. MAGNAGHI, A., 1995.

41. PABA, G., 1995.

42. GOVERNA, F., 1997.

43. CHOAY, F., 1992.

Según A. Bourdin,⁴⁴ estos diversos objetivos y aún otros derivan de un único requisito general: el de *dar sentido al presente*. En este sentido, R. Gambino habla de un “principio de contemporaneidad”, “que se refiere a la duración y a la modificación de los valores ambientales en el tiempo, a la constante actualidad histórica de la relación que ellos establecen con los usuarios”,⁴⁵ para quienes “nunca son meros reconocimientos de algo que ya existe con sus valores y sus significados, sino que de hecho son invenciones”.⁴⁶ Y esto es particularmente evidente en la forma en que los bienes culturales entran en el imaginario del turista y en las operaciones de “valoración” a él conectadas.⁴⁷

La componente diacrónica de los bienes culturales está, por lo tanto, estrechamente vinculada a la contemporaneidad casi sincrónica de sus procesos constitutivos. Como hemos visto, de hecho, su ser de “bienes” no depende directamente de lo que sucedió en el pasado, sino que surge en el espacio relacional presente y se proyecta más o menos explícitamente en el futuro. Sobre los bienes culturales la geografía tiene al menos tantas cosas que decir como la historiografía. El discurso sobre los bienes culturales parte de esa “filosofía de la estructura” que, según Merleau-Ponty “se hará mejor en contacto con la geografía que con la historia”.⁴⁸ Vuelve a esa geografía que “no solo es física y humana, sino mental” y que según G. Deleuze y F. Guattari, “desvincula la historia del culto de la necesidad para hacer valer la irreductibilidad de la contingencia. La desvincula del culto de los orígenes para afirmar el poder de un ‘medio’ [...], para trazar las líneas de fuga que pasan por el mundo...”.⁴⁹ En este sentido, el devenir “resulta más geográfico que histórico”.⁵⁰ Es algo que “no es de la historia; todavía hoy la historia designa únicamente el conjunto de condiciones, por muy recientes que estas sean, de las que uno se desvía para devenir, es decir, para crear algo nuevo”.⁵¹

El estudio de los bienes culturales no es solo una ocasión para liberar la geografía del determinismo ambiental, sino también para liberarla del determinismo del pasado histórico. Es un estudio que no solo requiere practicar “una geografía para la historia”, sino también “una historia para la geografía”: para una geografía obviamente liberada del reduccionismo neoclásico y, por lo tanto, capaz de desarrollar su función civil. Creo que algo parecido quiso decir un gran historiador (y también geógrafo) como E. Sereni, cuando definió el paisaje agrícola italiano como un “devenir de aquellas gentes vivas: con sus actividades productivas, con sus formas de vida

- 44. BOURDIN, A., 1996.
- 45. GAMBINO, R., 1997: 62.
- 46. *Ibidem*, 53.
- 47. MINCA, C., 1996.
- 48. MERLEAU-PONTY, M., 2010: 311.
- 49. DELEUZE, G. y F. GUATTARI, 1993: 97.
- 50. *Ibidem*, 112.
- 51. *Ibidem*, 97.

asociadas, con sus luchas, con la lengua que de esas actividades, de esa vida asociada, de esas luchas era intermediaria, también ella viva, productiva y firmemente innovadora”.⁵²

Finalmente, una tal geografía debiera considerar los bienes culturales como recursos de un *milieu*, capaces de producir desarrollo sostenible en una perspectiva “activa” del patrimonio y de las identidades locales, como la ilustrada, simultáneamente a esta, por F. Governa. Creo que solo de esta manera el conocimiento objetivo de los bienes culturales, o sea, el de su origen, historia y constitución física puede convertirse también en conocimiento de proyecto.

CONTRADICCIONES DE LA ACCIÓN PAISAJÍSTICA⁵³

La disolución de las certezas

Cuando el barón Eduardo, en *Las afinidades electivas* de Goethe, se propone modelar el paisaje alrededor de su castillo, declara: “No me gusta tener nada que ver con aldeanos y labradores, cuando no les puedo dar órdenes sin más”.⁵⁴ Cuando Lenin, elevando a la enésima potencia el modelo fordista, se propone transformar todo el territorio de la futura Unión Soviética “en una gran oficina y en una gran fábrica”, expresa la misma pretensión: la de reducir la relación entre actores y territorio –ya sea estética o funcional– a una relación directa con las cosas, eliminando la mediación interactiva de sujetos autónomos locales. De hecho, también Goethe es de esta opinión, enunciando por boca del capitán, de acuerdo con Eduardo, la condición necesaria para que funcione esta simplificación: “Todo bien auténticamente común tiene que ser procurado por el ilimitado derecho del soberano”.⁵⁵

En nuestra sociedad los equivalentes a los burgueses y los campesinos que preocupaban a nuestro protopaisajista se han multiplicado y han asumido tal cantidad de roles, identidades y afiliaciones diferentes que han hecho que parezca absurda su propuesta, así como está ya definitivamente superado el modelo de planificación soviética. Sin embargo, no creo que sea inútil, hablando de paisaje, partir de una reflexión sobre estas utopías simplificadoras. No tanto porque entre los proyectistas de paisajes todavía hay quien se siente tentado a pensar el territorio como si fuera el jardín de su casa o de su cliente, sino por plantear la cuestión de si un discurso sobre la eficacia estética de la acción paisajística deba hoy estar confinado a espacios limitados, sujetos

52. SERENI, E., 1961: 19. 53. De “Contraddizioni dell’agire paesaggistico”, en: AMBROSINI, G. *et al.* (eds.), 2003: 45-52.

54. Versión de José María Valverde en la edición: Barcelona, Random House Mondadori, 2017: 56.

55. *Ibidem*, 57.

a un intenso control público, como por ejemplo los parques y las áreas protegidas, o pueda, con alguna esperanza de éxito, concernir a la complejidad de todo el territorio.

Incluso si lo que sucede a diario ante nuestros ojos nos indujera a descartar esta segunda opción, aún ante nosotros perduran los rasgos de un pasado en el que el paisaje ha sido una construcción colectiva estéticamente válida. Si esto era posible entonces, ¿por qué hoy ya no debiera serlo? ¿Es suficiente con responder que la eficacia estética de esos paisajes fue bastante poco intencionada? ¿O bien, argüir que tanto en la aparcería toscana como en la montaña alpina lo que hoy percibimos como estético era a la vez social, funcional y ecológico?

Verdaderamente, las condiciones históricas en las que fueron conformados los bellos paisajes que ahora nos esforzamos en preservar han cambiado sustancialmente. Pero ¿es esto suficiente para decir que no se puedan plantear aún hoy realmente objetivos de eficacia estética en la construcción del paisaje “ordinario”?

Creo que una clave para responder a esta cuestión se puede encontrar en la oposición entre el modelo de la eficacia por abstracción, típico de la racionalidad moderna, y el de la eficacia por inmanencia, que hoy en día aparece (o reaparece) de varios modos, sean cognitivos (el paradigma de la complejidad) o prácticos (la acción estratégica). Articulando esta oposición general con otras más específicas, examinaré brevemente cómo la actual acción paisajística y sus posibles desarrollos se mueven siguiendo una poco coherente y contradictoria vía en medio de estos opuestos.

Fuera-dentro del flujo de las cosas

Nuestra racionalidad occidental reclama que cada forma de acción, ya sea ejercida sobre las cosas o dirigida a nuestros semejantes, prefigure, al menos mentalmente, sus resultados. Es decir que la acción se ajuste a un modelo ideal y abstracto que, aun conociéndola, trascienda la realidad sobre la que pretendemos actuar; un modelo que originalmente no pertenece a ella, pero subsiste solo en nuestra mente y podrá realizarse con nuestra acción intencional. Para que esto suceda es necesario, obviamente, que los medios a nuestra disposición sean adecuados a los fines, puesto que en nuestra cultura la eficacia de la acción se mide en la relación entre sus objetivos y los medios disponibles. El hecho de que la historia esté llena de hermosos proyectos nunca ejecutados por la inadecuación de los medios y de las situaciones no nos impide, sin

embargo, pensar que el modelo ideal tenga un valor en sí mismo, muy superior al de las contingencias banales (es decir, la realidad de las cosas) que no le han permitido materializarse. La teoría de las ideas de Platón y la historia de la creación de la Biblia confabulan ambas enérgicamente en esta dirección.

Como es sabido, tradiciones de pensamiento desarrolladas en el ámbito de otras civilizaciones, como la china clásica, se figuran de manera diferente el mundo y la eficacia de nuestras prácticas. En particular, la fricción de las cosas, que se opone a la realización de un proyecto que las trasciende, no se considera una contingencia secundaria, aunque molesta; ni se considera meritorio, ni mucho menos heroico, ir contra la acción propia del mundo para reducirlo a nuestros modelos y a nuestras voluntades. Por el contrario, el propio desarrollarse de las situaciones ha sido considerado como un flujo en el que sumergirse, una manera de seguir, donde no sirve elaborar modelos mentales abstractos, porque el orden de las cosas y los principios de su transformación son inmanentes a su desarrollo. Según esta tradición, la eficacia de la acción no depende pues de la suficiencia de los medios para realizar el producto de nuestra imaginación, sino de la capacidad de esta última para comprender el “potencial”⁵⁶ de las situaciones y extraer ventaja con el menor gasto de medios y energía posible.

Con el declive gradual de la fe positivista en la capacidad de dominar las situaciones que actúan desde el exterior, el pensamiento y la práctica occidental se están ahora acercando a esta posición inmanentista. Esto es particularmente evidente en los campos más cercanos a nuestro tema, donde se habla, por ejemplo, de planificación estratégica y de negociación, de *gobernanza*, de autoorganización local como recurso, etc. En cuanto a la construcción y gestión de los paisajes, la experiencia nos enseña que no hay otra opción, ya que es poco eficaz tanto limitarse a actuar sobre las cosas, como operar de una manera puramente prescriptiva hacia los sujetos. Por lo tanto, es evidente que ningún paisaje que no sea un simple jardín podrá jamás ajustarse a un plan o modelo mental preestablecido.

Describir-proyectar

Estas dos actividades pueden considerarse diferentes y consecuentes, o bien similares, o bien, incluso, opuestas entre sí. Son consecuentes en una visión lineal del proceso que va de la percepción a la acción y que hace que la efectividad de esta última dependa de

56. JULLIEN, F., 1996.

una representación objetiva de los estados de cosas sobre los cuales pretendemos intervenir para modificarlos o preservarlos.

Como es bien sabido, la crítica hermenéutica y constructivista niega esta supuesta consecuencialidad entre descripciones y proyectos, afirmando que solo en un plano lógico totalmente abstracto se trata de actividades distintas. En la práctica, no solo al describir una realidad externa ya de algún modo esta se proyecta,⁵⁷ sino que al modificarla mentalmente y específicamente se la conocerá mejor y, por lo tanto, podrá ella ser descrita adecuadamente.

Tal como ha puesto de manifiesto también la investigación cognitiva, la secuencia que va desde la percepción a la retención pasiva de imágenes, a su selección y recomposición activa, hasta la conceptualización⁵⁸ forma parte de un único proceso circular en el que descripción, proyecto y acción se alimentan recíprocamente. Es cierto que podemos interrumpir este círculo en cierto momento y obtener descripciones antes (y por lo tanto, separadas) de los proyectos, útiles para la elaboración de los proyectos mismos. Pero esto sucede solo si y porque tales descripciones han seleccionado e incorporado imágenes (figuradas y conceptuales) con criterios implícitamente de proyecto. Por el contrario, una descripción banalmente objetiva, desprovista de cualquier pertinencia de proyecto, incapaz de seleccionar entre las innumerables observaciones aquellas relevantes para ese proyecto dado, no garantizaría ninguna consecuencia. Este límite se hace evidente, por ejemplo, en muchas descripciones paisajísticas de la geografía neoclásica de derivación positivista que enfatizan las invariencias en detrimento de los cambios en curso.

Sin embargo, las razones indudables de la crítica constructivista no nos deben hacer olvidar que siempre hay una realidad paisajística externa con respecto a la cual la descripción y el proyecto, originalmente unidos, tienden más tarde a divergir e incluso a oponerse entre sí. Estas dos formas de la imaginación pueden partir de las mismas percepciones y emociones, pueden tener la misma intención, pero en un cierto momento se diferencian en aquello que C. Raffestin ha denominado el “plano del *dessin*”, porque una presenta solamente cosas perceptibles ahora o en el pasado, mientras que la otra refiere también a cosas invisibles, porque todavía no existen. La capacidad proyectiva implícita en la descripción no va más allá de la selección de los potenciales objetos de una intervención, mientras que el proyecto rediseña estos.

57. Como he argumentado en el capítulo 2 precedente.
58. FERRETTI, F., 1998.

Contrariamente a las apariencias, describir un paisaje existente es una actividad mucho más libre que proyectarlo (o incluso que proyectar algo en un paisaje). La descripción tolera vacíos, indeterminaciones e implica menor responsabilidad. El proyecto, como la cartografía, tiende a estar repleto, completo. También es arriesgado porque produce cambios y se le considera responsable de los efectos que se derivan de él. Al describir el paisaje se requiere más prudencia que valentía, mientras que quien proyecta un paisaje es en cierta medida un héroe, en el sentido tradicional de aquel que se atreve a oponerse al curso natural de las cosas.

Planificar-evaluar un contexto

Los planes paisajísticos son a menudo también planes territoriales y hay quien ha argumentado con buenas razones que siempre deberían serlo.⁵⁹ Esto equivale a decir que deben ser efectivos al mismo tiempo en lo estético, en lo social (económico, cultural, político) y en lo ecológico. Estos tres tipos de eficacia, que en muchos casos se encuentran espontáneamente conseguidos en los paisajes premodernos, hoy debieran ser resultado de la planificación. Pero no es fácil, sino que parece prácticamente imposible lograr de este modo los resultados del pasado, por lo que a lo sumo aceptamos la idea de que planificar el paisaje, en la medida de lo posible, sea el mal menor. Paralelamente –y, en ocasiones, como alternativa–, la eficacia de la acción territorial-paisajística se hace depender de otros medios, entre los cuales asume cada vez mayor importancia la evaluación.

Tanto para el par evaluación-planificación como para el par descripción-proyecto, hemos pasado de una concepción complementaria y consiguiente a otra más bien híbrida que tiende a mezclar y confundir las dos actividades. Sin embargo, incluso en este caso, se puede sostener que son dos modos fundamentalmente opuestos de abordar el problema.

Evaluar un plan significa, de hecho, dudar de su eficacia. Evaluarlo en relación al contexto territorial de referencia conduce a oponer las razones inmanentes en las cosas y en su modo de obrar a las abstractas y trascendentes del modelo ideal que contiene el plan. Llevada a sus consecuencias lógicas, esta actitud nos dice que lo importante no es planificar, sino saber cómo funcionan las cosas, que el éxito de nuestra acción no depende del *methodos*, es decir, no de la vía que nuestra imaginación y nuestra voluntad trazan hacia un *telos*, sino del camino de las cosas mismas; en el fondo, lo que en la China clásica toma el nombre de Tao.

59. Principalmente L. Gambi. Y con particular énfasis en GAMBÌ, L., 1986.

Entre estos dos opuestos, las prácticas evaluadoras actuales representan caminos intermedios, que siempre se encuentran contradictorios en alguna medida. Están vinculadas a las prácticas descriptivas que son implícitamente de proyecto, interpretativas o, para usar la conocida expresión de Geertz, “densas”. En concreto, la descripción ayuda a la evaluación allí donde identifica los potenciales, las “tomas”,⁶⁰ las ocasiones propias del contexto territorial y de las circunstancias temporales en las que se inscribe la acción paisajística. A partir de estos conocimientos es posible calcular el esfuerzo necesario para obtener los efectos deseados. La evaluación debería ser tanto más positiva cuanto menor sea ese esfuerzo, cuanto más se aproveche de lo existente y más se exploten los desarrollos en curso. El buen planificador funciona como el carnicero del príncipe Wen-hui, que nunca debe volver a afilar el cuchillo, porque según explica: “Siguiendo las marcas naturales del buey, corto por entre las articulaciones hasta llegar a los huecos entre los huesos y los tendones. Manejo, pues, el cuchillo acomodándolo a las partes naturales del buey y así, no hallando el menor estorbo ni aun en las venas y tendones, ¡menos lo hallo en los grandes huesos!”⁶¹

Este procedimiento tiende a aligerar el plan, a liberarlo de la necesidad de diseñar una *natura vexata* para obtener en su lugar resultados cuyas condiciones de eficacia están ya implícitas en un mundo que evoluciona *iuxta propria principia*. Incluso si sabemos que aún hay que ejercer algo de violencia si se quiere plegar la forma de las cosas al significado y a los valores que surgen de las relaciones intersubjetivas.

Orden-proceso

Aplicar una lógica descriptiva y evaluadora a la acción paisajística implica un desplazamiento de perspectiva de la imagen de un orden estático a la de la fluidez del proceso; de estados de cosas solidificados a su desarrollo; de la fuerza de los hechos al despliegue de potenciales; de la negación del tiempo al reconocimiento de las circunstancias como oportunidades para actuar en el momento adecuado. También aquí hay un camino intermedio entre la racionalidad abstracta del plan y la no-intervención del sabio, bajo la forma del “hacer suceder” intencional, que explota las energías potenciales, las propensiones de las diferentes situaciones y trata de cosechar los frutos en los modos y los tiempos más oportunos.

60. BERQUE, A., 1990:

Cap. V.

61. ZHUANGZI, 1996: 55.

Según esta lógica, las apariencias actuales del paisaje no son solo algo que hay que preservar o modificar según nuestro juicio. Tampoco son las formas a analizar para descubrir el mecanismo de su origen y, por lo tanto, el secreto de su transformación. La ilusión de la escuela geográfica positivista del *Landschaft*, de retroceder de las formas a los procesos a través de una relación biunívoca de causa-efecto, hace tiempo que se abandonó.

Hoy sabemos que lo que aparece en el paisaje, incluso si no puede decirnos nada seguro, sugiere sin embargo algo que no podemos permitirnos ignorar. Las formas del paisaje son las huellas, los indicios de los que partir para desentrañar el enmarañado asunto de la realidad contextual con el que tenemos que lidiar. Son observaciones que no nos ofrecen explicaciones claras, pero nos dan las claves de entrada para interactuar eficazmente con los sistemas locales naturales y sociales en la producción de territorio y, por lo tanto, de paisajes. Son órdenes espaciales no reproducibles como tales, pero que tienen una fuerte carga heurística que permite captar sus potencialidades evolutivas. Como equivalentes a un tipo de memoria genética de la relación coevolutiva entre sociedad y entornos locales, son también estructuras de significado capaces de orientar las elecciones y las modalidades de las intervenciones.⁶²

Visible-no (aún) visible

Una de las muchas dificultades de trabajar con el paisaje deriva del hecho de que tiene valor solo en la medida que es visible y que toma significado en cuanto que forma material de las cosas, mientras que al mismo tiempo es producto, como cosa y como valor, de procesos mentales, sociales y naturales que en gran medida no son visibles. Si nos detenemos en lo visible corremos el riesgo de hacer como quien en lugar de a la luna mira al dedo que la señala. Pero sería igualmente absurdo desconocer la luna por haber desatendido al dedo.

En este sentido, creo que debe tenerse en cuenta que, como cualquier otra imagen figurada producida por nuestra mente, el paisaje funciona como estructura simbólica autónoma del pensamiento. Es algo que expresa y comunica contenidos abstractos, utilizando imágenes percibidas, incluso sin mediaciones lógico-discursivas. Es, en cambio, necesaria la mediación de las cosas que vemos como paisaje y que son al mismo tiempo el medio y el producto del intercambio entre

62. MAGNAGHI, A., 2000.

organismos (las sociedades y los seres humanos incluidos) y entorno. De todo esto, en el orden visible de las cosas aparecen de hecho, tal como ya he recordado, solamente huellas, indicios, indicaciones vagas e incompletas de lo que sería necesario saber para actuar de modo eficaz, también desde un punto de vista estético, sobre lo que se presenta como paisaje. Por lo tanto, el visible percibido y el producido (proyectado, transformado, construido) son ambos componentes esenciales de la acción territorial, pero la relación que los une en la acción paisajística intencional pasa necesariamente a través de lo no visible.

No se trata solo de lo invisible constituido por nuestros diseños paisajísticos ideales, ni de las leyes y cálculos dirigidos a gobernar con éxito la sociedad, la economía, el agua, los bosques, etc., en la perspectiva de una ecología humana del paisaje. El invisible del que debemos partir no es un fantasma de nuestra imaginación, sino que ya está dentro del paisaje en el que pretendemos actuar. Es la forma de aquello que aún no se ve, pero que se puede prefigurar porque está implícito en el fluir de las cosas. Es uno de los muchos potenciales del devenir que tomará forma si sabemos ofrecer las condiciones adecuadas para su desarrollo, si logramos guiar su progreso.

Pero, nuevamente, esto significa transformar la acción directa e instrumental sobre las cosas visibles a las que la modernidad nos ha acostumbrado mediante la acción débil del acompañar, del hacer que suceda, del sembrar y del cosechar.

¿Es posible un paisaje distinto?

Volvamos a la pregunta inicial: ¿Se dan hoy las condiciones para una acción paisajística estéticamente eficaz? O bien, ¿cómo podemos “hacer que sucedan” formas válidas de paisaje, explotando los potenciales de las situaciones que el flujo de las cosas nos ofrece? Para responder se requiere, antes que nada, considerar que vivimos en una sociedad dominada por un capitalismo flexible, capaz de transformar la complejidad de los territorios en una máquina productora-consumidora igualmente compleja, donde todo y todos están dispuestos al trabajo. Vivimos y soportamos un orden que se impone día a día sin haberse mostrado antes como modelo o plan. ¿Qué paisajes produce este orden? Uno estaría tentado a decir: sin ningún orden, aparentemente caóticos y fragmentados.

Mientras que en la fase fordista el territorio fue negado o ignorado como sujeto activo de las transformaciones, hoy en día esto se limita a algunos (si bien cada vez más numerosos) no-lugares, mientras que para el resto las capacidades autoorganizativas de los territorios locales están llamadas a contribuir a la acumulación flexible jugando la carta de las ventajas competitivas. Ahí donde estas se identifican con recursos paisajísticos, de reglas heredadas del pasado, se producen mecanismos de conservación y procesos de museificación que tienen como punto de llegada más o menos próximo otros tantos no-lugares, muy similares a los que se podrían obtener con los parques temáticos artificiales. Muchos de los que se presentan como los ejemplos más virtuosos de conservación del paisaje están, pues, destinados a convertirse, a la larga, en los más desastrosos.

Mucho más espacio para una acción paisajística estéticamente eficaz ofrecen, en mi opinión, los otros paisajes, los “ordinarios”, siempre que renunciemos a juzgarlos con los cánones estéticos del pasado. En particular, el carácter de la fragmentariedad está en cierta medida aceptado, porque forma parte del nuevo sistema de relaciones que los diversos lugares mantienen entre sí no solo en razón de su proximidad física, sino también gracias a conexiones de diversos tipos (económicas, demográficas, culturales, etc.) que vinculan entre sí las trayectorias evolutivas de sitios incluso muy distantes entre sí, a la vez que los diferencian de los más próximos.

Todo esto introduce importantes cambios perceptivos, no compatibles con ciertos cánones estéticos, quizás demasiado limitados, que se han sedimentado históricamente en el sentido común. Es necesario pasar de una idea de paisaje que agota su significado en la visibilidad de lo parecido a la de un paisaje cuyos significados se refieren también a lo que no está presente aquí, sino que recuerda lugares y paisajes lejanos. No se trata de desnaturalizar la idea de paisaje, sino de desarrollar los gérmenes que ella ya contiene y que E. Dardel captó cuando escribió: “el paisaje es una huida hacia toda la Tierra, una ventana de posibilidades ilimitadas: un horizonte. No es una línea fija, sino un movimiento, un impulso”.⁶³

No se dice, sin embargo, que la hiperconexión de los lugares en el espacio global deba siempre justificar la fragmentación de los territorios, hasta el punto de erigirla en un nuevo canon estético del llamado paisaje posmoderno. Aquí debemos recordar lo que se dijo al principio, es decir, que los valores paisajísticos del pasado

63. DARDEL, E., 1952, 2013: 1.7.

son el resultado de una actuación eficaz no solo desde el punto de vista estético, sino también ecológico, funcional y, a menudo, social. El mismo principio, *mutatis mutandis*, debería valer también hoy. La actual territorialidad activa flexible y multiescalar ofrece en este sentido algunos espacios de libertad que eran negados por la territorialidad fordista. Al mismo tiempo, sin embargo, como ya se mencionó a propósito de los no-lugares, las fuerzas impulsoras de la globalización tecnológica y económica ejercen un efecto de homologación sobre las sociedades, las culturas y los entornos locales que tienden más a destruir la diversificación de los paisajes que a reproducirla. Por lo tanto, esta reproducción de la diversidad puede derivarse ya sea de acciones capaces de explotar los nuevos grados de libertad, que ofrece la relación flexible local-global, ya de la resistencia, en varios niveles territoriales, contra los efectos de homologación de la globalización económica.

En concreto, resultan interesantes aquellas acciones que apuntan a mantener la especificidad de los territorios (y, por lo tanto, la diversificación de los paisajes) al continuar o reanudar la relación evolutiva común entre las sociedades locales y su entorno natural y cultural. De hecho, el progreso científico-tecnológico no implica necesariamente el establecimiento exclusivo de tal relación a escala planetaria, sino que también ofrece los medios para conocer mejor los entornos locales y desarrollar con ellos nuevas interacciones poblacionales y productivas a través de las cuales se pueda volver a proponer la necesaria unidad ecológica, económica, sociocultural y estética del paisaje. Y esto es también un vivo incentivo para mantener y restablecer los vínculos sociales de cercanía física para restaurar significado a las relaciones de proximidad incluso en sistemas territoriales muy abiertos a relaciones multiescalares.

Es difícil decir si –y hasta qué punto– resulta hoy razonable, actuando dentro de las muchas contradicciones que he recordado, esperar una construcción dialógica del paisaje estéticamente eficaz. Tal vez es una utopía que nos estimula a hacer algo, día a día, en la dirección por ella indicada.

Referencias bibliográficas

- ADDA, J. (1996), *La globalización de la economía. Orígenes y desafíos*, Madrid: Sequitur, 1999.
- AMBROSINI, G., A. DE ROSSI, G. DURBIANO, L. REINERIO, M. ROBIGLIO (eds.) (2003), *Disegnare paesaggi costruiti*, Milán: FrancoAngeli.
- AMIN, A. (2000), "The economic base of contemporary city", en BRIDGE, G. y S. WASTON (eds.) (2000), p. 115-129.
- AMIN, A. (ed.) (1994), *Post-fordism. A reader*, Oxford: Blackwell.
- ANASTASIA, B. y G. CORÒ (1996), *Evoluzione di un'economia regionale. Il Nordest dopo il successo*, Venecia: Ediciclo.
- ANDERSON, J., CH. BROOK y A. COCHRANE (eds.) (1995), *A global world? Re-ordering political space*, Oxford: The Open University.
- ANDERSSON, A.E. (1986), "The Four Logistical Revolutions", *Papers of the Regional Science Association*, n. 59, p. 1-12.
- ANTONELLI, C. (ed.) (1988), *New Information Technology and Industrial Change: The Italian Case*, Dordrecht: Kluwer.
- AUGÉ, M. (1977), *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona: Gedisa, 1998.
- AUGÉ, M. (1992), *Los "No lugares". Espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa, 1993.
- BAGNASCO, A. (1977), *Tre Italie. La problematica territoriale dello sviluppo italiano*, Bolonia: Il Mulino.
- BAGNASCO, A. (1988), *La costruzione sociale del mercato*, Bolonia: Il Mulino.
- BAGNASCO, A. (1990), *La città dopo Ford. Il caso di Torino*, Turín: Bollati Boringhieri.
- BAGNASCO, A. (1999), *Tracce di comunità*, Bolonia: Il Mulino
- BECATTINI, G. (1984), "L'economista e l'ambiente", *Giornale degli economisti*, XLIII, p. 145-159.
- BECATTINI, G. (2000), *Il distretto industriale*, Turín: Rosenberg & Sellier.
- BECATTINI, G. (ed.) (1987), *Mercato e forze locali: il distretto industriale*, Bolonia: Il Mulino.
- BECATTINI, G. (ed.) (1989), *Modelli locali di sviluppo*, Bolonia: Il Mulino.
- BELLANCA, N., M. DARDI y T. RAFFAELLI (2004), *Economie senza gabbie. Studi in onore di Giacomo Becattini*, Bolonia: Il Mulino.
- BELLANDI, M. (1989), "Capacità innovativa diffusa e sistemi locali di imprese", en BECATTINI, G. (ed.) (1989), p. 49-68.
- BENEVOLO, L., E. PIRODDI *et al.* (ed.), *Il nuovo manuale di urbanistica*, Roma: Mancosu Editore, 2006-2009.
- BENKO, G. y A. LIPIETZ (1992), *Las regiones que ganan. Distritos y redes: Los nuevos paradigmas de la geografía económica*, Valencia: Eds. Alfons el Magnànim, 1994.
- BERDOULAY, V. y N. ENTRIKIN (1998), "Lieu et sujet. Perspectives théoriques", en *L'Espace Géographique*, n. 2, p. 111-121.
- BERRY, B. y D. MARBLE (ed.) (1968), *Spatial Analysis: A Reader in Statistical Geography*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- BERQUE, A. (1990), *Médiance de milieux en paysages*, Montpellier: Reclus.
- BERTRAND, G. (1968), "Paysage et géographie physique globale", *Revue géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, n. 39, f. 3, p. 249-271.

- BERTRAND, G. (1972), "La 'science du paysage' une 'science diagonale'", *Revue géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, n. 43, p. 127-134.
- BERTUGLIA, C.S. y A. BELLA (ed.) (1991), *I sistemi urbani*, Milán: Angeli.
- BINGHAM, N. y N. THRIFT (2000), "Some new instructions for travellers. The geography of Bruno Latour and Michel Serres", en CRANG, M. y N. THRIFT (eds.) (2000), p. 281-301.
- BIRD, J. et al. (ed.) (1993), *Mapping the futures, local cultures, global change*, Londres: Routledge.
- BOBBIO, L. (1992), "La politica dei beni culturali in Italia", en BOBBIO, L. (ed.), *Le politiche dei beni culturali in Europa*, Bologna: Il Mulino, p. 149-214.
- BOCCHI, G. y M. CERUTI (ed.) (1985), *La sfida della complessità*, Milán: Feltrinelli.
- BOCHET, B. y J.B. RACINE (2002), "Connaitre et penser la ville: des formes aux affects et aux émotions, explorer ce qu'il nous reste à trouver. Manifeste pour une géographie sensible autant que rigoureuse", *Geocarrefour*, 27 (2002), n. 2, p. 117-132.
- BOERI, S., A. LANZANI y E. MARINI (1993), *Il territorio che cambia. Ambienti, paesaggi e immagini della regione milanese*, Milán: Abitare Segesta.
- BONOMI, A. (1996), *Il trionfo della moltitudine. Forme e conflitti della società che viene*, Turín: Bollati Boringhieri.
- BONORA, P. (ed.) (2001), *SLoT Quaderno 1*, Bologna: Baskerville.
- BORGHINI, V.A. (1994), "Delirio e urbanizzazione: le 'forme interrotte' dell'Immaginario", comunicación presentada al *Congresso A.I.S.E.A.*, Roma, 28-30 abril 1994.
- BORGHINI, V.A. (ed.) (1990), *Atti del Convegno locale/globale. Significante/significato*, Politécnico de Turín, 17/05/1991, "Linguistica e letteratura" xv, 1-2.
- BOSCACCI, F., R. CAPPELLIN y G. FOLLONI (ed.) (1986), *L'evoluzione del terziario in Lombardia*, Milán: Irer.
- BOURDIN, A. (1994), "Pourquoi la perspective invente-t-elle des territoires?", en *Espaces et Sociétés*, n. 74-75, p. 215-236.
- BOURDIN, A. (1996), "Sur quoi fonder les politiques du patrimoine urbain?", *Les Annales de la Recherche Urbaine*, n. 72, p. 6-13.
- BOYD, R. (1979), "Metafora e mutamento delle teorie. La 'metafora' di che cos'è metafora?", en BOYD, R. y T.S. KUHN (ed.) (1983).
- BOYD, R. y T. S. KHUN (1983), *La metafora nella scienza*, Milán: Feltrinelli.
- BRENNER, N. (1999), "Globalisation as Reterritorialisation: The Re-scaling of Urban Governance in the European Union", en *Urban Studies*, Vol. 36, n. 3, p. 431-451.
- BRESSO, M. (1982), *Pensiero economico e ambiente*, Turín: Loescher.
- BRIDGE, G. y S. WASTON (eds.) (2000), *A companion to the city*, Oxford: Blackwell.
- BRUNET, R. (1980), "La composition des modèles dans l'analyse spatiale", en *L'Espace géographique* ix, 4.
- BUTERA, F. (1990), *Il castello e la rete. Impresa, organizzazioni e professioni nell'Europa degli anni '90*, Milán: Angeli.
- CALDO, C. (1994), "Monumento e simbolo: La percezione geografica dei beni culturali nello spazio vissuto", en CALDO, C. y V. GUARRASI (ed.), p. 13-58.
- CALDO, C. y V. GUARRASI (ed.) (1994), *Beni culturali e geografia*, Bologna: Pàtron.

- CALVINO, I. (1983), *Palomar*, Madrid: Alianza, 1985 (trad. de Aurora Bernárdez).
- CAMAGNI, R. (1990a), "Cooperation Networks and Networks of Cities: Toward a Taxonomy and a Theory", *Conférence "Métropoles en déséquilibre"*, Lyon, nov. 1990.
- CAPPELLIN, R. (1990), "Networks nelle città e networks tra le città", en CURTI, F. y L. DIAPPI (ed.) (1990), p. 71-78.
- CAPPELLIN, R. y C. GRILLENZONI (1983), "Diffusion and Specialization in the Location of Service Activities in Italy", *Sistemi Urbani*, n. 5, p. 249-282.
- CASEY, E. S. (1997), *The fate of place. A philosophical history*, Berkeley: University of California Press.
- CASTELLS, M. (1989), *La Ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Madrid: Alianza, 1995.
- CASTELLS, M. (1997), *El poder de la identidad*, Madrid: Alianza, 1998.
- CASTELLS, M. (2009), *Comunicación y poder*, Madrid: Alianza.
- CASTI, E. (2007), "Corsi e ricorsi...verso una cartografia riflessiva", en *Cartografia e progettazione territoriale: dalle carte coloniali alle carte di piano*, Turín: UTET, 2007, pp. 3-7.
- CAVALLARO, V. (1994), "Verso una teoria dei sistemi territoriali autopoietici", en: PASQUINI, F., T. POMPILI y S. SECONDINI (1994).
- CAVALLI SFORZA, L.L. (2004), *L'evoluzione della cultura*, Turín: Codice Edizioni.
- CENCINI, C., G. DEMATTEIS y B. MENEGATTI (ed.) (1983), *L'Italia emergente. Indagine geo-demografica sullo sviluppo periferico*, Milán: Angeli.
- CERUTI, M. (1987), "Per una storia naturale della conoscenza", introducción a la edición italiana de MATURANA H. y F. VARELA (1984), *L'albero della conoscenza*, Milán: Garzanti, 1987, p. 7-27.
- CICIOTTI, E. (1987), "The Spatial Diffusion of Business Services in Italy", VII *Conferenza Italiana di Scienze Regionali*, Cagliari, nov. (mimeo).
- CINI, M. (2006), *Il supermarket di Prometeo. La scienza nell'era della conoscenza*, Turín: Codice Edizioni.
- CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.) (1996), *Le forme del territorio italiano*, Roma-Bari: Laterza.
- CONTI, S. (1989), *Geografia economica. Teorie e logica della rappresentazione spaziale dell'economia*, Turín: Utet.
- CONTI, S. (1991), "Città e spazio economico reticolare", *Bolletino della Società Geografica Italiana*, s. XI, 9, p. 639-668.
- CONTI, S. (1996), *Geografia economica. Teorie e metodi*, Turín: Utet.
- CONTI S. y P.A. JULIEN (ed.) (1991), *Miti e realtà del modello italiano. Letture sull'economia periferica*, Bologna: Patron.
- CORRADO, F. (ed.) (2005), *Le risorse territoriali nello sviluppo locale. Un confronto interdisciplinare*, Florencia: Alinea.
- COSGROVE, D.E. (1984), *Social Formation and Symbolic Landscape*, Londres: Croom Helm.
- COX, K. R. (ed.) (1997), *Spaces of globalization. Reasserting the power of the local*, Londres: The Guilford Press, p. 1-18.
- CRANG, M. y N. THRIFT (eds.) (2000), *Thinking space*, Londres-Nueva York: Routledge.

- CRIVELLINI, M. y P. PETTENATI (1989), "Modelli locali di sviluppo", en BECATTINI, G. (ed.) (1989), p. 21-64.
- CURTI, F. y L. DIAPPI (ed.) (1990), *Gerarchie e reti di città: tendenze e politiche*, Milán: Angeli.
- CHESNAIS, F. (ed.) (1996), *La mondialisation financière: Genèse, coûts et enjeux*, Paris: Syros.
- CHOAY, F. (1992), *Alegoría del patrimonio*, Barcelona: G. Gili, 2007.
- DANSERO, E., C. EMANUEL y F. GOVERNA (ed.) (2003), *I patrimoni industriali. Una geografia per lo sviluppo locale*, Milán: Angeli.
- DARDEL, E. (1952), *El hombre y la Tierra: Naturaleza de la realidad geográfica*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2013 (trad. de María Beneyto).
- DE LA PIERRE, S. (1990), "L'identità etnica: un bisogno della società plurale", en MAGNAGHI, A. (ed.) (1990), p. 217-245.
- DE ROSSI, A. (a cargo de) (2009), *Grande Scala. Architettura, politica, forma*, Barcelona-Trento: Ed. LIST Lab.
- DECANDIA, L. (2008), *Polifonie urbane. Oltre i confini della visione prospettica*, Roma: Meltemi.
- DELEUZE, G. y F. GUATTARI, (1991), *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona: Anagrama, 1993 (trad. de Thomas Kauf).
- DEMATTEIS, G. (1985a), *Le metafore della Terra. La geografia umana tra mito e scienza*, Milán: Feltrinelli.
- DEMATTEIS, G. (1985b), "Contro-urbanizzazione e deconcentrazione: un salto di scala nell'organizzazione territoriale", en INNOCENTI, R. (ed.) (1985), p. 101-118.
- DEMATTEIS, G. (1986a), "Nella testa di Giano. Riflessioni sulla geografia poetica", *Urbanistica*, n. 82, p. 100-107.
- DEMATTEIS, G. (1986b), "L'ambiente come contingenza e il mondo come rete", *Urbanistica*, n. 82, p. 112-117.
- DEMATTEIS, G. (1987), "Descrizione e progetto nella geografia urbana", en *Bollettino Daest*, n. 10, p. 57-69.
- DEMATTEIS, G. (1989a), "Regioni geografiche, articolazione territoriale degli interessi e regioni istituzionali", *Stato e Mercato*, n. 27, p. 115-137.
- DEMATTEIS, G. (1989b), "I Piani Paesistici: uno stimolo a ripensare il paesaggio geografico", *Rivista Geografica Italiana*, n. 96, p. 445-457.
- DEMATTEIS, G. (1990a), "Modelli urbani a rete. Considerazioni preliminari", en CURTI, F. y L. DIAPPI (ed.) (1990), p. 27-48.
- DEMATTEIS, G. (1990b), "Geo-grafie del globale/locale", *Linguistica e Letteratura*, xv, n. 1-2, 1990, p. 37-56.
- DEMATTEIS, G. (1990c), "Nodi e reti nello sviluppo locale", en MAGNAGHI, A. (ed.) (1990), p. 249-268.
- DEMATTEIS, G. (1991a), "Per progettare il territorio", *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, xxii (1991), n. 42, p. 97-100.
- DEMATTEIS, G. (1991b), "Sistemi locali nucleari e sistemi a rete. Un contributo geografico all'interpretazione delle dinamiche urbane", en BERTUGLIA, C.S. y A. BELLA (ed.) (1991), vol. I, p. 417-439.
- DEMATTEIS, G. (1991c), "Possibilità e limiti dello sviluppo locale", ensayo presentado en la 1ª semana de los *Incontri Pratesi sobre Lo Sviluppo Locale*, Villa Medicea di Artimino, 16-21 settembre 1991. Y después en *Sviluppo Locale*, I (1994), n. 1, Florencia: Passigli, p. 10-30.

- DEMATTEIS, G. (1991d), "Global Networks, Local Cities", *Conference on Communications and the Future of European Cities*, Glasgow 26-27 set. 1991, en *Flux*, n. 15, 1994, p. 17-23.
- DEMATTEIS, G. (1993), "Geo-grafie", en GIANMARCO, C. y A. ISOLA (ed.) (1993), p. 239-247.
- DEMATTEIS, G. (1995), *Progetto implicito. Il contributo della geografia umana alle scienze del territorio*, Milán: Franco Angeli.
- DEMATTEIS, G. (1997), "Retibus regiones regere", en *Geotema*, n. 9 (trad. esp. en SUBIRATS, J. (coord.), 2012: 163-175).
- DEMATTEIS, G. (2001), "Per una geografia della territorialità attiva e dei valori territoriali", in BONORA P. (ed.), *SLoT Quaderno 1*, Bologna: Baskerville, p. 11-30.
- DEMATTEIS, G. (2003), "Contraddizioni dell'agire paesaggistico", en: AMBROSINI, G. *et al.* (2003), p. 45-52.
- DEMATTEIS, G. (2007), "Geografia del territorio", en BENEVOLO, L., E. PIRODDI *et al.* (ed.), sec. E.1.3.
- DEMATTEIS, G. (ed.) (1992), *Il fenomeno urbano in Italia: interpretazioni, prospettive, politiche*, Milán: Angeli.
- DEMATTEIS, G. y C. EMANUEL (1987), "Reti urbane minori e deconcentrazione metropolitana nella Padania centro-occidentale", en MARTELLATO, D. y F. SFORZI (ed.) (1990), p. 233-262.
- DEMATTEIS, G. y F. GOVERNA (2005), "Territorio y territorialidad en el desarrollo local. La contribución del modelo SLoT", en *Boletín de la A.G.E.*, n. 39, p. 31-58.
- DEMATTEIS, G. y F. GOVERNA (eds.) (2005), *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modello SLoT*, Milán: Angeli.
- DERRIDA, J. (1991), *Oggi l'Europa*, Milán: Garzanti.
- DEWESBURY, J.D. *et al.* (2002), Introducción a "Enacting geographies", *Geoforum*, n. 33 (2002), p. 437-440.
- DUMOUCHEL, P. y G. DUPUY (ed.) (1983), *Colloque de Cerisy. L'Auto-organisation. De la physique au politique*, Paris: Seuil.
- DUPUY, G. (1985), *Systèmes, réseaux et territoires. Principes de réseautique territoriale*, Paris: Presses de l'École Nationale de Ponts et Chaussées.
- DUPUY, G. (1987), *Ordini e disordini*, Florencia: Hopeful Monster.
- DUPUY, G. (ed.) (1988), *Reseaux territoriaux*, Caln: Paradigme.
- ECO, U. (1973), *Signo*, Barcelona: Labor, 1988 (trad. de Francisco Serra Cantarell).
- ECO, U. (1980), "Metafora", en *Enciclopedia*, Turín: Einaudi.
- EMANUEL, C. (1989), "Le trasformazioni recenti delle reti urbane nella Padania centro-occidentale", *Progetto finalizzato economia italiana*, Cnr, Sottoprogetto 4, Tema 8, Turín: Dipartimento Interateneo Territorio, (mimeo).
- EMANUEL, C. (1990a), "L'organizzazione reticolare intermetropolitana: alcuni elementi per l'analisi e il progetto", en CURTI, F., DIAPPI, L. (ed.) (1990), p. 155-172.
- EMANUEL, C. (1990b), "Integrazione urbana e nuove gerarchie di uno spazio regionale: la Padania centro-occidentale", en INNOCENTI, R. y R. PALOSCIA (ed.) (1990), p. 169-187.
- EMANUEL, C. (1990c), "Polimorfismo d'impreses e di territorio. Una possibile convergenza nell'esame del caso italiano", *Rivista Geografica Italiana*, n. 97, p. 13-37.

- ENTRIKIN, J. N. (1991), *The betweenness of place. Towards a Geography of Modernity*, Londres: Macmillan.
- FARINELLI, F. (1976), "Pour l'histoire du concept géographique de 'Landschaft'", en PECORA, A. y R. PRACCHI, (ed.) (1976), p. 21-30.
- FARINELLI, F. (1981), "Historia del concepto geográfico de paisaje", en LLADÓ, B. (2013), p. 128-149.
- FARINELLI, F. (1985), "Der Kampf ums Dasein Als ein Kampf um Raum: teoria e misura dello spazio geografico dal Settecento ai giorni nostri", en PAGNINI, P. (ed.) (1985).
- FARINELLI, F. (1989), *Pour une théorie generale de la géographie*, Ginebra: Université de Genève.
- FARINELLI, F. (1991), "L'arguzia del paesaggio", *Casabella*, n. 575-576, p. 10-12 [reeditado en FARINELLI, F., (1992), p. 201-210].
- FARINELLI, F. (1992), *I segni del mondo. Immagine cartografica e discorso geografico in età moderna*, Florencia: La Nuova Italia.
- FEBVRE, L. (1922), *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la historia*, Ciudad de Méjico: UTEHA, 1961.
- FERLAINO, F. (ed.) (2005), *La sostenibilità ambientale del territorio*, Turín: Utet Libreria.
- FERRETTI, F. (1998), *Pensare vedendo. Le immagini mentali nella scienza cognitiva*, Roma: Carocci.
- FIELDING, J. A. (1982), "Counterurbanization in Western Europe", *Progress in Planning*, n. 17, p. 16-33.
- FOUCAULT, M. (1969), *La Arqueología del saber*, Ciudad de Méjico: Siglo XXI, 1970.
- FOUCAULT, M. (1975), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid: Siglo XXI de España, 1979 (trad. de Aurelio Garzón del Camino).
- GADAMER, H.G. (1987), "Sul circolo ermeneutico", en *Aut Aut*, n. 217-218, p. 13-20.
- GADAMER, H.G. (1989), *Das Erbe Europas*, Frankfurt: Suhrkamp.
- GALASSO, ley (431) de, "Transformación en Ley del Decreto-Ley nº 312 de 27 de junio de 1985, con disposiciones urgentes para la conservación de áreas de valor ambiental especial", promovida el 8 de agosto de 1985 por Giuseppe Galasso, Subsecretario del Ministerio de Patrimonio Cultural y Ambiental de Italia entre 1983 y 1987.
- GALLINO, L. (1989), *La sociologia. Concetti fondamentali*, Turín: Utet Libreria.
- GAMBI, L. (1961), "Critica ai concetti geografici di paesaggio umano", en GAMBI, L. (1973), p. 148-174.
- GAMBI, L. (1964), *Questioni di geografia*, Nápoles: Esi.
- GAMBI, L. (1972), "I valori storici dei quadri ambientali", en *Storia d'Italia*, vol. I, Turín: Einaudi, p. 5-60.
- GAMBI, L. (1973), *Una geografia per la storia*, Turín: Einaudi.
- GAMBI, L. (1975), "Coloro che si dichiarano geografi in realtà si dedicano a problema storici", *Colloquio sulle basi teoriche della ricerca geografica* (Dejuz, 11-12 oct. 1974), Turín: Giappichelli, p. 18-22.
- GAMBI, L. (1981), "Riflessioni sui concetti di paesaggio nella cultura italiana degli ultimi trent'anni", en MARTINELLI, R., y L. NUTI (ed.), *Atti del 3° Convegno di storia urbanistica* (Lucca, 3-5 oct. 1979), Lucca: Ciscu.

- GAMBI, L. (1986), "La costruzione dei piani paesistici", *Urbanistica*, n. 85, p. 102-105.
- GAMBINO, R. (1997), *Conservare, innovare. Paesaggio, ambiente, territorio*, Turin: Utet Libreria.
- GARFINKEL, H. (1967), *Studies in Ethnometodology*, Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall.
- GAROFOLI, G. (1981), "Lo sviluppo delle 'aree periferiche' nell'economia italiana degli anni settanta", *L'industria. Rivista di economia e politica industriale*, n. 3, p. 391-404.
- GAROFOLI, G. (1989), "Modelli locali di sviluppo: i sistema di piccola impresa", en BECATTINI, G. (1989), p. 75-90.
- GAROFOLI, G. (1991), *Modelli locali di sviluppo*, Milán: Angeli.
- GATTI, F. (1990), "Territorio e sviluppo locale. Il microsistema territoriale", en MAGNAGHI, A. (ed.) (1990), p. 269-303.
- GEERTZ, C. (1987), *Interpretazione di culture*, Bologna, Il Mulino.
- GIANMARCO, C. y A. ISOLA (ed.) (1993), *Disegnare le periferie. Il progetto del limite*, Roma: Nils.
- GOBBO, F. (ed.) (1989), *Distretti e sistema produttivi alla soglia degli anni 90*, Milán: Angeli.
- GOETHE, J.W. (1809), *Las afinidades electivas*, Barcelona: Random House Mondadori, 2017 (trad. de José María Valverde).
- GOGLIO, S. (1990), "Forme organizzative e vita economica", *Economia e Banca. Annali Scientifici*, n. 3, p. 35-67.
- GOVERNA, F. (1997), *Il milieu urbano. L'identità territoriale nei processi di sviluppo*, Milán: Angeli.
- GOVERNA, F. (2007), "Territorialità e azione collettiva. Una riflessione critica sulle teorie e le pratiche di sviluppo locale", *Rivista Geografica Italiana*, v. 114, p. 335-361.
- GUARRASI, V. (1996), "I dispositivi della complessità: metalinguaggio e traduzione nella costruzione della città", *Geotema*, n. 4, p. 137-150.
- HAGGETT, P. (1965), *Análisis locacional en la geografía humana*, Barcelona: G. Gili, 1975.
- HANNERZ, U. (1996), *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Madrid: Cátedra, 1998 (trad. de María Gomis).
- HARVEY, D. (1969), *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid: Alianza, 1983.
- HARVEY, D. (1993), "From space to place and back again: reflections on the condition of postmodernity", en BIRD, J. et al. (ed.) (1993), p. 3-29.
- HERÓDOTO (+420 aC), *Historia* (ed. consultada, Madrid: Gredos, 2000, trad. de Carlos Schrader).
- HESSE, M.B. (1966), *Modelli e analogie della scienza*, Milán: Feltrinelli, 1980.
- HIRST, P. y J. ZEITLIN (1990), "Specializzazione flessibile e postfordismo. Teorie, realtà e implicazioni politiche", *Meridiana*, n. 9, p. 155-203.
- HOHENBERG, P.M. y L.H. LEES (1985), *The Making of Urban Europe 1000-1950*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press (trad. ital.: *La Città europea dal medioevo a oggi*, Roma: Laterza, 1987; trad. franc.: *La Formation de l'Europe urbaine: 1000-1950*, Paris: PUF, 1992).
- INDOVINA, F. (ed.) (1990), *La città diffusa*, Venecia: Daest.
- INNOCENTI, R. (ed.) (1985), *Piccola città e piccola impresa*, Milán: Angeli.

- INNOCENTI, R. y R. PALOSCIA (ed.) (1990), *La riqualificazione delle aree metropolitane*, Milán, Angeli.
- International Conference "Cartographic Challenges. Movement, Participation, Risk", Bèrgamo, Abril 2009.
- JESSOP, B. (1994), "Post-fordism and the State", en AMIN, A. (ed.) (1994), p. 251-279.
- JULLIEN, F. (1996), *Tratado de la eficacia*, Madrid: Siruela, 1999.
- JULLIEN, F. (2006), *Si parler va sans dire, du logos et d'autres ressources*, París: Seuil.
- KANDINSKI, V. (1926), *Punto y línea sobre el plano: contribución al análisis de los elementos pictóricos*, Barcelona: Barral, 1971.
- KLEE, P. (1969), *Teoría del arte moderno*, Buenos Aires: Calden, 1971.
- KRUGMAN, P. (1995), *Development, Geography and Economical Theory*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- LANZANI, A. (1986), "Paesaggi e quadri ambientali. Due categorie dell'analisi geografica rivisitate", *Urbanistica*, n. 85, p. 106-111.
- LANZANI, A. (1991), *Il territorio al plurale. Interpretazioni geografiche e temi di progettazione territoriale in alcuni contesti locali*, Milán: Angeli.
- LANZANI, A. (1996), "Lombardia", en CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.) (1996), v. II *Ambienti insediativi e contesti locali*, p. 73-102.
- LE GALÈS, P. (2002), *European cities*, Oxford: Oxford University Press.
- LERESCHE, J.-PH., D. JOYE y M. BASSAND (dir.) (1995), *Métropolisation*, Ginebra: Georg.
- LÉVY, J. (1994), *L'espace légitime*, París: Presses de la FNSI.
- LOI, A. y M. QUAINI (eds.) (1999), *Il geografo alla ricerca dell'ombra perduta*, Alessandria: Ediz. dell'Orso.
- LUHMANN, N. (1990), *Sistemi sociali: fondamenti di una teoria generale*, Bolonia: Il Mulino.
- LLADÓ, B. (2013), *Franco Farinelli. Del mapa al laberinto*, Barcelona: Icaria.
- MAGNAGHI, A. (1995), "Per uno sviluppo locale autosostenibile", en *Materiali del laboratorio di progettazione ecologica degli insediamenti*, n. 1, Florencia: DUPT, Università di Firenze, p. 3-27.
- MAGNAGHI, A. (2000), *El proyecto local. Hacia una conciencia del lugar*, Barcelona: UPC-Arquitectonics, 2011.
- MAGNAGHI, A. (ed.) (1990), *Il territorio dell'abitare. Lo sviluppo locale come alternativa strategica*, Milán: Angeli.
- MAIUAT, D., M. QUEVIT y L. SENN (eds.) (1993), *Réseaux d'innovation et milieux innovateurs: un pari pour le développement régional*, Neuchâtel: GREMI - Institut de Recherches Économiques et Régionales.
- MARTELLATO, D. y F. SFORZI (ed.) (1990), *Studi sui sistemi urbani*, Milán: Angeli.
- MARX, C. y F. ENGELS (1846), *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 1974, (trad. de Wenceslao Roces).
- MASSEY, D. (1993), "Power-geometry and a progressive sense of place", en BIRD, J. et al. (1993), p. 59-69.
- MASSEY, D. y P. JESS (1995), *A place in the world? Places, cultures and globalization*, Oxford: The Open University.
- MATURANA, H. y F. VARELA (1980), *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, Santiago de Chile: Ed. Universitaria-Lumen, 2004.

- MATURANA, H. y F. VARELA (1984), *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*, Madrid: Debate, 1996.
- MAZZA, L. (1986), "Giustificazione e autonomia degli elementi di piano", *Urbanistica*, n. 82, p. 56-63.
- MELA, A. (1987), "L'urbanistica 'debole'. Una nuova via?", *Appunti di Política Territoriale*, n. 1, p. 5-12.
- MELA, A. (1990), *Società e spazio: alternative al postmoderno*, Milán: Angeli.
- MERLEAU-PONTY, M. (1964), *Lo visible y lo invisible*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.
- MIGLIORINI, A. (ed.) (1963), *Scritti geografici in onore di C. Colamónico*, Nápoles: Loffredo.
- MINCA, C. (1996), *Spazi effimeri*, Padua: CEDAM.
- MINISTERO DELL'AMBIENTE–Servizio Conservazione natura (2002), *APE. Appennino Parco d'Europa*, Pescara: Carsa ed.
- MORETTI, F. (1997), *Atlante del romanzo europeo 1800-1900*, Turin: Einaudi.
- MUNARIN, S. y M.C. TOSI (2001), *Tracce di città. Esplorazioni di un territorio abitato: l'area veneta*, Milán: Angeli.
- MURDOCH, J. (2006), *Post-structuralist Geography*, Londres: Sage.
- NYSTUEN, N.J. (1968), "Identification of Some Fundamental Spatial Concepts", en BERRY, B. y D. MARBLE (ed.) (1968).
- OHMAE, K. (1996), *La fine dello Stato nazione. L'emergere delle economie regionali*, Milán: Baldini e Castoldi.
- OLSSON, G. (1980), *Birds in Egg. Eggs in Bird*, Londres: Pion (trad. ital.: *Uccelli nell'uovo: uova nell'uccello*, Nápoles: Theoria, 1987).
- OLSSON, G. (1991a), *Linee senza ombra. La tragedia della pianificazione*, Roma: Theoria.
- OLSSON, G. (1991b), *Lines of Power. Limits of Language*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- OLSSON, G. (1991c), "Invisible Maps. A Prospectus", *Geografiska Annaler*, sez. B, vol. 73.
- PABA, G. (1995), "Identità e identità urbana", en *Materiali del laboratorio di progettazione ecologica degli insediamenti*, n.1, Florencia: DUPT, Università di Firenze, p. 36-63.
- PAGNINI, P. (ed.) (1985), *Geografia per il principe*, Milán: Unicopli.
- PALERMO, P.C. (1992), *Interpretazioni dell'analisi urbanistica*, Milán: Angeli.
- PASQUINI, F., T. POMPILI y S. SECONDINI (1994), *Modelli di analisi e di intervento per un nuovo regionalismo*, Milán: Angeli.
- PAVIA, R. (1996), "Marche", en CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.) (1996), p. 193-214.
- PECORA, A. y R. PRACCHI (ed.) (1976), *Italian contributions to the 23rd International Geographical Congress*, Roma: Cnr.
- PISELLI, F. (ed.) (1995), *Reti. L'analisi di network nelle scienze sociali*, Roma: Donzelli.
- POLI, D. (1999), *La piana fiorentina*, Florencia: Alinea.
- PORTER, M.E. (1990), *Il vantaggio competitivo delle nazioni*, Milán: Mondadori, 1991.
- PRED, A.R. (1977), *City Systems in Advanced Economies: Past Growth, Present Processes*

- and *Future Development Options*, Londres: Hutchinson.
- RABINOW, P. (1989), *French Modern. Norms and Forms of the Social Environment*, Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- RAFFESTIN, C. (1980), *Por una geografía del poder*, Zamora (Méx.), El Colegio de Michoacán, 2011 (trad. de Yanga Villagómez).
- RAFFESTIN, C. (1999), "Paysages construits et territorialités", *Convegno internazionale Disegnare paesaggi costruiti*, Turín: DIPRA, Politecnico.
- RAFFESTIN, C. (2005), *Dalla nostalgia del territorio al desiderio di paesaggio*, Florencia: Alinea.
- RAFFESTIN, C. y J.B. RACINE (ed.) (1985), *Géotopiques. L'imagination géographique*, Universités de Genève et Lausanne.
- RICCI, M. (1996), "Abruzzo", en CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.) (1996), p. 215-235.
- RULLANI, E. (2004), "Dai distretti alla distrettualizzazione: le forze che fanno (e disfano) il sistema territoriale", en BELLANCA, N., M. DARDI y T. RAFFAELLI (2004), p. 117-170.
- SACK, R.D. (1986), *Human Territoriality: its theory and history*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SCOTT, A. J. (1986), "Industrial Organization and Location: Division of Labour, the Firm and Spatial Process", *Economic Geography*, n. 62, p. 215-231.
- SCOTT, A.J. y M. STORPER (1990), *Regional development Reconsidered*, Los Angeles: Lewis Center for Regional Policy Studies, Univ. of California, paper n. 1.
- SCHMITT, C. (1950), *El Nomos de la tierra en el derecho de gentes del "Jus publicum europaeum"*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1979.
- SCHOENBERG, E. (1988), "Multinational Corporation and the New International Division of Labour: A Critical Appraisal", *International Regional Science Review*, n. 11, p. 105-119.
- SECCHI, B. (1984), *Il racconto urbanistico*, Turín: Einaudi.
- SECCHI, B. (1995), "Dell'utilità di descrivere ciò che si vede, si tocca, si ascolta", *Comunicación introductoria al Convegno Internazionale di Urbanistica*, Prato, 30 marzo-1 abril 1995.
- SECCHI, B. (1996), "Veneto", en CLEMENTI, A., G. DEMATTEIS y P.C. PALERMO (ed.) (1996), p. 128-147.
- SERENI, E. (1961), *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari: Laterza.
- SERENO, P. (1983), "Il paesaggio", en TRANFAGLIA, N. (dir.) (1983), p. 1247-1264.
- SERENO, P. (1985), "Geografia e storia del paesaggio", *Studi Storici*, p. 469-485.
- SERENO, P. (1986), "La trasformazione dei paesaggi rurali in età contemporanea. Orientamenti e metodi della geografia storica nell'Europa centrosettentrionale", *Atti Convezione Internazionale Le trasformazioni delle società rurali nei Paesi dell'Europa occidentale e mediterranea* (sec. XIX-XX) (Nápoles-Sorrento, 1982), Nápoles: Guida.
- SERENO, P. (1988), "Configurazioni, funzioni, significati: ancora sul concetto geografico di paesaggio", *Annali Istituto A. Cervi*, x, p. 149-185.
- SESTINI, A. (1947), "Il paesaggio antropogeografico come forma d'equilibrio", *Bollettino della Società Geografica Italiana*, XII, s. VII, f. 6-7, p. 1-8.

- SESTINI, A. (1963a), *Il paesaggio*, colección "Conosci l'Italia", vol. VII, Milán: Touring Club Italiano.
- SESTINI, A. (1963b), "Apunti per una definizione del paesaggio geografico", en MIGLIORINI, A. (ed.), p. 272-286.
- SHARP, J. et al. (2000), *Entanglements of power. Geographies of domination/ resistance*, Londres: Routledge.
- SHIVA, V. (1995), *Monoculture della mente*, Turín: Bollati Boringhieri.
- SÖDERSTRÖM, O. (1992), *Les métamorphoses du patrimoine. Formes de conservation du construit et urbanité*, Tesis doctoral, Lausana: Université de Lausanne.
- STORPER, M. (1997), "Le economie locali come beni relazionali", en *Sviluppo locale*, IV, 5, p. 5-42.
- SUBIRATS, J. (coord.) (2002), *Redes, territorios y gobierno. Nuevas respuestas locales a los retos de la globalización*, Barcelona: Diputació de Barcelona.
- TOSI, A. (1989), "Il trattamento delle differenze e le teoria urbana", *Urbanistica*, n. 96, p. 39-44.
- TOSI, A. (1994), *Abitanti. Le nuove strategie dell'azione abitativa*, Bologna: Il Mulino.
- TOULMIN, S. (1990), *Cosmopolis: the hidden agenda of modernity*, Nueva York: The Free Press.
- TRANFAGLIA, N. (dir.) (1983), *Il mondo contemporaneo*, vol. X, Gli strumenti della ricerca, tomo 2, Florencia: La Nuova Italia.
- TURCO, A. (1988), *Verso una teoria geografica della complessità*, Milán: Unicopli.
- TURRI, E. (1979), *Semiologia del paesaggio italiano*, Milán: Longanesi.
- VAGAGGINI, V. (1982), *Le nuove geografie. Logica, teorie e metodi della geografia contemporanea*, Génova-Ivrea: Herodote.
- VAGAGGINI, V. (1990), *Sistema economico e agire territoriale*, Milán: Angeli.
- VAGAGGINI, V. (1991), "Quattro paradigmi per un distretto", en CONTI S. y P.A. JULIEN (ed.) (1991), p. 187-212.
- VAN DEN BERG, T. et al. (1982), *Urban Europe: A Study of Growth and Decline*, Oxford: Pergamon Press.
- VANIER, M. (1999), "La recomposition territoriale. Un 'grand débat' idéal", en *Espaces et Sociétés*, n. 96, p. 125-143.
- VANOLO, A. (2009), "L'immagine del sistema economico mondiale. Riflessioni sulle metafore geografiche", en *Rivista Geografica Italiana*, 116 (2009), p. 1-22.
- VARELA, F. (1979), *Principles of Biological Autonomy*, Nueva York.
- VELTZ, P. (1996), *Mondialisation, villes et territoires*, París: PUF.
- VON FOERSTER, H. (1987), *Sistemi che osservano*, Roma: Astrolabio.
- WEBER, M. (1921), *La ciudad*, Madrid: Las Ediciones de La Piqueta, 1987 (trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría).
- WESTPHAL, B. (2009), *Geocritica. Reale Finzione Spazio*, Roma: Armando.
- WITTGENSTEIN, L. (1921), *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid: Alianza, 1973.
- ZERBI, M.C. (1988), *Paesaggi della geografia*, Milán: Università Cattolica.
- ZHUANGZI (S. III a.C.), *Maestro Zhuang*, Barcelona: Kairos, 1996 (trad. de Iñaki Preciado).

Colección Poliédrica

EQUIPO EDITORIAL

Dirección

Estanislau Roca (Vicerrector de Infraestructuras y Arquitectura – UPC)

Juan García Millán (Director de Ediciones Asimétricas)

Coordinación

Antonio Pizza (Teoría e Historia de la Arquitectura y Técnicas de Comunicación – UPC)

Consejo editorial

María Fernández Hernández (Responsable de Diseño y Producción de Ediciones Asimétricas)

Dídac Martínez (Director del Servei de Biblioteques, Publicacions i Arxius – UPC)

Jordi Prats (Responsable de Iniciativa Digital Politécnica – UPC)

Consejo académico

Albert Cuchí (Director de la ETSAV – UPC)

Inma Rodríguez (Directora de la EPSEB – UPC)

Félix Solaguren-Beascoa (Director de la ETSAB – UPC)

COMITÉ CIENTÍFICO

Luisa Bravo (City Space Architecture – Bologna)

Juan Calatrava (Universidad de Granada)

Alessandra Capuano (Università La Sapienza – Roma)

Alberto G. Cassani (Accademia di Belle Arti di Venezia)

Mario Cerasoli (Università di Roma Tre – Roma)

Julio Gaeta (Instituto Superior de Arquitectura y Diseño – México)

Carlos García Vázquez (Universidad de Sevilla)

Blanca Lleó (Universidad Politécnica de Madrid)

Fabio Mangone (Università degli Studi di Napoli Federico II)

Mariela Marchisio (Universidad Nacional de Córdoba – Argentina)

Mónica Ponce de León (Princeton University School of Architecture – New Jersey)

Carlos Quintáns (Universidade da Coruña)

Benedetta Tagliabue (visiting professor en Harvard University – Boston)

Ana Tostões (Instituto Superior Técnico, Universidade de Lisboa)

© de los textos
Giuseppe Dematteis

Edición y prólogo a cargo de
Ángel Martín Ramos

Colaboración adicional en tareas de edición
Carolina Fiallo Cardona
Margalida Riera
Miguel Hernández Quintanilla
Mikel Berra Sandín
Paula Esquinas

© de las imágenes
©1992, Fotografie Biënnale Rotterdam, Uitgeverij 010
Publishers y los autores de las fotografías (pp. 20, 44, 72 y 108)
© 2017, Manolo Laguillo (p. 148)

© de la edición
© Ediciones Asimétricas, 2020
www.edicionesasimetricas.com
© Iniciativa Digital Politècnica. Oficina de Publicacions
Acadèmiques Digitals de la UPC, 2020
www.upc.edu/idp

© de la traducción
Eulàlia Gómez Escoda
Ángel Martín Ramos
con la ayuda de Melisa Pesoa (cap. II.1)

Diseño gráfico de la colección
gráfica futura

Maquetación y puesta en página
Carlos Rodríguez Sánchez

Impresión
Estilo Estugraf Impresores

ISBN
Ediciones Asimétricas
Papel: 978-84-17905-46-0
Digital: 978-84-17905-47-7
Iniciativa Digital Politècnica
Papel: 978-84-9880-859-9
Digital: 978-84-9880-860-5

Depósito Legal
M-27559-2020

Impreso en España / Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción
total o parcial de cualquier parte
de este libro, incluida la cubierta,
por cualquier medio, aun citando
la procedencia, sin la autorización
expresa y por escrito del editor.

